



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XVII, Vol. XCVII, Núm. 1 (enero-febrero de 1958).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 905
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

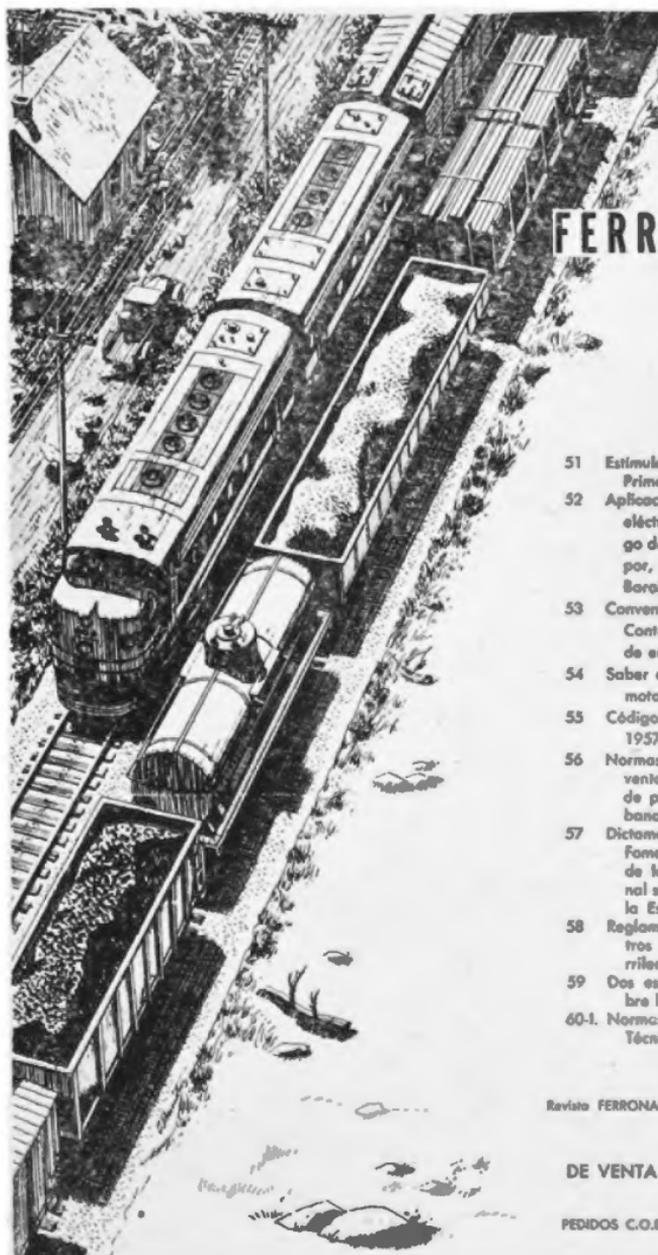
AÑO XVII

1

ENERO - FEBRERO
1958

INDICE

Pág. 3



BIBLIOTECA TECNICA FERROCARRILERA

ACABAN DE APARECER
DIEZ NUEVOS VOLUMENES
DE GRAN INTERES

| | <small>Precio del ejemplar</small> |
|--|--|
| 51 Estímulos y Recompensas. Primera promoción 1956 | \$ 1.00 |
| 52 Aplicación de la soldadura eléctrica en cajas de fue- go de locomotoras de va- por, por el Ing. Francisco Borojas Bernal | 8.00 |
| 53 Convenio de Revisión del Contrato de Trabajo (21 de enero de 1957) | 1.00 |
| 54 Saber es poder en la loco- motora Diesel eléctrica | 10.00 |
| 55 Código de Reglas AAR- 1957 | 20.00 |
| 56 Normas para la compra- rento y arrendamiento de predios rústicos y ur- banos | 1.00 |
| 57 Dictamen del Consejo de Fomento y Coordinación de la Producción Nacio- nal sobre la ubicación de la Estación de Pasajeros | 2.00 |
| 58 Reglamento para los Cen- tros Deportivos Ferroca- rrileros | 1.00 |
| 59 Dos estudios franceses so- bre la vía | 2.00 |
| 60-1. Normas para el Consejo Técnico | 1.00 |

Revista FERRONALES, número mensual \$ 3.00
Suscripción anual 18.00

DE VENTA EN BOLIVAR Núm. 19
MEXICO, D. F.

PEDIDOS C.O.D. al APARTADO POSTAL 8020



Use en su automóvil GASOLMEX 90 octano que compensa con creces su mayor precio porque:

GASOLMEX 90 Rinde más y da mayor potencia.

GASOLMEX 90 Evita el golpeteo y las averías mecánicas que ocasiona el mismo.

GASOLMEX 90 Permite obtener del automóvil moderno el rendimiento y las ventajas que el fabricante incorporó al diseñarlo.

Para obtener todas estas ventajas es indispensable que su mecánico de confianza **AJUSTE LA CARBURACION DEL MOTOR.**

El Acero vuelve a la tierra...

EL ESFUERZO HUMANO HA ARRANCADO A LA TIERRA DOS DE SUS MAS PRECIADOS TESOROS: EL HIERRO Y EL CARBON QUE FORMAN EL ACERO, UNO DE LOS MAS PROVECHOSOS DESCUBRIMIENTOS DE TODOS LOS TIEMPOS.

EL ACERO HACE POSIBLE SEGUIR ARREBATANDO SUS RIQUEZAS A LA TIERRA AL FACILITAR LA EXPLORACION Y PERFORACION DE GRANDES MANTOS PETROLIFEROS Y DE YACIMIENTOS MINERALES. EL ACERO, VINIENDO DE LA TIERRA, ES EL ARMA MAS PODEROSA PARA SEGUIR CONQUISTANDO A LA TIERRA.



PA 2/50c

**"ACERO MEXICANO
PARA EL PROGRESO
DE MEXICO"**



**COMPANIA FUNDIDORA
DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.**

OFICINA DE VENTAS: BALDERAS 68, MEXICO 1, D. F.
PLANTA CALZ. ADOLFO PRIETO AL ORIENTE, MONTERREY, N. L.

Ahora ¡FILTRON dondequiera!



AMERICAN TOBACCO COMPANY

... porque:
el placer de Fumar
está en el SABOR!



FUME FILTRON
CON FILTRO Y CON SABOR
2.00 CAJETILLA

Si un DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ha sido siempre útil, éste es absolutamente necesario



DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
UTEHA

Usted conoce perfectamente la utilidad cultural y pedagógica que en todo tiempo ha proporcionado un buen Diccionario Enciclopédico. Pero hoy, en que la especialización se ha impuesto como nunca, debido a los formidables progresos alcanzados en todas las disciplinas de la cultura, esta utilidad se ha convertido en necesidad indispensable. Necesidad para mantener al día los propios conocimientos y para que éstos se extiendan y se completen sin limitación de especialidad o tema.

El DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, que tanto ha de representar para la vida cultural de México y de toda Hispanoamérica, satisface con creces esta necesidad, ya que por la amplitud, precisión y rigurosa actualidad de su contenido es el único diccionario plenamente identificado con nuestro tiempo, tanto en lo que se refiere a los problemas y acontecimientos de última hora, como a la valoración crítica que el mundo de hoy tiene para las figuras y los sucesos de todas las épocas.

Usted, que desea caminar al unísono con la evolución de la vida moderna, necesita este diccionario. Y lo necesita sea cual fuere su profesión o actividad, porque toda tarea o trabajo, para que se realice con verdadera eficacia, requiere el auxilio de gran número de conocimientos con ella relacionados. Con el DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, tendrá resueltos todos sus dudas y consultas en el acto y a su entera satisfacción, porque en él encontrará minuciosamente descritos los más recientes descubrimientos de la técnica y de la ciencia; la biografía exacta y documentada de todas las figuras que la humanidad ha producido hasta nuestros días; los acontecimientos históricos, políticos, literarios, filosóficos y artísticos de todas las épocas y de todos los países; la información geográfica más extensa y precisa que figure en obra alguna de su género y, en fin, cuanto pueda contribuir al enriquecimiento cultural de usted y de todas las suyas, proporcionándoles al mismo tiempo la más elevada satisfacción espiritual.



**MÁS DE MEDIO MILLÓN DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS**

En sus 500,000 entradas, se incluye la totalidad del léxico que figura en la última edición del Diccionario de la Academia Española, enriquecido con gran número de americanismos, vocablos técnicos de reciente creación y otras muchas palabras que el uso diario ha incorporado a nuestro idioma. Por otra parte, el contenido de sus 13,000 páginas se realza con la belleza y el valor documental de sus 20,000 ilustraciones y cientos de láminas y mapas, en muchos casos a todo color, que contribuyen en gran medida a que las descripciones del texto adquieran máxima claridad, y permitan también, que usted conozca, fácilmente reproducidas, las maravillas arquitectónicas creadas por la mano del hombre, las bellezas naturales y las obras maestras del arte que se hallan repartidas por todo el mundo.

SOLO \$50 AL MES

¡Jamás podrá sospechar usted que podría adquirir un DICCIONARIO de tal categoría con una cuota tan baja! Pero ya lo ve ahora, el milagro, que milagro parece, se ha convertido en tangible realidad, como usted mismo puede comprobar solicitando inmediatamente el pequeño folleto que se anexa gratis.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

Apartado No. 85 México D. F.

Siervano remítame el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, dándome a conocer también sus condiciones de pago.

Nombre _____
 Domicilio _____
 Localidad _____
 Estado _____

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. Independencia, 19 APDO. 148-02 TEL. 19-50-55, 19-50-56, 19-50-57 - MEXICO, D. F.

AYUDE A LA INDUSTRIA...

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353

México, D. F.

(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio
Núm. 601-II-7399).

C E R V E Z A

bebida elaborada con materias
alimenticias



LA CERVEZA está elaborada con malta, arroz, lúpulo y levadura, elementos que contienen sustancias de alto valor alimenticio. Es una bebida de sabor agradable, sana y pura. Además la cerveza mexicana es reconocida como la mejor del mundo. Por todo esto, es bajo todos conceptos recomendable el consumo de esta bebida en forma adecuada, tal y como lo hacen los pueblos más sanos y fuertes del mundo; sola, como complemento de las comidas o para mitigar la sed.

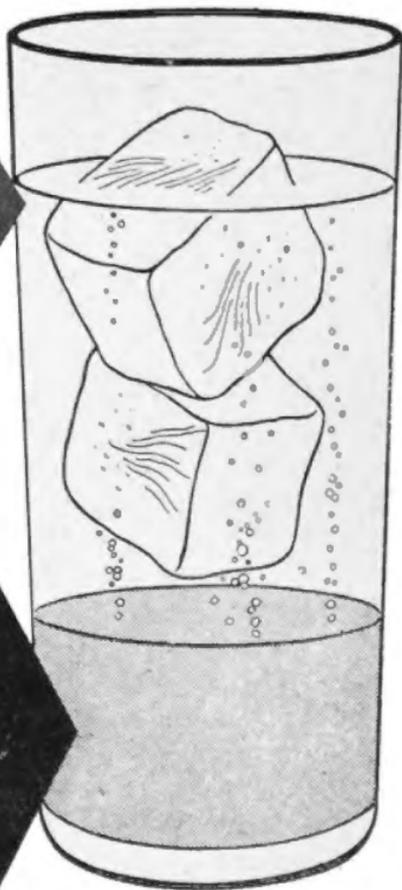


ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

lo demás es
lo de menos

LO QUE
IMPORTA ES
RON BATEY!

Si usted dispone de
RON BATEY, lo demás es lo
de menos, porque BATEY es
el RON PERFECTO!



Súmelo a otros ingredientes en
su "coctel" favorito; agréguele
solamente agua natural o soda,
o su refresco predilecto... ¡no
Importa! Usted, de todas mane-
ras, obtiene una bebida excelen-
te, porque lo demás es lo de
menos... ¡lo que importa es
RON BATEY!



Escuche su programa "BATEY" con Paco Malgesto, los jueves a las 22 hs. por XEWTV, Canal 2.

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor. .

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso.

México, D. F.

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESRVAS: \$226,510,391.60

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

PROBLEMAS AGRICOLAS E INDUSTRIALES DE MEXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

Bucareli 59

2o. Piso

Tel.: 21-11-01

Gerente:

ENRIQUE MARCUÉ PARDIÑAS

Director:

MANUEL MARCUÉ PARDIÑAS

Jefe de Redacción:

ANTONIO PÉREZ ELÍAS

VOLUMEN VIII Núm. 1 Enero-marzo 1956

La conquista de México. por Enrique Ramírez y Ramírez (Mural de Diego Rivera). Editorial. *La formación de los grandes latifundios en México* (tierra y sociedad en los siglos XVI y XVIII). por François Chevalier. Comentado por Lucio Mendieta y Núñez. Robert Ricard y Mario Souza. Notas bibliográficas por Jan Bazant. Pierre Chaunu. Lucien Febvre. Lesley Byrd Simpson y Silvio Zavala.

VOLUMEN VIII Núm. 2 Abril-junio 1956

Carne de maíz. por Jorge Carrión. (Mural de Diego Rivera). *Raúl Sandoval Landáuzuri.* por Fernando Rosenzweig. Editorial. *Reforma agraria y democracia en la Comarca Lagunera.* por Clarence Senior. *Estructura de once pueblos de Michoacán.* por Dan Stanislawski. *La erosión del suelo y la población en el México central.* por Sherbourne F. Cook.

VOLUMEN VIII Núm. 3 Julio-septiembre 1956

La planeación industrial (Cuadro de David Alfaro Siqueiros. Nota de Jorge Carrión). Editorial. *Las inversiones extranjeras y el desarrollo económico de México.* por la Cámara Regional Textil del Norte. Comentado por Eustaquio Escandón. Gustavo R. Velasco. Federico Sánchez Fogarty. Gustavo P. Serrano y Jacobo Pérez Barroso. *Puntos de vista sobre inversiones extranjeras.* por el Círculo de Estudios Mexicanos. A. C., Héctor Hugo del Cueto. *Excelsior, El Popular.* Vicente Lombardo Toledano. Manuel Germán Parra. Medardo Tirado Arámburu y Honorato Carrasco. *Los créditos extranjeros en la economía mexicana.* Informe del Comité sobre Bancos y Moneda. presidido por Homer E. Capehart, al Senado de los Estados Unidos, 1954. *Un ejemplo de inversión norteamericana en México* (El caso de Sears Roebuck de México. S. A.), por Richardson Wood y Virginia Keyser. Comentarios y puntos de vista, por Gustavo R. Velasco. José Domingo Lavín y Samuel A. Hoyos. *Las inversiones extranjeras y el petróleo de México* (Polémica), por Eustaquio Escandón, Manuel Germán Parra y José Domingo Lavín. La política diplomática del Presidente Obregón (Carta a don Isidro Fabela), por Manuel González Ramírez.

DE VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



**SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos**

Viena 6
Tel.: 35-51-95

**KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos**

Reforma 515, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Anrón Sáenz. **VOCALES:** D. Ernesto J. Amezcua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiñé, D. Juan Casanellas, Lic. Daniel Cosío Villegas, D. Pablo Dies, Ing. Marte R. Gómez, Arq. Carlos Obregón Santacilla, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. **SECRETARIO:** Dr. Ricardo Vinós.

SUR

REVISTA BIMESTRAL

SUMARIO

IGOR STRAVINSKY

VICTORIA OCAMP
JORGE LUIS BORGES
E. GONZALEZ LANUZA
RICARDO GULLON
EUGENIO GUASTA
K. GARRISON CHAPIN
JUAN J. HERNANDEZ
FEDERICO PELTZER
E. SOSA LOPEZ

Respuestas a treinta y seis preguntas.
Testimonio
Prosas: El testigo; Martín Fierro.
Doce vespertinas.
Aspectos de Rimbaud
Miedo.
Poemas.
Los dones de la noche.
Cuentos con aire.
William Faulkner.

CRONICAS Y NOTAS

V. Sackville-West; Virginia Woolf y "Orlando". Luis Di Iorio: La pluma y la azada. Elba de Loizaga: Juan Pedro Ramos, poeta y amigo. LIBROS: Alicia Jurado; Aldous Huxley: "Cielo e infierno". E. G.: "El Abate Pierre dice...". Raúl E. Lagomarsino: "Savia y follaje del libro". Noemí Vergara de Bletti: "Los tres Payró". E. G. L. John Wain: "Sigamos bajando". Ernesto Schöo: CRITICA DE ARTE. E. G. L.: Julio E. Payró: "Picasso y el ámbito artístico social contemporáneo". E. S.: TEATRO. CINEMATOGRAFO: Mario A. Lancelotti: "El techo". MUSICA: Juan Pedro Franze: Dos nuevas cantatas. E. G. L.: Los niños cantores de Viena. REVISTAS. LIBROS RECIBIDOS.

247

JULIO Y AGOSTO DE 1957
San Martín 689
BUENOS AIRES, ARGENTINA.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

Publicación semestral de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Un instrumento de trabajo indispensable para el historiador de América y el americanista por su Sección de Artículos, Noticias, Notas críticas, Reseñas y Bibliografía, con colaboraciones en los cuatro idiomas del Continente.

Director: Silvio Zavala. Secretario: Javier Malagón.

Redactores: Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé, Ernesto de la Torre y Susana Uribe.

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Vila (Argentina)—Humberto Vázquez Machivado (Bolivia)—Guillermo Hernández de Alba (Colombia)—José María Chacón y Calvo y Fermín Peraza Sarauza (Cuba)—Ricardo Donoso (Chile)—José Honorio Rodríguez (Brasil)—Abel Romeo Castilla (Ecuador)—Merle E. Curti y Clement G. Mottén (Estados Unidos de América)—Rafael Hellodoro Valle (Honduras)—Jorge Basadre y J. M. Vélez Picasso (Perú)—Emilio Rodríguez Demerzi (República Dominicana)—Juan E. Pivel Devo (Uruguay).

Suscripción anual, 5 dólares o su equivalente en moneda mexicana.

Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a: Comisión de Historia (R.H.A.) Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Ex-Arzbisado 29, Tacubaya, México 18. República Mexicana.

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

Por

JORGE L. TAMAYO

Cuadernos Americanos se ha hecho cargo, en forma exclusiva, de la distribución de esta interesante obra que consta de dos volúmenes de 628 y 582 páginas, con fotografías y mapas, y de un *Atlas Geográfico General de México* con 24 cartas a colores, formando un volumen en folio de 41 x 53½ cms., encuadernado en holandesas.

PRECIO DE LA OBRA:

| | Pesos | Dls. |
|--|--------|-------|
| Con los dos tomos, de texto a la rústica | 100.00 | 9.00 |
| Con los dos tomos, pasta percalina | 125.00 | 10.50 |
| Con los dos tomos, pasta española | 145.00 | 12.00 |

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Rep. de Guatemala No. 42-4

México 1, D. F.

Apartado Postal No. 965

Tel. 12-31-46

Documento indispensable para
LA HISTORIA DE MEXICO
*y para el estudio y análisis crítico de la Matrícula de Atributos
y el Códice Mendocino*

**INFORMACIÓN SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS
INDIOS PAGABAN A MOCTEZUMA, AÑO DE 1554**

Vol. IV de la Colección

Documentos para la Historia del México Colonial
publicados por

FRANCE V. SCHOLÉS

y

ELEANOR B. ADAMS

Interesantísima declaración de seis testigos, indios principales de Tlaltelolco, Cuautitlán, Azcapotzalco y Churubusco, quienes hicieron relación de:

Los tributos pagados a Moctezuma, valuados en pesos oro.

Fiestas principales de los aztecas.

Gobierno de los pueblos por caciques y señores naturales.

Así como otros aspectos de la vida prehispánica.

Edición numerada de 225 ejemplares en papel Córscian 240 pp.,
a la rústica, \$200.00.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855

TELEFONO: 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

HUMANISMO

Núm. 46

Noviembre - Diciembre 1957

S U M A R I O :

| | |
|---|--|
| EDITORIAL: | La Sociedad Interamericana de Prensa. |
| ANDRÉS IDUARTE | Mi Hispanoamericanismo. |
| FÉLIX MONTIEL | Ensayo sobre la Libertad. |
| J. M. MACHÍN | Elecciones en Alemania. |
| SILVIO JULIO | Precauciones y Equilibrios en la Práctica actual del Americanismo. |
| GILBERTO LOYO | La Economía Mexicana. |
| CÉSAR RONDÓN LOVERA | Oposición Democrática Organizada contra Reelección. |
| GERMÁN PARDO GARCÍA | Hallazgo de la Patria. |
| FERNANDO DIEZ DE MEDINA | Misterio de la Máquina. |
| GUILLERMO DE TORRE | Se Necesitan Satíricos. |
| NICOLÁS GUILLÉN | Un Son a Portinari. |
| FEDRO GUILLÉN | Tres Libros de Lucha Latinoamericana. |
| MEXICO EN MARCHA: Un Gran Discurso del Lic. Antonio Armendáriz. <i>México y la Agricultura.</i> | |

•

Pídala en las principales librerías de México y América,
o directamente a

H U M A N I S M O

San Juan de Letrán Núm. 13, Desp. 1704.

Teléfono 10-22-33. México, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

| Año | Ejemplares disponibles | Precios por ejemplar | |
|------|------------------------|----------------------|---------|
| | | Peso | Dólares |
| 1943 | Números 3, 5 y 6 | 20.00 | 2.00 |
| 1944 | Los seis números | 20.00 | 2.00 |
| 1945 | " " " | 18.00 | 1.70 |
| 1946 | " " " | 18.00 | 1.70 |
| 1947 | Números 1, 2, 3, 5 y 6 | 18.00 | 1.70 |
| 1948 | " 3, 4 y 6 | 15.00 | 1.55 |
| 1949 | " 2 y 3 | 15.00 | 1.55 |
| 1950 | " 2 | 15.00 | 1.55 |
| 1951 | Números 5 y 6 | 12.00 | 1.40 |
| 1952 | Los seis números | 12.00 | 1.40 |
| 1953 | Números 3, 5 y 6 | 12.00 | 1.40 |
| 1954 | " 4 y 6 | 12.00 | 1.40 |
| 1955 | Números 1 al 5 | 12.00 | 1.40 |
| 1956 | " 5 y 6 | 12.00 | 1.40 |

Los pedidos pueden hacerse a
República de Guatemala 42-4, Apartado Postal 965
o por teléfono al 12-31-46.

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras
publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 Y 1948.

ESTACIONES

REVISTA LITERARIA DE MEXICO

Aparecerá con el ritmo de las estaciones del año.

Editores:

ELIAS NANDINO y ALFREDO HURTADO

Dirección:

ALI CHUMACERO, ALFREDO HURTADO, JOSE LUIS MARTINEZ,
ENRIQUE MORENO DE TAGLE, ELIAS NANDINO, SALVADOR
REYES NEVARES y CARLOS PELLICER.

Suplemento "Ramas Nuevas", Coordinador: EMILIO PACHECO.

Distribuidores en la República Mexicana

PORRUA HERMANOS Y CIA., S. A.

Av. República Argentina y Justo Sierra

Teléfono 22-49-65

Y en su única sucursal

Av. Juárez 16,

Teléfono 46-57-40

Apartado Postal 7990

México, D. F.

Subscripciones y Canje:

(Correspondencia, giros por subscripción):

Dr. Elías Nandino, Calle Revillagigedo 108-202.

Apartado Postal 2848.

Tel.: 13-55-82

| | |
|-------------------------------------|-----------|
| Precio por ejemplar | \$ 12.50 |
| Subscripción por un año | 40.00 |
| Subscripciones del extranjero | Dls. 4.00 |

EDITORIAL CVLTVRA
TALLERES GRAFICOS, S. A.



GUATEMALA No. 96. TELS: 22-46-41 y 22-08-32
MEXICO, D. F.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

4 dólares norteamericanos al año; número suelto: \$1.00

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

SUSCRIPCIONES:

| | |
|--|---------|
| Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos | \$ 4.00 |
| Otros países | 3.50 |
| Ejemplar suelto | 1.25 |

Ultima Novedad
de

C U A D E R N O S
A M E R I C A N O S



Incitaciones y
Valoraciones

POR

MANUEL MAPLES ARCE



De venta en las principales librerías
Guatemala 42-4
México, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Ave. de la Universidad 975

Tel. 24-89-33



Apdo. Postal 25975

México 12, D. F.

Epistolario de Benito Juárez

(Selección, notas y prólogo de Jorge L. Tamayo. Colección Vida y Pensamiento de México. 640 páginas)

OBRAS COMPLETAS

de

Juan Ruiz de Alarcón

(Tomo I.—Edición definitiva. Introducción de A. Reyes. Preparado, anotado y prologado por Agustín Millares Carlo. Encuadernado en tela.—Biblioteca Americana. 1024 páginas)

La Elite del Poder

por

C. WRIGHT MILLS

(Sociología. 392 páginas).

Economía China

por

SOLOMON ADLER

(288 páginas)

Planificar para Sobrevivir

por

RICHARD NEUTRA

(Empastado. Ilustrado. Sociología. 464 páginas)

OBRAS COMPLETAS

de

A. REYES

(Tomo VI.—Capítulos de literatura española. De un autor censurado en el Quijote. Páginas adicionales. 456 páginas)

Manual de Antropología Física

por

JUAN COMAS

(Empastado. Antropología. 700 páginas)

El Nuevo Psicoanálisis

por

KAREN HORNEY

(2da. Edición. Psicología y Psicoanálisis. 228 páginas)

El Arte Ruso

por

LOUIS REAU

(Brev. 133. Emp. en tela, papel Biblia. 164 páginas)

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XVII

VOL. XCVII

1

ENERO - FEBRERO

1958

MÉXICO, 1º DE ENERO DE 1958

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,

CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARQUEZ

Manuel MARTINEZ BAEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1

Enero-Febrero de 1958

Vol. XCVII

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

| | <i>Pág.</i> |
|--|-------------|
| BETTY KIRK. Los Estados Unidos en América Latina. La política de la bomba de succión | 7 |
| RICARDO TORRES GAITÁN. El mercado común latinoamericano | 29 |
| CARLOS A. ECHÁNOVE T. Cuba, vergüenza y ejemplo | 42 |
| GUILLEMO DÍAZ DOIN. Negrín y la política de resistencia | 56 |
| JUAN MARINELLO. Un aniversario americano | 64 |

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

| | |
|--|-----|
| MIGUEL BUENO. Universidad, humanismo y ciencia | 71 |
| SERGIO BAGÚ. Cuatro precondiciones del planteamiento histórico | 92 |
| ALFREDO GAZZETTI. América, Cara y Cruz | 112 |

PRESENCIA DEL PASADO

| | |
|---|-----|
| LAURETTE SEJOURNÉ. Los sacrificios humanos: religión o política? | 127 |
| SANTIAGO MONTSERRAT. Sentido y misión del pensamiento en Hispanoamérica | 150 |
| MANUEL MEJÍA VALERA. La idea de la fama en la Edad Media castellana | 192 |

DIMENSIÓN IMAGINARIA

| | <i>Pág.</i> |
|---|-------------|
| RAÚL ROA KOURI. El taladro y el cielo . . . | 197 |
| SEGUNDO SERRANO PONCELA. Cirios rojos . . . | 202 |
| CIRO ALEGRÍA. Muerte del cabo Cheo López . . . | 237 |
| SARA BROWN. Velázquez y su tiempo. I . . . | 239 |
| MARCEL SAPORTA. Carta de París. El teatro in- ternacional y otros sucesos culturales . . . | 260 |
| LIBROS Y REVISTAS. Por Mauricio de la Selva . . . | 271 |

Nuestro Tiempo

LOS ESTADOS UNIDOS EN AMÉRICA LATINA

LA POLÍTICA DE LA BOMBA DE SUCCIÓN...*

Por Betty KIRK

LA política económica exterior anunciada por el Presidente Eisenhower en su primer discurso inaugural, estuvo firmemente enraizada en el siglo XIX y revelaba la plena intención de su gobierno de regresar las manecillas del reloj. El resultado de su aplicación ha sido que los Estados Unidos pierdan amigos y se enajenen gente en todo el mundo, a medida que una nación después de otra resiste al esfuerzo de imponerles nuevamente el imperialismo y la explotación colonial. Tanto en el país como en el extranjero, se le llama "Buena" Sociedad.

El Presidente Eisenhower delectó el programa cuando dijo que nuestra política exterior reconocería la importancia del comercio provechoso y equitativo. Para promover esto aconsejó, juntamente con otras medidas, "Hacer cualquiera cosa que nuestro Gobierno propiamente pueda para fomentar la corriente del capital privado americano al extranjero. Esto incluye, como un propósito serio y explícito de nuestra política exterior, el patrocinio a un clima hospitalario para tal inversión en naciones extranjeras". Adlai Stevenson ha llamado a tal programa, intento de "rehacer el mundo a nuestra propia imagen".

En el mismo discurso habló el Presidente de "socios" en el país cuando dijo, "El mejor programa de recursos naturales para América... comprenderá una asociación de los Estados y comunidades locales, ciudadanos particulares y el Gobierno

* "Cuadernos Americanos" se aparta en esta ocasión del principio de sólo incluir en sus páginas colaboraciones inéditas, por tratarse de un artículo de una distinguida norteamericana y porque sus puntos de vista coinciden con la opinión predominante en los países al sur del río Bravo. El artículo vio la luz pública en el semanario *The Nation* de octubre 5 de 1957.

Federal". Como tantos de los lemas de Eisenhower, esta "sociedad" se conserva de intento indeterminada, pero pronto quedó definida en la acción. En el proyecto de ley formulado para el desarrollo de la planta eléctrica de John Day en el río Colombia, el Gobierno federal y una gran empresa de luz y fuerza aportaron aproximadamente porciones iguales para realizar el proyecto. En la posterior división de propiedades se dejó al Gobierno como dueño de construcciones, compuertas de navegación y esclusas de control, todo lo que no producía ingresos. Pero la empresa particular recibió durante medio siglo la energía eléctrica productora de ganancias. La "sociedad" estaba definida. Significaba el empleo de los fondos públicos —el dinero de los contribuyentes—, para desarrollar recursos naturales, pertenecientes también al público, para provecho de una empresa privada, por cuya electricidad debe pagar el público la cuenta una vez más. La mejor descripción de esta "sociedad" es la del trato "de 50 y 50", hecho de medio conejo y medio caballo.

Fue aplicada al regalar otras reservas nacionales, tales como madera, tierras pastales y petróleo, yendo en cada caso, las ganancias a la empresa "privada" y la cuenta al público. Y tampoco caminó sola, pues fue apoyada por una política de crédito destinada a impeler a los ciudadanos y sus recursos a manos de corporaciones particulares. Thomas Stokes la definió como la de "Hambrear y Estrangular". En su columna del 1º de marzo de 1954, escribía:

El modelo está ahora muy claro ... Está proyectado para transferir todo el control posible, en algunos casos la verdadera propiedad, de proyectos del poder público... a las empresas privadas. Las técnicas son ...hambrear y estrangular estas empresas (impidiendo la entrada de fondos) de modo que ya no puedan tener éxito... El financiamiento después de esto debe realizarse localmente... Ello significaba que las empresas particulares recuperaran el control de los proyectos pagados por el contribuyente... Podemos ver la política de hambrear-y-estrangular triunfando claramente a través del país.

Míster Stokes no necesitaba haber limitado su observación al punto de mira nacional, pues el programa de hambrear-y-estrangular se estaba aplicando igualmente a los países extran-

jeros. Eso fue lo que el Presidente quiso indicar cuando dijo que su gobierno tenía el propósito "explícito" de favorecer un "clima hospitalario" para las inversiones norteamericanas en el extranjero. Sin embargo, ocurría aquí una profunda diferencia, pues la política conocida en el país como de "donación" se convertía en el extranjero en un "despojo".

Sin duda es legítimo que el gobierno federal transfiera las propiedades de sus ciudadanos a empresas particulares, si eso es lo que los ciudadanos quieren. Ellos toman sus decisiones en los comicios, y si quieren la economía de Eisenhower votan por ella. *Pero que el gobierno federal de los Estados Unidos use los fondos públicos—los dineros de los contribuyentes— para pagar los costos de echar abajo a otros gobiernos, poniendo peles a la cabeza de ellos y entonces cambiar sus leyes para que entreguen sus recursos naturales y su riqueza en las manos de unas pocas corporaciones particulares norteamericanas, eso es imperialismo económico en escala mundial.*

Este es el padrón que hemos empleado en la América Latina desde 1953. Es la razón de que haya ahora un continente en llamas, corrompida su economía, minados sus gobiernos, y su riqueza siendo rápidamente monopolizada por los "Imperialistas yanquis". Mucho de esto se ha consumado so capa de "Anti-comunismo", y durante el tiempo que hemos permanecido barbullando piamente contra el "colonialismo" en otras partes del mundo.

"No es el comunismo lo que nos separa, es la anarquía económica", acusó Ezequiel Padilla hace casi tres años. Las Américas—sajona y latina—están tirando aparte, advirtió el que fuera Ministro de Relaciones de México durante la guerra, quien más que cualquiera otro simple individuo, fue el responsable de la unidad interamericana que vino después de lo de Pearl Harbor. El neutralismo aumentaría, previno Padilla, y ahora lo encontramos extendiéndose de Canadá al Cabo de Hornos. Alcanzó su mayor altura cuando el fiasco de la reciente Conferencia de Buenos Aires, y precisamente a tiempo que la Unión Soviética anunciaba el afortunado lanzamiento del primer proyectil balístico intercontinental.

LAS consecuencias de la reversa de Eisenhower en la política exterior fueron también claramente previstas por un grupo

de hombres capaces, muchos de ellos republicanos, que habían ayudado a crear la Política de la Buena Vecindad. Esta política, en el sentir de estudiosos serios, es la diplomacia más luminosa que hayamos practicado. Por lo tanto, cuando fueron provocados a abandonarla y que se suscribieran a las falsas promesas y premisas de la "Asociación", renunciaron.

El primero en salirse fue John Moors Cabot, auxiliar del Secretario de Estado para Asuntos Interamericanos. Un año después de que tomó Eisenhower el poder, Cabot renunció a su alto puesto para ser Embajador en Suecia, y no regresó al campo latinoamericano durante más de tres años. A la renuncia de Cabot siguieron las de Dudley W. Figgis, director regional de la Administración de Operaciones Extranjeras para la América Latina, y de Merwin L. Bohan, consejero económico del Departamento de Estado en Asuntos Interamericanos. La renuncia de Nelson Rockefeller como ayudante especial de Eisenhower, se atribuye al desacuerdo en la política latinoamericana. Y Henry Holland, después de dos años de tratar de hacer labor pro "Asociación" fue el segundo en renunciar a su puesto como Secretario de Estado Auxiliar para Asuntos Interamericanos.

La Política del Buen Vecino fue definida por Franklin D. Roosevelt en otra inauguración en 1933. "En el campo de la política exterior, quiero dedicar esta nación a la política del Buen Vecino—el Vecino que resueltamente se respeta, y que porque lo hace, respeta los derechos de los otros". Su propósito era "hacer la paz en este hemisferio", explicaría más tarde el Secretario de Estado, Dean Acheson. Sus tres principios eran: 1) Seguridad de la nación y del hemisferio; 2) Fomento del gobierno representativo democrático, y se esmeró en este punto en decir que no significaba mantener el *statu quo*. Más bien, "Nos oponemos a la agresión, no nos oponemos al cambio. Ciertamente, daremos la bienvenida y alentaremos el cambio donde éste sea en dirección de la libertad y la democracia"; y 3) Cooperación económica positiva para ayudar a la consecución de los dos primeros. De los tres puntos, el último fue considerado como el más importante y así se aplicaba.

Uno de los primeros actos de Roosevelt fue retirar la Marina de una ocupación de siete años en Nicaragua, como testimonio de buena fe. Esto significó que la Diplomacia del Dólar y del Gran Garrote ya no regía, que empezaría el trato justo y el final de la explotación. Sin embargo, los estadistas latino-

americanos sonreían cortésmente y rehusaban creer que ocurriría cualquier cambio verdadero. La charla del trato igual era puramente una fina retórica, pensaban, hasta que la política fue probada en México en 1938.

LA prueba vino con la expropiación por México de las compañías de petróleo extranjeras, después de un conflicto que duró veinte años. La causa inmediata fue que las compañías se rehusaron a obedecer la ley mexicana. Fueron entonces declaradas "en rebeldía" y nacionalizadas sus propiedades. Se cambiaron notas entre los dos gobiernos pero no hubo envío de buques de guerra. Los Estados Unidos reconocieron el derecho de México a expropiar, y México reconoció su obligación de pagar. Y aunque se puso en acción una presión enorme para forzar a un cambio, el Washington oficial se mantuvo honradamente detrás de la política.

Fue la ausencia tanto de la Marina como de las sanciones económicas lo que trajo la convicción a las otras diecinueve repúblicas. Y cuando tres años más tarde se llegó a un arreglo, no sólo de la disputa del petróleo sino de todos los problemas sobresalientes desde 1910, seguido por un programa de cooperación económica, aun entre los escépticos nació una nueva fe. "Esto marca un cambio de política exterior de los Estados Unidos, no únicamente hacia México sino hacia todos los países de América", declaró el Ministro de Relaciones Ezequiel Padilla al firmar el convenio.

El empleo más dramático de la política para corregir errores previos y para establecer la paz futura vinieron después de la firma. Cuando los Estados Unidos reconocieron el principio de la nacionalización, siempre que se efectuara el pago, México recobraba 1) su soberanía nacional, el derecho a requerir la obediencia de los extranjeros a sus leyes, y 2) su independencia económica mediante el control de su petróleo. En las subsiguientes provisiones se definieron una base nueva para la cooperación económica y un nuevo clima para el funcionamiento del capital extranjero en el exterior. Estas provisiones incluían: el pago por México de todas las reclamaciones subsistentes, por daños revolucionarios y expropiaciones agrarias, en el pasado; negociaciones de un acuerdo recíproco de comercio; estabilización del peso mediante las compras de plata por el Tesoro de Estados Unidos a cuota fija, y la apertura de créditos a México

a través del Banco de Exportación-Importación. Con estas condiciones, la abigarrada pizarra del pasado quedó limpia, por primera vez en treinta años.

Aún más importante: por primera ocasión en su historia, el gobierno mexicano iba a recibir ayuda económica a largo alcance que permitiría el desarrollo por tanto tiempo diferido, y la integración de su economía, su política y su pueblo. Los préstamos se hicieron intergubernamentales, a plazos largos y con cuotas a bajo interés, aplicándose principalmente a obras públicas, en alguna ocasión para ayudar a la iniciación de una industria necesaria, tal como el acero. Pero tal financiamiento público creó automáticamente un campo de dilatación para legítimos capital y empresa privados, puesto que una vez construida una presa o mejorado un puerto, los negocios particulares se abrían alrededor como abanico.

Otro notable resultado de esta economía del Buen Vecino fue la educación de los hombres de negocios norteamericanos en México. Es ésta la mayor colonia que tenemos en el extranjero, y, me atrevo a decirlo, la más ilustrada y progresista, pues bien aprendió muchas lecciones que enseñó la expropiación del petróleo. Compañías de Estados Unidos que operan aquí ahora, están organizadas bajo las leyes mexicanas, a las cuales se conforman, sin pedir privilegios extraterritoriales. Pagan impuestos legítimos sobre las ganancias que obtienen, no solamente emplean una gran mayoría de mexicanos sino que les dan igual acceso a los puestos de gerencia y administración, con la paga correspondiente. De 46 compañías establecidas aquí desde 1942, la mitad operan como organizaciones mixtas, y de éstas una parte están controladas por mexicanos. Una reciente inspección de las 46 compañías muestra que 22 han reinvertido todas sus utilidades en el país, y el resto han reinvertido del 30 al 99%. Además, tales compañías han preparado trabajadores diestros, mediante escuelas locales y becas al extranjero, han abierto mercados tanto domésticos como extranjeros, y producen aquí innumerables artículos que anteriormente se importaban. En adición a este grupo de propiedad y dirección, la comunidad norteamericana de hombres de negocios incluye un competente grupo de representantes de manufactureros que venden aquí anualmente casi 750 millones de dólares en mercancías.

El personal en ambas categorías es de mentalidad interna-

cional, entiende las necesidades de las complicaciones e interconexiones del comercio mundial. Los de visión penetrante están tan interesados en conservar estable la economía mexicana, como lo están en el mantenimiento de la prosperidad en sus propios Estados Unidos. Un ejemplo extraordinario de sus esfuerzos para mejorar las condiciones, vino después de la devaluación del peso en 1954. Dándose cuenta de que la escasez de dólares estaba perjudicando a todos, formaron una organización llamada "*Operation Amigos*" (Amigos de la Acción), para fomentar el tráfico turístico, la cual presentó los métodos más rápidos para obtener una afluencia de dólares. Esta operación, dirigida por hombres de negocios en un momento en que nuestros representantes oficiales aquí nada hacían para ayudar, fue una de las contribuciones sobresalientes que se hayan hecho a México por un grupo extranjero.

Otro aspecto fundamental del programa para mantener la paz fue que, no obstante que se continuó proporcionando la ayuda inicial, ninguna sugerencia se hizo para mantener el *statu quo* o cambiar las leyes mexicanas para ajustarlas a las nuestras. En ningún punto limitó México su gran programa de reforma social como condición para tal ayuda. A través de veinte años de estrecha armonía con los Estados Unidos, ha continuado su agresión contra el feudalismo en todos los frentes. Las tierras fueron divididas y dadas a los campesinos, y proporcionados créditos y maquinaria para capacitarlos a trabajarlas. Las obligaciones y los derechos de los trabajadores fueron constantemente confirmados. La campaña contra el analfabetismo nunca cesó. Lejos ciertamente de detener tales reformas, se enviaron misiones de asistencia técnica para ayudar al mejoramiento de la salud, las cosechas, la cría de ganado, la salubridad y la dieta. Operaron con tanto éxito estas misiones en México y otras partes de América Latina, que sirvieron de modelos al programa del Punto Cuatro lanzado más tarde por el presidente Truman en escala mundial.

Nuestras inmediatas recompensas desde esta diplomacia de larga visión fueron militares. Con crear un fuerte aliado aseguramos la protección de nuestro flanco suriano por toda la duración de la Segunda Guerra Mundial. Los mexicanos no sólo defendieron su propio país, sino que mandaron un escuadrón aéreo a las Filipinas. De inestimable valor fue el bloqueo por México de las actividades de la Quinta Columna, promo-

vidas por el Eje. De nuestro leal vecino fluían cantidades de metales estratégicos para alimentar nuestra máquina guerrera. Todavía al fin de la guerra, rehusó México firmemente los ofrecimientos de ayuda militar, incluyendo armas, porque no tenía en qué usarlas. Orgulloso de haber alcanzado el gobierno civil, no quería volver al militarismo.

Nuestras recompensas finales fueron múltiples. Aumentó la cooperación política entre ambos gobiernos, y cuando las Naciones Unidas empezaron a funcionar en los años de la postguerra, colaboró México con nosotros en la gran tarea de construir la primera organización mundial con éxito. En el frente económico las recompensas fueron igualmente halagüeñas, pues la exportación a México, que en el año de la expropiación montó a dólares 62.000.000, había aumentado para 1956 a dólares 840.000.000. Como resultado, por nuestra parte, de una suave pero consistente ayuda inicial durante poco más de una década, y por su parte de un implacable ataque a los problemas nacionales, México se convirtió en nuestro más importante cliente en América Latina, el tercero de nuestros mayores compradores en el mundo!

LA aplicación continental de la Política, como lo enfatizó Ezequiel Padilla, fue prontamente captada por nuestras hermanas repúblicas del Sur, pues la paz hecha con México, y sus radiantes consecuencias, pronto hubieron de ser participadas por todas. Y aunque México permaneció como "escaparate", el total de la América Latina fue su terreno de prueba. Siguió aquí entonces la era de la más grande armonía hasta entonces conocida entre las Américas del Norte y el Sur. Cuando las naciones surianas descubrieron que eran libres, no sólo para buscar soluciones adecuadas a sus propios problemas sino que hasta se les ayudaba a resolverlos, se estaban plantando loscimientos de la paz por primera vez en sus turbulentas tierras.

El mayor tributo pagado por las veinte Repúblicas a la política de la Buena Vecindad, vino en Río de Janeiro en la sombría primavera de 1942 cuando se comprometieron a un frente único, respaldando a los Estados Unidos por todo el tiempo que durara la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de ellas tenía menos razón que México para este acto de solidaridad, pues les faltaba sentir los plenos beneficios del plan de ayuda

inicial primaria. No obstante, canalizaron sus materias primas a nuestras embarcaciones que estaban en su espera, y conservaron sus puertos y pozos de petróleo y minas, libres de saboteadores del Eje. Mandaron sus productos, aunque no podían comprarnos hasta que se lograra la victoria. Así sucedió que no fue sino hasta 1946 cuando pudieron obtener, con sus créditos acumulados y los préstamos venideros, las grandes cantidades de efectos que necesitaban para cuyo pago tenían entonces suficientes recursos.

Se aplicaron los métodos probados en México de proporcionar préstamos públicos, generalmente al Departamento de Planeación de un gobierno. A los fondos del Banco de Exportación-Importación se agregaron los del Banco Mundial, y sin embargo, la suma total de este crédito entre 1942 y 1953 ascendió tan sólo a dólares 1,827.214,179. Todavía más importante: en la América Latina no hubo "regalos". Cada simple préstamo se hizo sobre sólidas condiciones de negocio. "Alquilan el dinero", para usar la frase de Calvin Coolidge; pagan interés sobre él, y lo están devolviendo. Lejos de pagar las cuentas de ellos en cualquier punto, el contribuyente norteamericano estaba cosechando de estos préstamos, ganancias legítimas y un mercado en expansión para sus mercancías. Contrátese este saneado arreglo de negocios con las decenas de billones regalados en otros lugares durante el mismo período.

Aunque la cooperación de ayuda técnica podría aparecer como regalo, fue para beneficio y protección mutua y siempre con erogaciones de ambas partes. Para 1956, en su décimo quinto año, nuestra cooperación alcanzaba 524 millones de dólares, equivalentes al 35% del total, viniendo el 65% restante de otros estados americanos.

No fue esta modesta suma el factor más importante en la marea ascendente de las inversiones latinoamericanas, pues no representaba sino una pequeña fracción del total que se estaba invirtiendo por las naciones mismas. La contribución importante de este crédito estaba en el *carácter* de los préstamos. Excepto en raros ejemplos, no representaban capital en propiedades, por compra de industrias y recursos de nuestros ciudadanos en países extranjeros. Fueron dólares de trabajo los que pasaron al extranjero, estimularon el comercio, y volvieron a los Estados Unidos. Ganaron interés, no dividendos. Dejaron las fuentes nativas de riqueza en manos del Brasil, o de Perú, o de

México—dondequiera que trabajaron—, pero estos propietarios nativos volvieron a nosotros para comprar nuestras mercancías. Como resultado, nuestras exportaciones a la América Latina se elevaron de 500 millones de dólares en 1938 a 3,851 millones en 1956, y las repúblicas del Sur se habían convertido en nuestra más grande área de comercio en el mundo.

En el frente político, las expresiones de "imperialismo" y "colonialismo" estaban siendo borradas. Con ayudar a los países subdesarrollados a estructurar sus propias industrias, estábamos ayudando a liberarlos de la servidumbre de producir únicamente materia prima barata y comprar de retorno costosa mercancía ya terminada. Los resultados de esta luminosa política se publicaron en el informe de 1953 de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina. Entre el fin de la guerra y 1953, decía, los gobiernos en un número de países de la América Latina emprendieron vastos programas de desarrollo e industrialización, con el resultado de que la cuota de inversión se elevó en 18% anualmente. El ingreso industrial ascendió en 6.5%, la producción en 7.7%, y el ingreso bruto per cápita en 4.2% anualmente. La extraordinaria expansión iniciada en 1946 duró hasta 1952, a pesar del hecho de que los préstamos disminuyeron gradualmente en los últimos años del régimen de Truman. Su disminución fue debida a la Guerra Coreana, pero la compensación se encontró en las exportaciones más altas de materiales estratégicos a precios favorables.

Es por las razones arriba expuestas, que cuando en 1953 fueron provocadas las naciones latinoamericanas a poner el reloj a caminar hacia atrás, muchas lo rehusaron. El resultado ha sido crear la más grande de las divisiones en el frente interamericano en más de un cuarto de siglo. Sin embargo, apeándose a la fe en que algún día será revivida la Política del Buen Vecino—que es herramienta para el futuro tanto como fue en el pasado—, un trío de los gobiernos más liberales la han conservado viva. Este trío—México, Costa Rica y Uruguay—, ha continuado votando en consejos hemisféricos y en las Naciones Unidas, en defensa de los ideales del Buen Vecino. Al hacerlo así se han opuesto a la Diplomacia Dulles, que es apoyada en América Latina únicamente por los gobiernos dictatoriales..

LA Política de Buena Vecindad fue revolucionaria en el sentido de que no sólo era bienvenida, sino que sugería el cambio. La "Buena" Sociedad es contrarrevolucionaria en que busca el regreso a McKinley. Ésa fue una era en la América Latina cuando las empresas privadas de fuerza eléctrica, las comunicaciones, minas y petróleo, eran propiedad de intereses extranjeros y las utilidades por lo mismo viajaban a los ausentistas terratenientes en ultramar. Los gobiernos eran impotentes para mejorar el estado crónico de pobreza de sus pueblos o para alterar sus destinos económicos, pues si un régimen quería sobrevivir debía aceptar esta dependencia. Cualquier jefe de estado que denunciara tales condiciones no duraba mucho en el puesto. Si acontecía que su política interfiriera con nuestra propiedad privada, estaba siempre el Gran Garrote listo para ser manejado por los cañoneros o por la Marina. La política exterior era conocida anteriormente como "Diplomacia del Dólar". Su versión moderna tiene dos variantes, pues en lugar de mandar marinos, se alquilan mercenarios nativos, y las modernas industrias han sido agregadas a la lista de empresas provechosas sobre las cuales el extranjero busca la manera de dominar. Ahora la Diplomacia del Dólar se llama Buena Asociación y en el extranjero, como en casa, el gobierno de Eisenhower está usando el dinero de los contribuyentes para pagar la cuenta.

El *putsch* escenificado en Guatemala indica el método que desde entonces se ha seguido, con pequeñas adaptaciones. Seleccionando al gobierno de Arbenz para poner un ejemplo, los "buenos" socios intervinieron con dinero, fusiles, mercenarios, y aeroplanos manejados por pilotos de los Estados Unidos, para deponer a Arbenz (*Time*, julio 12, 1954). Después de organizar primeramente una *junta*, impusieron a Castillo Armas, un compasible pelele que más tarde fue muerto por su propia gente. Con hacerlo así violamos el principio de no intervención de la Organización de Estados Americanos, y minamos la autoridad del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, al bloquear una investigación sobre nuestro *golpe*. Mister Dulles llamó a estos resultados "un glorioso capítulo en la gran tradición de los Estados Americanos", pero Clement Atlee le dio el nombre de "agresión simple" en la Cámara Inglesa de los Comunes.

A esta subversión de tipo soviético se le hizo propaganda como de victoria sobre "el comunismo". Según los registros, llevo empleadas más de dos décadas en oponerme, a fondo, tanto

al Comunismo como al Fascismo, pero protesto cuando estas etiquetas son mal aplicadas para oscurecer los hechos verdaderos y desviar la opinión pública. El hecho es que la administración de Arbenz sí tenía alguna influencia comunista en ella, pero sólo había cuatro miembros del Partido en el Congreso y ninguno en el Gabinete. El programa de reformas que tanto su gobierno como el de Arévalo estuvieron llevando a cabo era básicamente social democrático, y modelado en el que México había aplicado con éxito para convertir un estado feudal en uno moderno.

El error que cometió Arbenz fue el de comprar armas detrás de la Cortina de Hierro. Este acto tuvo dos inspiraciones obvias. Una fue el temerario desafío de la campaña para teñirlo de "pro comunismo", que Washington había estado conduciendo durante meses. La otra fue la continua negativa a vender armas a Guatemala para su propia defensa, aunque se hallaba flanqueada al Sur por las fuerzas hostiles de Honduras y Nicaragua, esta última armada hasta los dientes por el Pentágono. El cargamento de armas fue embargado como provocación para "purgar" a Arbenz e instalar a nuestro Coronel. Acompañado por una histérica propaganda acerca de la "Amenaza de las armas comunistas", con valor de 10.000.000 de dólares al Canal de Panamá —a distancia de casi 1.000 millas—, el gobierno de Eisenhower tuvo éxito en su "gloriosa" misión.

Esta "aventura" en Guatemala exponía agudamente la forma de las cosas venideras, pues apenas se había colocado al pobre Castillo Armas sobre la silla presidencial, cuando ya cambió las leyes petroleras del país para complacer a sus asociados. Aboliendo la provisión constitucional sobre que el 51 por ciento de cualquiera compañía que explotara petróleo debería ser propiedad nacional, y que sólo productos refinados podían exportarse, su nuevo Código Petrolero abrió anchurosamente la industria a la explotación extranjera. Así se probó que el verdadero "crimen" de Arbenz estuvo no en su amistad al comunismo, ni siquiera en la animadversión a la United Fruit, sino en su renuencia a proporcionar un más "hospitalario clima" para los inversionistas norteamericanos. Este "clima" ha costado al contribuyente norteamericano, aproximadamente, 90.000.000 de dólares en préstamos, fusiles y subsidios en dos años, y ha "libertado" al pueblo guatemalteco de vuelta a una era anti-la-

borista, anti-agraria, pro extranjera, tal como existía bajo la dictadura de Ubico.

Esta relación explica por qué hubo una ola de protestas contra nuestra intervención, por toda la América Latina. Las otras repúblicas sabían que las verdaderas ganancias o pérdidas en la guerra "civil" de Guatemala eran el control de las reservas petroleras del país, porque muchas de ellas estaban sufriendo la misma clase de estrujamiento. En esencia, la política era: Dondequiera que un gobierno tuviese control de su petróleo, se ejercía presión para hacerlo cambiar sus leyes para favorecer al capital extranjero. Los países que cedieron incluyen a Panamá, Nicaragua, Bolivia, Cuba, Costa Rica y la Guatemala de Castillo Armas, todos los cuales han sido recompensados con préstamos, armas, consejo gratis y medallas. A las tres naciones que se atrevieron a resistir, que son Argentina, Brasil y México, se les aplicó un tratamiento diferente.

EL método usado en áreas donde una intervención militar no era factible, consistía en aplicar la política de crédito "Hambrear y Estrangular", que había tenido tanto éxito en Estados Unidos. Se hacía cambiando las operaciones de los Bancos de Exportación-Importación y Mundial, y creando una tercera agencia, la Corporación Financiera Internacional, para fortalecer la ofensiva. Su propósito era romper el control que otros gobiernos ejercían sobre sus economías, bloqueando préstamos intergubernamentales y arrojando la enorme potencia y los millones de dólares de crédito representados por los bancos internacionales, detrás de la expansión de empresas extranjeras privadas, libres. Esta política fue clarificada tan recientemente, el 12 de septiembre de 1957, cuando el director que se retiraba, John B. Hollister, anunció que hasta la Administración de Cooperación Internacional atacaría todas las concesiones para empresas industriales o mineras emprendidas por otros gobiernos. Su objetivo era "animar a los inversores particulares de Estados Unidos para ir a los países recién desarrollados". (A.P., Washington). El total de los fondos del Banco de Exportación-Importación y de la ICA es proporcionado por John Doe; una parte de los del Banco Mundial y la IFC, agencias ambas de las Naciones Unidas, viene también de las mismas contribuciones, pero no serán ni John Doe ni Juan Fulano quienes reciban las ganancias que están haciéndose.

Esta combinación de fondos públicos y privados, en su mayoría de Estados Unidos, se está usando para acaparar los recursos y las industrias de otras naciones. Y a este juego de exprimir por el gobierno de Eisenhower, tanto a los amigos como a los enemigos, se refiere eufemísticamente la prensa norteamericana, no como a imperialismo económico, sino como a "Ayuda Extranjera".

Fue al cambiar el carácter de los préstamos cuando el gobierno de Eisenhower convirtió el crédito de ayuda inicial de los años del Buen Vecino, en el de la ineludible Bomba de Succión. El primer cambio se hizo en el Banco de Exportación-Importación, que impidió los préstamos de desarrollo anteriormente hechos a los gobiernos para obras públicas. Desde marzo de 1953 a la fecha, todos los préstamos del Banco de Importación-Exportación hechos en la América Latina, han sido limitados a la compra de artículos de Estados Unidos, a financiar empresas particulares—casi totalmente norteamericanas—, o para subsidiar exportaciones de Estados Unidos. Los fondos administrados por el Banco Mundial en América Latina no sólo han sido tomados con el mismo carácter de asegurar nuestras empresas, sino que están siendo usados o retenidos para ejercer presión política. Esto se halla brillantemente ilustrado en el cambio de política hacia el Brasil.

Durante los años del Buen Vecino, el Brasil estuvo siendo estructurado como Estado hermano modelo, recibiendo más préstamos y ayuda técnica que cualquiera otra nación latinoamericana. Las relaciones diplomáticas entre el Brasil y los Estados Unidos eran las más amistosas en la escena interamericana, y quienes hablaban por ambas naciones contrastaban esta mutua atención con las restringidas relaciones que mantenían ambos con la dictadura argentina. Todo esto cambió en 1953. Distinto a otros Estados hermanos, Brasil no quiso cambiar sus leyes petroleras, que requieren propiedad y manejo nacional y prohíben inversiones extranjeras en la industria. No sólo ha rehusado el Brasil cambiar estas leyes, las ha hecho todavía más rigurosas.

Desde que el Brasil resistió obstinadamente a las sugerencias para cambiar su propio "clima", pronto fue cambiado para él. Aunque había recibido previamente casi 500 millones de dólares en préstamos para su desarrollo, de los Bancos de Exportación-Importación y del Mundial, este crédito fue repentina-

mente cambiado. Entre 1953 y principios de 1957, no ha recibido un solo préstamo para su desarrollo del Banco de Exportación-Importación. Obtuvo un empréstito de 140.000,000 de dólares, específicamente con la condición de destinarlos para la compra de artículos de Estados Unidos, y 118.000,000 en excedentes agrícolas, cuyo producto debió también ser gastado en nuestras exportaciones. Se le dio, adicionalmente, un curioso "préstamo" dentro de un mes después de la inauguración presidencial de Eisenhower. Este "préstamo" de 300.000,000 de dólares se hizo al *Banco do Brasil* para pagar deudas largamente vencidas a acreedores de Estados Unidos. Mediante esta maniobra, el gobierno de los Estados Unidos asumió la responsabilidad por los malos créditos de intereses particulares de Estados Unidos y, en las palabras de un economista mexicano, estos 300 millones de dólares "no se aplicaron al desarrollo de la economía brasilera, sino a mejorar la economía de unos pocos bancos y acreedores afortunados en los Estados Unidos".

La política del Banco Mundial hacia el Brasil ha sido todavía más severa. Aunque este Banco hizo al Brasil, entre 1947 y 1953, diez préstamos para su desarrollo, con un total de 194.000,000 de dólares, sin exigirle que modificara su Constitución, de 1953 a 1957 no le ha hecho un solo préstamo. En un artículo sobre Eugene V. Black, presidente del Banco Mundial, la Revista *Time* publicó el 25 de junio de 1956:

Quando un país se sale de la línea, el Banco Mundial es tan quisquilloso como cualquier otro banco. Generalmente, el Banco se halla en condiciones tensas, tanto con Brasil como con Turquía.

Después de informar sobre los préstamos anteriores, agrega *Time*:

Todo fue bien hasta 1953, cuando... el banco, descontento, decidió no hacer más préstamos hasta que se aclarara el clima económico.

Fue poco después de esto, cuando el precio del café brasilero empezó a caer, y el país se vio muy urgido de divisas en dólares. Esto afectó drásticamente al comercio de exportación de los Estados Unidos, pues mientras Brasil fue una vez nuestro mayor cliente en Sud América, sus importaciones de Estados Unidos cayeron en un 63.7 por ciento entre 1947 y 1955. Desde

entonces han mejorado un poco, ya que están ahora fuertemente subsidiadas por el Banco de Exportación-Importación y por John Doe.

Una política totalmente diferente fue empleada durante breve tiempo en Argentina, donde Juan Domingo Perón, nuestro enemigo de largo tiempo, se convirtió en amigo. "Probablemente no hay fase de la política de Estados Unidos hacia la América Latina que haya despertado tanta controversia como la abierta y fuerte actitud pro peronista del Departamento de Estado y la Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires", reportó Herbert Matthews al *N. Y. Times* el 9 de abril de 1955. Aunque se había iniciado una actitud más amistosa hacia la Argentina por el embajador de Truman, Albert F. Nufer, en 1952, fue el Dr. Milton Eisenhower quien consolidó la conversión, reporta Mr. Matthews en la misma relación:

El Vice Presidente Alberto Teissaire dijo recientemente que el punto decisivo vino con la visita del Dr. Milton Eisenhower, el hermano del Presidente, a Buenos Aires, en el Verano de 1953, y el General Perón ha dicho otro tanto.

Fue desde esta fecha cuando ocurrió una reversión en la política hacia el dictador, a quien previamente se había llamado Enemigo número 1. Comenzó a recibir préstamos e infusiones de capital privado norteamericano, para apuntalar su flaqueante economía, y a mediados de abril de 1955 anunció que desnacionalizaría el petróleo argentino y lo abriría ampliamente a la explotación extranjera. El 12 de junio dio un contrato a la Standard Oil Company de California, y cuando, cuatro días después, se conocieron algunas de sus condiciones incluyendo privilegios extraterritoriales, ocurrió la primera revuelta contra Perón. Y aún antes de que llegaran los préstamos acostumbrados, medallas y consejos, fue arrojado del país que había tenido en un puño por casi una década. El contrato con la Standard nunca fue confirmado, y el presente gobierno de Aramburu defiende firmemente su petróleo nacionalizado, pero sufre una inflexible presión para obligarlo a un cambio, incluyendo el de Juan Domingo Perón.

CUANDO los estadistas latinoamericanos, en la Conferencia Económica de Buenos Aires, abogaron por una vuelta a los prés-

tamos del Buen Vecino, se les recordó severamente que "Tío Sam no es Santa Claus". Los oradores tenían razón, pues el Tío Sam ha vuelto ahora a las funciones de Tío Shylock. *La propiedad* de la riqueza de otros países estaba convirtiendo a la más grande nación acreedora del mundo, de exportadora de capitales a importadora de capitales, y las ganancias hechas en el extranjero estaban creando una bonanza en los Estados Unidos. El triunfo de esta política recibió la bienvenida desde octubre de 1955 en dos artículos en *Fortune*. El primero asentaba que:

Se presume a veces que los Estados Unidos están invirtiendo en el extranjero mucho más de lo que reciben a cambio. Esto, sin embargo, no es el caso. En 1954, una gran parte de ello vino de un aumento en préstamos a corto plazo y en el monto y valor de las garantías extranjeras conservadas por los americanos. El valor de la inversión directa se elevó hasta cerca de 1,400 millones de dólares, o considerablemente menos que las ganancias. La era de las grandes entregas del gobierno se acerca a su fin. Las fuerzas normales del capitalismo están volviendo a dominar.

En el segundo artículo, "Briznas Azules del Mundo", reportaba *Fortune*:

Nunca, desde los rugientes veinte, ha estado Wall Street tan preocupada con las oportunidades en el extranjero. El alza en los créditos a plazo corto y mediano, representa la actividad prestamista de los grandes bancos de Estados Unidos, que han estado cayendo sobre ellos mismos para hacer el dinero asequible al solicitante extranjero. . . Otro desarrollo notable ha sido la avidez de los banqueros para tomar fracciones de préstamos iniciados por el Banco Mundial. Para los comienzos del Otoño, habían otorgado 214 millones de dólares en tales préstamos. Aunque esto es todavía pequeño comparado con la cartera total del Banco Mundial, de 2,400 millones, la corriente hacia tal participación está aumentando firmemente. Esto deleita el corazón del Presidente del Banco Mundial, Eugene Black, y *representa una revolución pacífica en operación* [las cursivas son mías].

Orgullosamente pudo anunciar el Banco Mundial, en su junta anual de Consejo, que el mismo año, en América Latina, sus inversiones retiraron de hecho 500 millones de dólares más de lo que invirtieron el año anterior. La mayoría de las inversio-

nes norteamericanas se hallan en industrias extractivas, como el petróleo y la minería, haciendo notar que esto contribuye menos a la prosperidad local que las inversiones en manufacturas.

Para 1956, la Bomba de Succión había aumentado su potencia, como lo hace notar la Comisión Económica para la América Latina, la cual reveló que:

"Las utilidades enviadas fuera de los territorios de la América Latina por inversiones extranjeras, ascendieron en 1955 a 750 millones de dólares, y continuaron excediendo en mucho a la entrada de capital privado extranjero a largo plazo". (Informe de julio, 1956).

En este año, el Departamento de Comercio de los Estados Unidos informó que 1956 fue otro año de bonanza para Norteamérica. En 1956, nuestras inversiones privadas extranjeras habían aumentado en 3,900 millones de dólares, hasta alcanzar un total de 33,000 millones, y que los dividendos de más del 10 por ciento sobre los mismos, habían pagado utilidades de 3,400 millones a los accionistas americanos. El Departamento estimaba, además, que el aumento de 1957 alcanzaría a 4,400 millones, engrosando los totales a 37,400 millones, y un regalito para la Bomba de Succión de 3,700 millones.

La mayor proporción del aumento en las inversiones privadas de 1956 se derramó en América Latina, donde las ganancias son más remunerativas. Ascendió a 1,800 millones de dólares. La cuantía de las remuneraciones se conoció por otro estudio del Departamento de Comercio, publicado en enero de 1957. El total del capital privado de Estados Unidos en la América Latina es de más de 9,000 millones; de esta suma, 2,500 millones proceden de inversiones bancarias en valores, y 6,500 millones son inversiones de empresas privadas. De esta última suma, se ha ganado lo suficiente en un año para pagar 1,000 millones de dólares en sueldos y salarios, 1,000 millones en contribuciones, y todavía queda una utilidad de 1,115 millones. Esta ganancia fue dividida para reinvertir 600 millones en expansión y pagar a los accionistas de Estados Unidos 10 por ciento en dividendos, que suman 555 millones de dólares.

El reverso latinoamericano de la medalla contrastaba agudamente, pues no hubo bonanza para los americanos al sur del Río Bravo. Los sueldos eran bajos, la producción agrícola había declinado, los precios de exportación estaban más bajos y se había elevado el costo de la vida. El progreso económico para

la región en conjunto, medido por el producto bruto y el ingreso bruto, habían caído hasta el punto de mantenerse con dificultad al ritmo del aumento de la población. La producción industrial se elevó en 1956 únicamente en un 3 por ciento, en comparación con el 6 por ciento de 1955 y 7 por ciento en 1954. Quizás lo más importante para la paz en la América Latina estriba en los niveles de vida, los cuales han venido descendiendo. El ingreso *per capita*, que se había elevado en 4.2 por ciento anualmente, entre 1946 y 1953, había caído a 2 por ciento para 1954, a 1 por ciento en 1955, y para 1956 se había hundido a 0.1 por ciento.¹

La observación de *The Times*, de Londres, hecha a raíz del fracaso de la Conferencia Económica de Buenos Aires, es correcta. Después de asentar que otros participaban con los latinoamericanos en su desilusión por los resultados, comentaba:

Esta rica región continuará siendo la tierra de la oportunidad, pero, irónicamente, más para el extranjero que para el nativo.

EN conclusión, el modo más rápido de apreciar el contraste entre la política de los Partidos Demócrata y Republicano al sur del río Bravo, es el de inspeccionar los dos países a los cuales señala cada partido como modelo. Durante los Tratos Nuevo y Justo, México fue el "escaparate" de la Política del Buen Vecino. Bajo la actual administración, Venezuela es alabada como la "Cenicenta" de la América Latina.

Raramente ha recibido cualquiera nación en la América Latina o en otra parte, una aprobación igual a la concedida por el gobierno de Eisenhower a Venezuela. El presidente Eisenhower ha condecorado al dictador militar (de Venezuela), general Marcos Pérez Jiménez, con la Legión del Mérito, por su "sana política económica". El general Pérez ha condecorado al Dr. Milton Eisenhower con la Orden del Libertador. El dictador, adicionalmente, hizo a Arthur T. Proudfit, Caballero Comendador de la Orden del Libertador, cuando se retiró como presidente de la Creole Petroleum Corporation, subsidiaria de la Standard Oil, de Nueva Jersey. "Detrás de él, el petrolero Proudfit dejó una organización que en 33 años había invertido 1,000 mi-

¹ Reporte de ECLA para 1956, publicado en junio de 1957. "Latin American Business Highlights", publicado por *The Chase Manhattan Bank*, segundo trimestre 1957.

llones de dólares en el petróleo venezolano, a cambio de lo cual había extraído tanto como 500 millones de dólares por año en crudo negro". (*Time*, Nov. 22, 1954).

Poco tiempo después, *Fortune* pudo informar con ufanía que "La Creole es la más brillante joya en la corona de la Jersey", citó al presidente, Harold W. Haight, cuando dijo: "Deberíamos tener un crecimiento modesto". Y "Un crecimiento modesto en una compañía como la Creole, ya ganando 33 por ciento en las ventas y toscamente lo mismo en capital invertido, debería ser bastante para satisfacer a cualquiera", *Fortune* (abril, 1955). Desde entonces, el dictador ha enseñado que sabe cómo un "Buen" Socio debe actuar, abriendo a la explotación extranjera 200,000 acres de las reservas petroleras nacionales.

Sin embargo, no es sólo en la economía en lo que él coopera. Después de la guerra "civil" de Guatemala, mandó expertos venezolanos para ayudar a redactar de nuevo la Ley de Petróleo del país. Fue, apropiadamente, condecorado por Castillo Armas. Ahora da cordial hospitalidad a Juan Domingo Perón, quien conspira desde Venezuela por su regreso al poder en Argentina. La pregunta sin respuesta acerca de Perón es ésta: Si él volviera a ser Presidente en Argentina, ¿volvería a desnacionalizar el petróleo y abrirlo a la explotación extranjera?

Contrastando con la ferviente alabanza para el general Pérez, prodigada por los funcionarios de Eisenhower, se oyen algunas voces de descontento, tanto del interior como del exterior de Venezuela. Entre los grupos que han encontrado fallas a la vida en el país "Cenicienta", se hallan: la Federación Americana del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales de Estados Unidos; el Congreso Canadiense de Trabajo; la Organización Regional Interamericana de Trabajo y la Organización Internacional de Sindicatos de Oficios Varios. Han encontrado fallas porque, bajo la dictadura, todos los sindicatos de oficios libres, excepto uno, controlado por comunistas, han sido disueltos, y en su lugar se organizan sindicatos dominados por el gobierno. Más recientemente, el arzobispo Rafael Arias, el prelado de más alto rango de la Iglesia Católica en Venezuela, ha agregado su voz a la de ellos. En una carta pastoral del reciente Primero de Mayo, ha denunciado:

La continua interferencia política en la organización sindical de Venezuela, la ha desviado de su función primaria y enga-

ñado a nuestros trabajadores. No titubeamos en exhortar a nuestros trabajadores a unirse en sindicatos libremente organizados.

Pero no paró aquí el arzobispo Arias. Acusó, además, a la dictadura de "mala distribución" de la prosperidad del petróleo nacional, y dijo que el desempleo estaba aumentando y los salarios eran demasiado bajos, mientras las utilidades en el capital invertido habían aumentado "increíblemente". Otros hechos por los que el prelado ha protestado son la abolición de las libertades civiles y la censura tanto de los periódicos como de la correspondencia, la expulsión del país de cientos de patriotas, y el alto costo de vida, uno de los más altos del mundo.

Con este trasfondo se celebrarán elecciones en Venezuela el 15 de diciembre. Durante las últimas elecciones, el general Pérez fue superado en los votos por 8 a 1 en las urnas, pero "ganó" la Presidencia. En preparación para el plebiscito venidero, ha tratado de callar al arzobispo Arias. Este esfuerzo falló, y la Iglesia permanece firme en su oposición. A estudiantes y periodistas no les ha ido tan bien. Cuando aparecieron los folletos exigiendo elecciones libres, en el campo de la Universidad Central, 100 estudiantes fueron arrestados, suspendida una clase entera de ingeniería por un año, se ha cercado el terreno con una cerca de alambrado de púas, y la policía política patrulla las entradas. Miembros de la prensa, entre tanto, han sido amenazados con la prisión si publican cualquiera noticia que no sean informaciones políticas oficiales.

Sin embargo, este país "Cenicienta" y sus métodos han sido oficial y públicamente refrendados por el Secretario de Estado del general Eisenhower y su Secretario del Tesoro. En la primavera de 1954, dijo el Secretario Dulles a la Organización de Estados Americanos que se reunió en Caracas, que si sus naciones querían hacer negocios con el gobierno americano, debían imitar a Venezuela. En el otoño del mismo año, el Secretario Humphrey repitió enfáticamente el consejo de Dulles a los delegados que concurrían a la Conferencia Económica Interamericana en Río de Janeiro.

México también tiene elecciones presidenciales próximamente, en julio de 1958. También México ha sufrido la misma especie de opresión financiera como se aplicó al Brasil. Es natural, por lo tanto, que su pueblo se preocupe por el futuro de la política exterior de los Estados Unidos. Esto se expresó en

variados saludos al nuevo embajador, Robert C. Hill, cuando llegó, pero el desafío más gráfico vino en una caricatura: Mostraba ésta a Josephus Daniels como el sonriente representante de la Política del Buen Vecino, y a Henry Lane Wilson empuñando bolsas de dinero, como símbolo de la Diplomacia del Dólar; el embajador Hill aparecía paseando entre ellos, con este título: "Escoja su camino, Mr. Hill".

(Publicado con el permiso de *The Nation*, revista semanal de Nueva York).

Bety Kirk es autora del libro *Covering The Mexican Front*, y es corresponsal extranjera en México, representante de *The Manchester Guardian*.

Traducido por el Dr. José Amaya Topete.

EL MERCADO COMÚN LATINO-AMERICANO*

Por Ricardo TORRES GAITAN

EL tema que me corresponde desarrollar esta noche, se encuentra relacionado con los esfuerzos que deben realizar los países de América Latina, a fin de lograr una mayor colaboración en el campo económico y una no lejana unidad económica regional. Señalar los factores que explican y hacen indispensable la colaboración y una mayor unidad económica regional, así como analizar los obstáculos y las perspectivas de dicho fenómeno, serán los objetivos centrales de esta charla.

América Latina y sus características económicas

EN nuestra América habitan cerca de 180 millones de personas, que produjeron bienes y servicios en 1956 por 50 mil millones de dólares a precios de 1950; en consecuencia, a cada latinoamericano le corresponde un ingreso bruto anual de 277 dólares. Excluyendo las sumas destinadas a la reposición de capital y la inversión neta, el consumo se reduce a unos 225 dólares anuales por individuo. Los bajos niveles de vida que esta cifra revela, se agravan debido a que en esta región es particularmente defectuosa la distribución del ingreso, lo que contribuye a acentuar la inestabilidad política y el ya casi crónico malestar social que caracteriza a los países de esta parte del Continente Americano.

La estructura ocupacional de esta zona acusa las características propias de las áreas subdesarrolladas. En 1953, las actividades primarias absorbían el 58% de la población económicamente activa, correspondiendo a éstas el 24% del producto

* Conferencia leída el 22 de noviembre de 1957 en la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México.

bruto. La industria, que incluye la de transformación, la construcción y la minería, proporcionó trabajo al 17% de la población económicamente activa y recibió el 27% del producto bruto. En cambio, el comercio y otros servicios ocuparon la cuarta parte de la población económicamente activa y recibieron casi la mitad del producto bruto.¹

América Latina tiene escasa significación en el comercio mundial; sin embargo, sus relaciones económicas con el exterior desempeñan un papel de primera importancia en la determinación de su nivel de ingreso y en su tasa de desarrollo económico. La naturaleza de dichas relaciones y sus características económicas, explican la vulnerabilidad e inestabilidad de estos países. En cuanto a las exportaciones, lo más saliente es su escasa diversificación en productos y mercados. En 1953, la venta de seis materias primas representó el 65% del total de la exportación de esta área, dirigida en un 50% a los Estados Unidos.²

En 1953, las importaciones de América Latina ascendieron a 6,330 millones de dólares, o sea, el 8% del total mundial. Las importaciones, como resultado del desarrollo económico, han acusado un ritmo de crecimiento mayor que el de las exportaciones y del ingreso, agudizando de esta manera el desequilibrio secular de la balanza de pagos de dicha región. Las tensiones y el desequilibrio de la balanza se agravan debido al desfavorable curso de la relación de intercambio, que en 1956 se encontraba por abajo de los niveles de 1950.³ Sobre la balanza de pagos pesa desfavorablemente el movimiento de capitales a largo plazo. En efecto, según cifras de la CEPAL, América Latina recibió capitales a largo plazo por 5,879 millones de dólares en el período 1945-1955 y remitió al exterior utilidades e intereses por 8,229 millones en igual período.⁴

El bajo nivel de ingresos de esta zona y, en consecuencia, las reducidas posibilidades de ahorro, unido a los adversos resultados que a menudo produce el comercio exterior, han influido para que los países de esta área empleen expedientes expansionistas a fin de acelerar su desarrollo económico. El uso de ahorros forzosos ha provocado, en unión de otros factores de tipo estructural, una sistemática elevación del nivel interno

¹ Estudio Económico de América Latina. 1956. CEPAL.

² Estudio Económico de América Latina. 1953. CEPAL.

³ Estudio Económico de América Latina. 1956. CEPAL.

⁴ Estudio Económico de América Latina. 1955. CEPAL.

de precios y ha acentuado la incompatibilidad entre el desarrollo económico y la estabilidad externa.

En resumen, nuestros países, en mayor o menor grado, presentan las siguientes similitudes y características en el aspecto económico: la mayor parte de su fuerza de trabajo se encuentra desocupada o subocupada en actividades al margen de la economía monetaria; su mercado interno está en proceso de formación y su capacidad adquisitiva es muy baja; su estructura agraria es defectuosa e incompatible con el desarrollo económico; su desarrollo industrial es incipiente y padece de insuficiente suministro de energía; carecen de una estructura y de un clima institucional que aliente la formación de capitales y garantice la adecuada canalización de las inversiones; sus economías están desarticuladas en lo interno y vinculadas unilateralmente al mundo exterior por medio de relaciones económicas inestables y poco diversificadas.

Las similitudes económicas que se observan entre los países de esta área, se ven fortalecidas en virtud de que dichas naciones tuvieron un origen común, alcanzaron su independencia política casi simultáneamente y constituyen una unidad geográfica en la que el idioma, la religión, la cultura, las costumbres y otras manifestaciones sociales, son, más o menos, las mismas.

El Panamericanismo y la cooperación económica

Los países americanos han establecido y aceptado ciertos principios políticos y jurídicos, que regulan sus relaciones y norman la convivencia interamericana. La solución pacífica de las controversias, la No intervención y el principio de la seguridad colectiva, forman los principios básicos del sistema interamericano. Sin embargo, la falta de una vigorosa colaboración económica ha restado solidez al Panamericanismo. Aún más, parece que en los últimos años se han agudizado las ya tradicionales diferencias que separan a la América Anglosajona y a la Iberoamericana, en temas como el financiamiento del desarrollo económico, el papel de las inversiones extranjeras, la necesaria equidad entre los precios de las materias primas y los artículos manufacturados, la colocación de los excedentes agrícolas y otros problemas económicos.

La cooperación económica interamericana debe tratar de robustecerse a fin de fortalecer la solidaridad política y moral

del Continente Americano. No debemos olvidar que la paz y la prosperidad son indivisibles y que "la miseria de una parte del Continente afecta, a corto y a largo plazo, la salud del conjunto"... "América es un cuerpo solidario y nada de lo que ocurra en uno de sus miembros deja de afectar a los demás".⁵

América Latina habrá de seguir poniendo todo su empeño a fin de encontrar fórmulas que permitan una mayor colaboración económica interamericana; sin embargo, teniendo en cuenta los criterios antagónicos que en esta materia sostienen las dos Américas, la tendencia mundial hacia la formación de unidades económicas regionales, la debilidad del mercado internacional de capitales, la política comercial del centro cíclico mundial y otros factores de índole económica, política y social, estimo que América Latina debe tratar de resolver sus problemas desde su propio ángulo y teniendo a la vista sus intereses económicos comunes; asimismo, debe esforzarse por unificar recursos y coordinar políticas, con el doble propósito de aprovecharlos mejor y poder actuar en la esfera económica internacional como una unidad económica regional independiente.

El propósito anterior no quiere decir que América Latina deba desprestigiar sus nexos políticos y económicos con los demás países del mundo y, en especial, con los Estados Unidos. Por el contrario, de realizarse ese propósito, es muy posible que los lazos entre Iberoamérica y los Estados Unidos y, entre la primera y los otros países del mundo, se volvieran más sólidos y, sobre todo, más fructíferos que los actuales, debido a que —como lo señaló un prominente funcionario de la India— la igualdad en el trato sólo es equitativa entre los iguales.

Unificar gradualmente los recursos de América Latina para su mejor aprovechamiento, coordinar las políticas orientadas a prevenir o atacar las contingencias económicas externas, alentar la formación de mercados regionales para estimular la industrialización (y como prerrequisito para lograr una gradual unidad económica regional), y sumar esfuerzos para facilitar el financiamiento del desarrollo económico de América Latina, son medidas acordes con el espíritu y el signo de nuestra época. En la actualidad, extensas y diversas áreas geográficas luchan por sortear con éxito los problemas contemporáneos o por terminar

⁵ Discurso del Lic. Luis Padilla Nervo—Secretario de Relaciones Exteriores— con motivo de la visita del Dr. Milton Eisenhower a México.

con el tutelaje extranjero. Son dos fenómenos diferentes y aparentemente opuestos, pero resultado de una misma causa: la inevitable transformación del mundo. En el primer caso se encuentran los países de la Europa Occidental, que se unen a fin de subsistir y mantener su importancia económica y, en el segundo, se hallan los países como los de Centroamérica, que desean integrarse a fin de vencer problemas ancestrales y poder acelerar su progreso económico.

Todos los países menos desarrollados tienen como objetivo común el desarrollo económico; sin embargo, dicha meta no está ligada a un esfuerzo colectivo regional que, lejos de interferir las metas individuales de cada nación, las estimula y perfecciona. Gunnard Myrdal ha señalado que casi el único recurso asequible a los países poco desarrollados, consiste en ayudarse mutuamente y en aplicar una política que parta y tenga como objetivo sus intereses comunes, ya que su futuro no puede quedar en manos de las naciones más desarrolladas, debido a que éstas los han administrado en su provecho.⁹

La integración y la justicia económica internacionales, suprema aspiración de la humanidad, exige previamente la integración regional, o sea, que es preciso inicialmente unir esfuerzos, mercados, capitales, conocimientos y aun voluntades en la escala nacional y regional. La futura integración económica internacional habrá de descansar en la cooperación y no en la subordinación, ya que en nuestra época no hay cabida para una solidaridad como la del siglo XIX, que no era sino la cooperación de los fuertes para dominar a los débiles, cooperación que terminó violentamente tan pronto se acabaron las áreas por distribuir. Debemos reconocer que la cooperación internacional no es sino el ensanchamiento natural y el perfeccionamiento de una cooperación practicada en la escala nacional y regional.

En la medida en que los países latinoamericanos fortalezcan sus vínculos económicos, adopten políticas comunes en relación con sus también comunes problemas económicos y dirijan sus esfuerzos hacia una mayor unidad económica regional, estarán en mejores condiciones para proseguir su desarrollo. Además, con la unidad, esta área ganará mayor respeto en el concierto internacional, alcanzará un mayor desarrollo cultural y obtendrá una mayor estabilidad financiera y otros muchos be-

⁹ GUNNARD MYRDAL, *Solidaridad y Desintegración*. Fondo de Cultura Económica. 1956.

neficios que por ahora resulta difícil apuntar. Alcanzar estos objetivos es una tarea llena de obstáculos y de realización a largo plazo. Sin embargo, más difícil será la situación de nuestros países si permanecen aislados, sin el convencimiento de que es necesario iniciar los esfuerzos por alcanzar una mayor cooperación y una gradual unidad económica regional.

Unidades económicas regionales

LA necesidad de que América Latina fortalezca sus vínculos económicos, adopte decisiones y medidas comunes frente a problemas económicos similares y oriente sus esfuerzos hacia su gradual unidad económica, surge por múltiples razones y se justifica aún más debido a que en la actualidad se registran diversos intentos hacia la formación de bloques o unidades económicas regionales. Esta tendencia, latente desde la Gran Depresión Económica, ha quedado de relieve al firmar los países de la Europa Occidental el Tratado de la Comunidad Económica Europea.

Los esfuerzos de estos países por lograr su unidad económica, aparecen una vez concluida la Segunda Guerra Mundial y se explican debido a los problemas que produjo este fenómeno en sus economías. La escasez de dólares que continúan padeciendo, sus problemas de reconstrucción económica, la necesidad de hacer frente a la creciente superioridad económica soviética y norteamericana y la gradual desaparición de sus antiguas posesiones coloniales, son parte de algunos de los hechos que explican el interés de esa zona por lograr su gradual integración económica.

Los países que forman parte de ese proyecto son: Bélgica, Francia, Alemania Occidental, Italia, Luxemburgo y Holanda, con una superficie de 1.2 millones de kilómetros cuadrados y una población de 173 millones de personas, sin incluir la de los territorios asociados. La importancia de dichos países aparece con los siguientes datos: en 1956 su producción ascendió a 125 mil millones de dólares y representaron la cuarta parte del comercio mundial. Estos países, Italia parcialmente, son naciones altamente desarrolladas; pero su posición económica ha venido a menos en los últimos lustros. Actualmente, están convencidos de que su desarrollo depende en alto grado de su integración económica. Al igual que la creación del área esterlina en la dé-

cada de los treinta, este proyecto nace con fines defensivos y de supervivencia económica.

Con el Mercado Común Europeo, se persiguen los siguientes objetivos: eliminación gradual de derechos arancelarios y restricciones cuantitativas entre los países miembros; política comercial uniforme; abolición de obstáculos a la movilidad interna de los factores productivos; política común en transportes, agricultura y en el campo monetario, fiscal y legislativo. Además, dichos países alientan el proyecto de crear un banco para facilitar el desarrollo y la explotación de los recursos naturales de los territorios asociados.

Para América Latina y, en general, para los países menos desarrollados, los peligros de este proyecto no se derivan de la gradual integración económica de la Europa Occidental, sino de la política que adopte hacia sus posesiones coloniales, donde obtiene y puede estimular la producción de materias primas, en las que América Latina está especializada.

La firma del Tratado de la Comunidad Económica Europea, aparte de las repercusiones que puede acarrear para América Latina, ha servido para plantear una serie de cuestiones de gran importancia para las naciones poco desarrolladas y pequeñas. Cuando países como Alemania Occidental y Francia consideran necesario dar pasos hacia su integración económica para facilitar su crecimiento y mantener su posición económica mundial, yo pregunto lo siguiente: ¿Cuál debe ser la actitud de los países de América Latina, que se encuentran atomizados y expuestos a todas las eventualidades de la economía mundial y sin posibilidades de influir seriamente en el curso de los acontecimientos económicos mundiales? ¿Debemos acaso seguir aislados, como simples espectadores y desempeñando un papel pasivo y propio de aquellos que la historia ha condenado a perecer?

Los hechos anteriores nos deben servir para reflexionar sobre las consecuencias derivadas de la falta de una vigorosa colaboración económica latinoamericana. En esta ocasión, no sería razonable que nos redujéramos a lamentar las posibles repercusiones del Mercado Común Europeo; mucho menos se justificaría que abordáramos el problema en forma aislada y sin importar la suerte de los demás países.

Así como América Latina ha puesto empeño en lograr su desarrollo económico, a fin de superar su vulnerabilidad y su

estado de atraso, considero urgente se lleven a cabo esfuerzos orientados a robustecer la colaboración económica regional. Esta medida es imperiosa debido a que cada día será más difícil la situación de los países que, siendo atrasados y pequeños en el sentido económico, continúan aislados y sin formar parte de unidades económicas regionales con intereses, aspiraciones y fines comunes.

Se justifica todavía más lo anterior si tomamos en cuenta que la integración económica europea había sido antecedida por la creación del área esterlina, la existencia del bloque soviético y la magnitud de los Estados Unidos, que cada uno de éstos constituye, respectivamente, una gran unidad económica regional.

Siendo evidentes los intentos mundiales hacia la integración económica regional, considero que para los países de América Latina sería punto menos que suicida permanecer aislados y sin vigorizar su colaboración en todos los aspectos de la política económica. Esta actitud, que no dudo de calificar de injustificada en el pasado y de fatal para el futuro, no puede ni debe ser continuada por ningún país de América Latina. Estoy convencido de que dichos países podrán defender con éxito causas comunes y alcanzar objetivos comunes, si previamente fortalecen su colaboración y ponen empeño en vigorizar su incipiente unidad económica regional. Nuestros países deben compartir responsabilidades colectivas y afrontar un destino común, convencidos de que nuestra unión es una de las mejores garantías para poder sortear con éxito nuestros problemas económicos, sociales y políticos.

*Obstáculos y ventajas de la unión
económica de América Latina.*

UNO de los principales obstáculos para una mayor colaboración y una gradual unidad económica de esta área, estriba en que dichos países carecen de una plena integración económica nacional. En casi todos ellos subsisten unidades autosuficientes, sin vínculos económicos internos y formando verdaderos estancos económicos. Además, en casi todos es frecuente encontrar grandes diferencias sociales entre los miembros de la colectividad. En la medida en que sean reducidos los sectores que disfrutan de libertad, bienestar y cultura, más difícil será que exis-

ta la unidad nacional y una plena conciencia de formar parte de una colectividad surgida bajo ideales y aspiraciones comunes.

La plena integración económica nacional exige, como acertadamente lo ha señalado Raúl Prebisch, que dichos países crezcan hacia adentro, disolviendo estructuras agrarias de tipo feudal y liberando las fuerzas sociales interesadas en el crecimiento económico y en el desarrollo de prácticas políticas acordes con las formas democráticas de Gobierno. Al mismo tiempo, es indispensable que dichos países impulsen las comunicaciones en lo interno y hacia el exterior, a fin de facilitar su integración nacional y sus vínculos.

La plena integración económica nacional tropieza, además, con el obstáculo derivado de la incompreensión de los países que se han beneficiado con el atraso y la desunión de los países de América Latina. Esas naciones a menudo consideran que el desarrollo y la transformación de los países dependientes en naciones libres y soberanas, es un intento por desintegrar la economía mundial; sin embargo, está demostrado que la verdadera solidaridad internacional sólo es posible en la medida en que se abandonen las prácticas de subordinación económica prevalentes.

La plena integración económica nacional de los países de América Latina es el paso previo para que puedan desarrollar una fructífera colaboración regional y se establezcan vínculos cada vez más sólidos en la esfera económica. No hay que esperar que estos objetivos se puedan alcanzar fácilmente y en un período más o menos breve; por el contrario, muchos habrán de ser los obstáculos a vencer en este sentido. No obstante, debemos insistir en esta tarea y procurar el logro, a corto plazo, de fórmulas que permitan una mayor colaboración económica regional, a reserva de perseguir a largo plazo una mayor unidad económica.

Entre las múltiples posibilidades para una fructífera cooperación económica, ningún campo más fértil e interesante que el relacionado con la defensa de los ingresos del exterior. Los países de América Latina deben luchar permanente y conjuntamente, a fin de evitar que su ingreso externo se vea mermado por efecto de la inequitativa y creciente disparidad entre los precios de las materias primas y los de las manufacturas. Nuestra lucha en este campo no es una tarea utópica. Ya nuestro Presidente Adolfo Ruiz Cortines señaló en la reunión de Presi-

dentes celebrada en Panamá, que "si en lo interno se han encontrado fórmulas adecuadas —como el sistema de paridad de precios para los agricultores—, no vemos por qué en la órbita internacional no pueda buscarse fórmulas que aseguren un mínimo de justicia para los productores".

En este campo se empiezan a lograr resultados alentadores. Los países cafeticultores, mediante la adopción y la aplicación de medidas incluidas en el llamado "Convenio México", han logrado invertir la tendencia descendente que se observaba en las cotizaciones de este grano. Otra medida es también la que conjuntamente decidieron adoptar nuestro país y el Perú, a fin de luchar contra la posible elevación de aranceles norteamericanos para los metales no ferrosos.

La cooperación de América Latina debe ser fortalecida en lo que respecta al financiamiento del desarrollo económico. Los países de esta región deben continuar y unificar sus esfuerzos a fin de conseguir un volumen mayor de préstamos de los organismos internacionales, y, sobre todo, obtenerlos en condiciones que permitan una aplicación más flexible. Tales países deben, en ejercicio de su soberanía, luchar por estar en condiciones de destinar los préstamos exteriores hacia los campos donde lo estimen más conveniente para sus intereses.

Un campo propicio para una cooperación económica es el que ofrece la formación de mercados regionales. Algunos de nuestros países carecen de posibilidades internas para desarrollar con éxito las empresas industriales que demandan grandes inversiones, suponen producción en masa y, en consecuencia, requieren de un amplio mercado. La forma más eficaz para vencer este tipo de obstáculos es la unión de mercados nacionales para un número limitado de productos industriales. De esta manera, se puede evitar que los grandes proyectos industriales resulten antieconómicos, se facilita el aprovechamiento de los recursos y se alienta la industrialización de América Latina. En este empeño, esos países deberán evitar fórmulas de intercambio que tiendan a agudizar la diferencia entre los países más desarrollados y los menos desarrollados en América Latina.

Alentar el comercio interlatinoamericano y buscar el progresivo establecimiento de un régimen multilateral de pagos entre dichos países, es otro campo donde la colaboración ofrece múltiples ventajas y alentadoras perspectivas. En este campo y gracias a los esfuerzos de la CEPAL, se ha podido demostrar

que no existen obstáculos insuperables para alentar el comercio interlatinoamericano y establecer un régimen de pagos que supere y sustituya a las prácticas bilaterales heredadas de la Gran Depresión Económica.

El presente año marca, precisamente, una etapa muy importante en lo que respecta a la integración económica de América Latina. En efecto, en la ciudad de Guatemala se firmó el Tratado Multilateral de Libre Comercio y de Régimen de Industrias de Integración Centroamericana. El primero de éstos está orientado a establecer el régimen de libre comercio para una lista reducida de artículos, susceptible de ampliación gradual, y completado con el acuerdo para establecer industrias proyectadas para trabajar y aprovechar todo el mercado centroamericano. La integración económica centroamericana es una fórmula nueva y en consonancia con nuestro tiempo, que debe seguirse con todo cuidado a fin de generalizar su aplicación hacia otras regiones de América Latina.

Son muchas las posibilidades de una mayor colaboración económica entre los países de América Latina, ya que existen diversos campos donde se pueden alcanzar resultados benéficos para las economías de esta área. Lo importante es que se realicen todos los esfuerzos para alcanzar una mayor cooperación económica regional, como paso previo para una gradual unidad económica.

Nuestra tarea actual consiste en crear conciencia acerca de la necesidad de dicha cooperación; al mismo tiempo, poner todo el empeño posible a fin de conocer y tratar de vencer los obstáculos que impiden la realización de esta ardua y magna tarea. Una mayor colaboración económica y una gradual unidad regional, deberá ser siempre una de las aspiraciones más caras de nuestros pueblos. Por esta razón, corresponde a nosotros buscar las fórmulas que permitan la realización de este anhelo y el desarrollo de un ambiente propicio para la realización de nuestros ideales.

Una mayor cooperación económica regional y los consiguientes esfuerzos hacia una gradual integración económica regional, suponen que debemos vencer obstáculos internos y externos, seculares o recientes y muy superiores a los que en su tiempo vencieron los países hoy desarrollados. Sin embargo, unidos, podremos vencer estos obstáculos con menor esfuerzo y a un plazo más breve.

La urgencia de esta tarea es evidente y salta a la vista al preguntar lo siguiente: ¿Qué esperan los países de América Latina para unirse regionalmente, cuando existe ya la unidad de los países de la Europa Occidental, el Commonwealth Británico, el bloque de naciones ligadas a la URSS, una China y una India inmensas y unos Estados Unidos poderosos y casi autosuficientes?

Los países de América Latina no deben considerar, al igual que los niños, que su fuerza radica en su impotencia. Somos, si no naciones maduras, sí mayores de edad, y por ello debemos fincar nuestro adelanto material y nuestro progreso moral sobre la base de esfuerzos propios y mediante su combinación en escala regional. Lo importante por ahora es tener un ideal y trabajar por él, o sea, trazar un camino y recorrerlo con los menores esfuerzos y en el plazo más breve.

Conclusiones

1. América Latina no debe permanecer como un grupo de países aislados en lo económico y sin adoptar una política común frente a los principales problemas que afectan su desarrollo económico y el nivel de vida de sus pueblos. Procurar su gradual integración económica regional, es una medida indispensable y que se justifica aún más, debido a la tendencia mundial hacia la formación de unidades económicas regionales, fortalecida recientemente con la creación del Mercado Común Europeo.

2. La naturaleza de la demanda de los productos que exporta América Latina, unida a las características de los mercados que consumen los productos de esta región, aconseja adoptar una política común a fin de defender los precios de estos productos y evitar el gradual deterioro de la relación de intercambio. Esta política debe ser completada con la celebración de acuerdos regionales para la compra y la venta de sus principales artículos de exportación y de importación, para evitar la competencia desordenada y procurar fortalecer la capacidad de negociación de los países de América Latina.

3. Estos países deben procurar la formación de mercados regionales, que agrupen a varios, con el objeto de alentar la industrialización y vencer los obstáculos derivados de los mercados estrechos y raquíticos que prevalecen en la mayoría de ellos.

Esta medida es indispensable a fin de no duplicar esfuerzos, aprovechar racionalmente los escasos recursos y, sobre todo, procurar las ventajas de un mercado controlado. Los mercados regionales son pasos orientados a fortalecer la unidad económica de esta área y servirán para alcanzar gradualmente una mayor integración.

4. Se debe auspiciar el comercio interlatinoamericano, procurando que los acuerdos bilaterales de comercio sean sustituidos por regímenes multilaterales de pagos, con las facilidades arancelarias respectivas.

5. Los países de América Latina deben continuar en su empeño por obtener una mayor corriente de capitales de los organismos internacionales; este empeño debe ir acompañado con cambios en las condiciones en que se otorgan dichos préstamos, a fin de que los Estados, en ejercicio de su soberanía, puedan precisar libremente el destino de dichos préstamos. Además, estos países deben continuar con el mismo propósito de constituir con recursos propios una institución financiera que facilite el financiamiento de su desarrollo económico.

CUBA, VERGÜENZA Y EJEMPLO

Por *Carlos A. ECHANOVE T.*

No hay que irse por las ramas: todo gobierno es un grupo organizado para la satisfacción de ciertos impulsos de dominio —en el mejor de los casos o, en el peor de ellos— para la explotación económica, en provecho del propio grupo, de los gobernados. El gobierno se basa en la necesidad que experimentan los hombres agrupados de ser dirigidos por uno o más de ellos, ya que es naturalmente imposible que todos y cada uno se gobiernen a sí mismos de manera armónica con las apetencias de los demás. Pero esto no es sino el fenómeno que hace posibles los gobiernos, en los que, de hecho, entran siempre ingredientes tales como esos impulsos de dominio a que me he referido, el deseo de mando y el afán de prestigio, que se satisfacen cuando se es jefe político. De aquí a que el grupo gobernante propenda a la dictadura no hay sino un paso.

Existen organizaciones políticas en las que, como fruto de la experiencia de los gobernados, sistematizada por los técnicos e impuesta por los partidos políticos orientados por sus caudillos, el camino a la dictadura resulta más o menos obstruido. Es el caso, por ejemplo, de los países organizados bajo el sistema parlamentario. En éstos, el jefe permanente del gobierno, ya sea el soberano o el presidente de la república, dispone de un poder restringido toda vez que tiene que compartirlo con el ministerio, el cual, a su vez, tiene que sujetar sus actos a la opinión de las cámaras de diputados, representantes éstos de los diversos partidos políticos de la nación. Este sistema es, hoy por hoy —con la variante, a veces, de una diputación representativa no de partidos políticos sino de sectores de la actividad organizada del país—, lo más perfecto que ha podido encontrarse desde el punto de vista de la neutralización de los impulsos de dominio absoluto y de máximo prestigio propios de los políticos.

Pero hay otros sistemas que consagran tácitamente la dictadura. Esos son, por ejemplo, los de América —la América propiamente dicha, no pensando en la inveterada y restringida acepción, reducida a los Estados Unidos de América, que le otorgan los europeos. Y este sistema, universal de un extremo a otro de nuestro continente, con la sola excepción de Uruguay, no es sino una copia de la organización política que se dieron los Estados Unidos de América al hacerse independientes de Inglaterra. En efecto, el artículo 2º de su Constitución Política de 1789 establece que el Poder Ejecutivo se depositará en un solo individuo llamado Presidente de los Estados Unidos de América. Y las diferentes naciones hispanoamericanas, que después fueron haciéndose independientes de España, copiaron servilmente en sus propias Constituciones Políticas ése y otros preceptos de la norteamericana: la dictadura en América, tanto en la América sajona como en la latina, quedaba así constitucionalmente consagrada...

Eso, que a nosotros, a fuer de americanos, casi nos pasa desapercibido, es notorio para los europeos. Uno de ellos, el publicista francés André Siegfried, escribe, por ejemplo, en su libro *Amérique Latine* (2ª ed., París, 1934):

"En el sector político el Nuevo Mundo se ha revelado creador: ha inventado el presidente.

"El rasgo esencial de los regímenes políticos sudamericanos, sin hablar aquí de los Estados Unidos de América, es la preponderancia del presidente de la república. En los períodos electorales, cuando se procede a la renovación de los grandes cuerpos o de los altos puestos del estado, no es la elección de las asambleas lo que absorbe el interés; toda la atención, todas las pasiones se concentran en la designación del presidente, no para que presida a la europea, sino para que gobierne. Poco importa que ese jefe resulte impuestor por la fuerza, que surja de un plebiscito o que sea regularmente electo; la conclusión es siempre la misma, pues sólo se trata de él, de él solo: él encarna en su persona la noción misma del poder, de la soberanía; los ministros, sus ministros, no son más que sus encargados, responsables ante él nada más, simple reflejo de su persona y siempre revocables a su voluntad. El verdadero equivalente francés es el consulado:

América Latina es presidencial en el sentido del año VIII o de la Constitución de 1852".

Refiriéndose ahora a los Estados Unidos de América, pero omitiendo decir que éstos son los verdaderos inventores de este tipo de presidente, dice el observador europeo:

"Esta concepción presidencial del gobierno, que contrasta con el parlamentarismo de la Europa occidental, sobrepasa el cuadro geográfico de América latina: se extiende, con excepción del Canadá, a todo el continente americano. . .¹ El presidente de Estados Unidos de América es, en realidad, veámoslo claro, menos un colega del huésped francés del Elíseo que un tribuno delegado por el pueblo, plebiscitado por éste. Pero su poder tiene, por lo menos, dos limitaciones: la resistencia local de los estados, que se manifiesta, sobre todo, en el senado, delegación federal más bien que asamblea legislativa; y la prohibición, no escrita, pero decisiva, al presidente de solicitar más de una vez la renovación de su mandato de cuatro años. Esta doble defensa contra la amenaza de una autoridad sin contrapeso, se apoya en la existencia de una opinión pública, no sólo viva, sino organizada; así resulta prevista una tiranía virtual".

Comentando especialmente la prohibición tácita de una tercera elección, escribe el Sr. Siegfried: "Me inclino a considerar la interdicción, aunque sea tácita, del tercer período como la disposición esencial del régimen constitucional de los Estados Unidos de América; toda veleidad de consolidación del poder presidencial resulta, en efecto, destruida por semejante veto preventivo, que no se detiene ante un Grant o un Teodoro Roosevelt. Un certero instinto muestra al pueblo norteamericano que la libertad no está en peligro con la existencia de un gobierno fuerte si éste no puede perpetuarse en el poder".

Ahora bien, el Sr. Siegfried escribía todo esto hace alrededor de un cuarto de siglo, o sea, cuando apenas comenzaba su labor "presidencial" el segundo Roosevelt, Franklin Delanno. Pero éste no sólo logró nulificar el contrapeso del Senado, no sólo dio, por cierto definitivamente, según parece, al traste con el gran poder moral y frenador de la Suprema Corte de Justicia de su país—que hasta entonces gozó de

¹ Hoy Uruguay constituye otra excepción, desde que se dio un poder ejecutivo plural.

merecida fama como organismo de "control" del Poder Ejecutivo dentro de los cauces constitucionales—, sino que se hizo reelegir hasta tres veces, o sea, que ocupó la Presidencia durante cuatro períodos consecutivos; y si la cosa no continuó indefinidamente fue porque la muerte del "hombre fuerte" norteamericano se interpuso.

Por lo que toca a nuestra América, a la América Latina, las cosas han marchado generalmente peor, cosa que, naturalmente, no ignora el publicista al que vengo transcribiendo. Dice éste, en efecto, aludiendo a las dos limitaciones, al absolutismo que encuentra en la organización política de los Estados Unidos:

"En los países latinos de América, esas limitaciones, a despecho de las apariencias, apenas si cuentan. La autonomía de los estados o de las provincias existe, ciertamente, en derecho, e incluso puede llegar, bajo ciertos aspectos de la gestión financiera o de la organización militar de tales estados y provincias, a verdaderas exageraciones, como en el Brasil; pero, de hecho, el poder central viola como le place tal autonomía mediante el envío de *interventores*, es decir, de comisarios arbitrarios, que sustituyen con su autoridad la de los poderes locales. La defensa parlamentaria no es más eficaz; desde que un presidente se manifiesta fuerte, la experiencia demuestra que es él quien 'hace', legalmente o no, las asambleas elegidas o que se dicen tales; y éstas no piensan después para nada en hacerle resistencia.

"En cuanto a la interdicción para el presidente de solicitar su reelección o, por lo menos, de no hacerlo sino después de un lapso intermedio, la casi totalidad de las constituciones suramericanas—Venezuela constituye la sola excepción— la han inscrito entre sus disposiciones, pues bien se ha hecho sentir la necesidad de limitar, por lo menos en el tiempo, una autoridad susceptible de convertirse en excesiva. En ciertas naciones está prohibida toda reelección; en otras se fija un número máximo de 'términos', o bien sólo se prohíbe la reelección inmediata, sin limitar el número de mandatos. Estamos aquí en la entraña misma del problema político en el continente americano".

Pero el señor Siegfried comenta: "Sin embargo, ¡cuántas maneras existen de desobedecer la ley cuando no hay una opinión pública organizada para protestar! Se elegirá, por ejemplo, a un 'hombre de paja', bajo cuyo nombre se continuará gober-

nando y el cual no será más que un intermediario; o bien, se conservará prácticamente el poder bajo un título distinto del de presidente, ya sea el de ministro o de jefe del ejército; más sencillamente aún, se hará la modificación de los artículos constitucionales estorbosos, por medio de asambleas tan serviles como las que ofrecieron la corona a Napoleón".

El señor Siegfried no incluye, ciertamente, otra variante practicada en América Latina y en la que México se viene especializando: la de que el Presidente saliente impone a su sucesor. No se trata ya de seguir gobernando por interpósita persona, sino, simplemente, de experimentar la voluptuosidad dictatorial de prohijar al subsiguiente dictador, así como de preverse de las incriminaciones públicas y hasta de los procesos que un nuevo grupo en el poder podría desatar contra el grupo saliente, asegurándose, incluso, la subsiguiente protección oficial de los intereses creados por el prohijador y su grupo.

Por supuesto, cuando se trata de naciones federales, como es el caso de Brasil, México y algunas más, los Presidentes, habitualmente, se encargan de violar la teórica autonomía de los Estados federados, designando a los gobernadores de cada uno de ellos, en seguida de lo cual se procede a la mojiganga de la "elección popular". Y, naturalmente, los gobernadores, a su vez, reproducen en pequeño en sus respectivos feudos las hazañas antidemocráticas del Presidente de la Federación. Y si esto acaece en las repúblicas federales, ¿qué no sucederá en las centrales, que constituyen la gran mayoría de las naciones latinoamericanas? ¿Qué escollos, siquiera teóricos, encontrará el poder omnímodo del Presidente? Y los dictadores se suceden, unos surgidos estrictamente del medio vernáculo, otros elevados a la "Primera Magistratura" por el imperialismo yanqui, que en América Latina, precisamente, hizo sus primeras prácticas, mismas que hasta hace poco caminaban viento en popa, antes de que les saliese al paso la Unión Soviética, respecto de la cual el gobierno yanqui experimenta tan mal disimulado complejo de odio, celos y temor.²

² En Europa, como en el mundo entero, son bien conocidos esos sentimientos. Por eso cuando en octubre último, la Unión Soviética lanzó al espacio su primer satélite terreno artificial, que provocó tan infantiles y evidentes sentimientos de envidia y enojo en los Estados Unidos de América, un periódico francés publicó un chiste según el cual el Sputnik ruso recorría su órbita produciendo un pitazo intermitente: "¡Pi, ¡pi!, ¡pi!"; pero al pasar sobre territorio estadounidense

Bueno es observar ahora que si, como decía yo al principio, todo gobierno se organiza en buena parte para la satisfacción de los impulsos de dominación y de prestigio propios de los hombres con inclinaciones caudillísticas, en América Latina contamos, además, con un antecedente histórico que no puede ser más propicio para la constitución de las dictaduras. Resulta, en efecto, que los jefes políticos precolombinos, lo mismo que los de toda sociedad "primitiva", eran esencialmente autócratas, autocracia a la que daba excelente base el carácter sagrado de la jefatura, ya que para la mentalidad "primitiva" lo sagrado invade e impregna todos los actos y funciones trascendentales de la colectividad. No me extenderé sobre este punto, que he tratado con cierta amplitud en otra ocasión, en relación con México.³ Añadiré solamente que hay todo un sustantivo, *caciquismo*, derivado del nombre que ciertos pueblos caribes daban a sus reyezuelos y que hoy nos sirve para designar el tipo de gobierno dictatorial de un solo individuo. Cierto es que habitualmente los que escriben sobre política latinoamericana, especialmente si se trata de extranjeros, descuidan este factor aborigen y ponen todo su énfasis en el factor racial e histórico hispano. Sin negar la herencia absolutista española en la vida política actual de las naciones hispanoamericanas, creo que debe buscarse, ante todo en la cepa indígena, el origen de los inveterados caciquismos en nuestra América. Pero no sólo se trataría de ese concreto factor histórico, sino también del fenómeno más general y trascendental de la falta de cristalización de la cultura en nuestras sociedades latinoamericanas; es decir, que hemos estado viviendo, y continuamos así, un ya largo período de *culturación*, o sea, de desintegración cultural por el choque de elementos y rasgos provenientes de culturas disímiles, la hispánica por un lado y las indígenas por otro, sin que hasta hoy, al menos por lo que hace a la mayoría de nuestras naciones latinoamericanas, ese caos haya cristalizado en una estructura espiritual definida y estable. Así se explica esa tan latinoamericana "tentación a la arbitrariedad, al abuso del poder, esa seducción

cambiaba ese pitazo por este otro sonido: "¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!". Y eso que aún no acaecía el sonado fracaso posterior del anunciado satélite estadounidense. . .

³ Véanse el Cap. II, párr. 5 de mi libro *Sociología Mexicana* (México, D. F., 1948, Edit. Cvltvra); véase también el vocablo "cacique" en mi *Diccionario de Sociología* (2ª ed., México-Buenos Aires, 1957, Edit. Cajica).

de la tiranía", que, según el Sr. Siegfried, "parece irresistible entre los latinos del nuevo mundo". "¿Por qué—continúa el europeo—, sobre todo, esa extraordinaria avidez de mantenerse en el poder, de perpetuarse en él aun cuando los plazos legales hayan concluido? Es que, según parece, en esos países la práctica gubernamental entraña demasiadas ventajas personales para quienes la ejercen y, sobre todo, para sus amigos. El nuevo jefe de estado nombra libremente y sin la menor restricción, es decir, arbitrariamente, a todos los empleados; despide a la clientela del precedente gobierno para reemplazarla con la suya propia, que tiene los dientes tanto más afilados cuanto más largo ha sido el tiempo de espera; los profesores, los empleados públicos mismos son arrastrados por esta rotación, pues no existen cuerpos de funcionarios estables con estatutos protectores de sus derechos; todos los nombramientos son, pues, 'políticos' en esos regímenes en los que la conquista del poder es ya un programa que se basta a sí mismo. Si el presidente carece de escrúpulos, no sólo distribuye los nombramientos, sino toda clase de concesiones o de privilegios financieros, que enriquecerán rápidamente a sus beneficiarios. La lotería, cuya popularidad en las sociedades latinas es bien conocida, vuélvese, por su parte, el más eficaz instrumento para reinar cuando los amigos reciben clandestinamente, a bajo precio y por cada emisión, cierto número de billetes que en seguida revenden a las agencias. Mientras la vigilancia de las asambleas o de la opinión resulten inocuas, es decir, mientras se es poderoso, la inmunidad estará asegurada. En tales condiciones, se concibe perfectamente que los ocupantes del poder tiendan a incrustarse en él".

Por eso, cuando las primeras constituciones políticas latinoamericanas copiaron servilmente el modelo "presidencial" norteamericano, hicieron algo que, conforme a la idiosincrasia de nuestras sociedades, vino como anillo al dedo.

Y ese anillo no ha podido ser más nefasto. Lo hemos visto refulgir docenas de veces, a través de nuestra América, con su macabro brillo inconfundible. Hoy el caso más notable, tanto porque en él se dan tanto uno de los peores ejemplos de dictadura a la hispanoamericana, cuanto porque prácticamente todo el pueblo que la soporta está en pie de lucha contra ella, es el de Cuba. Veamos este caso con algún detenimiento.

A principios de 1952, durante la Presidencia de Carlos Prío Socarrás, estaba el pueblo cubano engolfado en la lid electoral.

Varios partidos pugnaban, dentro de un marco de relativa libertad, por sacar adelante a su respectivo candidato. Así las cosas, el coronel Fulgencio Batista, cabecilla de uno de esos partidos, por cierto de los más exiguos, dio sorprendentemente, la madrugada del 10 de marzo del citado año, el clásico "cuartelazo"; apoyado por unos cuantos militares y ante el asombro de la inmensa mayoría del ejército, derrocó al presidente Prío, a pretexto de que "sabía" que éste pensaba efectuar un golpe de Estado y dar al traste con las próximas elecciones. Naturalmente, Batista era quien, *de facto*, iba a realizar tan nefasta labor. En efecto, no fue sino hasta noviembre de 1954, o sea, a los dos años y ocho meses de su intromisión militarista en el poder, cuando Batista trató de coonestar su posición, convocando a elecciones.

Ahora bien, y esto es muy significativo, el propio día en que Batista dio su cuartelazo, la Universidad de Oriente, ubicada en la ciudad de Santiago, la segunda de Cuba, redactó una viril protesta contra la asonada militar, en la que, entre otras cosas, decía: "Todo movimiento de fuerza, que constituye una violación de los principios constitucionales de la República, sin que exista una situación de dictadura o de opresión que impida el libre ejercicio de los derechos ciudadanos, es un atentado criminal contra los principios de libertad y democracia sobre los que se asienta la estructura básica del estado cubano. . . Es deber fundamental de la ciudadanía la defensa insobornable de los principios civiles, democráticos y republicanos que nos legaran los fundadores, y que el pueblo ha de mantener a toda costa para seguir mereciendo y disfrutando el ejercicio responsable y pleno de la libertad. En consecuencia, la Universidad de Oriente se pronuncia con toda energía contra la sedición militar que se dice perpetrada en la ciudad de La Habana".

Decía yo que esta actitud de la segunda Universidad de la Isla era muy significativa, por cuanto a partir de entonces, tanto los claustros profesoriales de las tres Universidades cubanas (la de Oriente, la de La Habana y la de Las Villas) como los estudiantes de las mismas han figurado, y siguen figurando, en primera fila entre los opositores a la dictadura de Batista. Tanto es así que cuando, en diciembre de 1956, viajaba yo en autobús entre Santiago y La Habana, durante uno de tantos molestos registros que del vehículo hacían por todo el trayecto miembros del Ejército, subió, cerca de Palma Soriano, un soldado de buen humor, que se limitó a echar una mirada al pasaje, diciendo:

—¿No hay estudiantes? No: no hay más que viejos. Pueden continuar su camino. . .

Puede decirse, por lo demás, que desde el mismo día de la usurpación de Batista comenzaron en toda Cuba movimientos de protesta, que se exteriorizaron por todos los medios posibles: prensa, manifestaciones públicas, estallido de bombas, etc. Y aquí hay, quizá, que formular una explicación: la de que el pueblo cubano tiene una sensibilidad política, un pundonor ciudadano verdaderamente notables. Está lejos, pero muy lejos, del *borreguismo* que observamos en otros pueblos hispanoamericanos. Además, al usurpar Batista el poder, no hacía más que diecinueve años que el pueblo cubano se había empeñado en una cruenta lucha contra Gerardo Machado, el último dictador que había conocido la Isla, y esa gesta triunfante estaba, y sigue estando, en la mente de los compatriotas de Martí con toda la vivacidad de un recuerdo relativamente reciente y siempre exultante. Así es que —aunque esto parezca un poco inexplicable para muchos hispanoamericanos que no conocen de cerca, como lo conozco yo, al pueblo de Cuba— el solo hecho de la usurpación del poder por Batista era para los cubanos, motivo más que suficiente para que se desatase, como se desató desde el primer momento, una oposición continuada y creciente contra el usurpador. Hay que reconocer en estos sentimientos y en esta postura un indiscutible mérito colectivo o concluir que la virtud política de los pueblos está en el conformismo, en el servilismo y en el *borreguismo*. . .

Como era de esperarse en un individuo de la contextura moral de Batista, las represalias de éste contra todos los que manifestaban su descontento no se hicieron esperar. De inmediato surgieron las aprehensiones, las incomunicaciones, los apaleamientos, las vejaciones de toda índole y los asesinatos, especialmente contra estudiantes e intelectuales en general. Puede decirse que, a partir del momento en que Batista usurpó el poder, su diálogo con el pueblo cubano ha sido un diálogo de agresión y de muerte.

Así las cosas, el 26 de julio de 1954, unos ciento cincuenta individuos, casi todos jóvenes y capitaneados por el intelectual Fidel Castro Rus, atacaron sorpresivamente, de madrugada, el Cuartel Moncada, en las afueras de Santiago de Cuba —se ha dicho, con razón, que la historia de la Isla empieza y acaba siempre en la Provincia de Oriente, especialmente en su capital

Santiago. La acción fue sangrienta. El ejército logró, al fin, desalojar a los asaltantes, quedando un saldo, por uno y otro bando, de varias docenas de muertos y heridos. Lo peor fueron las represalias: la gente de Batista persiguió después, encarceló, martirizó y, por fin, asesinó a sangre fría a cincuenta y dos de los presuntos ex-atacantes del Moncada. . . Esta fue la primera exhibición en grande de la crueldad ilimitada del Sr. Batista y de sus esbirros.

Naturalmente, el descontento popular cobró creces y, aunque un tanto amainada —aparentemente— la reacción popular, ésta siguió manifestándose ininterrumpidamente, hasta que el 27 de noviembre de 1955 se desata una nueva ofensiva popular en casi toda la Isla. Como antes, como siempre, son principalmente estudiantes los que ofrecen el pecho a las balas y tremolan en las manos las insignias de los derechos cívicos. Como represalia, el gobierno mata, hiere, veja, encarcela y martiriza. . .

El 30 de noviembre de 1956, hallándome yo casualmente en Santiago de Cuba, se efectuó un sorpresivo ataque, por un grupo de jóvenes entre los diecisiete y los treinta años, los cuales se posesionaron del edificio del Instituto santiaguero, desde el cual tiroteaban el próximo Cuartel Moncada; otro grupo, mientras tanto, tomaba e incendiaba el edificio central de la Policía Marítima, y otro grupo más hacía lo mismo con el local principal de la Policía Nacional. El ejército logró, al fin, desalojar a los jóvenes de sus posiciones y dispersarlos, haciéndoles cuatro muertos.

Esta acción tenía por objeto, según todas las apariencias, atraer hacia la ciudad de Santiago la atención del gobierno mientras que, sigilosamente, dos días después, desembarcaba audazmente en un punto de la costa de la misma Provincia de Oriente, internándose en la fragosa Sierra Maestra, Fidel Castro Rus, el mismo que jefaturó el asalto de 1953 al Cuartel Moncada. Lo acompañaba un puñado de revolucionarios. Todos habían partido de México, en un pequeño barco que zarpó de la costa oriental de la península de Yucatán.

Hasta la fecha, o sea, desde hace más de un año, Batista no ha podido, pese a sus aviones de retropropulsión, a sus tanques de batalla y a sus bombas incendiarias, adquiridos todos en Estados Unidos de América, desalojar al revolucionario de la Sierra Maestra.

La acción del 30 de noviembre de 1956 desencadenó, por

supuesto, una vez más, las represalias de Batista. Y, por cierto, una de las más sangrientas. Durante varios días muchos jovencitos fueron arrancados, a medianoche o de madrugada, de los brazos de sus padres o extraídos de las casas amigas en que se les había dado albergue, para llevarlos al Palacio Provincial de Gobierno, conocido desde entonces con el mote de "la casa de los suplicios", en donde, mediante martirios de la peor especie, se trataba de obtener nombres y direcciones de otros conjurados. Al fin, se les llevaba a las afueras de la ciudad, en donde eran ahorcados o fusilados. Tal fue el caso de un muchacho a quien conocí personalmente, William Soler, de quince años de edad. Una noche fue aprehendido durante una pequeña fiesta familiar a la que asistía. En la "casa de los suplicios" se le martirizó y algunos días después, en un sitio agreste, en los alrededores de la fábrica de cemento Titán, fue encontrado su cadáver horriblemente mutilado. Yo estuve a ver el sitio en que fue abandonado el infeliz. Le hacía compañía otro cadáver, el del también joven Froilán Guerra Blanco, igualmente mutilado y martirizado previamente. De tales martirios no hay la menor duda. Por si la hubiere, he aquí la parte relativa de los dictámenes de los médicos legistas Dres. Manuel Prieto Aragón y Carlos Padrón Ferrer acerca de ambos cuerpos. Respecto del jovencito Soler se lee:

"... además presentaba el cadáver en su hábito externo dos tipos de lesiones, unas recibidas en vida antes de recibir los disparos, que datan de unas 24 horas antes de la muerte; y otras recibidas ya cadáver".

En cuanto al cuerpo de Guerra Blanco, el respectivo informe reza que fueron halladas en él también dos tipos de lesiones, "unas recibidas en vida y otras lesiones después de muerto, y que las primeras fueron producidas por un cuerpo duro que muy bien pudo ser la culata de un arma de fuego, tal como pistola o revólver, y contusiones en el borde anterior y cara lateral de la pierna izquierda, en su tercio inferior, producidas en forma típica con la punta de un zapato, al ser golpeada continuamente. . ."

Poco después, las madres de Santiago organizaban una impresionante manifestación de protesta, que presencié. "Cesen los asesinatos de nuestros hijos", decía uno de los letrados que portaban. El ejército se encargó de disolver la manifestación.

En Santiago, en La Habana, en Las Villas, en Cienfuegos,

en todas partes continuaron las bombas, las manifestaciones de protesta e incluso los fuertes incendios de cañaverales —se calculan en más de 250,000 las hectáreas incendiadas hasta la fecha. El Gobierno, por supuesto, sólo confiesa 80,000. . .

En la propia Habana, relativamente indiferente, dada su naturaleza de metrópoli, de sede del Gobierno y de ciudad turística, se preparó un golpe extraordinario, de tipo suicida. El plan era asesinar a Batista —que tiene una táctica especial para eludir cualquier exhibición pública, en la que puede ser asesinado— en su propio palacio presidencial. El 13 de marzo del año en curso, un grupo de jóvenes decididos asaltó el palacio, dominó parcialmente a la guardia y subió hasta el segundo piso, donde Batista se hallaba. Éste huyó al último piso del edificio. Los asaltantes no pudieron llegar hasta allí, pues la guardia, reforzada, reaccionó y dominó a los asaltantes. Por supuesto, nuevas sangrientas represalias desencadenó en el acto el dictador. El entonces presidente de la Federación de Estudiantes fue uno de los asesinados con ese motivo. •

El movimiento antibatista no amainó por eso. Así es que, dentro del ya habitual ambiente de estallidos de bombas por todas partes, de incendios de cañaverales, de obstrucciones de toda índole a la labor dictatorial de Batista —*que desde hace más de un año tiene suspendidas las garantías constitucionales en toda la nación, reconociendo, así, tácitamente y contra lo que públicamente pregonaba, que todo el país está en situación de guerra*—, estalló en la ciudad de Cienfuegos, en los primeros días de septiembre último, una nueva e importante asonada: un pequeño ejército civil, al que se unieron elementos militares y navales oficiales, tomó la ciudad durante veinticuatro horas. Una falla en la organización hizo que llegaran prontamente refuerzos militares; la aviación, en bombardeo en picada, sembró la muerte y el terror en la población indefensa; los muertos, de una y otra parte, fueron tantos (más de seiscientos), que el Gobierno ordenó enterrarlos en zanjas abiertas con pala mecánica. . .

Esta grave acción había estado precedida, en menos de tres meses, por otra acción sangrienta en la ciudad de Matanzas: había sido asesinado un joven por vender bonos "del 26 de Julio", cuyo producto se destinaba a los rebeldes de la Sierra Maestra; el entierro, imponente, encabezado por el Obispo de Matanzas, fue disuelto por las balas de Batista.

Un mes después, un líder del "Movimiento 26 de Julio" —toma del Cuartel Moncada—, Frank Pais García, y el comerciante Raúl Puyols, que le había dado albergue, fueron asesinados en Santiago por el Gobierno. El entierro constituyó una manifestación política de más de veinte mil personas, muchas de ellas armadas y dispuestas a todo. El cadáver de Pais estaba vestido con el uniforme de coronel de dicho "Movimiento 26 de Julio". Un profesor de la Universidad de Oriente, Lucas R. Morán, tuvo a su cargo la oración fúnebre. Esta vez el Ejército no se atrevió a atacar a la ciudadanía armada, lo que evitó una orgía de sangre. Enseguida se inició en Santiago una huelga general, que duró cinco días. Durante ellos hubo choques con la policía y el Ejército, con saldo de ahorcados, fusilados, martirizados y vejados.

Una vez más, hace pocos días, pasé por la ciudad de La Habana, enterándome de que poco antes habían estallado al mismo tiempo unas ciento cuarenta bombas y petardos en la Capital y sus alrededores: era la respuesta a unas recientes declaraciones del dictador, según las cuales había logrado dominar completamente el terrorismo. Naturalmente, la prensa cubana, amordazada, no dio la noticia.

Como las garantías constitucionales están suspendidas desde hace más de un año, las universidades han cerrado, desde el principio, sus puertas para evitar más choques sangrientos entre estudiantes y fuerzas gubernamentales. Con tal motivo, las juventudes estudiantiles no sólo han perdido el año escolar de 1956-1957, que se interrumpió casi en sus comienzos, sino que están ya perdiendo el presente de 1957-1958. Además, últimamente han visto martirizar —este es el tercero en turno— al presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios, Omar Fernández.

La prensa y la radio cubanas están totalmente amordazadas, de modo que el mundo ignora lo que pasa diariamente en Cuba, salvo por algunos corresponsales extranjeros.

He llamado a este artículo "Cuba, vergüenza y ejemplo". Creo que el título es justificado, pues, por una parte, la "Presidencia" de Fulgencio Batista, que he traído a colación como el mejor ejemplo posible de hasta dónde es capaz de degenerar una dictadura hispanoamericana, tiene que llenarnos de vergüenza a los que formamos parte de la América Latina, por sangre y por cultura. Por otra parte, tampoco es posible dejar

de ver en la actitud sistemática, valiente e inquebrantable del pueblo cubano un conmovedor ejemplo de virtudes ciudadanas que están gritando que, por fortuna, no en toda la América Latina las dictaduras pueden imperar impunemente. ¿Caerá pronto el dictador de la hermosa Antilla? Muy probablemente sí. Sus fechorías son ya ampliamente conocidas y divulgadas por la misma prensa norteamericana, cuyo gobierno —gracias al cual, en buena parte, ha podido Batista mantenerse en el poder— parece que ha decidido no vender ya más armas al dictador asesino. Y es natural: los intereses económicos yanquis, tan vinculados a la industria azucarera de Cuba, que es la industria por antonomasia de la nación, vienen sufriendo un fuerte menoscabo con los crecientes incendios de los cañaverales norteamericanos, con la falta de garantías oficiales y con la inseguridad total en que desde hace más de un año se vive en la Isla.

Cuando Batista caiga a manos del pueblo por él sojuzgado, pero nunca envilecido, no sólo el ideal democrático, sino la normal y correcta organización política de toda Latinoamérica se anotarán un triunfo señalado; y las esperanzas en un porvenir político mejor para nuestra América se reforzarán extraordinariamente.

NEGRÍN Y LA POLÍTICA DE RESISTENCIA

Por *Guillermo DIAZ DOIN*

HE dicho en alguna ocasión que Azaña encarna plenamente el régimen inaugurado en España el 14 de abril. Pero, esta afirmación mía, exige una aclaración complementaria. La de decir también cuándo acaba esa encarnación. Y ello me lleva a afirmar que la personificación de la República por Azaña se limita al único período auténticamente republicano, el que va del instante de la proclamación hasta la disolución de las Cortes Constituyentes en octubre de 1933. Lo que viene después, ya no es la República, sino la anti-República. Y la etapa final, comenzada con el triunfo electoral de febrero de 1936, y seguida por el estrambote de la guerra civil, eso es sólo un régimen con la preocupación de defenderse de la agresión interior y exterior de las huestes fascistas y totalitarias.

Lo dicho, lo traigo a colación para afirmar que, así como Azaña personifica la República en su primera fase, Negrín la encarna en el epílogo del drama español. Se podrá discutir su personalidad en algunos aspectos —¿cuál es el estadista o político que no presenta claroscuros en su ejecutoria?— pero lo que no tendrá más remedio que aceptarse es que Don Juan Negrín simboliza la voluntad de resistencia del pueblo español. La figura del último jefe del gobierno de la República española ha quedado sepultada bajo los escombros de la derrota. Como a un Sansón bíblico —aunque la parábola no es del todo exacta, ya que el gobernante socialista quiso mantener el templo a expensas de sus costillas— todas las piedras del edificio quebrantado se le vinieron encima.

A mi juicio, ha llegado la oportunidad de exhumar de entre los restos de la catástrofe —catástrofe de gigantescas proporciones— al hombre que durante los dos años más trágicos de la vida política española tuvo en sus manos el poder.

Vamos, pues, a tratar de precisar algunos rasgos de su personalidad de gobernante y a valorar con justicia lo que representaba su política de resistencia.

La palabra resistencia, desde que fue pronunciada por labios españoles, fue ganando de hora en hora prestigio. Lo que en el pueblo de España pudo parecer en el primer instante mero quijotismo, se transformó, por obra de la tenacidad y la flema británicas, en algo sustantivo. Como en el siglo pasado ocurrió con los vocablos guerrillero y liberal —términos forjados en la fragua española—, en la centuria presente le ha correspondido a España, si no el honor de crear una palabra nueva, por lo menos el de tomarla del acervo de vocabulario olvidado para inyectarle vida esperanzada. Me refiero a la palabra resistencia.

Sobre la personalidad de Don Juan Negrín se lanzó el sambenito de comunista. La propaganda totalitaria tejió en torno suyo una leyenda roja, que nadie ni nada han podido disipar. Se llegó incluso a calificarle de "agente de Moscú". La verdad es que en torno a Negrín, que, según frase feliz de alguien que le trató a fondo, se tenía en el poder con seguridad y era, con bondades y defectos, un hombre de Estado con planes y ambiciones de tal, se cernía un destino irónico. Para muchos, en las postrimerías de su gobierno, estaba manejado por los comunistas. Aunque, en los primeros momentos, para otras gentes, su ascensión al poder no tuvo otra significación que la de servir de testaferrero para que otro compañero de partido, cuya personalidad política era más relevante, gobernase "desde detrás de la cortina". Se le adjudicaba el papel poco airoso de marioneta. Sin embargo, estamos convencidos que no fue ni lo uno ni lo otro. A veces las apariencias engañan. Lo cierto y verdadero es que Don Juan Negrín tenía condiciones y carácter para actuar por cuenta propia, y sobre todo en circunstancias excepcionales como las que le tocó afrontar.

Ya lo he dicho en otras ocasiones, la voluntad de resistencia en la guerra española no puede servir de elemento de juicio para discernir títulos de radicalismo o de moderación. Es algo que está por encima de la clasificación habitual de izquierdas o derechas. La raíz de la resistencia cala más hondo. Es problema de escepticismo o de fe. De darlo todo por perdido o de tener confianza en poder superar las circunstancias desfavorables.

Lo que ocurre es que la empresa política de Negrín ha quedado absolutamente desvalorizada por el hecho de la derrota. Pero, a nuestro juicio, se comete una gran equivocación y una gran injusticia tasando los quilates de un político sólo por el resultado afortunado o desgraciado de su gestión. Es preciso tener en cuenta algo más. Se dirá, sin duda, que el gobernante, mejor dicho, la calidad del mismo, se define por sus obras, que la política es el arte de operar con éxito sobre las realidades circundantes. Esto, a lo sumo, será aceptable en circunstancias normales, cuando la solución de los problemas que se abordan depende de factores exclusivamente nacionales, internos, que están al alcance de la influencia del hombre de gobierno. Pero, en el caso de Negrín, no fue así. El problema español estaba ligado y dependía en su mayor parte de voluntades exteriores, en una palabra, su solución estaba subordinada al juego diplomático y al chaloneo internacional de unas cuantas potencias. Aparte de que, como con gran verdad afirmó Negrín en una ocasión, "la guerra no es obra mía. Son otros los que la han hecho posible". A él sólo le tocó pechar con la carga.

Pues bien, como he expresado más adelante, no se puede descalificar a Negrín como gobernante por el mero hecho de que la guerra se perdiese. ¿Fue suya la culpa? ¿Fueron tantos sus errores y sus desaciertos que contribuyeron a que así ocurriese?

Como aclaración previa, para fijar bien nuestro criterio, hemos de decir que, después de ver cómo se produjeron los acontecimientos, tenemos la convicción de que la guerra estaba irremisiblemente perdida. Pero es cosa fácil hacer profecías sobre el pasado, cuando se tienen los datos a la vista, ordenados en forma retrospectiva. Las potencias fascistas estaban dispuestas a duplicar, a triplicar, a centuplicar, si era necesario, la ayuda a los rebeldes, con tal de sacar adelante sus propósitos. No tenían puesto límite a su auxilio y éste lo hubieran llevado hasta donde hubiesen reputado preciso. En cambio, los que tenían el deber, y no sólo esto sino razones de conveniencia, de impedir que los agresores totalitarios se saliesen con su empeño, se cruzaron estúpidamente de brazos. Planteado en estos términos el problema, la solución era previsible.

La guerra estaba perdida, si se tenía en cuenta el estado

de ánimo y de cobardía moral que imperaba en el exterior. El clima de apaciguamiento que reinaba en Europa era un factor desfavorable para la causa española. Pero, ¿era cosa disparatada pensar que ese ambiente era susceptible de modificación? ¿No llegaría un momento en que las democracias, comprendiendo el verdadero alcance del jaque que los dictadores fascistas querían dar a la independencia española, rectificarían su conducta de pasividad y de complacencia con el agresor? Aunque no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Negrín comprendió desde el primer momento el significado internacional de la contienda española. A este respecto, es expresiva su reacción, al enterarse, en septiembre de 1936, de la formación del gobierno de Largo Caballero en el que se le adjudicaba una cartera de ministro. Exclama lo siguiente: "No se pueden hacer las cosas peor. ¡Un ministerio de socialistas y comunistas! ¿Es que nos negamos a darnos cuenta de que nuestra guerra no es puramente nacional, sino que tiene un carácter eminentemente internacional?" Palabras que definen plenamente su mentalidad política y que constituyen un mentís para cuantos, posteriormente, le han tildado de extremista, descubriéndole veleidades con el comunismo.

Y es que Negrín, aunque esta afirmación mía parezca gratuita —el tiempo se encargará de calmar las pasiones, permitiendo enjuiciar con serenidad las personas y los acontecimientos—, tan pronto como asciende al poder, se despoja de su carácter de socialista, anteponiendo su condición de español a cualquier consideración partidista. Estas frases suyas, pronunciadas casi un año antes de acabar la guerra, son muy expresivas. "¡Qué terrible es todo esto! Mucho más, cuando se ha llegado a la convicción de que todos, absolutamente todos, socialistas, comunistas, republicanos, falangistas, franquistas, ¡todos!, son igualmente despreciables! Si se tratase de una lucha entre ellos, me haría voluntariamente a un lado, porque ninguna de sus querellas tiene importancia ni vale el sacrificio de una sola vida. Pero, se trata de España, ¡de España!, que temo no acabe desmembrada, a favor de nuestra propia estupidez...". Y cuando su sentido de lo nacional adquiere una forma perfecta es al afirmar lo siguiente: "Cuando un Gobierno demanda a un pueblo el resistir hasta lo último, aun a costa de todas las tribulaciones y de los máximos

sacrificios, ha de ser por principios consustanciales con el pueblo mismo. No puede pedirlo en nombre de una ideología determinada, de un grupo o de un partido. Ha de ser en nombre de aquella suma de obligaciones contraídas con su historia, que son deudas a pagar a la posteridad y que constituyen, en su conjunto, anhelos y compromisos, el exponente nacional de un pueblo”.

Vemos, pues, que la resistencia propugnada por Negrín no era la invocación a la resistencia de un partido o de una fracción geográfica de España frente a otra, sino la resistencia potencial de la nación, sin disminución de matices, personificada en las instituciones republicanas que el pueblo se había dado libérrimamente, para rescatar a la patria de las hipotecas constituidas por Franco en favor de los países empresarios de la rebelión y de la lucha armada. No se trataba ya de discutir a qué grupo, a qué fracción le correspondía el ejercicio del poder, sino de afirmar la soberanía española frente a la rapiña de los agresores extranjeros. En este sentido, la guerra de España pierde su significación de contienda civil para elevarse al plano de las luchas heroicas de los pueblos por la defensa de su independencia. Es la vena patriótica, el sentimiento de la nacionalidad lo que fluye y se refleja en esas expresiones de Negrín, muchas veces reiteradas a lo largo de la guerra. No es una retórica de circunstancias, es el postulado indeclinable de una política españolista.

Lo que va dicho no equivale a que pretendamos atribuir a Negrín el monopolio del sentimiento patriótico. Nada de eso. Otras personalidades del campo republicano lo poseían y lo poseen en grado sumo. Pero, esta cualidad estaba despoñenciada por el escepticismo, por la carencia de fe. Lo cual constituye un lastre para el político en las horas difíciles, pues le impide hacer frente a los acontecimientos adversos con decisión y entereza.

En este aspecto, ¡qué gigantesca se nos aparece la figura de Negrín! Se borran sus defectos, sus irregularidades, sus intemperancias, sus fobias, sus simpatías. Todo desaparece empalidecido por su capacidad de movilizar voluntades desfallecidas. Negrín es un motor de entusiasmos populares. Para gobernar en época de normalidad, no es preciso, o por lo menos es disculpable, la carencia de estas cualidades. Pero, en los períodos de guerra, cuando una de las funciones esen-

ciales del gobernante consiste en despertar el ánimo combativo y el espíritu de sacrificio en el pueblo, son necesarios estos hombres de fe que emanan una especie de fuerza cósmica que trasciende a cuanto les rodea.

¿De dónde sacaba Negrín esa voluntad sobrehumana, esas energías inverosímiles que emitía diariamente en ondas de resistencia y de ánimo inquebrantable? ¿De qué barro especial estaba formada su humanidad? Del mismo que los demás mortales. Sólo que en las circunstancias difíciles sacaba fuerzas de flaqueza. De ahí su heroísmo de gobernante, en las horas de prueba, para infundir fortaleza a cuantos le rodeaban. Pues Negrín también sufrió en su interior la pasión del desánimo, las desgarraduras del abatimiento, pero se las tragaba estoicamente para no desalentar a los demás. En una ocasión, a una persona de su confianza, no pudo por menos de hacerle partícipe de ese secreto recóndito, que como un tesoro escondía en el fondo de su alma. Su confesión se produjo en los siguientes términos: "Observe cómo todos buscan apoyo en mí para su esperanza. Cuando a alguno de mis colaboradores se le arruga el temple y se le desmorona la fe, me busca anhelante. Tengo que ser yo quien le sostenga. En cambio, yo no tengo en quién apoyarme". ¿No era necesaria una fortaleza especial, una voluntad de hierro para, superando el pesimismo que en ciertos momentos se aferra a nuestra alma, acallararlo y expelerlo transformado en acerada voluntad de lucha?

Y, sobre todo, este temple de ánimo era particularmente necesario en el caso de España, ya que había que conjugar la falta de medios de defensa con la voluntad de resistencia a ultranza. Negrín, con su fe en sí mismo y en la posibilidad de la victoria, siempre que cambiase en el exterior el panorama hostil, tuvo la virtud de suscitar la pasión combativa en momentos en que toda parecía que iba a derrumbarse. Ya es de por sí meritorio acerar las voluntades de los hombres, cuando se dispone de medios para hacer efectiva esta voluntad de lucha, pero lo es muchísimo más cuando la falta de elementos hay que suplirla con la fortaleza de espíritu.

Negrín tuvo un momento de grandiosidad insuperable. Esfuerzo titánico el suyo. Me refiero a aquellos días del mes de marzo de 1938, cuando la catástrofe proyectaba su sombra sobre la zona republicana con caracteres de inexorabilidad.

Él ha descrito esos instantes, en un discurso, con patética sobriedad. "En los angustiosos momentos de fines de marzo —de los más amargos de mi vida— cuando el frente y la retaguardia parecían derrumbarse; cuando el derrotismo se infiltraba por todos los resquicios, enmiasmaba todos los ambientes y amenazaba atrofiar el músculo de la guerra, yo tuve confianza en las virtudes heroicas del pueblo español y a él acudí para decirle la verdad escueta y pedirle —exigirle— el sacrificio y la resistencia". "La falta de confianza en nuestro pueblo, la falta de fe en el triunfo, la falta de entusiasmo por la excelcitud de nuestra causa, nos colocó a veces al borde de la catástrofe". Después de esa crisis superada gracias a la virtud taumatúrgica de Negrín de suscitar la pasión combativa en el pueblo, la lucha se prolongó casi por otro año. ¿No es ésta una prueba de que la mayor parte de las veces, la derrota es más bien el resultado de un decaimiento moral que de un derrumbamiento físico?

Negrín estaba, pues, superdotado para gobernar en esa etapa de la vida política española. El problema fundamental era el de la resistencia. Pero, ¿resistir para qué? Para despertar a las democracias. "Cada día de resistencia es una batalla que internacionalmente podemos apuntar a favor de nuestra causa. Que la heroicidad de nuestros soldados ha dado al traste con cábalas y planes que urdían a nuestra costa. No está aún maduro el fruto —que no todos los pueblos tienen la precocidad del nuestro— pero cuando lo recojamos será en mérito a nuestra perseverancia y resistencia. Hemos dado un alto ejemplo de tenacidad y coraje". Palabras de alto sentido español. La ofrenda, el sacrificio en aras de la causa de la humanidad, brindando un ejemplo y marcando una norma de conducta. España, como siempre, patentizando su afán universalista, muriendo y desangrándose por sacar a los cobardes del letargo.

Pero es que además, por encima de ese gesto de incomparable grandeza, en la resistencia existía una razón de necesidad. Resistir era subsistir, aunque luchando. ¿Qué otro camino quedaba? ¿Acaso era posible repetir el abrazo de Vergara? Negrín tenía el convencimiento de que la libertad de Franco estaba hipotecada, no pudiendo entrarse en negociaciones con él "porque el enemigo, el verdadero enemigo, no lo quiere así, y al español rebelde no se le dejaría pactar. No,

ese es el camino de la capitulación. ¿Y para qué? ¿Para recobrar en la emigración el sosiego perdido? Pero, ¿y los millares, los millones de españoles que tienen puestas en nuestras manos no sólo su tranquilidad, sus esperanzas, sino sus bienes y sus vidas? ¿Olvidamos cuáles son los métodos de persecución y exterminio del nazismo y el fascio?"

Aquí estaba la verdadera clave del problema, el *quid* de la cuestión. Prolongar la lucha era defender el derecho a la existencia de millones de españoles que, una vez cesadas las hostilidades, después de la capitulación o la derrota, sufrirían las torturas de la persecución, la venganza, la prisión o el exilio. Los acontecimientos posteriores han dado la razón a Negrín con su política de resistencia. El vencedor no ha tenido ninguna magnanimidad con el vencido.

¡Qué diferencia entre la torpe política de represión seguida por Franco y la esbozada por Negrín en el último de sus fines de guerra! "Después de una lucha cruenta como la que ensangrienta nuestra tierra, en la que han resurgido las viejas virtudes de heroísmo y de idealidad de la raza, cometerá un delito de alta traición a los destinos de nuestra patria aquel que no reprima y ahogue toda idea de venganza y represalia en aras de una acción común de sacrificios y trabajo que en el porvenir de España estamos obligados a realizar todos sus hijos". Hermosas frases que, como un índice acusatorio, se deben clavar en la conciencia —si es que la tienen, que es cosa que hay que poner en tela de juicio— de los que hoy detentan el poder en España, porque son todo lo contrario de lo que ellos practican.

De Negrín son también estas palabras: "El gobernante que al cesar la contienda no comprenda que su primer deber es lograr la conciliación y armonía que hagan posible la convivencia ciudadana, maldito sea".

¿Se comprende, aparte de otras razones, vistas las cosas a posteriori, por qué no había otro recurso que la resistencia?

UN ANIVERSARIO AMERICANO*

Por *Juan MARINELLO*

ESTE aniversario de Diego Rivera no ha de servir para confirmar la grandeza de su aporte a la pintura americana, que sólo los distraídos y los maliciosos ponen en duda. Sí ha de servir este cumpleaños para probar en su caso la verdad y la fuerza de su posición estética. Porque a Diego Rivera no se le rinde pleitesía universal ahora porque sea, como es, un gran pintor, sino porque es un gran leal a las ansiedades íntimas y colectivas de su pueblo. Esto no se verá por todos, que todavía hay quienes suponen que puede alcanzarse la grande altura sin impulsarse desde lo más hondo.

La pleitesía a Diego Rivera es homenaje al pueblo mexicano, porque sólo pueblo de esas magnitudes puede infantar artista de tal tamaño. En una de sus muchas iluminaciones geniales, José Martí vaticinó la grandeza de la pintura mexicana. Y fue, por cierto, en la contemplación de los cuadros de José María Velasco, aquel especialista en construir aire y distancia, maestro de Diego Rivera, que el libertador cubano pronosticó la gran hazaña futura. Pero aquel vaticinio no se apoyaba en la esperanza en una maestría, sino en la presencia de una humanidad. De una humanidad dolorosa y sedienta, que tenía que encontrar, por leyes infalibles, expresión cabal. Admira Martí la "pulcritud en el dibujo" y "la viveza en el color", pero penetraba el poder del mensaje nacional, que comenzaba a asomar su mano terca por entre las reiteraciones académicas: "Todo anda y se transforma, y los cuadros de vírgenes pasaron. . . Hay grandeza y originalidad en nuestra Historia: haya vida original y potente en nuestra pintura. . ." (Adviértase que Martí dice "nuestra historia", "nuestra pintura", expresión práctica de aquella ancha concepción americana: "Pueblo y no pueblos decimos de intento por no parecernos que hay más que uno del Bra-

* Este artículo del ilustre cubano, se recibió en la Redacción una semana antes del fallecimiento del gran pintor Diego Rivera.

vo a la Patagonia. Uno ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quiera serlo"). De Martí a acá, el vaticinio se ha ido cumpliendo con soberana plenitud. Y aun los críticos europeos, que tienen sobre sí demasiados antecedentes ilustres y demasiadas telarañas formalistas, y por ello no entienden del todo lo americano, sienten el deber de proclamar que uno de los hechos plásticos decisivos de nuestro tiempo es la pintura mural de México.

Confesemos que para los que hemos conocido a México hecha ya nuestra visión y nuestra interpretación, el espectáculo de su pintura mural es, al pronto, un acontecimiento turbador por su novedad, riqueza y singularidad. Su propia magnitud nos agobia al principio y sólo cuando hemos tenido tiempo de remansar sus avenidas impetuosas, sentimos su significado. Pero, ¿es que acaso esta sensación no es la mejor muestra de su autenticidad? Porque también el pueblo mexicano (entendiendo por pueblo la gente, la arquitectura y la historia) pega al antillano, al primer encontronazo, un golpe que aturde y desconcierta. México es uno de los hechos colectivos más contradictorios e integrados, al propio tiempo. Por lo que agarra y zarandea al extraño, turbándolo con su variedad íntima y vencéndolo con su imponente unidad.

Cuando hemos contemplado buen tiempo la pintura mural mexicana, nos damos cuenta de lo mucho que le debemos como fuerza ordenadora y sintetizadora del hecho humano e histórico que expresa. A esa superior virtud elocuente habrá que acreditar mañana su grandeza. Confesemos que sólo ante dos tipos de testimonio, en la lectura de los cronistas de la Conquista y en los murales de Diego Rivera, hemos sentido la entraña del hecho singular. En Bernal Díaz del Castillo, pongamos por testificador veraz y enterado, recibimos el impacto del bárbaro acontecimiento en su realidad inmediata, en la medida indispensable para el juicio certero; en los murales de Diego Rivera, el hecho adquiere perfiles simbólicos, sin dejar de mostrar su relieve concreto, y precisamente por mostrarlo. Contemplando aquel gran lienzo de pared en que Rivera recoge la implacable marcha de los conquistadores a través de la selva, en que el árbol sirve de puente vivo y los hombres se acometen como fuerzas telúricas, se toca no sólo la enorme injusticia, sino la magna confluencia que late en su seno. Más allá de la barbarie y del agotamiento, la sangre impondrá su turbio y omnipotente man-

dato y de ambos costados vendrá un día la justicia. El gran mural de Rivera está donde debe estar, en el mirador del Palacio de Cortés y frente a la montaña mexicana. Sólo mirando a la pintura y después al paisaje, se puede sentir su realidad trascendente. Sólo esa montaña en lejanía, que tiene en México a todas horas tornasoles de sangre y de verdura —muerte y vida abrazadas—, puede traducirnos el tamaño del cuadro, hacia el fondo. La naturaleza frente al hombre, una vez más, como desde el inicio del mundo; pero aquí entrelazados por la historia y revelados por el arte. Esa montaña era casi la de ahora cuando ocurrió la marcha tremenda y será casi la misma cuando aquella agria levadura se vuelva, al fin, pan de íntima paz. En un mar de tragedias ha bogado México su derrotero, pero la vida se ha adherido a sus tormentas para asegurarle el rumbo cierto. Por eso, cuando México levanta la frente voluntariosa, se le mira desde todas partes de América; porque todos los americanos se descubren en su gesto y se saludan en sus impulsos de victoria.

Diego Rivera nos ha dado la Conquista; también la Independencia y la Reforma. Y con ellas, la señal del futuro de México. Su magnitud está ofrecida por este servicio, y sólo quien puede mucho, puede dar tanto. Su inmortalidad está ganada, porque el pueblo mexicano la defenderá, no porque los críticos la proclamen. Puede morir mañana —“y el día esté lejano...”—, pero como el pueblo no muere, seguirá vivo y activo en sus criaturas. Con este aniversario culminante, le señalamos la vida futura.

Estos setenta y un años de Diego Rivera se cumplen en instante muy oportuno. Cuando en su tierra y en las otras de la América Hispánica muchas gentes del gremio plástico andan en devaneos abstractos. La epidemia es extendida y amenaza durar todavía algún tiempo; no mucho, desde luego. Reflejos, más o menos conscientes, de un mundo sin mañana, los ganados por la tautología plástica, imaginan que la vida puede traicionarse sin riesgos. Reduciendo el arte a un decorativismo mísero, o a un soliloquio excluyente, cortan los puentes con lo circundante y, como ciertos reyes viejísimos, sueñan con vivir muertos por largo tiempo. Los sueños faraónicos se convierten, a la larga, en carne de arqueología. Esta ilusión de vivir en la muerte, es tan vana como la de sus capitanes embozados. Toda comunicación con la vida es traducción de sus conflictos. Y una expresión honda, es decir, leal, supone la anotación de sus apetencias

fundamentales. Y a esto es a lo que tienen miedo los abstractos: a que la vida —el pueblo, que es la vida permanente, honda y en marcha—, les pida una encarnación de trascendente realismo, que diga lo que el pueblo es y lo que quiere ser. Como el aprendiz de brujo, temen los abstractos no poder detener el movimiento desatado y ser barridos por la marea como hojas sin consistencia ni verdura.

El caso de Diego Rivera cobra en este año un fuerte poder de denuncia y orientación. Los que en la plástica —y en la literatura— han imaginado que ser intérprete del pueblo determina el rebajamiento del artista y su anonimia, han de ver en este caso la gravedad de su error. Hablan ellos de una personalidad señera y distinta, hecha de excelencias difíciles, y en la que el artista integra una personalidad digna de su destino. Pero, pasa el tiempo, pasa la obra aristocratizante, y sus autores se diluyen en su monólogo angustioso, se laminan en su asepsia. Dentro de poco tiempo, nadie tendrá que defenderlos, porque de sus obras sólo quedará el recuerdo de una huida.

Diego Rivera es, en esencia, una gran presencia americana, una calidad fiel a una hermosa tradición que nace con la Independencia. En nuestros pueblos, el impulso de libertad intelectual estuvo muy unido al ímpetu de liberación política. El Romanticismo, bendito para América, porque acá quiso creación desembarazada, fidelidad a lo circundante y llama redentora, inspiró la obra de nuestros insurgentes del lado cultural. El grupo de los románticos del Sur fue impresionante: Echeverría, Alberdi, Mitre, Cané, Vicente Fidel López, Gutiérrez, Mármol, Sarmiento. . . todos libertadores. Y más al Norte, Heredia, Quintana Roo, Fray Servando, Ramírez, Altamirano, Prieto, José Cecilio del Valle. . . Nuestros creadores quisieron, desde la primera hora, ser americanos, revelar la América. Nuestros pueblos tuvieron, desde los orígenes de su insurgencia, quienes los defendiesen, desde el campo letrado, de espantables turbulencias y de codicias extrañas. No hay gran arte en Hispanoamérica si no está unido a nuestro proceso libertador. La tarea central de nuestras tierras ha tenido siempre a su servicio el destacamento de los creadores. Lo tuvimos cuando la Independencia; después, cuando fue necesario pelear contra los virus colonialistas, filtrados en la entraña de nuestras sociedades. Y ahora, en estos tiempos grandes y duros, la tarea céntrica de nuestros pueblos es la de su liberación económica, tarea en que

ha trabajado bravamente Diego Rivera. Sólo quien, como él, la haya servido, cumple su fin más alto y reivindica para el artista la más difícil y firme grandeza. Dejan de ser valores profesionales para ser grandes hombres de su tiempo.

Todavía nos ofrece Diego Rivera una lección más importante. La de que la altura en la calidad específica de la obra de arte viene de la anchura de sus motivos. El artista es, en definitiva, quiéralo o no, porción del grupo en que se mueve, y robustece su calidad en la medida en que responde a lo que su grupo le encarga. Por ello, este aniversario de Diego Rivera nos ha llegado a todos; por ello nuestra América le debe gratitud y devoción.

Diego Rivera nos ha dado la síntesis ardua de su México, en que hay tanto de la carrera común de nuestras tierras. Al señalarle ahora su merecimiento y su maestría, estamos señalando su ejemplaridad americana. Nuestro homenaje va hacia el gran pintor, hacia el trabajador infatigable y victorioso, pero también al tipo de creación que ejemplifica soberanamente.

Aventura del Pensamiento

UNIVERSIDAD, HUMANISMO Y CIENCIA

Por *Miguel BUENO*

NUESTRO medio cultural ha progresado en todos los órdenes vitales; un gran número de hechos así lo atestiguan y por doquier se ven testimonios de la transformación que ha sufrido recientemente. Esto se aplica en especial al ambiente universitario, donde se localiza el centro de la educación superior. La Ciudad Universitaria no es sólo una aparatosa construcción material, sino la naciente instalación que, dispuesta orgánicamente en todos sus elementos, tiene por finalidad admitir y realizar un contenido educacional. No obstante el breve lapso que lleva trabajando la Universidad Nacional Autónoma en su recinto, se han puesto los cimientos de una nueva época en su existencia. En esta brevedad temporal, se tienen ya una serie de pasos organizativos, desde el insensible (por lo menos para el espectador externo) traslado y cambio de funcionamiento, hasta los grandes progresos que se logran desde entonces a cada paso, tanto en el orden inquisitivo de la investigación como en el docente de la cátedra; de ahí se concluye con legitimidad en nuestra afirmación del gran progreso experimentado recientemente en la Universidad.

Ello no obstante, parece que nos mantenemos a la zaga en determinadas cuestiones de índole cultural que corresponden en gran parte a la estructura e ideario de la Institución; en vista de la disparidad existente entre la inercia de ciertas actitudes y tradiciones, con el avance de la "nueva época", es conveniente abordar un examen concienzudo de aquellos elementos que producen debates; en ellos se muestra, desde luego, el interés por la temática correspondiente, pero, al mismo tiempo, una inmadurez en su tratamiento. Por lo que concierne a la Universidad, la más sonada y reciente disputa fue la que se refiere a su finalidad

* Exposición presentada en la reunión del Seminario efectuada el 9 de septiembre de 1957, en la Sala de Juntas del Instituto de Física.

esencial, afocando la relación de ciencias y humanidades, que son las dos grandes vertientes universitarias; para tener el sistema integral de su contenido, debería agregarse el arte en sus diversas manifestaciones y, en forma conexas, también la cultura física y los sistemas administrativos. Para el efecto que nos hemos propuesto, bastará con el comentario sobre el funcionamiento que en la Universidad tienen las dos primeras.

I

EL factor determinante de la crisis que se refleja en la Casa de Estudios es que las Universidades han distado mucho de regirse por una norma común y tampoco han estado de acuerdo en el desempeño concreto de sus funciones. Es cierto que toda institución se determina por factores contingentes, de carácter histórico y empírico, a los que se halla sujeta. Pero en la Universidad esta determinabilidad ha sido mayor. No obstante el gran volumen de literatura sobre los temas alusivos, creemos que en ningún aspecto de la pedagogía priva tan mal acuerdo como en éste.

El concepto de Universidad viene a ser, de hecho, equivalente al de educación superior, en lo cual se le identifica funcionalmente con la escuela técnica, así como otras de tipo similar: normal, agraria, militar, etc. Hemos visto cómo en México una serie de institutos se transforman inopinadamente en "universidades". Trátase, a veces, de un mero cambio de nombre y no de esencia y trabajo, cuyos principios no se han definido con claridad.

La falta de conciencia teórica, se localiza en todas partes del mundo, de suerte que en nuestro país no hay ninguna situación especialmente lamentable. Se trata del empirismo en el cual se han desenvuelto las Universidades; sobre él no cabe otra cosa que una consulta a la realidad para ver qué sucede en ella. Ahora bien, de esta consulta se desprende lo que hemos dicho: la Universidad es una casa de estudios superiores que alberga una serie de materias impartidas a título de *curriculum* para cubrir las carreras de tipo "liberal" profesional. Pero en esta "definición táctica" de Universidad se comprenden todas las instituciones de educación superior, por lo cual la esencia universitaria permanece, con relación a ellas, un tanto imprecisa e indeterminada.

Dentro de este marco de los hechos se ha admitido, en forma también empírica, que la Universidad alberga como direcciones básicas a las ciencias y las humanidades; ya hemos dicho que la cuestión del arte va a quedar al margen de este comentario, aunque no concebimos a sus espaldas un auténtico e integral espíritu en la Universidad. La consagración de los elementos científico y humanístico se ha logrado aceptando que no puede concebirse a la Universidad sin las carreras que corresponden a esos dos grandes apartados. Ahora bien, su presencia común lleva ocasionalmente a dar prioridad a alguno de ellos, de donde ha surgido la polémica de si las ciencias son más importantes que las humanidades, o viceversa.

En este caso, como en otros análogos, cualquiera persona libre de prejuicios y animadversión contra las ciencias o el humanismo, reconocerá fácilmente que ambos son indispensables en la formación del hombre y, por consiguiente, en las actividades de la Universidad. El factor material corresponde a las ciencias en cuanto aplicación a la técnica, mientras que el guión espiritual atañe con propiedad al humanismo; pero no obstante la inexorable bifurcación de funciones, priva entrambos una complementación recíproca, de tal suerte que, por ejemplo, la producción de trabajos científicos repercute en fondo de seguridad para el humanismo. Lo importante es superar el peligro de una tecnocracia, que no sólo aquejaría a las disciplinas de la ciencia, sino también a las humanidades mismas; éstas pueden deshumanizarse al caer en el vicio que, por regla general, se quiere denunciar únicamente en la ciencia: la deformación de los valores.

Esta idea ha figurado no sólo en las Universidades propiamente dichas, sino también en los institutos que surgieron originalmente con una justificación técnica mediante el deseo de preparar a los artesanos profesionales cuya habilidad quedara al servicio de la sociedad; éste es uno de los síntomas que distinguen a la civilización actual. Pero la penetración con que se trabaja en dichos centros ha hecho que los tecnológicos admitan y reclamen investigadores para manejar problemas teóricos que anteriormente parecían adjudicables exclusivamente a la Universidad. Algunas direcciones teóricas de la matemática, de la física, de las ciencias naturales y otras más, han encontrado aceptación en los institutos técnicos; no consideramos improbable que en un futuro próximo lleguen a incorporar al problema lógico, que representa el corazón mismo de la filosofía y, por

consiguiente, de las humanidades. Todo esto, amén de ciertas materias de orden histórico, estético y social, que ya imparten aquéllos. En algunos se ha notado, inclusive, una cierta tendencia a la complementación espiritual, que les ha llevado a impartir ciertas disciplinas que hasta ahora se juzgaban de carácter complementario, como las actividades estéticas, y en ciertos casos a prolijar planteles artísticos que tienen un sesgo netamente profesional: escuelas de música, de artes plásticas, etc. No dudamos que en un futuro llegarán a considerarse como uno de los pilares básicos de la educación, correspondiendo a la función del arte como una de las direcciones específicas y fundamentales de la cultura.

Con todo ello, las instituciones técnicas se van haciendo cada vez más universitarias, mientras que la forma tendenciosamente práctica como se llevan las carreras en la Universidad, les ha dado un cariz pragmático, hasta convertirlas en actividades técnicas cuyo fin concreto es la utilidad en el ejercicio profesional cotidiano. El espíritu universitario ha estado a punto de reducirse al aprendizaje de una mera técnica específica, que no se agota en la rama de las ciencias naturales —como habitualmente se cree—, sino que va más allá, para dirigirse, inclusive, a una tecnología de las humanidades mismas. Esta es la "deshumanización de las humanidades" en la propia Universidad, problema del cual no hay el debido conocimiento por el sesgo que toma el cargo antihumanístico lanzado contra las ciencias. Así, tenemos al futuro abogado, que se dedica a practicar la técnica del litigio sin importarle el fundamento moral de las leyes, ni su cumplimiento en cuanto derivación de la ética; al economista que le interesa la técnica de las finanzas mucho más que la repartición equitativa de la riqueza; al sociólogo que le importa la mecánica de la vida social y a veces no la idea del progreso colectivo; y el filósofo, que debe ser el humanista por excelencia, llega a esquematizarse en la habilidad retórica y polémica o en la esterilidad del formalismo, soslayando el deber de apoyarse en la significación interna de las posibilidades axiológicas que subyacen bajo la expresión lingüística. En todo esto se ve que la amenaza "deshumanizadora" no tan sólo asiste a las ciencias naturales, sino también a las sociales y aún las disciplinas humanísticas —incluyendo a la filosofía— que no están a salvo de caer en el esquematismo y la desvitalización de la tecnocracia.

II

EL sentido histórico de esta situación podría comprenderse con un examen comparativo de la educación universitaria y la instrucción técnica, que llevaría a apreciar lo que significan la cultura y la civilización como fases histórico evolutivas y el sentido concomitante de las instituciones pedagógicas que derivan de ellas. En términos generales, el fomento del espíritu universitario corresponde al apogeo de la cultura, mientras que el predominio de la técnica proviene de la fase civilizada, cuando las formas objetivas se desligan del sentido espiritual y humano de los valores. Al referir el dualismo universidad-técnica, al de cultura-civilización, se implica automáticamente el tema de los valores, que obviamente no podía concebirse independiente de la Universidad, sino, por el contrario, en íntima relación con ella.

El valor puede ser definido como la finalidad que persigue el hombre en la cultura; tiene una modalidad para cada dirección vital. La ciencia busca la verdad, el arte realiza lo bello, el derecho procura la justicia, la religión persigue la santidad, etc. La unidad regulativa del valor se muestra en cada caso como finalidad de la cultura, en una correspondencia buinívoca establecida entre la disciplina cultural y su contenido axiológico, de tal suerte que no opera lo cultural sin el valor, ni hay valor sin cultura. Esta correspondencia dirige y limita las formas de la vida humana, llegando a evidenciar el contenido valorativo que constituye el fin último de nuestros actos, por la unidad de dirección que indica el valor mismo, cuya vigencia real da el punto de vista más comprensivo para entender la finalidad de la existencia y orientar los fines de la educación.

Se supone que el concepto de valor figura en el umbral de las instituciones universitarias, pero no sucede otro tanto con las técnicas; ello se debe a que, por definición, el sentido de la técnica radica en un mero hacer, sin preguntar para qué se hace. De este modo se ignora la conciencia del valor; el progreso y la superación de la tecnocracia estarían dados por la incorporación de la conciencia axiológica a la educación, que creemos difícil de lograr por el delirio materialista que se ha desatado en el mundo, principalmente en lo que concierne a la educación superior, por las necesidades de producción en gran escala de los técnicos para cada especie, lo cual impide una maduración en los conceptos del valor. Es de suponer, sin embargo, que con el tiempo la esencia de las instituciones técnicas vaya acercándose cada vez

más al tradicional espíritu universitario, cuya única diferencia privativa es la posesión y conciencia de los valores culturales.

Observando el problema desde el ángulo opuesto, se ve que el espíritu técnico es fruto de la idea pragmática y proviene de una dirección para la cual las teorías de toda especie deben aplicarse a la realidad con un fin unitario y sólo a ese título adquirir aceptación en la vida. Reiterando lo que afirmamos antes (que no solamente el sistema científico-natural es susceptible de una verificación pragmática, sino también las humanidades mismas), concluimos que éstas se aplican a cuestiones de índole social que operan en la realidad y poseen, igualmente, una mecánica de acción, no ajena al principio de causalidad comúnmente adjudicado en exclusiva a la naturaleza, ni tampoco al fin de la actividad, preconizado por la tecnocracia pragmatista. De esta suerte, el humanismo debe adquirir la convicción de que sus principios no van a figurar como meras utopías y ni siquiera como ideologías más o menos plausibles, sino como un sistema de normas que deben aplicarse real y concretamente a las cuestiones de la vida, para su mejor aprovechamiento. Esto reclama una técnica que no debe ser ajena a la Universidad, sino, al contrario, ha de convertirse en uno de sus motivos esenciales. El criterio tecnológico se dirige en especial a las ciencias naturales, aplicadas en la mampara matematicista, e ignora que también la tecnología puede referirse a la problemática de las ciencias sociales.

Esto se conecta con la angustiosa crisis de la especialización profesional, también resultado de la tecnocracia; su efecto es la falta de una clara conciencia social en el profesionista, quien no sólo ignora los fines últimos de su actividad específica, sino también su posición de ser humano y sus deberes recíprocos ante la sociedad. En una concepción dialéctica de cultura y técnica, por una parte, universidad y tecnológico, por la otra, encontramos la idea de una educación integral en la que, desde luego, debe figurar el concepto de los valores y el modo de aplicarlos como el vehículo por excelencia para la formación humana. De aquí obtenemos conclusión tan significativa como ésta: los valores son la idea de la cultura; su aplicación última está dada por la ciencia de la educación. A todo concepto cultural debe corresponder una concepción pedagógica; el ideario de la Universidad no debe limitarse a un mero enunciado de principios, sino ha de ir más allá para buscar la forma de aplicarlos concretamente a cada problema social.

De la raquítica compenetración que se ha producido tácticamente entre el humanismo y la ciencia, parte la incomprensión que reina entre los estudiantes y profesionistas técnicos y los universitarios; y dentro de la Universidad, entre humanistas y hombres de ciencia. El antagonismo con que unos miran en ocasiones a los otros, demuestra que el síntoma característico de la crisis actual, que es crisis de incomprensión, se refleja en el medio de la cultura, impidiendo la consolidación de un temario sintético que sirva a intereses propios de la Universidad, a los valores comunes de la Patria y a los de la humanidad misma.

III

EN semejante estado de cosas, hay que reconocer una situación real, consistente en el dualismo de funciones adjudicado a las Universidades y al tecnológico. Sería altamente saludable que se estableciera un principio entre ambas direcciones de la educación, puesto que, en último término, la finalidad educativa consiste en formar integralmente al hombre y ello no admite ninguna dualidad radical. La deseable unidad y la concomitante superación de esos hechos tardarán todavía en presentarse, para lo cual se requiere una evolución más amplia, que provendrá de un acuerdo en las finalidades de la civilización y la cultura. El asunto es reconocer el funcionamiento específico de cada forma institucional y de este modo exponer en dónde radica la esencia de las Universidades y de los planteles técnicos.

Podemos caracterizar a la Universidad como un laboratorio del saber, como una institución donde se incuban las nuevas formas de la cultura y se exponen en la cátedra para su discusión y el cumplimiento de su finalidad educativa. Se trata de un "laboratorio de valores", ya que la actividad inquisitiva debe dirigirse, en último análisis, a la cuestión de los valores, mediante la afirmación de los ya existentes o el descubrimiento de los nuevos, que equivale al mantenimiento de las formas dadas o al descubrimiento de otras, respectivamente. Las escuelas tecnológicas, en cambio, se preocupan sólo por la aplicación de cánones formales, con tendencia a una utilización práctica intensiva, dirigida específicamente, de acuerdo con el principio del mínimo esfuerzo que rige en general a los procesos económicos (en el sentido más amplio del término) y, consiguientemente, los téc-

nicos. Así tenemos que, en paralelo y contraste con el espíritu universitario, el técnico se caracteriza por la reiteración de formas dadas, la aplicación de principios ya establecidos y, en todo caso, la admisión de otros nuevos, pero atendiendo al criterio económico mencionado, todo lo cual se ha pretendido elevar al rango de doctrina filosófica en el pragmatismo, credo perpetuo de la tecnocracia.

Esta situación ha quedado superada en algunas instituciones técnicas, donde la problemática teórica sufre un notable influjo doctrinario en las cuestiones básicas de la ciencia; llega, desde luego, al dominio de la física teórica que, hoy más que nunca, se comprende en una indisoluble relación frente a la ciencia aplicada, pero que antaño se consideraba como un motivo especulativo que no podía pertenecer directamente al campo de la técnica. Creemos que en un futuro próximo, la necesidad que involucra implícitamente a lo teórico y lo técnico en relación funcional, llegará a traducirse, en la estructura de las conformaciones técnicas, que verán las bases de su desarrollo en los sistemas teóricos fundamentales. En último término, la mirada más profunda de la tecnología se dirigirá a la lógica —como ya sucede en la lógica matemática— y, por convergencia, a los distintos problemas concretos de la filosofía.

Existe, además, en cada problema técnico, el reflejo de un problema cultural, que, a la vez, reposa en una cuestión de valor. Ahí se establece una correspondencia de analogía entre el valor, la cultura y la técnica. Cuando la tecnocracia capte la comunidad de intereses que le asiste con los diversos apartados de la cultura, llegará a concluir que cualquiera de sus problemas está ligado a lo teórico, así como, en general, la civilización está ligada a la cultura y depende de ella. En la comprensión de esta interna e indisoluble unidad, hay que cifrar la dirección progresiva en las instituciones de cultura superior.

Otro elemento que no puede escindirse de la cuestión netamente universitaria es la libertad que, por esencia, debe asistir a la educación. No concebimos una Universidad que merezca el nombre de tal, si en ella no priva la más absoluta libertad de investigación y de cátedra, así como el definitivo rechazo de toda suerte de dogmatismos, con la condenación de los prejuicios, particularismos, autoritarismos, sectarismos y esoterismos de toda especie, que impiden el abierto pronunciamiento de las

ideas en la investigación y en la cátedra, así como la libertad de recensión y polémica.

La Universidad debe concebirse con dos funciones fundamentales: la investigación y la docencia. La primera representa el laboratorio de la cultura y la segunda es su vehículo de difusión. Entre ambas se establece una función que las vincula, consistente en el libérrimo ejercicio de los principios y convicciones racionales de toda especie, por lo cual ni siquiera habrá de pronunciarse una perentoria condenación del dogmatismo, no debidamente fundada, que pudiera incurrir en la misma actitud dogmática que condena. Aun los principios comúnmente tenidos como antilibertarios, podrán concurrir a la palestra de la Universidad para ser, una vez más, comentados y discutidos. La admisión de un solo sistema como definitivo, recaería inevitablemente en la dogmatización, y políticamente, en la demagogia, por más abierto que en principio pudiera ser dicho sistema.

IV

TENIENDO en cuenta esta aplicabilidad táctica de las humanidades, el concepto tradicional del humanismo se convierte en algo estrecho, esquemático y periclitado. Uno de los síntomas abiertos que se le esgrimen, es el antagonismo a la ciencia, lo que, evidentemente, está contenido en ciertas posturas filosóficas. Pero aquí se vierte al exterior y llega a transformarse, no sólo en una actitud personal, sino en una bandería política que, en ocasiones, sirve a intereses por completo ajenos a la cultura. La esquematización del humanismo le aparta del verdadero sentido que tiene como sistema general de principios al servicio de la cultura y la educación, para convertirlo en un culto tradicionalista, con el carácter inerte que adquiere al despojarlo de su realidad histórica para convertirle en un sistema periclitado que, a fuerza del mantenimiento anacrónico y epigónico, se convierte en dogmático y prejuicioso.

A tal desvirtuación puede llamarse con toda propiedad la "deshumanización del humanismo", es decir, la pérdida del nervio vital, insustituiblemente propio, en las ramas de la cultura; esta es la crisis en las disciplinas humanísticas, que pierden el sentido que en verdad les corresponde como formación inmediata del espíritu en la reflexión sobre el hombre mismo. Pero al

hablar del *hombre* no se debe pensar sólo en el hombre de la tradición, en la *Paideia* griega o la *Humanitas* latina, pues, no obstante la significativa contribución que en ambas se dio al desarrollo de la cultura, ésta no se agota, ni con mucho, en tan importantes períodos, sino que los trasciende y va mucho más allá, tomando de ellos lo permanente y subsistente para la posteridad. Así sucede, en general, con cualquiera de los períodos históricos.

Es evidente que la falsa actitud humanística tendría que dirigirse en contra de la objetividad científica, con virulencia suficiente para encubrir su endeble fundamento y la falta de confianza en sí misma; tales son, en realidad, los móviles que le impulsan en el resabido ataque a la ciencia. Esta actitud tiene una faceta moderada, que consiste en admitir a la ciencia como algo tolerable y aun aprovechable, siempre y cuando no pretendiera ingresar al mundo de los auténticos valores reservados —según ella— exclusivamente para la formación humanística. La otra es extremosa y violenta; condena de lleno el ejercicio de la razón, considerándolo como un impedimento radical para intuir: las verdades y esencias supremas del mundo, el sentido de la vida en general y todos aquellos temas que han preocupado secularmente a los filósofos.

Las opiniones irracionales y aun escépticas, se pronuncian en la filosofía como una consecuencia de la evolución en el momento que les corresponde, o sea, cuando los grandes sistemas se han vertido prolijamente, llegando a su culminación formalista para principiar la etapa de desintegración en la cual se producen los escepticismos e irracionalismos de toda especie. Que esto suceda internamente en la filosofía, como un resultante de la crisis histórica en los sistemas, no debe sorprender; tampoco que en la Universidad se pronuncien opiniones de tamaño calibre, puesto que —según hemos dicho y refrendamos ahora— todo género de ideas debe tener cabida en el ámbito universitario. Lo censurable es la desvirtuación de las humanidades, que lleva primero al antagonismo de conceptos y ulteriormente a una lucha de hombres. En cierto aspecto, este es el origen de algunas divisiones que han existido en la Universidad, y en determinada forma puede considerársele también como reflejo de la gran división que, por análogos motivos, ha privado en el país. Para evitar la deshumanización del humanismo que se contiene en el rechazo de la ciencia, así como la pérdida del tras-

fondo autónomo, que deriva de negar lo racional, no hay otro camino que afirmar un criterio objetivo, aplicable a todos los planos de la actividad universitaria y que descansa en la definición de los valores, en el concepto de su realización funcional, con el tipo de actividades a que dan origen, así como también y fundamentalmente, en la correlación de todas las disciplinas de la cultura. De ahí que no se deba imaginar al humanismo apartado de la ciencia o riñendo con ella; por el contrario, la actividad humanística es el complemento de integración en todas las direcciones espirituales que produce la existencia del hombre.

Por lo demás, si en el campo humanista se han dado opiniones contra la ciencia, protestando por el exceso de formalismo o por la fanática aplicación de la tecnocracia, la cual ha llevado el trabajo especializado en nuestros días, otro tanto puede suceder en el propio humanismo. En este sentido conviene advertir que también las humanidades tienen su propia técnica de realización, paralelamente a un sentido histórico que les da pristinidad actuante como elementos motores de la vida cultural; cuando este nervio les es arrancado o mutilado, se convierten en un pseudohumanismo, en una doctrina despojada de su vitalidad intrínseca y convertida en humanismo de museo. La desvirtuación es tanto más peligrosa cuanto menos se repara en ella, pues tal parece que el simple hecho de esgrimir la bandera del humanismo es suficiente para garantizar su valor, sin que se investigue lo que hay realmente detrás de ella.

Las diferencias que se han manifestado entre humanistas y hombres de ciencia se deben, más que a un antagonismo voluntario, a una incomprensión del sentido funcional (esto es, del alcance y el límite) que tienen sus respectivas actividades. La incomprensión se manifiesta en forma de crítica unilateral, producto de la especialización que lleva a soslayar el punto de vista del "bando contrario". Y tal como sucede en estos casos, cada parte de la polémica tiene su aspecto verdad y de error. El primero es ver en la propia actividad un factor positivo; el segundo es ignorar el que asiste a la posición ajena, de lo cual surge la incomprensión a que nos hemos referido. El humanista acierta al pedir que la ciencia no se agote en la particularidad específica de lo empírico, sino que vaya más allá, a la investigación de los problemas teóricos; pero no tiene razón cuando cree que este ir a lo teórico ha de consistir necesariamente en subordinar la in-

vestigación científica con un criterio humanista. El hombre de ciencia debe pedir a las humanidades su verificabilidad real y dinámica, para evitar que recaigan en el esquematismo; pero esta verificación no ha de efectuarse obligadamente con el molde matemático ni el científico-natural, sino de acuerdo con las normas específicas que recogen las disciplinas sociales en el campo de la experiencia, base de realización para las humanidades.

Cuando la dualidad de criterios se complementa, el hombre de ciencia no se limita a la algoritmia ni a los experimentos de laboratorio, sino que trata de enlazar las conclusiones de la experiencia particular con los puntos de vista generales que pueden dar sentido a la vida y la cultura humana. Por su parte, el humanista integrado en el espíritu científico no se conforma con el tipo de opiniones personales que tantas veces —por desgracia— se han registrado en la historia de la filosofía. Lo que, en último término, vendría a significar es, para hablar en términos universitarios, la superación del tipo especializado en alguna rama del saber, que se agota en estrechas miras y no trasciende de la mira particular, inmediata y pragmática, que tiene ante sus ojos. Este defecto es consecuencia del vicio profesional tan desarrollado en nuestro tiempo; es origen de la incomprensión que padece la humanidad y que se refleja en la contextura idiosincrática del ciudadano actual.

Sin embargo, la necesidad de una mayor comprensión profesional ha llevado al humanista a buscar las conclusiones científicas, igual que el científico ha mostrado cierta inquietud por orientar humanísticamente los adelantos de la ciencia y de la técnica, sobre todo en vista de la amenaza destructiva, que se perfila al traducir estos adelantos en armas bélicas. Ante la exacerbación de la tecnocracia, se ha impuesto —por lo menos en principio— la necesidad de revisar las bases en que descansa la vida social; y como quiera que el aspecto positivo de la ciencia misma se ha impuesto con un progreso avasallador, contrastando con la esterilidad del humanismo tradicional, esquemático y abstracto, un buen número de humanistas han tenido que recapacitar en lo que significa para toda clase de ideas el requerimiento del progreso y la verificabilidad en la experiencia. Así ha nacido el moderno humanismo.

Por efecto de esta doble crisis, la Universidad debe integrar su papel como Casa de Estudios, erigiéndose en forja de cultu-

ra e institución formativa, con el primado que el concepto cultural tiene para el hombre en el ejercicio de su libertad. Lo dicho acerca de la Universidad como laboratorio de cultura debe complementarse afirmando que debe satisfacer la noble misión de educar en, por y para la libertad, no concebida solamente como ejercicio, sino también como conciencia y autoconciencia de sus principios, fundados en el más amplio concepto de objetividad que traduce la idea general de lo humano.

Ahora bien, el horizonte que se deja ver en medio de esta doble crisis consiste en que, por una parte, la ciencia no está alejada de las cuestiones humanas, ya que en su aspecto técnico se pone al servicio de los intereses inmediatos de la vida, y en cuanto investigación pura, se conecta con el sistema de conceptos y principios que conciernen a la filosofía. El humanismo, por su lado, no se halla tan lejos del método científico, como suele pensarse; la continua polémica que se ha venido prolongando desde su origen, obedece a la necesidad de que su multiplicidad concuerde en una verdad objetiva; el criterio de objetividad no puede ser otro que la demostración de las tesis humanistas, con lo cual obtiene un evidente rango científico.

La difracción del problema universitario en las direcciones del humanismo y las ciencias, halla un entronque en relación al aspecto histórico de la cultura. Sucede lo siguiente: mientras en el humanismo se atiende a lo histórico, e inclusive se le sobrestima en su importancia, en el medio científico este factor suele quedar punto menos que olvidado. Así, mientras los humanistas—por lo menos el humanista tradicional—dan a veces la impresión de arraigar en la historia y enclavarse definitivamente en las épocas pretéritas, al hombre de ciencia parece interesar exclusivamente la manifestación de última hora en la rama que cultiva; quiere ponerse al día en su especialización y extraer de ella tesis concluyentes. La unilateralidad en ambas actitudes se traduce en que, mientras aquél da la espalda al problema palpitante que le ofrece la realidad vital, el hombre de ciencia pasa por alto que sus últimas conclusiones son el desemboque de un largo proceso de evolución histórica, sin el cual ellas mismas pierden su sentido.

Se requiere una tendencia de complementación que lleve el interés humanístico a una mejor proyección en los problemas de la vida social y, por otra parte, el fomento en la sensibilidad histórica del hombre de ciencia, para comprender evolutivamente

su mundo de acción y pensamiento. La conciencia de historicidad conducirá inmediatamente a una idea del humanismo, antagónica a la que se ha extendido en la tradición, superando el abstraccionismo que priva en la dirección formalista de la cultura y que desemboca en una estratificación del pensar. Esta idea tradicional considera como definitiva la etapa clásica grecolatina y pugna por su predominio en la hermenéutica de la cultura. Este concepto obedece a una forma de reacción que consiste en mirar al pasado para conocer el presente y aun el futuro, en las condiciones que determina el esquema del clasicismo; tal actitud se quiere justificar considerando que en el período grecolatino se fincaron las bases de los problemas objetivos que preocupan a la humanidad, y aunque esto es verídico en principio, las bases no son el todo en la construcción, que contiene una morfología lo suficiente compleja para que no permita suponerla reducida a la cuestión genérica del clasicismo.

En lo que concierne a la ciencia, el fomento de la sensibilidad histórica repercute en una superación del actualismo que, en última instancia, es un reflejo del sentido pragmático de la investigación, tendiendo a obtener y aprovechar sus conclusiones con miras a una aplicación inmediata; y aunque no es de dudar que en ello se contiene el legítimo deseo de una superación rápida y permanente, el tránsito de una etapa a otra —sobre todo si deviene por vía experimental—, debe complementarse en la meditación que llega orgánicamente a los problemas teóricos y explora los principios que relacionan a las diversas ramas de cada ciencia y a las diferentes ciencias entre sí, hasta integrar con ellas un complejo estructural, que tiene por fundamento la idea genérica de la naturaleza. Dado el extremo de especialización a que se ha llegado en nuestro tiempo, el tránsito vertiginoso de una fase a otra ha hecho poco menos que nulificar la meditación filosófica —especialmente lógica— que acompaña como fundamento dialéctico a cualquier adelanto en la materia. Esta es una de las causas porque el rápido progreso de la ciencia ha repercutido en su llamada "des-humanización", que, en realidad, no es propiamente tal, sino una "desteoretización", valga decir, una falta de fundamento y explicación filosófica de sus conclusiones.

Ambos casos se ven patentes en la Universidad; el sentido reaccionario y anquilosado de los humanistas tradicionales es una carta de identificación, en tanto que la ignorancia de los

hombres de ciencia en materia histórica y filosófica es probablemente la mayor falla en su formación, no sólo como especialistas, sino, en general, como seres humanos. He aquí, pues, otro problema que debe superarse para integrar el espíritu universitario: la obtención de una genuina conciencia histórica, tanto en materia científica como humanística.

Aunque en realidad fue un asunto secundario en las relaciones que se establecen entre el humanismo y la Universidad, en fecha más o menos reciente se desató una apasionada polémica para decidir si el estudio de las lenguas clásicas debía considerarse como llave para el cultivo de las humanidades. En México se suscitaba por primera vez en forma de polémica abierta dicha cuestión, pero se trata de un problema clásico, debatido en otros países, y sobre el cual es indispensable emitir un juicio.

Hemos afirmado que el humanismo encarna una doctrina mucho más amplia que la formación ético-política de los griegos y los romanos, a la cual pretende circunscribirlo la tradición. El error de los veneradores del mundo clásico es olvidar la trayectoria descrita por el hombre en un gran número de estadios y épocas que tienen su propia individualidad; aportan sucesivamente un rendimiento "clásico" sin el cual no podría llegarse a vivir y comprender nuestra época. Comentamos la necesidad de lograr una profunda conciencia histórica para entender el resorte dinámico de las disciplinas humanísticas; ahora agregamos que dicha conciencia es antagónica en cierto modo a la actitud que llamaremos "historiófila", que tiende a concentrarse y aun agotarse, en el estudio de ciertos períodos (en este caso, el clasicismo grecorromano) para cifrar ahí el sentido y valor del humanismo. A ella respondemos que el antiguo clasicismo influye en ciertos aspectos como factor determinante del humanismo, pero nunca definiendo íntegramente su estructura. Toda su problemática moderna, por razones obvias, no pudo ser planteada en la antigüedad.

La evolución del humanismo ha implicado un doble factor que rebasa el período clásico; dicho factor es simultáneamente histórico y nacional, representado por la integración en el tiempo y el espacio. Teniendo en cuenta que humanismo equivale a cultura, concluimos que, según el elemento histórico, la realización cultural adquiere una modalidad peculiar de acuerdo con la época a que pertenece, mientras que, según el elemento nacional, se especifica en el pueblo que lo produce.

Admitiendo el valor histórico y local del humanismo, no hay por qué pretender una universalidad de contenido que no corresponde al período clásico, aunque en su planteamiento formal —como hemos dicho— establezca las bases de la cultura autónoma. La mejor refutación al humanismo de museo es el sentido dialéctico que han adquirido las humanidades a través de su intercomunicación, llegándose a afirmar en las "humanidades modernas" como ejecución total de los principios culturales.

Aplicando esta idea a la cuestión de las lenguas clásicas, puede y debe admitirse que éstas no resultan indispensables para la comprensión ideológica de los principios universales y, desde otro punto de vista, el estudio de los idiomas vivos reporta un doble beneficio, que consiste en proporcionar el acervo de la cultura clásica mediante las traducciones respectivas y, al mismo tiempo, el conocimiento del moderno humanismo, que, en volumen e importancia, supera con mucho al que se pueda reconocer en aquélla. Este hecho ha permitido que las ideas humanísticas del clasicismo trasciendan su reducto local y temporal para difundirse en todo el panorama de nuestra cultura. De no traducir su contenido ideológico a las lenguas modernas, difícilmente se habría captado su significación como fundamento clásico de la vida.

Nuestra Universidad ha manifestado una honda preocupación en torno al clasicismo y las humanidades; la referida polémica se originó por las reformas pedagógicas que tienden a actualizar y vivificar la enseñanza humanística, principalmente en el bachillerato, dirigiéndose al aspecto formativo en vez de circunscribir su alcance al período clásico y a la lingüística tradicional. Con la actividad creativa del humanismo, que reemplazó y superó a la conservación de las ideas y de la literatura clásicas, ha llegado a multiplicarse increíblemente el caudal de la producción humanística, al grado que hoy día suma millares y millares de volúmenes, con un repertorio temático incomparablemente más rico y variado que el del clasicismo. Quien pretenda avanzar en la dirección de sus planteamientos, deberá penetrar forzosamente al moderno humanismo en el doble sentido que tiene éste como actual y nacional; para ello dominará el conocimiento de las lenguas modernas.

Este hecho ha sido inexplicablemente soslayado por todos aquellos que defienden la primacía de las letras clásicas, y aunque no es de restringir en absoluto el estudio de dichas lenguas,

ni tampoco de rechazar que el conocimiento del griego y del latín ofrece una riquísima fuente de comprensión cultural, nunca será el único ni el indispensable recurso para la formación de los humanistas, como llegó a suponerse en otros tiempos. El conocimiento de las lenguas muertas puede llevar a un grado de especialización que permita notable virtuosismo en el conocimiento de la cultura antigua, lo que representa, desde luego, un importantísimo capítulo en la actividad universitaria, pero de ningún modo su máximo denominador. Es de desear que la refinada delectación que disfrutaban los exégetas del período clásico, tenga siempre los ilustres cultivadores que ha tenido; pero la norma general del humanismo, entendido en un sentido vivo y actuante, está dada por la dirección filosófica moderna, cuya fecundidad se ha traducido en una amplísima literatura, donde se expone el sentido de los valores humanos de un modo mucho más claro, dilatado y profundo, de lo que pudo hacerse en la reconstrucción de la antigüedad.

El principio extensivo de que la cultura debe tener una rai-gambre nacional, se verifica también sobre el período clásico, explicable de suyo por las condiciones en que se produjo la vida helénica y la romana; gran parte de sus doctrinas se circunscriben a su tiempo. Ahora bien, como quiera que la veneración del clasicismo ha buscado una contribución permanente al desarrollo histórico, habría que deslindar hasta qué punto el clasicismo constituye una cultura específicamente nacional y hasta qué otro la trasciende sobre bases del espíritu universal que, por lo demás, capta, asimismo, las contribuciones de cada época en la integración de la cultura. Así tenemos que el Iluminismo, al fomentar el concepto de nacionalidad, registra un logro significativo en la afirmación de lo racional como instrumento y guía de la vida humana, pronunciándose a favor del nuevo humanismo mediante la aureola excogitante por la que mereció precisamente el calificativo de iluminista. Si indagamos el origen del humanismo en la época moderna, encontraremos que cada cultura nacional produce elementos que determinan en conjunto la integración de un nuevo concepto de la vida. Ha sido el rendimiento de las naciones y los pueblos lo que dio la suma de valores objetivos donde radica el fondo positivo del humanismo.

Esta misma convicción se aplica al caso de nuestro país y concretamente, de la Universidad. La aceptación múltivoca

—no equívoca— del humanismo permite hablar también de un humanismo nacional donde se definen los valores de acuerdo con sus coordenadas locales; se trata del humanismo nacionalista e historicista, ya que la dimensión temporal es inescindible de la espacial. Llevando la atención al problema del humanismo en México, es indudable que nuestra conciencia tiene aún mucho por madurar, como quedó de relieve por el desacuerdo reinante en las opiniones que se emitieron en la referida polémica. Creemos indispensable concretar la idea de lo humano en nuestra latitud, no porque ello equivalga a un rompimiento con el clasicismo o cualquier otro período histórico, ni tampoco porque vaya a concluirse en un aislamiento que no tendría motivo, sino porque el hombre de México y principalmente el joven de México —preocupación y destinatario de la Universidad— reclaman una cultura de orientación vital que lo promueva en un ambiente formativo en correspondencia a la realidad, con una perspectiva sobre el terreno firme de su existencia y no sobre un medio distinto de ella. Esto no equivale a circunscribir al mexicano en los límites exclusivos de la nacionalidad; por el contrario, creemos que el anhelo del hombre moderno es universalizarse y llegar a la captación de todo aquello que pueda tener un significado genéricamente humano; pero la universalidad no puede producirse por generación espontánea, sino con base en la silueta de nacionalidad, viviente en y por la historia, sin la cual no se le captaría con tristeza. De la plataforma nacionalista e historicista a la vez, podrá llegarse a una concepción verdaderamente humana, que no es del idealismo utópico y abstracto, ni tampoco de un particularismo radical, sino la comprensión de todos los hombres en virtud de la idea del hombre.

Por todo ello, la Universidad debe mantenerse como laboratorio cultural; en ella el estudiante forjará su concepto de la cultura universal y practicará el del medio local a que pertenece; en otras palabras, abarcará la forma universal y nacional de la cultura, puesto que ella es, en último término, única. Dentro de este amplísimo marco de conceptos, la idea restringida del humanismo como disciplina ético-política de raigambre clásica, con la reacción conservadora y dogmática, la erudición lingüístico-filológica, nunca será elemento decisivo para integrar a las humanidades, con su verdadero sentido cultural, actual, nacional y aún regional. La Universidad

debe considerar un problema ineludible el descubrimiento y desarrollo de sus propios valores, con la investigación de los antecedentes históricos que se localizan desde la antigüedad hasta nuestro tiempo, mas con el significado que puedan tener como determinantes en el presente y futuro del país. Para ello debe arraigar en su propio clasicismo, investigarlo y construirlo, poniendo las bases de su futura evolución.

Creemos que la Universidad debe dirigirse a la conciencia nacional, mediante una amplia exégesis científica y humanística de la historia mexicana, enseñada no ya en la forma verbalista y libresca, unilateral y parcializante como se ha hecho, sino con un contenido de realidad que permita al joven comprender la verdad de México, referirla al momento que vive y al ambiente en que se deberá desenvolver.

Finalizaremos nuestro comentario refiriéndonos a la disciplina cuya comprensión brinda la mayor posibilidad de resolver el problema del acercamiento universitario: la filosofía. Tenemos la absoluta convicción de que su papel auténtico de promotora y reguladora de la vida cultural, permite colocar a ciencias y humanidades en el sitio que les corresponde, dando paso a la formación del ideal universitario, concebido como realización armónica de las facultades espirituales y las formas de creación cultural. Para ello habrá que enmendar el concepto tradicional de filosofía, que la considera como una rama perteneciente en exclusiva a las humanidades, formando un cuerpo de doctrina con otras disciplinas como la historia, las letras, etc. Algunos pensadores otorgan a la filosofía cierta prioridad entre ellas, pero este es un problema secundario en relación al que debe ser puesto en claro: si la filosofía pertenece a las humanidades propiamente dichas y si se encuentra en un terreno distinto al de las ciencias.

Hay que responder en forma asaz diversa a la tradición: las humanidades son disciplinas empíricas que ocupan un plano análogo al de las ciencias, en cuanto derivación inmediata de la experiencia cultural; esto resulta de primera importancia para el filosofar como reflexión de segundo grado con un carácter totalizante, cuyo objeto es exponer el valor contenido en las ramas culturales, debidamente fundadas en el concepto genérico del valor. De este modo queda la filosofía en un vértice desde el cual llega en perfecta analogía a

ciencias y humanidades, así como también al arte y los demás problemas que hemos dejado al margen; pierde, a nuestro juicio, el carácter exclusivamente humanístico que le ha conferido la tradición, no tan sólo por su vínculo con las humanidades concretas, sino porque encuentra paralelo y reciprocidad en las ciencias; el desarrollo puro de la filosofía lleva un canon estrictamente científico y sus conclusiones quedan sujetas a la verificabilidad incontestable de las ciencias.

Esta idea de filosofía está muy lejos de la que se imparte y comparte en la Universidad. Un hecho es por demás elocuente: que se le halle en mezcla con diversas carreras como Letras, Historia, Psicología y otras más, en la Facultad de Filosofía y Letras, a cambio de la distancia espiritual y material que, desgraciadamente, la separa de la Facultad de Ciencias y demás planteles universitarios, donde sigue considerándose como materia punto menos que exótica. A diferencia de esta situación, la filosofía debe realizar su armónica tarea en todas las parcelas universitarias, ser una reflexión de segundo grado que acompaña ineludiblemente a la vida cultural. Sobre esta dirección es indispensable enmendar la enseñanza de la filosofía que, después del bachillerato, queda íntegramente adjudicada a la carrera profesional del "filósofo", no sólo desligado del trabajo científico, sino también de las investigaciones humanísticas propiamente dichas, que forman el humanismo empírico donde se establece contacto con la realidad social y sus diferentes problemas. La filosofía ha quedado en la Universidad como una isla, aparte de la actividad palpitante, de la investigación en general, de su ritmo creciente y cada día más fecundo.

En consecuencia, también los filósofos se aíslan de las fuentes creadoras de la Universidad; apenas este Seminario ha venido a dar el primer gran y venturoso ejemplo en la superación de tan perjudicial ostracismo. La Universidad ha fomentado, de manera por demás plausible, la investigación en todas sus ramas, pero desgraciadamente no ha llegado a coordinar de manera efectiva las secciones de investigación, que mantienen todavía el apartamiento tradicional que no puede menos de considerarse nocivo para la integración de su espíritu. Actúan, para mantener esta situación, la inercia de los hechos y el peso de algunos intereses que esperamos lleguen a despejarse favorablemente para beneficio de nuestra

cultura en general. Las carreras profesionales se han afirmado como actividad empírica que son, pero requieren de una conciencia reflexiva y fundamentante para percibir sus finalidades, no sólo en la dirección específica que les corresponde a cada una, sino entroncado con los problemas globales de la vida, para darles el sentido humano que ha sido ideal y prototipo de la formación universitaria. Por ello es indispensable una estrecha vinculación de la filosofía (como idea reguladora de la cultura) con ciencias y humanidades, considerados como los ramales que, a más del arte, constituyen a nuestro juicio el contenido universitario. La simbiosis entre filosofía, vida cultural y educación, no es nada nuevo; ya Platón había inscrito en la mampara de su Academia: "Nadie entre aquí que no sepa geometría". Toca ahora a la Universidad interpretar y llevar este lema a su mejor cumplimiento.

CUATRO PRECONDICIONES DEL PLANTEAMIENTO HISTÓRICO

Por Sergio BAGU

LAMAMOS planteamiento histórico a esa parte de la tarea del historiador que consiste en localizar los hechos, individualizar los factores y determinar la dinámica de la correlación de esos factores. Es la estructura metodológica de la obra histórica, fundida, dentro de ella, con la estructura conceptual, tan íntimamente que no sólo es difícil fijar dónde termina la una y comienza la otra, sino que la legitimidad de la segunda depende del acierto y el rigor de la primera.

En ese universo de hechos, métodos y conceptos que es toda obra histórica de magnitud, el planteamiento histórico exige del autor una especie de callada definición sobre una vasta gama de problemas previos, sobre los cuales pasa él, a veces, sin saberlo. Es una suerte de prólogo invisible, de substrato lógico e instrumental. Generalmente, el historiador resuelve este tipo de problema previo con los elementos que le proporciona su formación cultural general y, salvo excepciones, le concede poca, o ninguna, atención particular. El amplio desenvolvimiento que van adquiriendo los estudios históricos en nuestra época y la intensa renovación de muchas disciplinas científicas colaterales a la histórica, requieren, sin embargo, un esfuerzo más sistemático y específico por dilucidar con conciencia clara y mejor fortuna estas cuestiones previas.

Las cuatro precondiciones del planteamiento histórico que aquí mencionamos no son sino aquellas cuyo estudio parece imprescindible en este momento de la evolución de nuestra cultura.

I. LA SEMÁNTICA HISTORIOGRÁFICA

a. *El problema*

LA historiografía es una de las más antiguas disciplinas científicas. Es muy frecuente, en la edad contemporánea, que un

país tenga grandes historiadores antes que escuelas originales de medicina o físicos teóricos de importancia. El desarrollo de la conciencia nacional guarda cierto paralelismo con la aparición de obras históricas importantes en un pueblo, quizá debido a que, al alcanzar el individuo y la colectividad cierto grado de madurez intelectual, surge en ellos la necesidad de descubrir en su conducta una continuidad y un sentido, con los cuales puedan impregnarse de esa sensación de trascendencia y esa inspiración que acompañan a todas las obras humanas de envergadura. Cuando en un pueblo joven y pujante deja de producirse, durante un período, una obra histórica original y profunda, debemos más bien pensar que hay causas inmediatas de origen político que impiden lo que en otros pueblos se produce con tanta espontaneidad y vigor.

Siendo tan antigua su prosapia científica, debiéramos preguntarnos por qué la historiografía no ha desarrollado un léxico técnico más especializado y preciso que el que posee en la actualidad, ya que, en otros casos, la especialización y la precisión del lenguaje de una ciencia o una técnica están en razón directa de su antigüedad y de su grado de desarrollo. Es posible que una de las causas más importantes resida en la circunstancia de que las obras históricas en todos los países han sido, en su mayoría, el fruto de una verdadera obsesión de lo político-militar, actividad ésta que no tiene un lenguaje técnico muy desarrollado ni complejo. Las corrientes más renovadoras en historiografía son aquellas que, durante los siglos 18, 19 y 20, han incorporado los factores sociales y económicos al temario profesional y, si recordamos que la semántica de estas disciplinas tiene escasa antigüedad, quizá pudiéramos encontrar por ese camino otro de los orígenes del fenómeno que estudiamos.

Pero tal vez sea el aliento universal de la historiografía lo que más limite la posibilidad de que llegue alguna vez a dotarse de una jerga altamente tecnificada. No sólo debe ella alimentarse de todo lo que es humano, lo cual ya le impone un límite demasiado amplio, sino que estará siempre dirigida a un público lector no especializado, además del especializado, lo cual también condicionará los medios expresivos del autor.

Aunque comprobemos, sin embargo, que la historia escrita no ha logrado darse una técnica expresiva diferenciada, o nos convenzamos de que nunca podrá ella alcanzarla en grado má-

ximo, queda en pie un problema de expresión que es el que nos mueve en este momento.

Uno de los grandes hallazgos de la cultura contemporánea es la comprensión de la naturaleza dinámica de la realidad. Hay atisbos de ella en autores muy alejados de nosotros, pero no es hasta el siglo 19 cuando se la comienza a considerar como una concepción vertebral dentro de nuestra imagen del mundo y del hombre. Esta naturaleza dinámica lo impregna todo en nuestros días, desde la física teórica hasta el arte plástico.

La materia propia del historiador está constituida por fenómenos generalmente extraindividuales y, en menor escala, individuales, cuya incesante variabilidad ha llevado a no pocos autores a sostener la teoría de que la historiografía no puede considerarse ciencia porque trata problemas cuyo planteamiento jamás se repite. Los sostenedores de esta teoría llamada de la *unicidad* histórica, parecen olvidar que dondequiera aparezca el ser humano, jamás se repiten dos situaciones con fidelidad absoluta y, por lo tanto, si se sigue por el sendero lógico que ellos trazan, no podría haber ciencia de la medicina, ni psicología, ni sociología.

Para traducir esa realidad altamente dinámica, algunas ciencias han desarrollado, en el último siglo, toda una teoría de los signos de singular complejidad. El historiador, en cambio, no ha sometido su medio expresivo a ningún proceso de depuración ni renovación y continúa utilizando, en cualquier idioma que se exprese, multitud de vocablos y frases que entran en conflicto directo con la índole dinámica y funcional de la realidad que aspira a interpretar y reflejar.

En los historiadores de formación cultural más anticuada, aparecen, con frecuencia, expresiones cuyo origen es probable que se encuentre en una distante metafísica o, más lejos aún, en esa tendencia de los idiomas primitivos, estudiada por los antropólogos, a corporizar ciertas manifestaciones de los seres vivos representándolas por medio de sustantivos, a los cuales se les atribuye posteriormente una completa autonomía de acción que les transforma en entidades absolutamente irreales. Cuando se habla de "el espíritu de la raza", de "el impulso vital", e inclusive de "el destino manifiesto" —nombre este de una teoría imperial en la historia estadounidense de consecuencia práctica inmediata—, ¿no se están convocando fantasmas metafísicos para explicar realidades concretas? Con frecuencia,

los historiadores, ensayistas y sociólogos que tienen manifiesta propensión por este tipo de expresiones, son los mismos que —no por azar— aportan interpretaciones catastróficas, individualistas o impregnadas de fácil sensacionalismo literario.

Pero no son sólo estos residuos animistas y metafísicos los que oscurecen el proceso lógico de la expresión historiográfica. De los siglos 18 y 19 hemos heredado un conjunto de conceptos y expresiones que, aunque a veces vierten una luz potente, dejan otras los problemas envueltos en la indefinición. El *pueblo*, la *democracia*, la *igualdad de derechos*, la *libertad de expresión*, el *progreso*, son, como realidades sociales y como signos semánticos, hijos de una era que se caracteriza por la llegada de las grandes masas al escenario de la historia y por la celeridad de la mutación de la realidad diaria. A la inversa de los otros fantasmas metafísicos y animistas, no intentan traducir lo inexistente, sino poner nombre a una realidad; pero el uso frecuente de estas expresiones les rodea con ese halo del lugar común que les va quitando las aristas que les definen en su origen. Ni el historiador, ni el investigador de lo social deben hoy, legítimamente, utilizar ese vocabulario de la era racionalista y democrática sin precisar su contenido en función de la realidad que les corresponde analizar.

Las observaciones que estamos formulando se aplican a todos los idiomas occidentales modernos, pero, entre ellos, presenta el nuestro una situación peculiar, que debemos subrayar.

El español posee un vocabulario amplio y expresivo. No da idea cabal de su riqueza ninguno de los diccionarios existentes —menos que todos los de la Real Academia Española, paupérrimas colecciones de vocablos, muy alejados del desarrollo cultural de los pueblos de habla hispana.

En materia científica y técnica, sin embargo, la lentitud del desarrollo histórico de España y de los países hispanoamericanos ha sido la causa inmediata que ha permitido que otros idiomas occidentales aventajaran al español. La Real Academia Española, como otras instituciones dedicadas al estudio de la lengua hispana, se ha mantenido, en general, muy en retardo de las necesidades de su tiempo y de su medio, ejerciendo una función contraria al desarrollo armónico y normal de la expresión. La reticencia con que la Academia va admitiendo, con un atraso no menor de medio siglo, la terminología científica y técnica contemporánea, se acompaña de cierta timidez presente en

numerosas instituciones de los países hispanoamericanos para admitir en el idioma la terminología indispensable de este tipo. Los diccionarios de habla española se caracterizan, en general, o bien por la excesiva limitación de su vocabulario con referencia al vigente, o bien por la irresponsabilidad de sus editores cuando se deciden a ampliarlo y dar cabida a neologismos.

Los hechos, mientras tanto, crean nuevas necesidades y éstas se van satisfaciendo de algún modo, no siempre afortunado. El extraordinario desarrollo científico y técnico de los últimos decenios, incluyendo el registrado en las ciencias sociales, ha incorporado al idioma español millares de términos, casi todos procedentes de otras lenguas, sin que medie un estudio adecuado por parte de las instituciones de la especialidad y en virtud, casi siempre, de un criterio puramente empírico. Se trata, así, de resolver una necesidad de la vida diaria, a la cual permanecen ajenas las academias y muchos institutos de filología y el resultado de ese esfuerzo presenta algunas características que no pueden entusiasmarlos en exceso. Hay, efectivamente, en nuestro mundo hispánico, una actitud de servilismo con respecto al vocablo técnico inglés, como en las generaciones anteriores lo hubo para con el francés, y el resultado es un neologismo de estructura bárbara, que pudo haber sido superado con otro más en concordancia con las raíces y las modalidades del idioma. La obra de depuración de las academias e institutos especializados, al ejercerse con tanto retardo y criterio tan reaccionario, carece casi por completo de valor práctico.

Dejemos, sin embargo, aclarado que el español es un idioma de vocabulario mucho más abundante y de raíces mucho más dúctiles de lo que podríamos creer si nos atuviéramos a la obra oficial de las Academias y a los diccionarios en uso. No sólo es menester, pues, retrotraer a la existencia multitud de vocablos que nuestros diccionarios de hoy desconocen, sino que el idioma debe abrirse a un tipo de neologismo distinto de la burda adaptación del vocablo inglés que hoy padecemos. Como el idioma evoluciona, inevitablemente, en función del desarrollo científico, técnico y cultural del pueblo que lo utiliza como instrumento, estamos seguros que los pueblos hispanos llegarán a tener, en su momento, toda la riqueza lexicológica necesaria para no tener que mendigar voces inadecuadas en otros idiomas.

b. *Tentativas de solución*

CONTRA los fantasmas metafísicos y animísticos del idioma y contra el uso de valores absolutos en la expresión científica y filosófica, se han levantado opiniones autorizadas en los primeros decenios de este siglo. A José Ingenieros corresponde el mérito de ser uno de los que primero postularon la necesidad de esta revisión semántica. En la octava de sus "Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía", obra publicada en Buenos Aires en 1918, sostiene que, para plantear con exactitud los problemas metafísicos, es indispensable una renovación total del lenguaje filosófico. La exactitud de todo proceso lógico —agregaba, a modo de aclaración— está condicionada por la exactitud de los términos. En otras obras y artículos suyos reaparece esta preocupación. Sostenía, por ejemplo, que no pocos de los problemas discutidos durante siglos por los filósofos eran mucho más el producto de un planteamiento equívoco mediante el uso de vocablos de significado ambiguo que la expresión de una realidad.

Es interesante comprobar que en esos mismos años, algunos lógicos, físicos, matemáticos, lingüistas y filósofos de Europa ponían de manifiesto igual inquietud. Fue en 1923 que nace el Círculo de Viena, que dará luego lugar a la corriente del empirismo lógico, donde se vinculan hombres procedentes de todas esas disciplinas, mancomunados, no por una concepción doctrinaria común, sino por una misma preocupación de renovación metodológica, en la cual el replanteamiento semántico ocupa lugar muy importante. Ingenieros falleció en 1925, y ni de su obra ni de sus papeles del último tiempo surge nada que permita creer que él haya conocido los trabajos de los neoempiristas de Viena, ni resulta verosímil que a ese grupo de pensadores europeos hayan llegado las *Proposiciones* del autor argentino. Uno y otros arribaron a conclusiones análogas más o menos simultáneamente, aunque, mientras Ingenieros redujo las suyas a un planteamiento de carácter general, que no fue posteriormente elaborado en los países de habla hispana, los neoempiristas europeos iniciaron un movimiento muy vasto que posteriormente se expandió a Estados Unidos y cuyo fruto más concreto y representativo parece ser la *International Encyclopedia of Unified Science*, cuya publicación, iniciada en 1938 por la Universidad de Chicago, aún no ha finalizado.

La obra semántica de los empiristas lógicos —en particular, el fascículo número 1 del volumen II de la Enciclopedia, titulado "Foundations of the Social Sciences", por Otto Neurath— tiende a la eliminación, en el idioma científico, de todo residuo metafísico o hipótesis implícita no comprobada, así como de las expresiones ambiguas y de todas las que no sean traducibles a las ciencias de carácter empírico.

c. *Algunas observaciones sobre el problema*

LA obra metodológica y semántica del empirismo lógico, incluyendo la Enciclopedia mencionada, constituye, probablemente, el esfuerzo más vasto e importante realizado hasta este momento con el propósito de renovar en su totalidad el método lógico científico-técnico y la semántica especializada. No debe haber duda de que ese esfuerzo responde a una necesidad profunda de nuestra época y nuestra cultura y que de él quedará un saldo positivo aprovechable en todas las disciplinas.

Por esa senda de la renovación metodológica y semántica, sin embargo, se ha desembocado en un refinamiento técnico tal, que el proceso lógico y su expresión verbal quedan encasillados dentro de fórmulas matemáticas de rigor increíble, como en "The technique of theory construction", de J. H. Woodger (fascículo número 5 del volumen II de la Enciclopedia), lo que hace dudar con fundamento de la posibilidad de su aplicación práctica.

En la obra de Neurath citada, la parte esencialmente crítica contiene observaciones de valor, a las cuales podrían agregar otras muchas los especialistas en las diversas ciencias sociales de nuestra época que trabajan con criterio moderno, pero no todas las soluciones que el autor propone como de aplicación inmediata parecen ser igualmente afortunadas. Así, su crítica de lo que él llama la *fraseología de causa y efecto* y la *fraseología de superestructura e infraestructura* (pp. 20 y ss.) parte de errores ciertos que se cometen con frecuencia, pero, al aconsejar el abandono de ambas fraseologías, propone en su reemplazo expresiones que implican una definición en cuanto al contenido conceptual profundo. Lo que en realidad sugiere Neurath es el reconocimiento de la imposibilidad de descubrir, en un proceso social, una conexión causal o jerárquica suficientemente elocuente o inequívoca como para que se justifique el uso de la terminología por él criticada.

Debemos decir nosotros, al respecto —porque atañe en forma directa a nuestro tema— que la conexión causal o jerárquica, dentro de un proceso histórico, no puede hoy plantearse ni con la simplicidad, ni con el criterio mecanicista con que se lo hacía en otras épocas; pero, a la vez, debemos agregar que, a esta altura en que nos encontramos de la evolución del pensamiento historiográfico, y por más que reconozcamos la índole esencialmente dinámica del proceso histórico y las grandes limitaciones de nuestro idioma para traducirlo, no podemos abandonar la postulación causal o jerárquica sin caer en un relativismo absoluto, que nos impediría interpretar el proceso histórico como sucesión coherente de hechos humanos.

La semántica historiográfica debe sufrir una transformación radical, que permita al historiador, después de haber investigado en el complejo mecanismo de la dinámica social, traducir sus hallazgos con un grado de fidelidad mucho mayor del que hoy tiene. La renovación del léxico de la sociología, la economía y la psicología social ya están contribuyendo, en cierta escala, a lograr esa finalidad. Pero no sólo es dudoso que en el futuro la renovación semántica en historiografía siga las líneas propugnadas por Neurath y Woodger, sino que la aplicación inmediata de los principios que ellos sostienen transformaría a esta disciplina en una jerga inaccesible, arrastraría al historiador hacia una actitud de relativismo conceptual absoluto y le haría perder la captación de innumerables matices y procesos de lo humano que, lejos de estar ausentes, deben enriquecer el contenido de toda obra histórica.

Por ahora, pues, no creemos que el historiador deba abandonar ni la concepción de lo causal, ni el estudio de las estructuras, que lleva implícita la existencia de infraestructuras y superestructuras, aunque debe proceder en todo ello con la máxima seriedad y prudencia, poniendo en juego una sólida formación cultural y un maduro sentido de lo humano. No está tampoco el historiador —como no lo están el sociólogo, ni el psicólogo social— en condiciones de hacer abandono de la metáfora, hasta que el idioma y la cultura, en un grado superior de evolución, no le entreguen un instrumento expresivo, hoy inexistente, para representar la asombrosa riqueza y complejidad de los elementos que intervienen en la vida del individuo dentro de la comunidad.

2. EL PUNTO DE PARTIDA DEL HISTORIADOR

FRENTE a los temas que investiga, frente a los hechos que descubre, todo hombre de ciencia se presenta con un vasto arsenal de ideas, con una concepción general de los mismos problemas que profundiza y, a veces, con una hipótesis ya muy elaborada, cuya confirmación busca en el hallazgo. Causa esto inquietud a quienes, sistemática o accidentalmente, se ocupan de cuestiones de metodología porque, siendo la mente humana poderosa, pero imperfecta, es natural el temor de que no alcance ella esa situación de equilibrio conceptual que le permita no desvirtuar el significado de los hechos que estudia. Se trata, en otras palabras, del antiguo problema de la objetividad del hombre de ciencia, que en cada generación volverá a ser planteado y que quizá nunca pueda resolverse en forma definitiva.

Periódicamente se buscan nuevas fórmulas metodológicas que puedan servir de punto de partida a los historiadores y que les alejen de los peligros de este tipo. Preocupación saludable, sin duda, pero que arrastra algunas derivaciones cuyos peligros queremos señalar.

Tal vez sea entre los historiadores estadounidenses donde a este problema metodológico se ha atribuido mayor importancia, a punto de dar lugar a la formación de una vasta corriente que, aunque quizá no pueda denominarse escuela, ha adoptado un nombre característico de tal. Nos referimos al *relativismo objetivo*, al que, con diversas modalidades, adhiere un crecido número de historiadores en el país del Norte. La norma metodológica que les caracteriza impone al historiador la obligación de liberarse, en cuanto sea posible, de lo que se ha llamado su esquema de referencia —*scheme of reference*—, es decir, el conjunto de conceptos, formulaciones e hipótesis relacionado, en alguna manera, con el tema a investigar y que el historiador trae consigo al entrar en contacto con el tema.

Es esta una versión más completa de la antigua exigencia de la objetividad, tan discutida y a menudo mal entendida. Encierra, como tal, un principio de honestidad profesional que siempre deberá exigirse del historiador, pero su aplicación presenta la más variada gama de resultados, por el hecho mismo de sólo tratarse de una postulación metodológica, de un modes-

to punto de partida detrás del cual hay un inmenso campo que recorrer.

Las obras de algunos autores estadounidenses que aplican ese principio del relativismo objetivo, si bien constituyen aportes importantes en materia de investigación y están inspiradas por un severo principio de honestidad profesional, presentan una característica que no puede menos que alarmarnos. Hay en ellas cierto nihilismo conceptual, que conduce al abandono de toda síntesis y de lo que podríamos llamar jerarquización lógico-histórico de los factores. Los hechos son ofrecidos al lector acompañados de hipótesis formuladas en lenguaje objetivo, pero detrás de ellos el lector no encuentra una arquitectura conceptual que realmente le permita asimilar los hechos presentados dentro de su experiencia histórica contemporánea. Falta la síntesis y sobra la indecisión. El historiador termina por vencer al lector que nada definitivo puede probarse y que el tema, en sí mismo, no merece más que un examen frío y no concluyente.

No es admisible que la antigua exigencia de la objetividad conduzca a esos extremos que, por cierto, no constituyen sólo la secuela de la aplicación errónea de un principio, sino que pregonan en esos autores ciertas ausencias lógicas e ideológicas, explicables, a su vez, por causas históricas y sociales. El historiador tiene que partir, con ánimo valiente, dispuesto en todo momento a rectificar sus convicciones y con un instrumental crítico que le permita distinguir entre una realidad objetiva y una hipótesis no verificada. Por sobre todo, está obligado a cumplir con inspiración y honestidad la misión que se ha asignado y que, como él lo sabe, posee un valor social no pequeño. Pero, cumplido ese requisito en cuanto a su punto de partida, ha de ofrecer al lector mucho más que una enumeración de hechos, mucho más que tres hipótesis no comprobadas, mucho más que un tapiz de dibujos confusos. Debe ofrecerle una síntesis, honesta y cabal; es decir, una opinión que él, el historiador, sabe que no es, ni puede ser, definitiva y que alguna vez será —mañana mismo o, en el mejor de los casos, un siglo después— rectificada, ampliada, desvirtuada u olvidada por completo.

Tiene, pues, que enfrentar el historiador el inevitable trance de la opinión y por él entra en el terreno de lo controvertible. Lo que sí debe exigírsele es que su opinión sea honesta, leal y que esté siempre dispuesto a modificarla cuando su propio trabajo profesional le descubra otros horizontes.

3. LA TEORÍA DE LA PRUEBA Y DEL TESTIMONIO

Los historiadores que suponen que su misión consiste en recoger hechos y documentos inéditos y ofrecerlos al lector, además de limitar el alcance de su tarea, parten de una ingenua concepción profesional. Por más limitado que sea el objetivo que se imponga al historiador, por más severa que sea su norma de objetividad, deberá aplicar, en la etapa de la investigación, un criterio selectivo de datos y, en la etapa del planteamiento histórico, un criterio de interpretación. No hay historiador que escape de ambas necesidades, y el que siga creyendo lo contrario, no hace más que repetir el pecado de hacer prosa sin saberlo.

Así como no hay historiografía sin planteamiento histórico, tampoco hay planteamiento histórico sin prueba. Tácita o explícitamente, el historiador examina los datos que ha recogido —es decir, la prueba— y sobre ellos pronuncia una sentencia, poniendo en acción, para todo este proceso, un criterio determinado. En otras palabras, el historiador —sépallo o no; quiéralo o no— tiene su propia teoría de la prueba, dentro de la cual se incluye el testimonio individual, que es, con mucha frecuencia, uno de los muchos datos que el historiador utiliza para elaborar su síntesis final.

La teoría de la prueba y del testimonio ha sufrido una elaboración minuciosa y autónoma en derecho, particularmente en derecho penal. El extraordinario avance experimentado por la psicología en el siglo 20, le aporta materiales abundantes y preciosos. Pero en historiografía, aunque el tema haya sido tratado en conjunto con otros, y todo autor lo piense en función de su propia obra, no ha sido motivo de elaboración especial.

Su importancia, sin embargo, es excepcional para el historiador. Ha sido éste comparado con el juez y, hasta cierto punto, la comparación es afortunada. Ante él se van sucediendo hechos con los cuales puede probarse más de una tesis y múltiples testimonios humanos. Como se entiende que debe hacerlo el buen juez, también se supone que el buen historiador jamás abandona su profunda sabiduría humana, su serenidad y su conocimiento profesional para pronunciar, en definitiva, en fallo.

Pero hay diferencias importantes que también deben señalarse. La prueba que se presenta ante el historiador proviene,

casí siempre, de una época ya caduca; el testimonio escrito que él recoge atañe a seres humanos que ya no existen. El historiador sólo por excepción podrá sumar, al dato escrito, el contacto directo con las partes o los testigos. Ni tiene ante él una ley, una costumbre y una jurisprudencia que le vayan delimitando el procedimiento y le entreguen los elementos fundamentales de la sentencia. Su horizonte es más amplio y mayores, también, sus probabilidades de equivocarse. La prueba y el testimonio que recoge no se refieren, por lo demás, a una materia tan precisa como es la de un proceso judicial, sino que tiene una latitud muy grande, porque el historiador inteligente sabe, por repetida experiencia, que hasta el dato que creyó más alejado del tema en cierto momento puede aportarle algún elemento más que quizá sea valioso.

La teoría de la prueba y del testimonio que el historiador necesita para su obra debe tener, pues, una magnitud y descansar sobre una densidad de experiencia excepcionales. Es importante que el conocimiento que el historiador tenga en la intimidad de la criatura humana provenga de una experiencia personal intensa y múltiple, así como de un estudio sistemático que le mantenga informado de las comprobaciones más recientes. Es no menos importante que del conflicto de los intereses políticos, económicos y sociales, en el orden nacional e internacional, posea una experiencia personal igualmente vasta, que le proteja del defecto de la simplicidad y la ingenuidad que, con tanta frecuencia, aparece cuando se juzgan los conflictos de épocas pasadas por quienes no estaban en condiciones de comprender los que le eran coetáneos.

Cuando el historiador ha alcanzado ese grado superior de madurez vital se acercará al testimonio con toda la perspicacia y, a la vez, toda la serenidad de espíritu que éste requiere. El informe de un embajador a su cancillería en el que se diga que el Ministro de Relaciones Exteriores del país ante el cual está acreditado le ha asegurado que su gobierno tomará una medida determinada, no prueba, en principio, absolutamente nada sobre ninguna materia. El historiador deberá examinarlo en función de la política seguida por ambos gobiernos sobre el tema de que se trate en ese preciso momento; de las gestiones que hayan realizado hasta entonces; de las peculiaridades del gobierno o del ministro aludidos; de la situación política interna del país; e inclusive de la situación personal en que se encuentre

el embajador respecto al gobierno ante el que está acreditado y a su propio gobierno. La carta de un político, un hombre de empresa o quienquiera que fuere, en la que se asegure que un hecho ha ocurrido, no puede ser más que uno de los varios elementos de juicio que el historiador debe considerar para averiguar si ese hecho ha ocurrido realmente.

A menudo, no sólo el hecho narrado por un testigo ha estado acompañado de circunstancias que el testigo no ha captado o ha olvidado, sino que su propio mecanismo psíquico puede llevarle a presentar como cierto lo que nunca ha acontecido. ¿Será menester insistir ante la complejidad del alma humana, en una época cuya literatura trasunta una preocupación obsesionante por lo psicológico? Lo menos que podríamos esperar hoy de un historiador joven, cuya experiencia en los conflictos del mundo estuviera lógicamente limitada por sus años, es una lectura repetida y bien asimilada del Quijote y de Maquiavelo y que haya presenciado dos veces y discutido hasta la fatiga esa admirable película francesa titulada *Et la justice est faite*.

4. LA CONSTRUCCIÓN TEÓRICA

a. *Hechos y construcción teórica*

CON hechos sociales y con hechos individuales que tienen proyección social trabaja el historiador. Es ese su material más fácilmente identificable. Es ese el primer sendero que encuentra en su intento de reconstruir una realidad total o parcialmente extinguida.

Como reacción al exceso imaginativo de muchos cultores de la filosofía de la historia, se originó durante la segunda mitad del siglo 19 una corriente que asignó al historiador la misión única de descubrir hechos y exponerlos, con método objetivo y riguroso. La historia escrita sería, así, una exposición coherente de hechos comprobados y nada más que eso. Cuando esta posición se enunció, ya traía consigo un germen de anacronismo. Se intentaba, en definitiva, retrotraer al historiador a la modesta misión social que había cumplido el cronista, sin com-

prender que aquellos intentos caprichosos por enhebrar sistemas universales de inspiración metafísica —condenables en el sistema 19 como en el 20— no tenían más que un parentesco accidental con el esfuerzo, ya muy avanzado en la segunda mitad del siglo 19, por descubrir en lo pretérito humano el sentido de una realidad compleja que sólo en parte está integrada por hechos materialmente identificables.

Este historicismo positivista podía producir monografías útiles sobre temas de modesto alcance. Las produjo, en verdad, con abundancia y como, más que a una corriente transitoria del pensamiento historiográfico, responde a una limitación cultural que se encuentra en todas las épocas, sigue presente, aunque sin rótulo de escuela, en la actualidad y produce, por millares, menudos trabajos sobre tópicos académicos. También en nuestros días hay autores que suponen que la misión del historiador consiste en ofrecer los hechos por ellos descubiertos sin agregar nada que pueda desvirtuar su solemne marginalidad profesional.

Las limitaciones de esta corriente fueron ya señaladas, en esa misma época, por autores que sostuvieron que no hay verdadera reconstrucción histórica sin interpretación crítica de los datos primarios. El simple ordenamiento de éstos ya implica una definición conceptual por parte del historiador.

No sólo los límites del hecho surgen, no tanto del hecho mismo, como de una conjunción de circunstancias en la cual participa el criterio del historiador que trata de reconstruirlo, sino que el hecho sólo adquiere significado cuando aparece vinculado con otros hechos y esa vinculación es uno de los elementos indivisibles, no identificables materialmente, cuya presencia, sin embargo, es ineludible y que sólo puede ser descubierta mediante un proceso lógico. Toda reconstrucción, toda narración —por elementales que aparezcan— tienen múltiples puentes invisibles de esta índole, a través de los cuales se traslada el lector de un hecho a otro hecho. "Aún las nociones relativamente simples están llenas de hipótesis", observa Neurath ("Foundations of the Social Sciences". *International Encyclopedia of Unified Science*, Volume II, No. 1. The University of Chicago Press. Second impression, 1947, pág. 14). Es decir, de puentes invisibles, contruidos por el narrador con elementos que le suministra su formación cultural y que, a menudo, le introducen de contrabando sus prejuicios políticos y sociales.

Hay, pues, hechos e hipótesis que vinculan a esos hechos

y dan coherencia a su presentación ante el lector. Pero la imaginación del historiador —como la de otros investigadores de lo social— trabaja igualmente sobre un substrato diferente, que ya hemos mencionado; el de los factores histórico y la dinámica de su correlación. La formulación de hipótesis de alcance práctico inmediato y la investigación de los factores y su dinámica constituyen, para el historiador, una tarea que le impone la necesidad de colocarse en un nivel bastante elevado de abstracción y síntesis; es decir, el historiador se enfrenta, en esa etapa, a un aspecto de la realidad social que no surge en forma directa de aquellos datos materialmente identificables que forman su elemento primario. Cuando el historiador trabaja allí realiza una función de construcción teórica.

b. *Legitimidad de la construcción teórica*

COLLINGWOOD se ha esforzado por encontrar en la historiografía los elementos que le separen de las ciencias de la naturaleza y, a la vez, le permitan superar esa postura de elemental empirismo puesta de manifiesto por la corriente positivista que hemos mencionado y por los otros autores que siguen haciendo positivismo elemental sin saberlo.

Comienza Collingwood por distinguir entre lo interior y lo exterior de un acontecimiento. Lo exterior es "el paso de César, acompañado de ciertos hombres, de cierto río llamado el Rubicón en determinada fecha, o el derramamiento de su sangre en el Senado en otra determinada fecha" (*Idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1952, pág. 247). Lo interior es "lo que de él [del acontecimiento] sólo puede describirse en términos de pensamiento: el desafío por parte de César de la ley republicana, o el choque de política constitucional entre él y sus asesinos". No son meros acontecimientos —opina— lo que investiga el historiador, "sino acciones, y una acción es la unidad del exterior y el interior de un acontecimiento". La tarea principal del historiador "es adentrarse en el pensamiento de esa acción, discernir el pensamiento del agente de la acción" (*Ibidem*).

Como no intentamos en este trabajo definirnos en cuanto a la interpretación del proceso histórico, sino aclarar ciertas concepciones metodológicas que consideramos fundamentales, no corresponde que examinemos aquí la interpretación de lo

histórico que va implícita en este planteamiento del autor inglés, sino que, a su respecto, sólo hagamos una observación estrictamente metodológica.

Collingwood admite, sin la menor duda, la necesidad de la especulación teórica al asignar al historiador la tarea de investigar eso que él llama "lo interior del acontecimiento", al pedirle que urge en "el pensamiento del agente de la acción". Pero debemos observar que el tipo de planteamiento histórico que él propone, aunque supera con holgura las limitaciones del positivismo novocentista y de sus críticos inmediatos, no parece tener la amplitud necesaria como para satisfacer las necesidades de nuestra realidad social actual. El "pensamiento del agente de la acción" es, en su obra, un elemento, aunque importante, limitado a la esfera de lo individual; los otros elementos extra-individuales que él menciona —el quebrantamiento de la ley republicana, el conflicto constitucional— no alcanzan, sin embargo, un grado de autonomía tal que le permita descubrir la existencia de un plano social en el cual actúan factores extra-individuales por definición. El nivel de abstracción al cual él llega en el planteamiento histórico aún está, sin embargo, muy cercano del hecho individualizado, del acontecimiento concreto. Desde ese escalón, aún no es posible estudiar las características de los factores históricos, ni la dinámica con que se correlacionan y actúan.

Llevando el concepto hasta este otro terreno que mencionamos, el panorama se amplía súbitamente y parece arrasar con todos los límites. Como primer paso, admitamos ahora la legitimidad de la construcción teórica y entremos enseguida a satisfacer una necesidad perentoria, que es la de trazar sus límites.

c. Función y límites de la construcción teórica

I

CUANDO el historiador trata de descubrir el vínculo entre los hechos, cuando explica la índole de los factores históricos y la dinámica de su correlación hace teoría histórica. Ya no reconstruye acontecimientos sobre los que existen pruebas materiales, sino que propone al lector la aceptación de una realidad sobre la cual no puede ofrecer el mismo tipo de prueba material, sino un mínimo aceptable de coherencia lógica e histórica.

Este enunciado que hacemos sólo constituye, sin embargo, la premisa para ingresar en un mundo complejo y mal conocido, que es el de la construcción teórica en historiografía. No es, repetimos, que los historiadores la hayan rehuido. Muy por el contrario, todo historiador hace teoría; lo que falta es la teoría de esa teoría. El historiador entra y sale de la teoría histórica todas las veces que siente necesidad de ello, pero nunca se detiene a considerar cuándo y por qué debe abandonar el terreno empírico para entrar en el de la hipótesis. Su brújula es su sentido común, o su instinto profesional y quizá, al terminar la tarea, sea él uno de los que creen que sólo se ha valido de hechos comprobados y que no ha construido ninguna hipótesis.

Hay en toda faena historiográfica una etapa de selección de materiales y otra de reconstrucción e interpretación que son inevitables y que han dado motivo para que algunos autores sostengan que la historia escrita es más arte que ciencia. La construcción teórica es inevitable en ambas, pero su magnitud y proyección dependen, en parte, del grado de abstracción histórica con el cual el historiador trabaje.

La realidad humana y social, así como la de la naturaleza, presenta una infinita gradación de niveles, que van desde aquellos fenómenos que más directamente hieren nuestros sentidos y cuyo mecanismo inmediato es más fácilmente captable por una mentalidad poco cultivada hasta la orientación de ciertos procesos, que forman igualmente parte de la realidad, pero cuya presencia sólo es captable por vía lógica, lo que requiere una especialización conceptual difícil de obtener. La realidad social ha ido apareciendo, ante el estudioso, como un proceso cada vez más complejo y el historiador de hoy reconoce la presencia de factores que jamás fueron imaginados por los de siglos anteriores. Más aún, el historiador de nuestros días comprende —o debiera comprender— que está frente a una realidad fundamentalmente dinámica y funcional, ajena al conocimiento de sus colegas de civilizaciones anteriores.

Si el historiador se impone un temario estrictamente monográfico y una preocupación apenas arqueológica —si quiere reconstruir, por ejemplo, la correspondencia cambiada entre dos políticos, sin entrar en el análisis de su contenido— el nivel de abstracción en el cual trabaje ha de ser superficial y, aunque no pueda escapar a la necesidad de hacer uso de algunas hipótesis, la magnitud de su construcción histórica puede, en verdad, ser

mínima. Pensemos, en cambio, lo que ocurre cuando otro historiador se propone hacer historia comparativa, o el estudio de una estructura, por ejemplo, para combinar ambos casos, la estructura de clases sociales en función de su gravitación política en tres o cuatro imperios, tanto en el núcleo central que pueda considerarse metropolitano como en las zonas periféricas que puedan considerarse coloniales. El historiador, en ese caso, debe acumular multitud de datos concretos, de hechos individualizables, pero ellos sólo constituyen la materia prima de su elaboración esencial. Lo que él quiere hacer es un trabajo de abstracción, de síntesis; descubrir la entraña de una realidad que, no por lo compleja y poco visible, es menos realidad que la de los datos concretos e individualizables. Aquí, el historiador trabaja en uno de los subsuelos de lo histórico-social más profundos a los que se ha podido descender hasta ahora y, en ese nivel, se ve forzado a moverse mediante abstracciones y generalizaciones, mediante una construcción teórica, algunas de cuyas características hacen recordar la tarea del físico teórico.

No se nos escapa, claro está, una circunstancia. A veces, un trabajo de esa naturaleza no recibe el nombre de historia, ni el que lo hace de historiador. No nos preocupa esa modalidad; lo que nos interesa es la materia histórica, en todas partes donde aparezca y no sólo —limitación menguada— la que se admite como tal en las obras tradicionalmente consideradas como propias de la historiografía. De esta materia histórica hablamos y no de la que arbitrariamente clasifiquen hoy como tal las academias o los tratadistas obsoletos.

Al fin y al cabo, una de las preocupaciones específicas del oficio de historiador es el descubrimiento de la continuidad histórica, que se remonta hacia el infinito en lo pretérito, nos estremece en nuestros días y es lo que del presente se trasladará a lo futuro. Un biólogo ilustre —Theodosius Dobzhansky— explica, en una obra reciente (*The biological basis of human freedom*, Columbia University Press, New York, 1956, pág. 9), que "contrariamente a lo que ocurre en la historia humana, algunos acontecimientos de la evolución orgánica pueden también deducirse de las observaciones sobre los procesos que se desarrollan actualmente en las poblaciones vivientes". Rectifiquémosle, a la luz de aquella concepción que hemos expuesto y digamos que también en la historia humana algunos aspectos de la evolución social pueden comprenderse mejor observando los procesos contemporáneos. Lo que permite que así sea es la

inherente continuidad de lo histórico, la identidad de lo humano a través del tiempo.

II

RECONOCIDA la legitimidad de la construcción teórica en historiografía y esbozada su función, nos asalta la necesidad de trazarle algunos límites, por el temor de su empleo ilógico. Ningún hecho, en efecto, lleva consigo su sentido humano. El historiador, aunque se proponga no inmiscuirse en su interpretación, contribuye a darle un sentido o el otro, según sea el uso que de él se haga. Con los mismos datos se pueden escribir diferentes capítulos que lleguen a conclusiones totalmente dispares.

Las normas profesionales que podrían enunciarse pecarían, probablemente, de exceso de generalidad para que pudieran resultar prácticas. La calidad de la construcción teórica dependerá, más bien, de la formación cultural, de la concepción del mundo, de la ubicación social e ideológica, de la probidad del historiador. Como la historia escrita siempre ha de ser instrumento de lucha ideológica, además de necesidad cultural y social, será en este terreno de lo teórico donde el historiador pueda cumplir ese objetivo ideológico que se proponga. Pero es probable que, en líneas generales, la mejor formación profesional del historiador y la mejor formación cultural del lector contribuyan a una progresiva elevación del nivel científico de la teoría histórica.

El sentido crítico debe desarrollarse tanto en el historiador como en el lector. La materia histórica, concebida como lo hacemos en este trabajo, es una de las más vastas y complejas que puede enfrentar un investigador y, limitadas como son las posibilidades individuales de éste, será menester que la crítica de lo histórico —la profesional y la del lector medio— llegue a ser altamente sagaz y orgánica para que pueda la historiografía cumplir la gran tarea cultural y social que le corresponde.

III

LA verosimilitud del hecho material e individualizable puede ser sometida a una prueba sensorial más o menos elemental. Pero la verosimilitud de la construcción teórica en historiografía abre otros interrogantes de difícil solución.

Hay una posición extrema que afirma que, en historiografía, todo lo que no sea dato concreto es de índole tal que no puede siquiera analizarse con sentido crítico. La verdad no es esa, sino que, en este caso, el sentido crítico opera en el terreno lógico y, a menudo, no puede ofrecer pruebas ni conclusiones terminantes.

La legitimidad de una hipótesis, el valor lógico de una construcción teórica dependen del contenido cultural de una época, de la orientación que cobre el proceso social, de la evolución de las ideas. Hay, en la historia del pensamiento —en filosofía, en ciencias, en historiografía— multitud de hipótesis que, en su tiempo, no encontraron una oposición lógica coherente, un contradictor que pudiera negarlas con lucidez, pero que, en las épocas siguientes, fueron silenciosamente dejadas de lado, porque ya no alcanzaban a explicar, en forma aceptable, ciertos procesos, de acuerdo a los nuevos criterios que se iban desarrollando.

Muchas de las hipótesis históricas están sometidas a ese género de pruebas. Quizá triunfen en la polémica inmediata, pero es el tiempo mismo —lo histórico, al fin y al cabo— lo que les destruye o les sostiene.

AMÉRICA, CARA Y CRUZ

Por Alfredo GAZZETTI

Mundo histórico y mundo a-histórico

LARGO tiempo esperó Goethe, un hombre culto europeo, para poder realizar su ansiado viaje a Roma, una de las metas obligadas, entonces como ahora, en el derrotero espiritual de la vida humana. ¡Y con cuánta delectación nos narra las etapas del viaje, su estado de ánimo al contacto con las piedras venerables, finalmente su congoja al atisbar el escaso tiempo que lo separaba de la partida! Medía y valoraba con las reglas con que se adecúan el paisaje y las cosas europeas, munidas primordialmente de un tiempo y de una geografía históricos: el paisaje resulta motivo anexo al trabajo de los días del hombre y, así humanizado, se impregna de historia; la historia sale desde dentro del paisaje mismo que se presenta a manera de decoración externa de un impresionante y hazañoso teatro. América, en cambio, resulta de antiguo geografía y las mentes europeas anotan su *a-historia*. Es el paisaje por el paisaje mismo, la geografía por la geografía misma en estado de sustancial y primaria pureza, de sólito despojada del laborar de los hombres. El factor humano se nos aparece, en América, como rodeando en forma de delgada capa la íntima esencia geográfica o geológica del Continente y él resulta, así, exterior revestimiento. En Europa, por el contrario, lo externo es el paisaje y lo interno el hombre otorgándole sus notas primordiales; la geografía resulta, en estado de impureza, factor secundario. La mente del hombre es aguijoneada por tal acentuado carácter americano. Oigamos a otro gran europeo, Alejandro de Humboldt, cuidadoso anotador de las bellezas coloridas, de la naturaleza vegetal poderosa, exuberante, severa, o al Almirante ante las islas recién descubiertas: "se oían pájaros y ruiseñores que oscurecían la claridad del sol, las aguas y los lagos". Y esta visión del paisaje y de la geografía, idílica a

veces, descarnada y trágica otras, constituye la primera nota para la aprehensión del ser de América. De tal factor, geográfico y telúrico, parte Keyserling para arribar a otras conclusiones. En él no se trata de la inmediata geografía que revestida de encantos atrapara a Humboldt. Es, ahora, afirmación metafísica acerca del influjo telúrico, con resonancias de mundos a medio construir; la imposición no ya de la geografía—descripción— sino de la geología—estructura íntima del planeta, ancestral historia de los elementos— llegando a la metamorfosis del vegetal en mineral: el hombre *mineraloide*, las almas *broncíneas* de las alturas andinas, la sorda melancolía que vive *aqueunde el concepto de la esperanza*, la inorganicidad, la vida arrancada de la propia mineralidad, la perspectiva desde la tierra, en el arbitrario lenguaje del pensador germano. Las raíces más hondas del ser americano tendrían un carácter *alieni* de lo humano; lindarían, en algunos casos, con el mundo vegetal; en otros, con el mundo mineral. Todas ellas notas elementales, primarias. Martínez Estrada, por ejemplo, considera a América como área botánica y geológica, conservando su telúrica uniformidad y su ensayo siempre repetido.

Imaginemos las consecuencias inmediatas de esta primera premisa: América elemental, geográfica, a-histórica, en la cual la geografía es el esencial meollo, en tanto que la historia y el hombre es lo anejo, lo circundante, lo inválido. Una mente europea—Keyserling—debía llegar, partiendo de esas bases, a desoladas conclusiones: el Continente del *tercer día de la creación* se caracterizaría por el miedo original, el temor, la impotencia, la pasividad. Sus notas peculiares: sangre, muerte, indiferencia, tristeza, engendrarían tipos humanos en los cuales faltaría la noción abstracta del tiempo. Para Martínez Estrada, las conclusiones no serían del todo diferentes. Falta saber, no obstante, si de esa premisa aparentemente válida (América, mundo a-histórico), podrían inferirse tales conclusiones y hasta qué punto.

Mundo maduro o mundo inmaduro

Lo expuesto se relaciona con el problema de la madurez o inmadurez de América. ¿Por qué? Por comprobarse en ella las más graves contradicciones, las más profundas paradojas. No hay unidad entre su cara y cruz, como si ambas (anverso y rever-

so) fueran partes desintegradas de un todo. Frente a ellas cabe preguntarnos si estamos en presencia de un Continente inmaduro, debatiéndose entre tesis-antítesis de un largo proceso sin lograr la síntesis; o, por lo contrario, si ellas poseen madurez suficiente. Finalmente, debemos preguntarnos si las causas de sus males debemos hallarlas en procesos de otro tipo y carácter. En un trabajo muy sugestivo (*Viejas polémicas sobre el nuevo mundo*), A. Gerbi nos trae, con rasgos vívidos, la polémica que tiende a reproducirse ahora. Tal pólemos se inicia, principalmente, a través de las concepciones de los naturalistas, Buffon, por ejemplo. Este concepto, con fuertes tintes emanados de la historia natural, es retomado por pensadores, y así, Hume nos habla de la inferioridad de los habitantes de los trópicos (*Of National Characters*, 1748). Observemos que si el razonamiento fuera válido, comprendería a América Latina casi íntegramente, ya que resulta ser zona entre trópicos. De esto nos ponía en guardia el cronista Herrera, al decir que los antiguos se habían engañado al creer en la inhabitabilidad de la zona tórrida. Otros hablarían del Continente desvitalizado y sin fuerzas, ocupado por razas débiles, degradadas. Para ellos, el indio era bestial, siervo de la naturaleza circundante. Frente a tales notas extremas, era natural que se desatara una agria polémica. Ya estaremos en el polo opuesto: el indio sería el buen salvaje, puro, incontaminado. Y aquí el tono de esperanza optimista que trae el nuevo descubrimiento. Humboldt anota, por lo demás, el hecho de que América no es un Continente inmaduro e impotente. Por sí mismo, y considerado geológicamente, es de antigüedad tal, como no la tienen otras tierras. Viejas culturas nutren algunas parcelas del vasto territorio; algunas de ellas (los Mayas), crecidas en pleno trópico, resultan óptimas.

Otra paradoja, pues; el Nuevo Continente resulta ser el más viejo de los continentes. Esa madurez, que la tiene, no deviene, en sentido estricto, de su geografía. Si bien es cierto que la geografía en América tiende a unir lo que la historia tiende a desunir (Siegfried), el ser de América debemos encontrarlo, aparte de éste, en otros factores que luego apuntaremos.

Unidad o multiplicidad

EN la búsqueda de nuestra expresión, en términos gratos a Henríquez Ureña, debemos establecer si América tiene, o no,

unidad caracterizable. La inestabilidad parece ser todavía su nota característica y peculiar. El drama americano resulta, así, un hondo drama *desde dentro*, diríamos. En Europa, el ritmo continúa lento, y sus perturbaciones se deben más a factores extrínsecos: colapsos debidos a su superpoblación, al mosaico de sus nacionalidades y regionalismos, a las zonas de interferencias; pero que, pasados, vuelven a poner en quicio su ser. En Europa, las viejas tradiciones evolucionan, pero conservan sus caracteres primigenios. Europa —comparamos aquí con Occidente, ya que Asia merece otro tratamiento— conserva ciertos estamentos en un orden muy difícil de ser sacado de quicio, estancos que las convulsiones extremas no pueden deshacer. Este mosaico lleva ínsito un orden interior. América, más uniformidad, lleva ínsito un posible desorden interior. La norma parece ser, en ella, la inestabilidad. Que América posea mayor unidad que Europa, lo han constatado humanistas como Reyes o Henríquez Ureña. América (nos referimos a América hispana) posee verdadera unidad, no obstante las apariencias en contrario. Lo que ocurre en uno de los países integradores, acaece con mayor fuerza y medida en los demás. Los países americanos se encuentran desunidos entre sí, vigilantes, recelosos; sin embargo, hay entre ellos menos diferencias que en los Estados europeos. Existe un vínculo continental, que ha sido quebrado, pero vínculo al fin. Atmósfera común. Existen, en verdad, varias Américas (Continental, Atlántica, Pacífico), pero cuando nos alejamos de las grandes ciudades para ganar las inmensas mesetas, las altas montañas o los dilatados campos, sentimos nuestro adentramiento en el ser americano. Rasgos comunes, en verdad, de nuestra América, ya que, quiérase o no, el Río Grande es más que un límite natural entre dos países. Implica la división en dos Continentes antinómicos en muchos respectos. Pero si bien es cierto que nuestra América (la del sud del Río Grande) tiene un carácter definido, no es fácil asir sus significaciones y particularidades. El hecho de que se pueda hablar de una América indígena y de una América hispánica, nos dice algo, pero no todo. Tanto los cuadros étnicos como los sociológicos, se han complicado en complejidad dinámica y creciente. No se trata ya de una América mestiza o indígena. Estamos en presencia de la irrupción de nuevos elementos humanos —y de recreación de los antiguos, que, en verdad, todo lo han trastocado. Por ahora, anotemos el hecho sin valorizar sus posibles signifi-

caciones. Los caracteres firmes y acentuados de una América Pacífico y de una América Atlántica, parecen perder vigor, dándose zonas extendidas, en las cuales se esfuman los perfiles y donde los precisos rasgos de líneas, otrora bien contorneadas, se convierten en claroscurosales "per se", sin tratarse, empero, de zonas neutras. Estas zonas claroscurosales son las que, en definitiva, podrán otorgar nuevas tonalidades a nuestro Continente, a punto de entregarnos la visión de una América concebida en conjunto en forma diversa a los esquemas clásicos.

El hombre americano

EL conquistador es pronto conquistado por su propia conquista, en América. Se le presenta la tierra con un trasfondo de encantamiento. El inmigrante, más tarde, se adapta a las tierras americanas, produciéndose, así, un contacto a veces epidérmico, a veces efectivo, creándose nuevas formas de vida. Pero en la mayoría de los casos, la esperanza motivante del éxito, se trueca en desarraigo, por una parte, resentimiento por otra. Me explico; el hombre europeo, no obstante su adaptación —en pocas partes existe un poder de adaptación semejante—, llevará en vilo todo aquel mundo del cual se desarraiga con violencia. Si su llegada obedece a motivaciones de tipo político o religioso, será vana la nueva experiencia; llevará siempre consigo un mundo cultural del cual no podrá despojarse. Si lo es por motivos económicos, tal como acaece, por lo general, con el hombre europeo adentrado en América, llevará la mentalidad del conquistador, y si bien puede ser conquistado —como el conquistador por la conquista—, no se enraizará del todo en la tierra nueva. Pienso que la mayoría de los inmigrantes han quebrado sus esperanzas, ya que sólo una mínima parte puede lograr el triunfo económico, y entonces quedará en él una buena dosis de desesperanza, que habrá de transmitir a sus hijos. Por otra parte, el hombre oriundo de América —en primero, segundo o tercer grado—, se siente desplazado por estas nuevas *levas*, ya que ellas llevan, en su sentir, un pecado de origen. Resultan, para ellos, conquistadores en esencia, ya que se hallan munidos, aun sin quererlo, de una mentalidad conquistadora, produciéndose, así, ciertas formas de resentimiento. "Aislarse y contemplarse con recelo es el gran mal de la soledad y de la ignorancia y clave para interpretar los enigmas de Suramérica", dice Martínez Es-

trada. ¿Y qué no hizo el inmigrante? En principio, se desparrramó por los más lejanos y dispares lugares; en ellos tenía por ideal, quizá, el del rudo trabajar para subsistir en mejores condiciones que los naturales. Sin olvidar del todo su primera estructura, comienzan a formarse luego pequeñas islas por medio de las cuales se ligan con el mundo exterior que les antecedió, que de tal suerte se reanima y se saca del olvido. El inmigrante forma una nueva clase que también sabrá de privaciones y de sudores. Se asentará sobre bases simples: el trabajo, solitario y desesperado, como acaece con el campesino. Pero tal trabajo será a costa del hombre del país, que quizás no puede nivelársele en este sentido. En otras ocasiones se asentarán formando colonias, poblaciones, pequeños centros rurales (Esperanza, Rafaela, por ejemplo, en Argentina). También puede tender a la formación de ciudades que, en un comienzo asentadas sobre el trabajo campesino, van, más tarde, industrializándose tímidamente (Bahía Blanca, por ejemplo, formada por colonos italianos). En tales islas así formadas, el advenedizo no resulta ser el inmigrante, sino el propio hombre de la tierra americana. El extranjero queda así, no obstante, arraigarse en mayúsculas parcelas de su ser, como formando parte de un contingente con notas de nuevo tipo de conquistador que desplaza al natural. Las nuevas generaciones nacen, sin duda, dentro de ese mundo de líneas inestables. Y en los países de mayor formación indígena o mestiza, las cosas generalmente llegan a límites insospechados. La pequeña minoría extranjera, en ellos, obra como verdadera conquistadora y detenta el máximo de posibilidades, en un mundo estructurado sobre esquemas capitalistas e imperialistas. Por cierto, la inestabilidad, con el tiempo, deviene la norma. De ahí el dejo de desarraigo esencial que hallamos en el hombre americano. El nativo se siente desarraigado, ya que el recién llegado crea nuevas formas de vida, a las cuales, para subsistir, deberá adaptarse, por lo menos en parte. Las nuevas generaciones, aunque no del todo, aprehenden ese mundo de inestables líneas sin encontrar un seguro derrotero. Así, las miradas convergen, como meta decisiva, hacia la búsqueda de formas expresivas extracontinentales. Cuando la adecuación pareciera haber logrado ciertas líneas de mayor estabilidad, el extranjero halla un nuevo motivo y es obtener en América un modo de vida *que proporcione el sustento y aborre la angustia de debatirse en las tenazas de la paz armada* (Rangel). Y aún más. Cosío Villegas ha

podido anotar el rasgo del *despego*, de la *lejanía* en que el hombre americano vive respecto de sus semejantes, dentro de un continente vacío, de *soledad poblada*, de claustros cerrados en los que se logran manchas humanas muy alejadas entre sí. Entre ellos, el vacío, la zona donde el hombre *no vive ni convive*. De ahí que la convivencia humana, el hombre no la sienta como impuesta (lo que sucede en Europa) porque la separación se hace tan grande (en América), que engendra desamparo y soledad. Estas notas prohijan, a su vez, una inseguridad esencial, ya que el hombre, así enclaustrado, vive para sí en lejanía y despego para con los demás. Baste imaginar un pueblo europeo y un pueblo de nuestro país. El primero es un conjunto muy abigarrado de altas casas y de gentes convivientes; de pequeño perímetro, facilita una gran intercomunicación. La intercomunicación es, allí, razón inversa de sus reducidas dimensiones. Cada conglomerado europeo tiene, por lo general, vida por sí mismo; está asentado, enraizado, munido de formas dialectales propias, y en él es norma necesaria la convivencia. En grandes líneas, un hombre europeo nada puede hacer sin los demás, en esa relación continuada, en ese apego sustancial. En cambio, aquí, por lo general, cada pueblo no tiene vida por sí, desde el punto de vista entrañable o sustancial; o depende de otra esfera mayor, no obstante las distancias o de una zona de influencia que posibilita su vida. Los pueblos poseen, por lo demás, y esto vale principalmente para las grandes llanuras, una absoluta semejanza; nada valen las largas distancias para que la fisonomía cambie. En ellos, generalmente extendidos y vastos, el hombre vive para sí en esa soledad poblada, no convive ni vive enteramente, totalmente. La vida social se limita a normas más o menos estrictas en las cuales hallamos el mínimo de convivencia; en el tiempo: la pulpería, el café, el cinematógrafo, el club social. Y aquellos sentimientos de desarraigo —en casos, de resentimiento— se ahondan aún más en cuanto se tiende a la formación de clases entre las cuales sólo existe un contacto epidérmico. Entre ellas —Cosío Villegas lo ha visto muy bien— no hay un grado profundo de *capilaridad social*, esto es, la forma fácil o difícil con que una clase social se entremezcla con otra. Tomemos un caso en Argentina, donde por mucho tiempo hemos pensado que era el país latinoamericano de mayor amplio grado de capilaridad social. La experiencia peronista fue, a ese respecto, muy ilustrativa. La clase media, que aquí constituye

un núcleo muy fuerte, ignoraba las reales dimensiones de ese conglomerado social, formado por los grupos más empobrecidos, que constituía una realidad nacional y que despectivamente se denominara "los cabecitas negras" o "los grasas". Fue necesaria una experiencia de masas de tremenda magnitud para que se constatará el absoluto divorcio que existía (y que aún no se ha saldado) entre las distintas clases del país. En una nación como la nuestra, orgullosa de sus riquezas naturales efectivas o presuntas, no se concebía la existencia de una realidad al parecer inorgánica, que podría asimilarse en algún respecto al "lumpenproletariat", en términos marxistas, pero que, además, contenía la adhesión de un sector mucho más amplio. Este esquema pudo ser así, inicialmente, ya que pronto se vieron las contradicciones internas de un sistema basado en la dictadura personal. Pero la experiencia peronista, que en parte desbordó los clásicos esquemas americanos, demostró a las claras ese sustancial aspecto. La dificultad resulta muy grande si pretendemos lograr un alto grado de capilaridad social, ya que los hombres viven, por lo general, en mundos económicos muy diferentes. En Europa existe un nivel medio de pobreza y de austeridad, y entre las clases económicamente poderosas y las radicalmente pobres no existen diferencias muy acentuadas. En América, en cambio, las diferencias son tajantes y profundas. Si exceptuamos tres países en los cuales la clase media es una realidad, en los demás la desigualdad se hace muy notoria. Los esquemas de tipo burgués, en la forma anotada por un Werner Sombart, no tienen mayor vigencia en nuestra América. Así, aquellos originarios sentimientos de desarraigo —y en parte, de resentimiento— se ahondan en cuanto se produce la formación de clases entre las cuales no existe ese grado profundo de capilaridad, según hemos visto. Tal inestabilidad trae en las mentes cultas un hondo sentido de desesperanza que impele observar lo anejo al continente como legítimo o —caso inverso— encasillarse dentro de fórmulas de vacío contenido, de ilegítimos nacionalismos. En todos los casos, la existencia, como en ninguna otra parte, según creo, de una mentalidad obrando *como si*, es decir, actuando desde una posición engañosa, no desde el ser mismo, desde *un es*, sino desde un *como si fuera*. Lo grave es que, munidos de engañosas tablas de valores dadas "ab initio" como válidas, sin serlo, aprehenden notas aparentemente legítimas. Esta ilegítima axiología tiene, así, la pretensión de llegar a conclusiones objetivamente

válidas. El sentimiento de un auténtico patriotismo, por ejemplo, queda relegado. La historia americana se compone, generalmente, de valores estáticos. El sentimiento religioso cede a formalidades exteriores que, de suyo, nada tienen que ver con la religiosidad. Hay, de tal suerte, proclividad hacia las notas meramente formales, y tal hecho explicará en buena medida la existencia de dos estamentos —Ejército e Iglesia— en los cuales predominan las ilegítimas consecuencias de un patriotismo vacío y de un sentimiento religioso inválido. Este hecho, para mí sustancial, importará mucho en la caracterización de una consecuencia mayor: la posibilidad —o imposibilidad— para la adecuación del Buen Gobierno en América.

América Gobierno

EN América, donde hay tanto por hacer, falta sustancialmente el logro y la experiencia del buen gobernar. Falta el arte de gobernar, esto es, el de una auténtica práctica en el leal encauzamiento de un orden jurídico, económico y social hacia objetivos concretos de bien público, sin exclusiones ni favoritismos.

No se ha hecho aún, salvo excepciones, la experiencia y la práctica de la República, el gobierno de la comunidad que incluya a las minorías y en el cual nada cuenten los intereses de personas, grupos, castas, oligarquías en el sentido que esta última palabra tiene. No el mero mandar ni obedecer ni la formulación de órdenes que deban necesariamente acatarse y que impidan el ejercicio de criticar y poner en duda lo que se nos presente como revelado o verdadero. En América han proliferado, y proliferan, las dictaduras. Dictaduras, atendiendo a las características del suelo, que son bien distintas a las de otros continentes; despotismos americanos como producto de una época de transición. Así lo han visto, con lucidez, algunos ensayistas. El momento de transición es comparable, en América, al período otoñal de la Edad Media, cuando advienen las formas primigenias del capitalismo. El panorama social americano, según vimos, ha cambiado notoriamente en estos últimos tiempos: llegan a adquirir predominancia las zonas claroscureales que se dan, no ya como islas dentro de la soledad poblada, sino con caracteres firmes. En algunos países llega al poder la clase media —no obstante sus alianzas con las oligarquías— con todas las consecuencias que tal hecho trae. Por lo demás, se abre paso

firmemente una conciencia industrial, y la inherente producción industrial tiene fricciones a menudo fuertes con el modo de vida feudal, basado en la producción campesina, en la ganadería como factor de exportación a mercados únicos o la agricultura, generalmente primaria y supeditada a los precios del mercado internacional. Tales contradicciones provocan pugnas cada vez más notorias. Los hechos últimos dan la razón al aserto. La oligarquía inversionista acude a los aparatos represivos más variados, que van desde la presunta persuasión hasta la represión violenta. Se crean, así, policías y ejércitos que tienden al *ordenamiento* interno, y en nombre de *tal orden*, que no es otro que el desorden de una época crítica en tren de desquiciamiento, espadas y cruces juegan un papel dúplice. Aún en América existen formas feudales de producción, y las formas capitalistas que intentan el desalojo de tal estilo de vida, tanto en el orden económico como espiritual, no hacen más, al irrumpir en aquel *status*, que agudizar las contradicciones inevitables que tal fricción implica. Aparte de este hecho innegable, es necesario tener presente que América se nos presenta como una amplia parcela en la cual *no ha entrado, aún, el estilo de vida del hombre moderno*. Aún no hemos salido de los moldes de tipo feudal que adquieren el nombre genérico de *Colonia*, y allí debemos encontrar las raíces. Desde luego, la Colonia trajo, frente a poquísimas notas positivas, un cúmulo de caracteres negativos. España de la época Colonial, también con sus contradicciones y paradojas, con su reloj a destiempo, como diría Sarmiento en unas de sus Cartas, importó a estas tierras aquellas notas formales esterilizantes. No olvidemos que en la larga lucha, los movimientos positivos de renovación espiritual habían perdido íntegramente la partida. Lucha de las mejores mentes, tenaz, infructuosa, en contra de una España ferozmente antieuropea y enemiga de novedades, recelosa de perder su presunto ser esencial y que, debido a ese temor, llega a destiempo, a punto de que aún no ha logrado formarse una conciencia moderna. Así, el hombre de la conquista, amalgama de esa España, conquistaba y fundaba poblados, raramente colonizaba; esa segunda parte poco le interesaba y se jugaba en empresas de heroísmo sin par. Muchas veces, munido de un ciego heroísmo, que le permitía las más audaces hazañas, sin tener presente, empero, la empresa constructiva: colonizar en el sentido del logro de una sociedad sobre bases estables, *a la moderna*. Una vez afincado, el conquistador

vivía a costa de los indios dominados, después a costa de las nuevas mezclas. Llevaba una vida generalmente cómoda, apoltronado en el recuerdo de pasadas gestas, y casi sin excepción dedicaba sus largos ocios a rencillas interminables. El hombre español, dado a la aventura americana, llevaba en sí muchos de los ideales medievales, pero de la primera Edad Media feudal, ya que España no había entrado en la modernidad. Se fundaban ciudades de población reducida, pero que, adyacentemente, contenían estratos mucho mayores: los elementos indios y mestizos. Generalmente, las poblaciones españolas se asentaban sobre núcleos indígenas preexistentes —núcleos tribales, no ciudades ni pueblos. En ellos se enseñoreaban capitanes con mando, de horca y cuchillo, elegidos, generalmente, por sí mismos. Sus ideales, si así podría decirse, eran claros y sencillos: hablaban el lenguaje rudo de hombres acostumbrados al mando, al hecho de sortear todos los obstáculos que se les presentaran recurriendo a cualquier medio. Rudimentarias normas espirituales se concretaban, en ellos, en un tipo de religiosidad práctico y realista. El esquema feudal quedaba intacto: el señor y la "nobleza", en un marco distante de las clases pobres (castas). No se había superado, por entonces, el esquema de los primeros siglos medievales de estructura rígidamente feudal. Ni el desarrollo ulterior de las ciudades, tímido en muchos respetos, había posibilitado, como sucedía en Europa, el paso al medioevo comunal. No obstante, las leyes protectoras, indios y mestizos constituían una verdadera gleba. Así, la primitiva América como aventura pasaba a ser América conquistada. La larga siesta colonial se dio, después, dentro de ambientes en los cuales se iban perdiendo las posibles primarias virtudes; y el arte de gobernar era allí la mañosa habilidad con que se arrastraban reglamentaciones minuciosas. La teoría y la práctica se rechazaron entre sí, como se rechazan aún, dentro del orden jurídico americano.

Será bueno insistir en estos puntos. Vivimos aquella herencia con todas sus consecuencias. La independencia política sólo significó un paso, ya que quedamos ligados a aquel orden de ideas de tipo Colonial. Los países fueron transformándose, algunos de ellos sin cambiar casi sus estamentos sociológicos; otros, como el nuestro, recibiendo nuevos contingentes aluvionales. Pero los cimientos quedaban, sólo cambiaba la fachada exterior. Allá lejos estaba, y se venía acercando a nosotros, aquella arquitectura de tintes feudales y medievales. El conquis-

tador español, dijimos, venía munido de aquel mundo, y si bien aquí lograba desprenderse de algunas notas accesorias, quedaba sólida su íntima estructura, que seguía a través de sus descendientes, impregnando la vida social con aquellas normas rígidas que continuaban flotando, no obstante los increíbles cruzamientos. En estas soledades pobladas, en estas manchas de población, el hombre vivía en un mundo no entrado enteramente en los moldes de la modernidad, y si bien las zonas claroscureales adquirirían notas teñidas de capitalismo moderno, el roce y la fricción se han hecho sentir en forma tan aguda, a punto de que las nuevas ideas que nutren la vida luego de la Revolución Industrial no resultan decisivas. No hemos logrado esa nueva etapa, ya superada por la América Anglosajona o por Europa, y seguimos cargando con parte de aquella carga pesada que se puede llamar la antimodernidad española. Ejército e Iglesia resultaron, por lo demás, los puntales más fuertes para que tal orden de cosas subsistiera hasta hoy. Ambos estamentos tendieron a conservar el "orden" de una economía y de un estilo de vida sobre bases feudales. El ejército, en la fricción que acaece en esta etapa crítica que ve el advenimiento de formas capitalistas modernas tendiendo a remplazar los estamentos de tipo feudal, se transforma en poder sojuzgador y resulta el puntal más firme de las dictaduras americanas. El alto clero tuvo —y tiene— por lo general, pareja actitud. Duras y resacas fueron las espadas y las cruces en América.

Y hémos aquí, entonces, frente al nudo central, que puede traducirse en dos palabras: Colonialismo, Liberalismo. De esos dos términos, un tanto arbitrarios (ya que Liberalismo es para nosotros, dentro del orden de ideas de hoy, la concepción de una sociedad progresista sobre bases democráticas y sociales), nacen los males y los bienes de nuestra América. Los pocos bienes que hemos tenido, al poder recoger las palabras del Padre Vitoria: el derecho universal de los pueblos, superior a la Nación y al Estado. Esa es la palabra: *los derechos de los pueblos*. El Colonialismo lleva, para nosotros, ínsitas las notas expuestas por *Herbert Herring*: feudalismo indisciplinado, orgullo exagerado, desdén por el trabajo físico, supervivencia del latifundio, fuerte arraigo de una iglesia retrógrada, sistema económico dependiente de la venta de materias primas. Los impresionantes testimonios de Josué de Castro nos revelan las llagas que debemos curar. El Liberalismo, en amplio sentido, no será para nosotros la

escuela liberal, sino un estilo de vida que nos permita perfeccionarnos moral y económicamente. Traemos la palabra cómoda para expresar, actualmente: *progreso, socialismo, libertad*. En una palabra, nos falta hacer la revolución democrática en nuestra América.

Por desgracia, hemos constatado que la conciencia de un común destino americano, fortalecida en las gestas de la liberación, ha ido eclipsándose. De esa clara conciencia queda hoy esfumado recuerdo que se exhuma, convencionalmente y en contadas ocasiones, aunque perdida su fuerza y lozanía.

Cabe ahora reiniciar con todo brío y desde cualquier ángulo el sustancial coloquio americano. Habrá que defenderse de caídas y recaídas en un colonialismo cerrado. Prepararse, además, para los duros tiempos que debemos enfrentar. Me explico; en América, el colonialismo es ahora preponderantemente económico. Y debemos tener presente que *los últimos latidos coloniales están reservados para nosotros*. En América, no cabe duda, habrá de darse la gran batalla por la liberación del hombre. Pongamos nuestra férrea voluntad, nuestras mejores fuerzas espirituales para salir al paso, antes de que se nos aprese. Pensemos desde ahora en la existencia de las notas positivas que fundamente la posibilidad del Buen Gobierno en América. Para que no se eternice el gobierno frustrado, no habrá que perder la fe en los pueblos que han contado en pocas ocasiones y que, obrando libremente, han podido hacer oír su voz en decisivas oportunidades; en el sentido de la realidad, tan propio del americano; en sus posibilidades de realizaciones concretas; en su individualismo, que, en tanto sea afirmador de valores, ha permitido la creación de vigorosas personalidades; en el sentido de la libertad, pues no olvidemos a América como tierra de libertadores; en el tono fraterno con que, en las más grandes gestas, se dirigían entre sí los americanos; en la común lucha por la afirmación de las conciencias nacionales. Sólo así, alertas y apretados en pos de los comunes ideales e intereses, podremos hacer frente con éxito a cualquier ataque, emboscado o no. Desplazándose de Asia a África, el último refugio de los imperialismos será nuestra tierra americana. Debemos estar preparados para la afirmación de nuestro ser más esencial y entrañable. Obrando así, estaremos orgullosos de constituir, verdaderamente, el *Nuevo Mundo*.

Presencia del Pasado

LOS SACRIFICIOS HUMANOS: RELIGIÓN O POLÍTICA?

Por *Laurette SEJOURNE*

"No tenemos una representación moral del mundo precortesiano, sino sólo una visión fragmentaria, sin más valor que el que inspiran la curiosidad, la arqueología: un pasado absoluto".

ALFONSO REYES.

EL aniquilamiento de la gran civilización mesoamericana en el siglo XVI constituye, quizás, un fenómeno sin paralelo en la historia de la humanidad: una cultura milenaria brutalmente decapitada y sus hijos, marcados al hierro rojo de la esclavitud, constreñidos a renegar de ella.¹

A este fenómeno debía seguir el otro, no menos extraordinario, de su extraña supervivencia: más de cuatrocientos años después de haber sido dejada por muerte, esta cultura manifiesta bastante vitalidad para remover pasiones, como fue el caso en 1949 con motivo del descubrimiento de huesos que antiguos manuscritos designaban como los de Cuauhtémoc, el último emperador de los aztecas. Las violentas polémicas que dividieron entonces el país, pusieron en claro que, de hecho, el verdadero héroe nacional de México de hoy día es ese indígena vencido e ignominiosamente muerto por los mismos que impusieron su lengua y sus costumbres. La circunstancia que los monumentos, las calles, las escuelas con el nombre de Cuauhtémoc sigan multiplicándose, mientras que ningún homenaje oficial haya sido jamás rendido a Cortés, para muchos el glorioso conquistador de territorios salvajes, demuestra la potencia del llamado de esa herencia autóctona.

¹ Hasta el siglo XVIII se emitieron leyes que prohibían la circulación de textos, estudios o comentarios sobre el mundo prehispánico.

Esos dos fenómenos —muerte trágica y fuerza inesperada de una tradición para mantenerse en el corazón de los hombres— imprimen un carácter muy particular a los estudios precolombinos, porque la cultura que se intenta comprender aparece extraña y lejana como ninguna otra, al mismo tiempo que irresistiblemente presente.

Extraña y lejana porque no habiendo sido conocida más que después de su muerte —una vez aniquilados sus hombres, sus escritos y sus manifestaciones más representativas— es en realidad con el informe de su autopsia que fue reconstituida su existencia. Y es natural que, como todos los cadáveres, el de esta cultura no pudo ofrecer el análisis más que una amalgama de materia inerte sin trazo de conciencia: imágenes desconcertantes, ritos infernales y creencias absurdas a las cuales es difícil concebir una unidad espiritual.

Presente no solamente a causa de la fascinación que ejercen sus vestigios, sino también por su manera enérgica de imponerse en la vida de hoy. Debe admitirse que en un país donde se denuncia como enemigos del pueblo a hombres de ciencia por haber sostenido la inautenticidad arqueológica de una sepultura, la investigación asume una responsabilidad que sobrepasa los marcos de la simple erudición.

El problema que plantea al investigador un pasado que se presenta simultáneamente fosilizado e incandescente, según que se le considere a través de las interpretaciones de las que ha sido víctima o palpitando en el seno de un vasto sector de la población que lo reclama como suyo, se complica por la circunstancia de que los testimonios que le conciernen se refieren casi exclusivamente a los aztecas.

A la llegada de los españoles, los aztecas dominaban, aproximadamente, los territorios incluidos hoy día bajo el nombre de Mesoamérica —desde el norte de México actual hasta los países de América Central—, y el rasgo más notorio de sus costumbres era los sacrificios humanos. Estas matanzas colectivas realizadas en gran escala en los templos, marcaron de infamia su memoria, justificaron a los ojos de la Cristiandad la destrucción y la esclavitud y enturbiaron por los siglos futuros la visión de la cultura aplastada: una religión centrada sobre un dios solar que, para sobrevivir, necesitaba alimentarse de sangre humana, puede ser condenada por bárbara aun por sus verdugos.

Una de las razones que permitieron a los Conquistadores

de explotar para sus fines el horror que despertaron esos crímenes rituales, fue que el pasado prehispánico, perdido en brumas legendarias, era desconocido para ellos: suspendido en un vacío histórico, el período azteca que sorprendieron se constituyó en la imagen misma de la realidad del antiguo México.

Es a la arqueología que debía incumbir la noble tarea de restablecer la justicia. Al resucitar las remotas culturas, ella demostró que el origen de la civilización cuyos últimos representantes fueron los aztecas, remontaba a más de dos mil años. Considerado a la luz de esta nueva perspectiva, y teniendo en cuenta el ritmo histórico de países desprovistos de medios mecánicos de locomoción, la breve existencia del imperio azteca equivaldría al de un régimen totalitario moderno. Es decir, que la arqueología hace patente que juzgar la cultura náhuatl milenaria a través de los aztecas, constituye un error tan imperdonable como sería el de querer comprender la civilización occidental a base de la Alemania nazi, por ejemplo, y persuadirse —como lo hacen piadosamente ciertos americanistas cuando de los sacrificios humanos se trata— del *esplendor salvaje* de los hornos crematorios, o del *impulso místico* de las guerras del III Reich, a fin de explicar la belleza de los Evangelios, de la catedral de Chartres o de la obra de un Hölderlin.

¿Puede hablarse de religión refiriéndose a prácticas destructoras, a creencias situadas a un nivel de pragmatismo elemental? Desprovista de espiritualidad y de trascendencia, una religión *no existe* más que un pájaro sin alas, a menos que el pájaro sea mutilado. Lo que sería necesario descubrir es, entonces, si las creencias aztecas pertenecen a una religión mutilada de sus órganos esenciales o a una estructura que le es extraña.

Como los sacrificios humanos constituyen el núcleo del problema, debemos intentar, ante todo, de situarlos con claridad. Solamente una vez establecida la dependencia real que existía entre leyes sagradas y actitudes sociales en patente contradicción con todo precepto moral, estaremos en posibilidad de juzgar los dioses legisladores. Una investigación de este tipo obliga a remontar el curso turbulento de la historia azteca, atentos a percibir la voz de los mismos hechos.

De todos los escritos que tratan de la sociedad azteca, los de Fray Diego Durán se sitúan muy por encima de los demás y representan, de hecho, la única fuente de conocimientos serios relativos a la historia de los constructores de Tenochtitlan.

Bien sea que hubiese nacido en México, de madre indígena, o que llegara al país procedente de España, a la edad de seis años, inmediatamente después de la Conquista, según distintas versiones, lo cierto es que el náhuatl fue, para Durán, como su lengua materna y que su infancia se nutrió de las costumbres autóctonas. De ahí los rasgos de una incomparable realidad que iluminan sus descripciones y la posibilidad que tuvo de conocer los documentos antiguos sobre los cuales se apoyan sus trabajos.

Como todos los cronistas, Durán desconoce la religión precolombina, que explica por finalidades utilitarias de orden material, pero es el único que manifiesta una franca admiración por los aztecas. Emprende su obra a fin de perpetuar su memoria, y en su fervor de justicia reconstruye la formación del Imperio con la firme voluntad de comprender y con un vigoroso sentido crítico que disipa las nebulosidades de la leyenda.

Tal como se desprende de los libros de Durán, la historia de los aztecas es aquélla que debía esperarse de un pueblo que, en menos de dos siglos, se hace dueño de un vasto universo de cultura avanzada. Natural que, para que en tan corto tiempo, una tribu de cazadores nómadas llegara a imponerse entre las naciones del Altiplano mexicano, que la rechazan y, a conquistar los innumerables países que se extienden hasta América Central, es necesario que se dedicara totalmente a la guerra. Por esto, después de haber brevemente tratado de los orígenes, de las peregrinaciones y del establecimiento de la capital, Durán no relatará más que hazañas militares. Y con una claridad que nada oscurece, surge de sus narraciones que es sobre la forma misma de la guerra que se moldearon la mentalidad y la estructura social azteca.

Déspota que no admite otra verdad que la suya; generadora de las riquezas sobre las cuales se va erigiendo el Imperio; única fuente de ingresos de un amplio sector de la población, la guerra aparece como el órgano más esencialmente vital de este Estado. De ahí el maquiavelismo de sus dirigentes para perpetuar la tensión propicia a las hostilidades; de ahí también las crisis que corroen su cuerpo y su alma tan pronto como la actividad guerrera sufre una detención. Los móviles económicos de las rapiñas aztecas son tan evidentes, que Durán los señala con inocencia absoluta, ignorando que el dominio que él explora podría, sobre la fe de vagas declaraciones oficiales, ser

confundido con el dominio de la religión. Se mantiene firme en lo temporal sin que ninguna sombra de hermetismo venga a oscurecer la comprensión de los hechos, y si se muestra despiestado por actitudes contradictorias de la sociedad que observa, sus interrogaciones no son de una naturaleza diferente de aquellas que podría formularse el historiador de la época contemporánea.

La clarividencia de Durán permite deducir un hecho altamente revelador: al saber que sus escritos siguen viejos documentos náhuatl con una fidelidad que lo lleva a transcribir trozos enteros, nos está permitido creer que la confusión entre lo temporal y lo divino, donde se pierden los otros cronistas, no data más que de la última fase del Imperio. Esto explicaría por qué otra obra —la del escritor autóctono Alva de Ixtlilxochitl— construida, igualmente, sobre muy antiguas fuentes, proporciona la misma enseñanza, mientras que los trabajos basados sobre las informaciones aztecas del siglo XVI, perplejos en el umbral de una realidad social donde los fines políticos y religiosos se entremezclan, no ofrecen más que horizontes históricos turbios e inciertos.

Se podría decir que Durán se sitúa en las antípodas mismas de Sahagún: éste trata de la relación de los hombres con los dioses; aquél, de las relaciones de los hombres entre ellos. Es únicamente de este último testimonio que trataremos en este artículo.²

Hasta las arengas que dirigen los jefes militares antes del combate, más susceptibles que los actos para ajustarse a una ética formal, no denuncian la menor preocupación de orden cósmico: cuando dejan de incitar abiertamente al robo y a la masacre, invocan algo como el honor de la patria, pero nunca jamás la tarea de alimentar las divinidades solares. Veamos, por ejemplo, el tono de un grito de guerra:

Ea, mexicanos; que hoy hemos de tomar por mujeres a estas chalcas de nada, o lo hemos consumir en este lugar, que no quede hombre a vida. . . (p. 139).

² FRAY DIEGO DURÁN, *Historia de las Indias de Nueva España*, Editora Nacional, S. A., edición facsimilar, México, 1951. Como nos referimos solamente a esta obra, en su volumen I, de la misma edición, nos limitaremos a señalar al fin de cada cita la página que corresponde.

O este otro:

Oh, desventurados xochimilcas; pobres de vosotros y de vuestras mujeres y hijos, quien os engañó a venir a este lugar, donde perderéis muy en breve el brillo y gallardía y habeis de ser nuestros tributarios y terrazgueros (p. 110).

Más significativa es la ausencia de alusión religiosa en los discursos que el rey dirigía a los señores al regresar de sus campañas:

Señores y vasallos caballeros: yo conozco el trabajo que habeis pasado y vuestro ánimo valeroso con que resistis a vuestros enemigos: ya está hecho y concluso y esto es vuestro oficio y ejercicio para engrandecer vuestra ciudad y ensanchar las aguas y la tierra. . . (p. 95).

Y en otro lugar se dice que:

. . . (el rey) les fue declarando que se les daba las riquezas y despojos de las guerras para que luego saliesen para poner las vidas por su ciudad y rey y por la defensa de su reyno. . . (p. 505).

Organización perfecta, como se ve, porque, cuando más poderosos eran la ciudad y el reino, más aumentaban las oportunidades de dominar nuevas provincias para apoderarse de sus bienes. Ningún misterio a este respecto. Los tributos constituían la base misma de la economía de Tenochtitlan, y Durán habla de estas riquezas arrancadas por la fuerza con la serenidad que un economista de hoy día pone para discutir el ingreso nacional. En un momento dado, interrumpe el relato de las batallas para hablarnos en detalle de ellos:

La Historia mexicana hace en este lugar una digresión y particular memoria de los grandes tributos y riquezas que entraban en la ciudad de México y con que servían a los que con su trabajo y sudor iban a las guerras y derramaban su sangre por el aumento de sus personas y por honra de su rey y defensa de su patria. (p. 208).

Y después de una enumeración que se extiende en cinco páginas, Durán siente la necesidad de explayarse, no sobre la de-

masiado evidente finalidad de las guerras, sino sobre las razones que obligaban a los pueblos a aceptar esas sangrías extenuantes:

... Todos estos tributos que aquí he contado y muchas cosas mas que la Historia pone así en confuso debajo de una generalidad que incluye y cifra todas las cosas criadas, tributaban las provincias, ciudades, villas y pueblos de la tierra al rey de México, y la causa que pone para que hubiese obligación de tributar dice de esta manera: tributan todas las provincias de la tierra, pueblo, villas, y lugares, despues de ser vencidos y sujetados por guerra y compelidos por ella por causa de que los valerosos mexicanos tuviesen por bien de bajar las espadas y rodelas y cesasen de los matar a ellos y a los viejos y viejas y niños por desarmar sus vidas y por evitar la destrucción de sus pueblos. . . a esta causa se daban por siervos y vasallos de los mexicanos y les tributaban de todas las cosas criadas debajo del cielo. . . de todo tanta cantidad que no faltaba dia de esta vida que no entraban en la ciudad de Mexico gente forastera con gran cantidad de todas estas cosas, asi de provision como de riqueza para el rey y para los grandes señores, lo cual ganaron con su sudor y trabajo y con la fuerza de su pecho y de su cabeza y brazo, sujetando todas las naciones y trayendolas en perpetua esclavonia y servidumbre. . . (p. 213).

Veamos ahora el cuadro de una ciudad sometida, hecho por el mensajero de una nación todavía libre:

... y así despidieron al mensajero el cual fué a su ciudad y dió la nueva de la mucha afliccion y tristeza en que los de Azcapotzalco estaban, y como tenían las casas derribadas y quemadas y todos ahuyentados y escondidos en los montes y los campos llenos de muertos, los templos desbaratados y violados y las tierras tomadas y repartidas a los mexicanos, hechos perpetuos tributarios del rey de Mexico. . . (p. 80).

Una escena entre el Emperador Moctezuma I y su ministro Tlacaellé —eminencia gris alrededor de la cual se formó la sociedad azteca— es particularmente instructiva con respecto a las miras económicas de las guerras. Discuten la suerte de un país "rebelde, que obedecía y servía a los mexicanos de muy mala gana". . .

Moctezuma dijo a Tlacaellel: mi determinación es que los cuetlaxtecas sean del todo desolados y que no quede mas memoria dellos. Tlacaellel respondió que no mandase tal, sino que si los venciesen y desbaratasen, que les doblasen el tributo y que con esto quedarían castigados porque el destruirlos a todos era imposible y gran inconveniente destruir pueblos de tanta riqueza y que para poblarlos no había gente. . . y así Moctezuma mandó llamar a los capitanes y al general de toda la gente, y los mandó que no los acausasen de destruir ni asolar, sino que si vencidos pidiesen misericordia, que se la concediesen y otorgasen. . . (202).

Reconozcamos que este diálogo no podría ser menos místico y que más de un jefe de Estado moderno podría admirarse de su realismo político. Tampoco ninguna alusión a los deberes sagrados cuando, al terminar la campaña contra los tarascos, Tlacaellel consuela al rey por la pérdida de veinte mil valientes mexicanos:

Hijo, no desmayes ni desfallezca tu corazón; esfuérzate, que no murieron tus vasallos tras los tizones. . . sino en campo, peleando por el engrandecimiento de tu corona y por la honra de su patria. (293).

Durán pone en evidencia que en el pueblo el impulso bélico no era más idealista que en los dirigentes. Varias veces muestra a los hombres que prestan ayuda en las operaciones militares esperando con impaciencia la iniciación de nuevos conflictos.

. . . mandaron que con toda la prisa y la diligencia posible, se aperciesen los ejércitos, y así fue puesto por obra; y era tan fácil, que en echando el bando, luego salían veinte mil combatientes con sus armas, espadas y rodela, que era cosa de ver el deseo y la voluntad que en aquello mostraban, porque había gente que no comía sino cuando había entradas y estabala esperando como agua de mayo, como dicen. . . (202). . . los soldados que habían estado ociosos y pobres recibieron gran contento, porque no comían ni tenían mas descanso de mientras iban a la guerra, porque lo uno, eran servidos por los caminos de todas las ciudades, villas y lugares de todo lo que había menester de comer, beber, vestir y calzar, y lo otro habían licencia de robar donde no se lo daban, y demas desto, los despojos de riquezas y esclavos no había

quien se lo quitase, porque todo era suyo; y aunque el Rey algunas veces se los quitaba para los sacrificios, dábales al doble de riquezas mas de lo que valian. . . (234).

Y si se dudara de una verdad tan prosaica, he aquí algunas precisiones complementarias:

A cualquiera pueblo que llegaban los mexicanos y todo el ejército, los salian a recibir y los aposentaban y daban de comer muy cumplidamente. . . y esto en todos los lugares que llegaban hacia lo mismo, y donde no, y habia algun descuido en provelles de lo necesario, robaban y saqueaban los pueblos y desnudaban a cuantos en aquel pueblo topaban, aporreábanlos y quitábanles cuanto tenian, deshonorándolos, destruíanles las sementeras, hacíanlos mil injurias y daños. (172).

El saqueo de las poblaciones vencidas, por otra parte, era tan evidentemente el fin oficial de la guerra, que en algunos casos se ve al ejército negarse a suspender el pillaje de una ciudad ya rendida:

Los otomies, rogando con lágrimas al rey Ahuizotl mandase cesar el robo y saco, mandó a los capitanes y caballeros mandasen y detuviesen a los soldados. Ellos respondieron que aquellos eran sus percances y pagas y que a aquello venian y no a solo morir, y por aquello ponian sus personas a riesgo; que los dejasen gozar de sus percances de la guerra. Oído por el rey mandó a los grandes acudiesen a defender a los otomies, los cuales, entrando por las calles del pueblo. . . a palos los echaban de las casas, cargados de maiz, frijol, chíá, gallinas, ropa, joyas, plumas, el que mas podía llevar. . . (332).

. . . Los señores de las ciudades (Tehuantepec), viendo el destrozo. . . determinaron pedir misericordia postrados por tierra ante el rey Ahuizotl, que no menos encarnizado andaba entre ellos, el cual, movido por estos ruegos, tocó su atambor haciendo señal de recoger, y haciéndose la gente del ejército sordos, no cura de la señal, antes con gran vocería y alarido seguian el alcance entrando por las casas de la ciudad, saqueándola y matando a todos cuantos topaban. Los capitanes, sargentos y maesos de campo, vista la voluntad del Rey, corriendo a unas partes y a otras, a palos y cuchilladas, los estorbaban y hicieron cesar a la gente, que, como leones, iban destruyendo la ciudad, de lo cual los sol-

dados, enojados, juraron de no volver a la guerra tan apartada y remota, pues no les daban el campo franco y las ciudades para su aprovechamiento; pues solo el interes los había movido a dejar sus casas y tierras y sus mujeres y hijos... teniendose por agraviados y mal pagados del trabajo que habían padecido...; lo cual, viniendo a oídos del Rey, les prometió satisfacion de lo que allí perdian. (374).

No es de extrañarse que, al término de las campañas, los soldados regresaran a sus hogares

...contentos del mucho despojo y riqueza que traian, y era tanto el contento que de ir a la guerra tenían, que ya no se hallaban los soldados en las ciudades, deseando la guerra con gran voluntad, por lo bien que en ellas les iba. (192).

Los seres humanos formaban parte del botín, lo mismo que las gallinas o las alhajas; el soldado que los capturaba podía bien guardarlos para su servicio o bien venderlos como cualquier mercancía.

Hemos visto que el Estado los compraba, a veces, para satisfacer las necesidades rituales, pero si se considera el número probable de prisioneros que podía hacer una nación que vivía constantemente sobre pie de guerra, una nación donde hasta

...los muchachos de muy poca edad se preciaban de ir a ella... no tratándose ya en México de otra cosa sino de cómo se había de haber en las guerras. (p. 166).

se puede concluir que aquellos que morían en manos de los sacerdotes no debían representar más que un porcentaje mínimo. Y esto tanto más cuando la mayor parte de los seres sacrificados en las grandes solemnidades eran suministrados por las provincias sometidas que, todas

...daban tributo de esclavos para ella, de lo cual ninguna estaba esento ni reservado. (p. 347).

Antes de la fecha fijada, recorrían el país emisarios haciendo invitaciones, y Durán asegura que, en cada ciudad, los jefes

...dado aviso de lo que se le mandaba, recibiendo muy bien a los embajadores, dándoles todo lo necesario, respondieron irían a la fiesta, como les era mandado, y que llevarían el tributo de esclavos que eran obligados de dar; y, así, llevaron los esclavos todos en collecas... (pp. 345-346).

La inmolación en los templos de estos miserables fuera de la ley, prueba a qué grado las especulaciones teológicas, según las cuales el Sol no podía alimentarse más que de sangre de héroes, estaban alejadas de la realidad social. Un mercado permanente de esclavos estaba, además, instalado en un barrio de Tenochtitlan, y se sabe que estos esclavos no provenían siempre de guerras, puesto que todo ciudadano podía llegar a serlo a causa de innumerables delitos o para salvarse del hambre. Por otra parte, Sahagún, que proporciona una serie de datos precisos acerca de este comercio, no hace alusión a ninguna regla que estableciera que los hombres comprados para los sacrificios debieran haber sido combatientes. Dice, por ejemplo, que los ricos mercaderes que los adquirían para ofrendarlos a los dioses durante sus banquetes, pagaban caro la bella prestancia, los dones artísticos o la hermosura corporal de esos seres destinados a morir algunos días después, pero en ninguna parte nos los muestra preocupados por su origen.

Por su parte, Durán, tan prolijo en detalles sobre la organización militar, no dice una palabra susceptible de apoyar la hipótesis de una estrategia determinada por la obligación religiosa de capturar combatientes. Permite, por lo contrario, deducir que las tropas de prisioneros—hombres, mujeres y niños— que los vencedores traían a la capital, eran capturados después que los ejércitos hubieran capitulado.

El encarnizamiento para exterminar los habitantes de una ciudad, hace más bien pensar que los seres humanos no eran buscados con el mismo frenesí que los otros bienes. Si fuera de otro modo, no se comprenderían las masacres de cuyos relatos están llenos los libros de Durán:

...entrando por la ciudad quemaron el templo y la robaron y saquearon, matando viejos y viejas, mozos y mozas, tomando a merced a todos la que la pedían, y esto con tanta crueldad y con determinación de destruir aquella nación y no dejar memoria della... (171).

...los mexicanos, feroces y encarnizados, empezaron a seguir el

alcance metiendo cuchillo a todos cuantos alcanzaban y topaban, viejos y viejas, mozos y niños, sin perdonar a hombre ninguno... (p. 185).

...Viendo los señores de Oaxaca la destrucción de su ciudad, vinieron llorando y las manos cruzadas a pedir misericordia... diciendo cesase la intolerable crueldad que con ellos se usaba... , pero en lugar de oídos... arremetieron a ellos, y sin poderse valer los mataron... Quedó la ciudad toda destruida, sin parecer en ella hombre ni mujer ni niño ni perro, sino toda llena de cuerpos muertos y todo robado y destruido... (p. 236).

Se podrían multiplicar al infinito los ejemplos que muestran el carácter profano de las guerras aztecas porque una obra tan viva y directa como la de Durán, no hace más que ir destruyendo a cada línea la idea de la existencia de una política religiosa.

Pero, más que el examen separado de cada aspecto, es una vista panorámica de este período que será susceptible de hacérselo comprender mejor.

Apoyándonos en la cronología de Durán, se puede dividir la historia de los aztecas sobre la altiplanicie en tres fases de alrededor de cien años cada una.

La primera comienza con su llegada a Chapultepec en los comienzos del siglo XIII y termina en 1325, con la fundación de Tenochtitlan. Durante este tiempo, los recién llegados pueden apenas subsistir en medio de la hostilidad general. Persuadidos, en efecto, de que los mexicanos eran

...hombres perniciosos y belicosos tiranos y de malas y perversas costumbres... , las gentes y naciones temerosos y asombrados con nuevas tan enormes y espantosas, temieron admitir semejante gente, y así determinaron de los matar, para lo cual se conjuraron todas las ciudades... para que todos, de mancomun, los cercasen y los matasen, sin quedar uno, ni más... (29).

Pero estos cazadores, ayer todavía nómadas, tienen la vida dura y sabrán hacer frente a todas las adversidades. Arrojadlos fuera de su primer refugio, serán sucesivamente tolerados en lugares estériles y periféricos en cambio de la ayuda guerrera que prestan a tal o cual rey, terminando siempre por ser abandonados por los mismos beneficiarios de su temperamento agresivo. Lanzados de todas partes, no tendrán, al fin, otro recurso

que instalarse en medio de la laguna en donde habían sido arrojados:

...salió toda la gente de ella (de Culhuacan) en armas, y dándoles combate, los metieron la laguna adentro, hasta que casi no hallaban pié... y allí (los mexicanos) echáronse todos al agua y haciendo balsas con las mismas fizgas y rodelas y hierbas pasaron los niños y mujeres por estar el agua hondable; y pasados de la otra parte del río metiéronse en los carrizales y tulares de la laguna, donde pasaron aquella noche con mucha angustia y trabajos y aflicción, llantos y lágrimas de las mujeres y niños, pidiendo que los dejasen morir allí, que ya no querían mas trabajo y aflicción. (pp. 35-36).

La voluntad divina —y quizá también la determinación de los ribereños de exterminarlos— obliga a los aztecas a hacer de este lugar inhumano su residencia. Y muy pronto, repuestos de sus angustias, helos aquí decididos a construir

...una hermita pequeña donde descansa ahora nuestro dios... hicieron un asiento cuadrado... y así hicieron encima de él una pobre y chica casa... porque de presente no podían más; pues estaban y edificaban en sitio ajeno, que aún el suelo no era suyo, pues era sitio y término de los de Azcapotzalco y de los de Tezcoco... y así estaban tan pobres y apretados y temerosos que aun aquella casilla de barro que hicieron para poner a su dios la hicieron con temor y sobresalto. (pp. 40-41).

Su aislamiento y su miseria son tan absolutos, que la obtención de los primeros materiales constituye un problema difícil de resolver:

...el mejor consejo y parecer que ellos daban era que los días de mercado... fuesen ellos y sus mujeres con pescado y ranas y de todo género de sabandijas de las que el agua produce, y con caza de aves marinas, y que como señores ya de aquel sitio... fuesen y comprasen madera para lo que les fuese menester para sus casas y edificios... (p. 41).

La segunda fase se extiende desde estos humildes comienzos hasta 1424, fecha en la que sube al trono el rey que debía ver a Tenochtitlan liberada de su larga servidumbre hacia las

principales ciudades del centro de México. Es decir, que durante los cien primeros años que los separan de la fundación de su capital, los aztecas, sometidos a dueños que no esperan más que verlos flaquear bajo el peso de sus exigencias para atacarlos, deben concentrar sus fuerzas únicamente a fin de mantener un débil equilibrio entre las potencias del Altiplano. La precariedad de su situación durante este período es varias veces señalada. Durán anota, por ejemplo, que después de la elección de su primer rey, el señor de Azcapotzalco les exige un doble tributo, y que este rey muere en 1404

...mostrando gran pesar de no haber podido poner la ciudad en libertad de la subjeccion y tributo en que a Azcapotzalco estaba sujeta... (p. 52).

El historiador agrega que si bien la ciudad le hizo magníficas exequias

...la riqueza que con los demás enterraban... no sería entonces tanto, porque en aquel tiempo carecieron de todo aquello, por estar pobres y arrinconados y muy caídos; y, así, el rey en aquel tiempo no tenía apenas qué comer. (p. 53).

Es bajo este mismo aspecto sombrío que en un discurso se presenta al sucesor la realidad económica y política de la que él va a hacerse cargo:

Valeroso mancebo, rey señor nuestro: no desmayes ni pierdas huelgo por el nuevo cargo que te es dado para que tengas cargo del agua y de la tierra de este tu nuevo reyno, metido entre esta aspereza, de cañaverales, carrizales y espadañales y juncias... bien sabes el sobresalto con que vivimos... por estar en tierra y términos ajenos... no pienses que entres a este lugar a descansar, sino a trabajar... por tanto, señor, bien ves que no tenemos otra cosa que te ofrecer ni con que te regalar: bien sabes con cuanta miseria y pobreza reinó tu padre... (p. 55).

Menos de cien años separan esta indigencia de la fabulosa Tenochtitlan que, en 1519, maravillará a sus destructores.

Los primeros cuarenta años de esta tercera fase están dedicados a luchas por la independencia. Es el período heroico entre todos, el período austero y tenso que forja la sociedad azteca

y al fin del cual solamente, después de someter al Valle de México y de iniciar la era de conquistas lejanas, Tenochtitlan comenzará a tomar la fisonomía de metrópoli. Veamos cómo, desde esta cima política, se valora el camino recorrido:

... los cuatro reyes pasados pasaron mucha hambre y pobreza y trabajo, y que fueron tributarios de otras provincias, pero que agora ya está la ciudad próspera y libre y se han abierto ya y asegurado los caminos de la costa y de la mar y de toda la tierra y que ya México es señora y princesa, cabeza y reyna de todas las ciudades, pues todas están a su mandar... (p. 224).

Y es significativo que sea este momento de estabilización económica que contiene en germen el futuro Imperio que:

... hubiese ordenanzas y leyes y premáticas particulares por donde los demás reyes se rigiesen y gobernasen dejando ordenado lo que en adelante se había de guardar, las condiciones y maneras de vivir que cada uno en su estado había de guardar y cumplir, ordenando su república cuanto mejor fue posible, conforme a sus antiguas costumbres... (p. 214).

Estas leyes nuevas marcan claramente el instante de cristalización de la sociedad azteca. Si se considera ahora que fue también entonces que:

ordenaron que hubiese en todos los barrios escuelas y recogimientos de mancebos donde se ejercitasen en religión y buena crianza, en penitencia y aspereza... Dieron grandes privilegios y esenciones a los que quisiesen seguir la religión y a los templos de los dioses y a los sacerdotes grandes preeminencias y autoridad y reverencia... (pp. 216-217).

nos persuadimos que, al igual de otras instituciones, la religión no había debido jugar un papel muy importante antes que los ejércitos no hubiesen establecido el poder temporal. De donde resulta que el bloque irreductible que era el Estado azteca al momento de la Conquista, databa de menos de sesenta años, comprobación verificable, por otra parte, con una lectura atenta de las páginas que Durán dedica a este breve lapso, en el curso del cual nacen y se implantan las costumbres, los sacrificios y la ideología características de Tenochtitlan.

El carácter social, por naturaleza temporario y circunstancial, del fenómeno azteca, está, además, iluminado por la presencia de un personaje que domina la política de Tenochtitlan desde la primera guerra por la independencia hasta la víspera misma del reino del emperador que recibió a los españoles; de un personaje que presidió enteramente la formación del Imperio.

Entra en escena en uno de los momentos más dramáticos de la historia de su patria, cuando, temiendo la consolidación política que los aztecas van creando por medio de matrimonios estratégicos, las ciudades soberanas del Altiplano parecen haber decidido terminar con estos vecinos ambiciosos y militarmente débiles. Pero

... quiso nuestro señor que en este tiempo hubiese un valeroso varón entre ellos que llamaban *Tlacaellé*, sobrino del rey *Izcoatl*, hijo de un hermano suyo, el cual fue príncipe de los ejércitos y el mas valeroso y valiente que en toda la nación mexicana se ha hallado... (p. 69).

La situación es tal, que todos están ya de acuerdo en abandonar Tenochtitlan, cuando

... estando ya poniendo en efecto su ida, salió de entre ellos un valeroso mancebo llamado *Tlacaellé*, sobrino del rey, y dijo: ¿Qué es esto, mexicanos? ¿Qué haceis? Vosotros estáis sin juicio: aguardad, estáos quedos, dejadnos tomar mas acuerdo sobre este negocio: ¿tanta cobardía ha de haber que nos habemos de ir a entretejer con los de Azcapotzalco?... Búsqese un medio para nuestra defensa y honor y no nos ofrezcamos así, tan afrentosamente, entre nuestros enemigos... (p. 70).

Sólo la enérgica intervención de *Tlacaellé* salvará a Tenochtitlan, y después de la guerra que tuvo lugar, Azcapotzalco, la ciudad

... mayor y mas populosa de la tierra y donde había residido muchos años la corte real que había sujetado treinta cabeceras, las principales de la tierra, antes que los mexicanos viniesen y soñasen de venir. (p. 100).

cae en poder de los aztecas. Esta victoria eleva a *Tlacaellé* a rango de

...redentor de México, como Joseph en Egipto, pues él había puesto espíritu y calor a los que ya estaban determinados de darse y sujetarse a los de Azcapotzalco... (p. 100).

Después de esta primera victoria, los aztecas se lanzan resueltamente en el camino de la guerra para la supremacía del centro de México. Si bien Durán no relata más que las hazañas militares de este período de luchas, se puede, sin embargo, descubrir que la supremacía al fin conquistada fue tanto obra de las armas como de una poderosa visión política, porque lo sorprendente de la aventura azteca es la seguridad con la cual estos conquistadores marchan hacia el fin perseguido. El hecho, por ejemplo, que salgan de este medio siglo de guerras poseyendo una estructura interna cuya solidez será vanamente puesta a prueba por el resto de Mesoamérica denuncia, entre otras cosas, la rigurosa organización con la que debieron ser administradas las fuentes de cada partícula sometida. De estas fuentes, el material humano indispensable para continuar batiéndose de la manera suicida que los hizo invencibles, era de lo más precioso. (Es importante notar que sólo después de las primeras conquistas imperialistas comienzan los sacrificios en gran escala. Es decir, que los derroches de vidas que éstos implican sobrevienen una vez que la metrópoli disponía de exceso de esclavos.)

Sin una firme dirección política, sería difícil imaginar cómo, pueblos reunidos por la fuerza, hubieran podido integrarse suficientemente para formar ese complejo coherente y dinámico que fue la nación azteca. Es en esto que se descubre la mano del gran hombre de Estado que fue Tlacaellé, ese Maquiavelo del mundo precolombino, al cual se le adjudica la iniciativa de las medidas más decisivas para la grandeza de Tenochtitlan. Teniendo bajo su dominio todo el aparato político, su autoridad no hará más que afirmarse en el curso de los cuatro reinados que su larga existencia le permite contemplar.

Después del reino de Izcoatl, subido al trono en 1424, del que Tlacaellé es el salvador, y en el curso del cual es nombrado "Príncipe de la milicia", viene el de su hermano Moctezuma I (1440-1469), que ve a los aztecas dueños del Altiplano. A pesar de su fuerte personalidad, Moctezuma I no deja de someterse al consejo de Tlacaellé, porque

... aunque yo soy rey, no por eso me dejaré de sujetar al mejor parecer, y hago cuenta que vamos andando y que vos, como guiamia, vais adelante, pues en todo os e de seguir. . . (p. 137).

A la muerte de Moctezuma I, los señores le ruegan aceptar la corona, Tlacaellel declina el ofrecimiento y exclama sin modestia:

Qué mas honra puedo yo tener que la que hasta aqui he tenido? Qué mas señorío puedo tener del que tengo y he tenido? Ninguna cosa los reyes pasados han hecho sin mi parecer y consejo en todos los negocios civiles y criminales. . . (p. 255).

El sucesor de Moctezuma I muere joven después de haber hecho sufrir a Tenochtitlan el único gran revés militar de su historia: la campaña perdida de Michoacán, donde sucumbieron 20,000 mexicanos. La versión oficial, reproducida por Durán, asegura que Axayacatl murió al terminar el sacrificio de setecientos prisioneros, a causa, se dice

... del olor de la sangre que era, según cuenta la historia, un olor acedo y malo. . . (p. 302).

Sin embargo, el fin de Axayacatl aparece menos romántico cuando se ve al rey siguiente morir envenenado por no haber sido juzgado digno de gobernar:

... viéndolo los de su corte tan para poco. . . ni deseoso de engrandecer y ensanchar la gloria mexicana, que creen que le ayudaron con algun bocado de lo cual murió muy mozo y de poca edad en 1486. (p. 324).

Después de estas desapariciones prematuras, Tlacaellel es otra vez solicitado como rey. De nuevo rehusa y, contra la oposición de la corte, el niño Ahuizotl es coronado en su lugar.

Tlacaellel muere al fin de este reino, después de haber visto al imperio alcanzar sus extremos límites territoriales e instalarse en los rituales de la antropofagia cósmica. El sucesor de Ahuizotl sube al trono

... el año de mil y quinientos y tres, el cual año antraron los españoles en la isla de Cuba y la conquistaron. (p. 422).

Así, en el mismo momento en que llega al cenit de su gloria, Tenochtitlan está ya marcada por el signo de la destrucción, que la sorprenderá dieciséis años después.

Para mejor comprender el carácter transitorio del imperio azteca y el papel que jugó Tlacaellé en su formación, tratemos ahora de seguir el desarrollo del sistema de sacrificios en la metrópoli.

La primera vez que vemos atribuir una naturaleza divina a los cautivos de guerra, es después de una importante campaña cumplida en la región huasteca, lejos del altiplano mexicano. Tlacaellé recomienda, entonces, que los prisioneros "...no se huyan o se mueran... que son hijos del sol..." (p. 173).

Esta declaración marca una etapa, además, por el hecho de que algunos detalles referentes al sacrificio de los huastecos presta a los rituales un carácter novedoso. Durán relata, por ejemplo, que

...llamaron algunos mancebos de los que estaban recogidos en los templos de los mas principales y dieron el oficio de ejercitar el sacrificio que el demonio les habia inventado y dijéronles: mira que todos estos dias os ensayeis para ejercitar este sacrificio porque han de ser convidados a esta fiesta todos los señores de provincias comarcanas y es menester que no nos echeis en vergüenza... (p. 175).

Y una vez terminadas las solemnidades

...Moctezuma mandó llamar a los que habia sacrificado (los sacrificadores) y mandoles vestir de mantas y ceñidores y cotaras y hízoles grandes mercedes por lo bien que lo habian hecho... todo para animar a otros en estos ejercicios... (p. 178).

Estas referencias a la necesidad de estimular a los sacrificadores parecerían anacrónicas algunos años más tarde. Que se trata del período que vio nacer estos espectáculos, está igualmente probado por el hecho que durante este mismo lapso Tlacaellé aporta varias innovaciones al arte de inmolar, porque

...Tlacaellé, demás de ser valeroso y muy avisado en ardidés de guerra, fue inventor endomoniado de sacrificios crueles y espantosos... (174) ...inventó mil género de crueldades y muertes, como dejó de ordenadas antes que muriese y era tan seguido y

creído su consejo que no se hacía mas que lo que él decía y ordenaba. . . (p. 239).

La intromisión de este hombre de Estado en los asuntos religiosos no es debido al azar, puesto que los sacrificios se revelan claramente como una poderosa arma política. Durán comprueba que después de la muerte de los prisioneros huastecos

. . . todos los de las provincias y ciudades comarcanas dejaron de tratar rebeliones ni contiendas con los mexicanos viendo cuan adelante estaban y cómo trataban a sus enemigos. . . Después de acabada las fiestas y el sacrificio terrible y espantoso que se hizo, creyendo los mexicanos que aquello había puesto terror y espanto a toda la tierra, determinan de enviar sus mensajeros y embajadores a Cempoala, a rogar a los señores de aquella provincia de Cuetlaxtla, que está junto a la mar, que les envíesen. . . (p. 180).

No se puede pedir más evidencia para convencernos que, antes de ser una expresión de sentido religioso, los sacrificios eran elementos de coacción y de dominio.

Otros datos confirman que las inmolaciones estaban estrictamente determinadas por las necesidades del Imperio. Esto se hace particularmente evidente en lo que es, sin duda, la más diabólica de las medidas inventadas por los dirigentes aztecas: el tributo de sangre percibido en batallas, impuestas, según la conveniencia de Tenochtitlan, a países conquistados. Esos combates regulares entre "enemigos de la casa", que se iniciaron una vez dominadas las regiones del Sur, nos hacen ver el peligro que hubiera significado un relajamiento en la disciplina militar. En efecto, habiéndose hecho escasas las oportunidades de guerra, ¿cómo mantener vivo en el seno de una población enriquecida y de una nobleza que comienza a refinarse, el espíritu belicoso indispensable para mantener un Estado construido sobre la muerte y la rapiña? Los anatemas que lanza en ese momento oTlacaellil contra toda persona que se niega a batirse, testimonian la existencia de este problema:

. . . el que no osase ni atreviese a ir a la guerra aunque sea hijo del mismo rey. . . , use de los vestidos y trajes que usan los hombres bajos y de poco valor para que se conozca su cobardía y poco corazón. . . y sea tenido por hombre bajo y sirva en las obras comunes, aunque sea de sangre real. . . y esta sea la ley inviolable,

que el que no supiere ir a la guerra que no sea tenido en nada, ni reverenciado, ni se adjunte, ni hable, ni coma con los valientes, sino sea tenido como hombre descomulgado o como miembro podrido y sin virtud. . . (p. 241).

Y es también en este momento que, por primera vez, se recurre a la necesidad divina para incitar a la guerra: jamás los dioses habían intervenido hasta entonces en los asuntos temporales. Después de haber declarado que

. . . su voluntad era ordenar una feria militar, donde, como quien va al mercado. . . a comprar honra y gloria humana con su sangre y vida para que los hijos de los grandes no estuviesen ociosos y el ejercicio militar no se perdiese. . . (p. 240).

Moctezuma I agrega que:

. . . lo que mas a esto lo movía era la honra y el ensalzamiento de su dios Huitzilopochtli, el cual, pues tenía ya templo, era justo hubiese víctimas que ofrecerle y que ningunas le eran tan agradables como los de Tlaxcala y Huejotzingo y Cholula y Atlixco y Tecoac y Tlilihquitepec. . . (p. 240).

Concebidas con un interés político —dar a la juventud el gusto de la sangre; alimentar espectáculos hechos para intimidar a las masas oprimidas; efectuar sangrías saludables, tanto en las filas aztecas como en las ciudades más difíciles de mantener sometidas— este nuevo tipo de guerras en las que el saqueo estaba prohibido, van inevitablemente a asumir un carácter de necesidad cósmica. Y qué otro propósito oficial hubiera podido asignarse a este deporte sangriento, que el deber (extraído al simbolismo de la gran religión de Quetzalcoatl y groseramente traducido en un plan material) de sacrificar al principio luminoso la substancia opaca de su propio ser? Si se piensa que durante los cuarenta años de su formación el Estado azteca ha vivido sobre la ley de la fuerza, nos persuadimos que la santificación de la violencia era la única salida lógica nada más eficaz para dominar una población, en gran parte constituida por hordas mercenarias y por sobrevivientes de ciudades devastadas, que el terror sagrado que se instala entonces sobre la metrópoli.

No es de sorprenderse que al cabo de treinta años de este régimen, los gobernantes se comportaran como verdaderos alienados:

Acabada la guerra de los Matlatzinca y traída mucha multitud de ellos presos a México, llegose esta fiesta de los desollados y hablando Tlacaellal al Rey le dijo: Hijo mío, ya veis mis canas y mi vejez, suplicote no aguardes a más tarde a poner las mesas y piedras del sacrificio, pues sabes se llega la fiesta del desaollamiento de hombres porque si la dilatas, morirme he mañana o esotro día y no llevaré este contento de haber gozado de ella... (p. 281).

La apoteosis del Imperio está marcada por matanzas inconcebibles:

... Dice la historia que duró este sacrificio cuatro días arreos, desde la mañana hasta la puesta del sol, y que murieron en él, como dejo dicho, ochenta mil y cuatro cientos hombres, de diversas provincias y ciudades, lo cual se me hizo tan increíble, que si la historia no me forzara, y el haberlo hallado en otros muchos lugares... no lo osara poner por no ser tenido por hombre que escribía fábulas... y eran tantos los arroyos de sangre humana que corrian por las gradas abajo del templo... del cual cuenta la historia y dice que era un hedor acedo que no lo podían sufrir las de la ciudad... (pp. 357-358).

A la luz de estas descripciones, el mal que, desde sus principios, mina el siguiente reinado, se hace comprensible. Las crisis que estallan a lo largo de los veinte años que corren desde la muerte de Tlacaellal hasta la llegada de los españoles demuestran la formación anormal del Estado azteca. No hay más que pensar que las decenas de millares de guerreros autóctonos que realizaron la conquista para los europeos, fueron reclutados principalmente en la provincia más afectada por la dominación mexicana: la de Tlaxcala, que había proporcionado, ella sola, los ochenta mil hombres sacrificados en la inauguración del Templo Mayor.

Deseosos de rehabilitar la cultura mesoamericana tan injustamente calumniada durante siglos, los investigadores modernos, para olvidar las ofrendas humanas, tienden a considerar la vida del antiguo México como regida toda por principios divinos que escapan a nuestro entendimiento. Es así como se llegó a emitir la hipótesis de que la victoria de los españoles fue posible porque los indígenas seguían en los combates reglas sa-

gradadas, que prohibían matar para favorecer la captura de prisioneros destinados al sacrificio. Esta explicación tiene el mérito de ser consecuente: únicamente persuadiéndose que los aztecas despreciaban las leyes del mundo hasta dejarse reducir a la más indigna de las servidumbres antes que transgredir mandamientos divinos; únicamente creyendo en esta ciega sumisión a un orden superior, podríamos esperar ver borrada la culpabilidad de sus crímenes.

Esta tentativa de redención es insostenible a la luz de los hechos, el más elocuente de los cuales es, quizá, la alianza de Tlaxcala y Texcoco con los españoles. Que dos ciudades más profundamente enraizadas que Tenochtitlan en la tradición religiosa náhuatl se hayan lanzado a la aventura que debía provocar el fin del mundo prehispánico con la esperanza de liberarse del dominio azteca, es suficiente para hacernos dudar de la misión cósmica que se adjudicaba Tenochtitlan.

Debemos convencernos que la antigua cultura no ocupará jamás el lugar que le corresponde en la historia del pensamiento universal si nos obstinamos en querer verla representada por la tiranía que sufrían los pueblos mesoamericanos a la llegada de los españoles.

Por otra parte, justificar la ferocidad azteca recordando la de los Estados modernos, no hace más que confundir las cosas. Hasta si realizadas en nombre de verdades morales que contradicen, las guerras y los horrores de hoy no disminuyen en nada el acervo espiritual que, desde siglos, poetas y filósofos van formando; pero sí sería vano empeñarse en captarlo en hechos basados en el desprecio mismo de ese acervo. Es indudable que, al apoyarse sobre preceptos religiosos para sus fines políticos, los jefes aztecas actúan como muchos de nuestros héroes. Lo singular de su caso es que sus palabras y gestos, inmobilizados para la eternidad, se convirtieron en los símbolos del universo cultural que traicionaban. Es a través de esas imágenes fijas y estereotipadas que fue condenado ese universo; es también a través de ellas que se intenta su rehabilitación.

La arqueología ha liberado el pasado prehispánico de este funesto encantamiento. Vuelto al ritmo de la existencia, el momento azteca recobra sus límites humanos y deja de ser el fenómeno sobrenatural que obstruye el horizonte. El paisaje así descubierto es de una rara belleza. Todo el que lo desee puede ahora contemplarlo.

SENTIDO Y MISIÓN DEL PENSAMIENTO EN HISPANOAMÉRICA

Por *Santiago MONTSERRAT*

A EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

"...porque es ya tiempo de que
la filosofía mueva sus labios".

ALBERDI.

EN el año 1842, en la ciudad de Montevideo, a donde emigrara en busca de seguridad para su persona, notificado a tiempo de las iras que había suscitado en la dictadura rosista su libro *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* —obra que el autor calificó con mucha exactitud como "una especie de programa de los trabajos futuros de la inteligencia argentina"—, Juan Bautista Alberdi redactó su famoso estudio titulado *Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea en el Colegio de Humanidades*. La doctrina sostenida en este singular escrito representa un despliegue más concreto de las preocupaciones y propósitos expuestos por Alberdi en el "Prefacio" de su *Fragmento Preliminar*, y, por eso mismo, en el fondo constituye —como si esto fuese otro signo inequívoco del sentido de su vida, que fue, como la vida toda de su generación, una carrera perseverante de militancia intelectual y humana— un verdadero *programa* destinado a formar una conciencia activa acerca de los grandes problemas de la cultura hispanoamericana y a impulsar la voluntad de estos pueblos hacia la realización de objetivos inmediatos, recortados en el horizonte de la época e impuestos como una urgente tarea por la propia naturaleza y situación de los países recién llegados a una existencia histórica independiente, que es como decir una existencia responsable.

Si fijamos nuestra atención, observaremos que la tesis de Alberdi nos descubre su carácter por intermedio de tres notas

bien diferentes, pero fundidas en ella a la manera de un conjunto valioso de sugerencias concretas, armónicamente estructurado. En primer lugar, advertimos una nota de valor histórico, condicionado: es la que ostenta la tesis relativamente al ámbito sudamericano y a la época en que la misma se formula. En segundo lugar, la nota estrictamente filosófica, que por un lado depende de la concepción científica orientada en el positivismo y en las ideas de progreso y de perfectibilidad humana del romanticismo social, y por otro lado se resume en lo que vamos a denominar, no sé si con bastante rigor, *razón y pasión de la filosofía*. Finalmente, aparece como tercera nota un valor humano-social, que expresa una estructura de *compromiso*, en la acepción más amplia y más noble de la palabra, entre la inteligencia y la realidad y destinos de los países hispanoamericanos—en particular del nuestro—; que trasunta, por encima de todo, un valor que reposa en el ideal concreto del tipo humano de pensador reclamado por una modalidad típica del espíritu y por las urgencias de la vida en Hispanoamérica. ¿Ha envejecido la tesis de Alberdi, redactada en 1842? Ha envejecido desde el punto de vista de su valor histórico y de su valor científico-filosófico, pero vale, a mi juicio, para todos los tiempos en cuanto atribuye a la inteligencia entre nosotros un carácter y una función muy peculiares. Para demostrarlo, nos referiremos a aquellos tres aspectos como los correlatos de nuestra propia tesis, que es la enunciada en el título de este escrito.

UNA valoración cabal de la tesis de Alberdi exige el conocimiento previo del cuadro histórico sobre el cual se animan sus ideas medulares, de un voluntarioso sesgo programático. Y este conocimiento resulta tanto más imprescindible, si se piensa que es de ese fondo histórico de donde sube y se alimenta la actitud fundamental que gobierna el pensamiento de Alberdi, lo mismo que su conducta, su acción ejemplar. Actitud fundamental que podemos definir—haciéndola, de paso, extensiva a todos los hombres representativos de su generación— como una actitud de comprensión profunda, rigurosa, de la realidad nacional y americana.

Viendo bien, lo que Alberdi fustigó con denuedo no era tanto la dictadura de Rosas, las aberraciones políticas de un

régimen reaccionario, resentido, enemigo del progreso económico y espiritual, cuanto el orden de cosas, el *status* cultural representado por Rosas y la clase social dominante, en nombre de cuyos intereses aquél ejercía su despotismo violento, total. Esta preocupación científica, esencial: la necesidad de un estudio atento de nuestra realidad, como el medio seguro para superar sus imperfecciones y los males que de estas imperfecciones derivaban, no le abandonó durante toda su vida, y es la que le hizo dirigirse a Sarmiento, llamándolo a una acción más realista y recordándole conceptos que el propio autor de *Facundo* parecía haber olvidado después de haberlos escrito con estilo y visión incomparables. De su doctrina —le dice en la tercera de las *Quillotanas*— resulta que "el caudillaje es un mal, pero que ese mal es un hecho y un hecho arraigado, profundo y normal; que era necesario combatirlo gradualmente, combatirlo en sus causas, no en un resultado aislado. . . . Pero si el caudillo es una expresión necesaria y útil de la vida pastora tal cual hoy existe, no hay más medio de acabarlo (según el sistema de *Facundo*) que concluir con el desierto, con las distancias, con el aislamiento material, con la nulidad industrial, que hacen existir al caudillo como su resultado lógico y normal. He ahí la política de la razón, la política sensata que parte de donde debe partir, del estudio imparcial del suelo, del hombre, de la sociedad peculiares de su aplicación. . . . Enfrente de ese mal que nos dejó la colonia y que nos conserva y nos conservará el desierto, hemos tenido otro mal que también estudió el autor de *Facundo* en 1845, y que hoy se ha olvidado enteramente: Es la política del partido liberal exaltado, que, desconociendo lo que había de normal en el hecho del caudillaje, quiso suprimirlo de un golpe, ya sancionando bruscamente las instituciones más adelantadas de la Europa del siglo XIX, ya fusilando o suprimiendo a los "caudillos". Delante del poder irresponsable, se alzó la libertad omnímoda y se quiso remediar el despotismo del atraso con el despotismo del progreso: la violencia con la violencia. . . . Un partido estaba un siglo atrás, el otro un siglo adelante, ninguno estaba en su siglo, agrega Alberdi. Faltó el buen sentido que no está ni adelante ni atrás: está siempre donde debe estar. Y el buen sentido en Sud América está más cerca de la realidad inmediata y palpante, que de los libros que nos envía la Europa del siglo XIX, que será el siglo XXI de Sudamérica. Así el gaucho argentino, el hacendado, el negociante, son más aptos para la política práctica que nuestros alum-

nos crudos de Quinet y Michelet, maestros que todos conocen, menos Sudamérica".¹

He citado estas líneas casi al azar, pues podría haber tomado otras que son más expresivas de su ideario, para mostrar que de cualquier modo la preocupación íntima de Alberdi, proyectada hacia el Estado, la sociedad y la cultura, fue siempre el conocimiento de la "realidad inmediata y palpitante", que formaba la vida de los pueblos que componían "esta pobre América del Sud", para decirlo ahora con palabras de Sarmiento. Y, también, el deseo de arrimar los medios reflexivos, filosóficos, indispensables, para que mediante un acto de madurez —autorrevelador— esos pueblos descubriesen "la ley y la forma nacional" de su desarrollo, única manera de consolidar su emancipación política, conquistar su emancipación espiritual y avanzar luego por el camino del progreso, "sin plagio, sin imitación", sin otro imperativo, en suma, que la busca de su plenitud original "bajo la forma más adecuada y propia".

La tiranía era el resultado y no la causa de la situación histórica que debieron padecer y combatir los hombres del 37. Era, por eso mismo, esa situación social, política, económica y espiritual del país lo que demandaba una rápida explicación si no se quería volver a los males pasados. Y esta fue la tarea y la gloria de los hombres que se agruparon en torno al "Dogma de Mayo" y desarrollaron sus principios rectores en la acción y en el pensamiento.

Rosas llegó al poder sostenido por las clases ricas de la ciudad y campaña de Buenos Aires, herederas directas de la estructura económico-social de la colonia y empeñadas naturalmente en la conservación de esta estructura. Comerciantes, hacendados, terratenientes, saladeristas y burócratas vieron en Rosas la mejor garantía para sus intereses, ya que el acaudalado y ordenado estanciero del Sud era personalmente la expresión más alta de estos intereses. La aristocracia porteña —oligárquica y reaccionaria a un tiempo— deseaba mantener el *status* colonial y este *status* colonial se resolvía: en el cierre económico del país, en el uso y goce exclusivos del puerto y aduana de Buenos Aires por parte de aquella aristocracia, en el aislamiento de la provincia de Buenos Aires, producto de un cálculo realista cuyo oculto designio era la conservación del monopolio

¹ *Cartas quillotanas*, ed. "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1916, p. 115.

económico y político ejercido por los grupos gobernantes de ese Estado autónomo, y, como una consecuencia lógica e inmediata de todo ello, en el aislamiento y empobrecimiento paulatino de las provincias del interior y del litoral argentinos, que pasaron, así, a ser dependientes cada vez más del poderoso "portero" adueñado de la aduana porteña y de sus cuantiosas rentas. Como lo dejó consignado el gobernador de Corrientes don Pedro Ferré en su *Memorias* y se desprende del debate promovido en torno a la política económica entre Buenos Aires y los Estados provinciales del litoral, la habilidosa gestión administrativa de Rosas en este terreno consistió en debilitar la vieja industria doméstica provinciana, permitiendo hacia el interior la libre introducción de artículos procedentes de fuera —de "efectos extranjeros que producen las provincias"—, percibiendo, de paso, los impuestos relativos a la importación, mientras que la exportación se hacía principalmente con la producción de Buenos Aires, la más desarrollada, sin duda alguna. De este modo, las provincias, aparte de "sentir la pobreza" que Rosas les infligía con sus procedimientos, se subordinaron insensiblemente al amo porteño, quien ocurría en su auxilio con parte de los recursos aduaneros que las propias provincias contribuían a engrosar. Esta política dio sus frutos y Rosas desempeñó a las mil maravillas el papel que su clase le había reservado. Pero, eso sí, al precio tremendo y desgraciado del decaimiento general del país, de su postración económica y de la agudización de contradicciones que servirían más tarde de motivos para destruir su poder, como la ya indicada, y existente desde el principio, entre Buenos Aires y el Litoral, que movió a Urquiza a levantarse contra Rosas.

Rosas no tuvo en política convicciones federalistas, ni fue un protector de las clases laboriosas, ni de los pobres y los desposeídos. En nombre del federalismo, del partido federal, instauró el unicato de base personalista; en nombre de los pobres, gobernó en beneficio absoluto del estamento social colonialista, que le había conferido una autoridad sin límite. Fue un demagogo, y un maestro eximio, insuperable, de tiranías hispano-americanas. En su conversación con el Agente Oriental don Santiago Vázquez, le confiesa sin reservas: "... muchos creen que soy federal, se equivocan; yo no soy federal, no señor, no soy de partido ninguno sino de la patria..." —lenguaje éste que es un lugar común entre los dictadores. Le hace también

esta confidencia: "...yo, señor Vázquez, he tenido siempre mi sistema particular, y voy a manifestarlo a usted francamente, como lo he seguido desde que empecé a figurar: conozco y respeto mucho los talentos de muchos de los señores que han gobernado el país, y especialmente de los señores Rivadavia, Agüero y otros de su tiempo; pero a mi parecer, todos cometían un grande error, porque yo considero en los hombres de este país, dos cosas, lo físico y lo moral; los gobiernos cuidaban mucho de esto, pero descuidaban aquello, quiero decir, que se conducían muy bien para la gente ilustrada, que es lo que yo llamo moral, pero despreciaban lo físico, pues, los hombres de las clases bajas, los de la campaña, que son la gente de acción. Yo noté esto desde el principio, y me pareció que en los lances de la revolución, los mismos partidos habían de dar lugar a que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males, porque usted sabe la disposición que hay siempre en el que no tiene contra los ricos y superiores: me pareció, pues, desde entonces muy importante conseguir una influencia grande sobre esa clase, para contenerla, o para dirigirla; y me propuse adquirir esa influencia a toda costa; para esto me fue preciso trabajar con mucha constancia, con muchos sacrificios de comodidades y de dinero, hacerme gaucho como ellos, hablar como ellos² y hacer cuanto ellos hacían; protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus intereses, en fin, no ahorrar trabajo ni medios para adquirir más su concepto...".³

Invocando el federalismo, no hizo Rosas otra cosa que negarlo. Aisló a Buenos Aires, porque esto convenía a los intereses locales, en salvaguarda de los cuales gobernaba, y al mismo tiempo supo erigirla en un supremo poder cuya influencia poderosa se dejaba sentir en todas partes. No hay que buscar en Rosas el *absolutismo* político en el sentido moderno de la palabra. Pero sí hay que ver en su sistema de gobierno un centralismo despótico que se extendía hacia los cuatro puntos cardinales del antiguo territorio del Virreinato. Rosas representa el localismo porteño, estrecho y colonialista, es cierto. Sin embargo, también es cierto que exaltó ese localismo a una especie de estructura inmensa de poder con hegemonía sobre el resto

² Para ejemplo, ahí está su *Gramática y Diccionario de la lengua pampa*.

³ J. M. RAMOS MEJÍA, *Rosas y su tiempo*. Prólogo de David Peña, p. XV, Editorial Científica y Literaria Argentina, Buenos Aires, 1927.

del país; hegemonía que subordinaba a sí—vale decir, a los intereses domésticos de la provincia, ciudad y puerto de Buenos Aires, que eran los intereses de la oligarquía bonaerense disfrazada demagógicamente de federalista— a todos los otros localismos provincianos. Más tarde, estos mismos localismos provinciales, especialmente los del litoral, tendrán que rebelarse contra el localismo absorbente y centralizador de Buenos Aires, la hermana mayor. El absolutismo de Rosas no reviste el carácter que tuvo en el Estado moderno y burgués, pero fue un centralismo absolutista sobre la base de una concentración monstruosa del poder, como dijeron los jóvenes de la *Asociación de Mayo*; un absolutismo de tipo criollo y, para mayor desgracia, reaccionario y restaurador; un absolutismo, en fin, a cuya dominación no pudieron sustraerse las demás provincias. Es este carácter despótico y centralizador que asume la política de Rosas el que dictará a Echeverría claros conceptos de federación: "La manía de gobernar por una parte, y la indolencia real y la supuesta incapacidad del pueblo por otra, nos habían conducido gradualmente a una concentración monstruosa, contraria al pensamiento democrático de Mayo, que absorbe y aniquila toda la actividad nacional: al despotismo de Rosas. Concebíamos por esto en la futura organización la necesidad de descentralizarlo todo, de arrancar al poder sus usurpaciones graduales, de rehabilitar al pueblo en los derechos que conquistó en Mayo; y de constituir con ese fin en cada *partido* un centro de acción administrativa y gubernativa, que, eslabonándose a los demás, imprimiese vida potente y uniforme a la asociación nacional, gobernada por un *poder central*".⁴ Celosa de su autonomía, Buenos Aires conculcó las autonomías de los demás miembros de la Confederación Argentina.

La política económica de Rosas —en su gobierno no hubo política cultural alguna— fue la política económica del atraso. *Restauró* la estructura económico-social de la colonia, que según él había sido quebrantada por las guerras de independencia y las discordias civiles, como si ello significara un reencuentro con el orden y el progreso, cuando en el fondo esta restauración no servía ni podía servir de punto de partida para un desarrollo económico del país, y menos para un desarrollo de la nación en todas sus dimensiones, que es lo que se propuso Mayo, lo que

⁴ ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Obras Completas*, p. 164, Ed. Zamora, 1951, Buenos Aires.

se propusieron Moreno y Rivadavia y los que vinieron después. Significaba, en cambio, el estancamiento en beneficio de unos cuantos grupos privilegiados. Siguiendo la línea de esta política en todos los órdenes de la vida nacional, Rosas acentuó el localismo, el espíritu aldeano de localidad, fomentó —bajo su égida, se entiende— la tendencia aislacionista de las provincias y facilitó la guerra económica entre ellas, de lo cual son signos evidentes las aduanas interprovinciales, las mismas que Rivadavia quiso abolir en bien de la unidad nacional. El monopolio político y económico ejercido por Rosas en función de la aduana que regenteaba —sistema imitado luego por sus enemigos de la víspera, cuando el grupo unitario porteño separó a Buenos Aires del resto de la Confederación Argentina, a fin de conservar para sí las rentas de su puerto, como lo denunció ásperamente Alberdi en su libro *Estudios Económicos*—, le llevó al control y cierre de las vías interiores, ocasionando un daño gravísimo a las provincias del litoral y a su navegación de cabotaje; a anular de hecho el Pacto Federal de 1831, en el que estaban echadas las bases de la futura Constitución Nacional; y a encubrir su dominio perfecto sobre todo el país con el pretexto taimado de que no era conveniente ni oportuno dictar, "por el momento", una Constitución, ya que resultaba más práctico, más orgánico, que las provincias continuaran viviendo como hasta entonces, recludas en su "libertad, independencia, representación y derechos", según se declaraba en los artículos 1 y 16, apartado 5º, del citado Pacto.

Rosas representa, pues, el cierre del país en el orden exterior, con la sola excepción de Buenos Aires, y el cierre en el orden interno de la vida nacional. Redujo las provincias a un estado de soledad y de pobreza, en cuanto las "abandonó" a lo que él llamaba su "Soberanía e Independencia", expresiones que en última instancia querían decir, justamente, lo contrario: aislamiento y pobreza. Según le hizo saber a Facundo Quiroga, en la carta famosa que se encontró en las ropas del caudillo manchada con la sangre de las heridas que le habían inferido sus asesinos, el país no estaba preparado para darse una Constitución. En cambio, resultaba más conveniente a la paz y unidad de la República que las provincias se mantuvieran ligadas por pactos, convenciones y tratados, porque de este modo —y aquí, claro está, Rosas guardaba silencio— era fácil violarlos o desconocerlos cuando la fuerza de las circunstancias o el imperio

de los intereses prácticos así lo aconsejasen: "... entre nosotros, dice Rosas a Quiroga, no hay otro arbitrio que el de dar tiempo a que se destruyan en los Pueblos los elementos de discordia, promoviendo y fomentando cada Gobierno por sí el espíritu de Paz y tranquilidad. Cuando esto se haga visible por todas partes, entonces los cimientos empezarán por valernos de misiones pacíficas y amistosas por medio de las cuales sin bullas, ni alboroto, se negocia amigablemente entre los Gobiernos, hoy esta base, mañana la otra hasta colocar las cosas en tal estado que cuando se forma el Congreso lo encuentre hecho casi todo, y no tenga más que marchar llanamente por el camino que se le haya designado. Esto es lento a la verdad, pero es preciso que así sea, y es lo único que creo posible entre nosotros después de haberlo destruido todo, y tener que formarnos del seno de la nada".⁵

Las viejas formas coloniales —las que Rosas restauró— no podían subsistir, desde el momento que habíamos dejado de pertenecer, como parte integrante del mismo, al vasto complejo material representado por el Estado español; y porque el designio inmanente a la Revolución de Mayo fue el de liberarnos de los vínculos políticos y económicos que nos tenían ligados al imperio hispánico. Si el monopolio económico pudo justificarse desde el punto de vista de los intereses imperiales españoles, cuando la monarquía peninsular era nuestro gobierno y nos gobernaba desde la metrópoli, como se justifica dentro de la política desarrollada por los grandes Estados modernos, no podía legitimarse a la luz de nuestro interés nacional. Al superar el anterior estado de dependencia, el movimiento de Mayo aspiraba a la creación, o por lo menos a echar las bases fundamentales, de un *status* propio de un Estado independiente; y ese *status* no podía ser otro que aquel que hemos calificado de progresista y que respondía entonces a los amplios y penetrantes desarrollos promovidos por la burguesía avanzada de Europa y América.

A la antigua estructura de la colonia, que Rosas encarnó con su sistema personal y de clase, Alberdi opone una estructura de raíz liberal y burguesa. Una estructura nueva, aunque, eso

⁵ DAVID PEÑA, *Juan Facundo Quiroga*, p. 399, Buenos Aires, 1909.

sí, acomodada a nuestras posibilidades, a nuestras condiciones normales de existencia, es decir, a una comprensión científica y filosófica de lo nuestro, de nuestro "ser nacional". Y en esto reside el mérito y la gloria de Alberdi, lo mismo que el mérito y la gloria de sus compañeros de lucha.

Para decirlo más exactamente: Alberdi opone un pensamiento, un programa, una acción. Se trata de un pensamiento, un programa y una acción que vienen determinados, de manera inmediata y perentoria, por la realidad nacional de aquel momento histórico y por los incentivos que promanan de las tendencias científicas, filosóficas y estéticas de la época: una época que vive embriagada con la ley del Progreso, los ideales de la civilización y la voluntad expansiva de la economía capitalista. Se trata de un pensamiento, un programa y una acción que se hallan condicionados, sobre todo y muy especialmente, por la realidad nacional argentina de su tiempo, definida entonces por el régimen de Rosas. Esta realidad nacional, que reclamaba desde dentro una transformación progresiva y de fondo, tenía necesariamente que aumentar el compromiso de la inteligencia frente a ella. Así lo comprendió la generación de 1837; Alberdi, ante todo. Fue Alberdi el más pensador, el más científico, el más filósofo de todos ellos. Por eso vivió en una permanente tarea reflexiva, aplicado a la revolución profunda de la civilización, cuya hora él creía llegada, a fin de superar con su advenimiento efectivo el ciclo de las revoluciones materiales, las que sólo habían conducido a la esterilidad y a la anarquía sangrienta. Con Alberdi —y también con Echeverría, que es el que más se le parece—, la inteligencia argentina comienza a movilizarse con un designio concreto: *servir al país*. Lo señaló Juan María Gutiérrez, al hablar del autor de *La Cautiva*, cuando dice "que Echeverría jamás aplicó su talento a otros objetos que a la patria americana y a la libertad, y que el arte, en su concepto y en sus manos, era un instrumento social". El pensamiento será, en la vida intelectual de Alberdi, una *herramienta*. Será una herramienta, sin embargo, dotada de ciertas notas singulares, tipificantes: una herramienta que aspira, simultáneamente, a ser *un valor en sí* y a tener *un carácter propio de significación nacional*. En Alberdi, todo esto no sólo cobra el rango de un imperativo que le obsede y estimula su espíritu y su voluntad, siempre vigilantes, sino que asume en él un verdadero sentido de la vida y el valor de una concepción del mundo, con signi-

ficados muy precisos de validez americana. Por lo demás, ya Alberdi lo había postulado en el *Fragmento Preliminar*, libro de juventud que debieron leer tanto los jóvenes del país como de América toda.

Si nos atenemos a la tesis filosófica de Alberdi —*Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea en el Colegio de Humanidades*—, se ve que todas aquellas dimensiones capitales de su ideario están en ella sostenidas y desarrolladas luminosamente, desde el ángulo interno de su propia concepción. Las categorías que le sirven aquí de apoyatura a su pensamiento son las mismas que había manejado, cinco años antes, en el "Prefacio" del *Fragmento Preliminar*, a fin de hacer inteligible la compleja realidad nacional de su país, envuelto en el duro ropaje de la tiranía, pero ahora ya con un criterio más rigurosamente científico, un sentido más realista de sus propósitos y una visión más práctica de los problemas y las soluciones. Son también los mismos, los correlatos reales e ideales que subyacen en esas categorías, las cuales ostentan una inequívoca ascendencia romántica historicista, saintsimoniana y hasta rasgos bien marcados del positivismo filosófico, que se sobreponen a empalmeadas nociones de derecho natural y, con más razón, a las fórmulas del romanticismo.

Para Alberdi, la Revolución de Mayo constituye un hecho que traduce nuestra insobornable decisión de ser libres. Mas por debajo de esta *decisión*, que es un acto de voluntad, vibra estremecido otro de *razón*: la conciencia que toma el pueblo de la ley de su desarrollo inmanente, o sea la ley del Progreso. Cada pueblo la tiene, por lo mismo que configura su ley moral; y nosotros la tuvimos en el preciso instante de la conquista de nuestra libertad. Esta ley es universal por virtud de su índole, pero es también nacional en cuanto se identifica con las condiciones normales de existencia en el tiempo y en el espacio, o bien en cuanto no puede sustraerse al imperio de estas condiciones, que la animan y enriquecen desde la base. Tener conciencia de esa ley importa la necesidad de encaminarnos —de encaminarla— a su cumplimiento efectivo. El proceso temporal en que se opera este cumplimiento efectivo va decantando la cultura, que es el conjunto de formas o fases de la sociedad, pero no puede tener otro punto de partida o de arranque que el que le ofrecen las posibilidades reales y las "condiciones normales" de cada presente histórico. Las formas culturales varían en cada

país y en cada espacio del tiempo; lo que no varía es la ley o principio esencial que la gobierna en su despliegue interno. "Y desde luego —había escrito Alberdi en el *Prefacio*—, al concebir el derecho como un elemento constitutivo de la vida de la sociedad, que se desarrolla con ésta de una manera individual y propia, hemos debido comprender que la misma ley presidía el desarrollo de los otros elementos que la constituyen. De modo que el arte, la filosofía, la industria, no son, como el derecho, sino fases vivas de la sociedad, cuyo desarrollo se opera en una íntima subordinación a las condiciones del tiempo y del espacio. Así, dondequiera que la vida social se manifiesta, se da a conocer por el cuadro de estos elementos: ellos la constituyen y sostienen. No se importan amas; por todas partes son indígenas, como el hombre; tienen su germen en la naturaleza de éste, o más bien, ellos la forman. . . Se comprende —añade— que los principios son humanos y no varían; que las formas son nacionales y varían. Se buscan y abrazan los principios, y se les hace tomar la forma más adecuada, más individual, más propia. Entonces se cesa de plagiar, se abdicar lo imposible y se vuelve a lo natural, a lo propio, a lo oportuno. Tal es la edad de la verdadera emancipación, el verdadero principio del progreso. Tal es la edad que América Meridional parece querer tocar ya".⁶ Vinculando la ley del progreso con el hecho y el concepto de la nación, en ese mismo lugar Alberdi consignó lo siguiente: "Pero ¿qué importa esta distinción de la forma y el fondo de los hechos fundamentales de la sociedad humana? ¿Qué es penetrar la substancia, la naturaleza filosófica de estas cosas, al través de sus formas positivas y locales? Es tener una razón y saber emplearla, es reflexionar, es filosofar. La filosofía, pues, que es el uso libre de una razón formada, es el principio de toda nacionalidad, como de toda individualidad. Una nación no es una nación, sino por la conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen. Recién entonces es civilizada: antes había sido instintiva, espontánea; marchaba sin conocerse, sin saber adónde, cómo, ni por qué. Un pueblo es civilizado únicamente cuando se basta a sí mismo, cuando posee la teoría y la fórmula de su vida, la ley de su desarrollo. Luego no es independiente, sino cuando es civilizado. Porque el instinto, siendo incapaz de presidir el desenvolvimiento so-

⁶ *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, p. 134, Buenos Aires, 1942.

cial, tiene que interrogar su marcha a las luces de la inteligencia extraña, y, lo que es peor aún, tomar las formas privativas de las naciones extranjeras, cuya impropiedad no ha sabido discernir".⁷

Las consecuencias que Alberdi extrae de estas premisas adquieren proyecciones de una amplitud incalculable. Abarcan todas las cuestiones que la realidad argentina y americana le propone a su inteligencia vigilante, ágil, constructiva. Ningún problema se le escapa. Esas consecuencias, que son teóricas y prácticas—porque lo teórico y lo práctico forman en su mente una férrea unidad—, le permiten, de paso, acuñar conceptos de unívoco significado acerca de la nación, del espíritu americano, de la democracia, de la soberanía del intelecto, de la libertad, de la economía, de la industria, de la civilización, de la verdadera independencia nacional, del sentido de lo propio, del auténtico valor de las revoluciones, de la naturaleza y destino de las comunidades americanas, de la misión que toca cumplir, como un deber irrenunciable, a las generaciones jóvenes en esta parte del mundo. "Esta naturaleza de los pueblos americanos, dijo Alberdi,⁸ es el grande, el nuevo estudio de las generaciones jóvenes", del papel, en fin, que le corresponde desempeñar a la filosofía en torno a todas estas cuestiones, papel—función o misión— que va a constituir el tema egregio de la tesis o programa que nos ha servido de punto de partida para esta meditación. Pero permítaseme no abandonar todavía el texto del *Prefacio*, por exigirlo así el plan con que hemos concebido este escrito.

Alberdi opone al momento *impulsivo* de la Revolución el momento *reflexivo*. Es éste el momento de la inteligencia, de la completa libertad, de la civilización. Es más lento, más largo, más costoso, más esforzado que el momento impulsivo, por lo mismo que es más complejo, y hay en él resistencias más profundas a vencer. Es el momento de la paz, de la tranquilidad, del equilibrio de las fuerzas y de las cosas, de la construcción integral y armónica. Le llama también, con una expresión poco feliz para nuestro tiempo, el momento *reactivo*, reaccionario, pero no en un sentido retrógrado sino legítimo: como corrección y freno de los excesos, de los extremos y extravíos, que es el saldo natural dejado por el momento impulsivo. Este, decía

⁷ *Ibid.*, p. 135.

⁸ *Ibid.*, p. 156.

Alberdi, ya se ha consumado entre nosotros: lo consumó la espada. Al otro falta consumarlo aún: es la tarea que la historia había reservado a su generación y a las que vendrían después. "Nuestros padres, escribe, nos dieron una independencia material: a nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia, la conquista del genio americano. Dos cadenas nos ataban a la Europa: una material, que tronó; otra inteligente, que vive aún. Nuestros padres rompieron la una por la espada; nosotros romperemos la otra por el pensamiento. . . . Pasó la época homérica, la época heroica de nuestra revolución. El pensamiento es llamado a obrar hoy por el orden necesario de las cosas, si no se quiere hacer de la generación que asoma el pleonasma de la generación que pasa. Nos resta que conquistar, sin duda, pero no ya en sentido material. Pasó el reinado de la acción, entramos en el del pensamiento. Tendremos héroes, pero saldrán del seno de la filosofía. Una sien de la patria lleva ya los laureles de la guerra; la otra sien pide ahora los laureles del genio. La inteligencia americana quiere también su Bolívar, su San Martín. La filosofía americana, la política americana, el arte americano, la sociabilidad americana son otros tantos mundos que tenemos por conquistar".⁹ Adviértase, sin embargo, que cuando Alberdi impugna la acción y pone en su sitio el pensamiento, no se refiere, claro está, al pensamiento puro, meramente especulativo: se refiere al pensamiento militante, beligerante: a la acción por el pensamiento. "Cuando la voluntad de un pueblo —dice más adelante—, rompe las cadenas que la aprisionan, no es libre todavía. No es bastante tener brazos y pies para conducirse: se necesitan ojos. . . . Tenemos ya una voluntad propia: nos falta una inteligencia propia. Un pueblo ignorante no es libre porque no puede; un pueblo ilustrado no es libre porque no quiere. La inteligencia es la fuente de la libertad; la inteligencia emancipa los pueblos y los hombres. Inteligencia y libertad son cosas correlativas; o, más bien, la libertad es la inteligencia misma. . . ."¹⁰ Alberdi es de los hombres que tienen plena fe en la razón y piensan que la historia es la obra preponderante de las ideas. Por eso, escribirá sin vacilaciones: "Réstanos, pues, una grande mitad de nuestra emancipación, pero la mitad lenta, inmensa, costosa: la emancipación íntima, que viene del desarrollo inteligente. . . .

⁹ *Ibid.*, p. 138.

¹⁰ *Ibid.*, p. 139.

Digamos con Saint Simon —exclama—: La edad de oro de la República Argentina no ha pasado, está adelante: está en la perfección del orden social. Nuestros padres no la han visto, nuestros hijos la alcanzarán un día: a nosotros nos toca abrir la ruta... Tal es, pues, nuestra misión presente, el estudio y desarrollo pacífico del espíritu americano, bajo la forma más adecuada y propia...".¹¹

Para Alberdi, el momento reflexivo es aquel en que el pueblo cobra una acabada, una radical conciencia de sí. Representa, también, el tránsito ineluctable de la emancipación política a la emancipación total, de la revolución nacional y política a la revolución humana y social, de la independencia exterior a la independencia interna, de la conquista por la fuerza a la conquista por la idea, de la autocracia a la democracia, de la conquista material a la conquista por la civilización, de la emancipación por la espada a la emancipación por la cultura, del entusiasmo a la reflexión activa. Este tránsito importa, según Alberdi, "la creación de una fe común de civilización". Importa, también, la abolición de las meras revoluciones materiales, carentes de ideas nuevas y de programas constructivos, reclamados por el desarrollo creciente de la sociedad. "Toda revolución material, escribe, quiere ser fecundada, y cuando no es la realización de una mudanza moral que la ha precedido, abunda en sangre y esterilidad en vez de vida y progreso".¹² Lo dice Alberdi, y lo repetirá Echeverría en *Ojeada Retrospectiva*: "Considerábamos que el país no estaba maduro para una revolución material, y que ésta, lejos de darnos Patria, nos traería a una restauración (la peor de todas las revoluciones), o a la anarquía o el predominio de nuevos caudillos. Creíamos que sólo era útil una revolución moral que marcara un progreso en la regeneración de nuestra patria". Y todo esto, ¿por qué? Porque la revolución íntima, moral, es la que falta y debe anteceder, había dicho Alberdi en 1837.

Crear una fe común de civilización era crear, igualmente, la fe en el pueblo, en la libertad, en la democracia. Lo dirá Alberdi con palabras cálidas, henchidas de una impresionante actualidad: "Respetemos el pueblo, venerémosle, interroguemos sus exigencias y no procedamos sino con arreglo a sus respuestas. No le profanemos tomando por él lo que no es él. El

¹¹ *Ibid.*, p. 142.

¹² *Ibid.*, p. 146.

pueblo no es una clase, un gremio, un círculo: es todas las clases, todos los círculos, todos los roles. Respetemos esta celeste armonía, esta sagrada integridad, que es el espíritu del evangelio y el dogma del espíritu humano. Respetemos la pobre mayoría; es nuestra hermana: aunque inculta y joven, pero vigorosa y fuerte. Respetemos su inocente ignorancia, y partamos con ella nuestra odiosa superioridad mental. . . Evitad el dicitario también, porque es amargo y estéril. Confesemos que la civilización de los que nos precedieron, se había mostrado impolítica y estrecha: hacía adoptado el sarcasmo como un medio de conquista, sin reparar que la sátira es más terrible que el plomo: porque hiere hasta el alma y sin remedio. No debiera extrañarse que las masas incultas cobraran ojeriza contra una civilización de la que no habían merecido sino un tratamiento cáustico y hostil. Una civilización más verdadera y más patriota, habría debido disfrazarse más urbanamente del ropaje del atraso para la completa eficacia de un catequismo honorable. Hoy, pues, es tiempo de terminar este triste divorcio entre la civilización y la fuerza. Ya el poder, las masas, la nación, podrán abrir una franca acogida a la joven generación que parece caracterizada por una reflexiva y profunda obsecuencia a los poderes consagrados por el pueblo; llena de la convicción más íntima de que la primera exigencia de la patria es de paz interna y, a su amparo, de inteligencia, de moralidad, de religiosidad, de industria, de disciplina, de desarrollo en fin, no de revoluciones: del término del espíritu disolvente, demoleedor, revolucionario (alude a las revoluciones materiales, sin contenido programático), y del principio del espíritu reparador, organizador, social".¹³ Y una página antes, había escrito: "Una nueva era se abre para los pueblos de Sud América, modelada sobre la que hemos empezado nosotros, cuyo doble carácter es: la abdicación de lo exótico por lo nacional; del plagio por la espontaneidad; de lo extemporáneo por lo oportuno; del entusiasmo por la reflexión; y después, el triunfo de la mayoría sobre la minoría popular". Para una justa comprensión de los párrafos citados, hay que poner entre paréntesis lo anecdótico, lo circunstancial, que apreciamos en los mismos. La tiranía de Rosas y la forma de vida de la que era expresión no entraban, no podían entrar como elementos positivos en la concepción sociológica de Alberdi. Con el *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, yo creo

¹³ *Ibid.*, p. 158.

que Alberdi había procurado atraer a Rosas a la causa de su generación, para que el influjo y poder de que se hallaba revestido el dictador coadyuvaran en el éxito de sus vastas miras de engrandecimiento nacional, que serán luego las miras de la *Asociación de Mayo*. Pienso que éste y no otro es el alcance que hay que atribuir a las concesiones que hace Alberdi a Rosas en el *Prefacio* de su libro juvenil, como aquella de "obsecuencia a los poderes consagrados por el pueblo". El mismo Alberdi lo da a entender en unas pocas líneas de su opúsculo autobiográfico, donde leemos: "En ese libro —se refiere al *Preliminar del derecho*— yo calificué el *poder ilimitado*, como el *poder de Satanás*, bajo el gobierno omnímodo de Rosas, pero no sin tomar precauciones de inmunidad en favor de mi persona y del libro. Lo dediqué al general Heredia, cosa que, de paso, era un deber moral de mi parte. Heredia, como federal, era mirado con amistad por Rosas. En el *Prefacio*, pararrayo del libro, hice concesiones al sistema federal, y al jefe temido de nuestra democracia federalista".¹⁴ La decepción de Alberdi sobrevino de inmediato, al descubrir que el destino de Rosas no era otro que el de ejercer la tiranía en la patria naciente y que lejos de comprender sus proposiciones civilizadoras venía a ser, exactamente, su negación más absoluta.

El tránsito a la civilización, que entraña el momento reflexivo, constituye en última instancia *la conquista de nosotros mismos*. Llámese organización nacional, Constitución, sistema estable de las instituciones jurídicas, políticas, económicas y sociales, educación del pueblo, poblar el desierto, comercio, industria, caminos, ferrocarriles, libre navegación de los ríos, abolición de las aduanas interiores, nacionalización de la aduana y de la ciudad de Buenos Aires, paz interior, paz y justicia internacionales, el tránsito a la civilización, en el sentir de Alberdi, designa siempre una sola cosa: la conquista de nosotros mismos. Equivale a una empresa de emancipación por la cultura. Y como se trata de una empresa de cultura, o de civilización como se decía entonces, el instrumento adecuado, la herramienta por antonomasia de que esa empresa habrá de valerse, es la forma de pensamiento que se llama filosofía. Esto lo había anticipado también Alberdi en su libro tantas veces recordado: "Es, pues, ya tiempo de comenzar la conquista de una conciencia nacional

¹⁴ *Mi Vida Privada*, Ed. "Cruz del Sur", Santiago de Chile, 1944, p. 87.

por la aplicación de nuestra razón naciente a todas las fases de nuestra vida nacional. Que cuando, por este medio, hayamos arribado a la conciencia de lo que es nuestro, y deba quedar, y de lo que es exótico, y deba proscribirse, entonces sí que habremos dado un inmenso paso de emancipación y desarrollo; porque no hay verdadera emancipación mientras se está bajo el dominio del ejemplo extraño, bajo la autoridad de las formas exóticas. Y como la filosofía es la negación de toda autoridad que la de la razón, la filosofía es madre de toda emancipación, de toda libertad, de todo progreso social. Es preciso, pues, conquistar una filosofía para llegar a una nacionalidad. Pero tener una filosofía es tener una razón fuerte y libre: ensanchar la razón nacional, es crear la filosofía nacional, y, por tanto, la emancipación nacional".¹⁵ Cinco años más tarde, en *Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea*, expondrá estos mismos conceptos con notable rigor y con una visión más penetrante, más concreta de los problemas, cuya solución deseaba someter al imperio de la filosofía. "Aplicaremos, dice, a la solución de las grandes cuestiones que interesan a la vida y destinos actuales de los pueblos americanos la filosofía que habremos declarado predilecta. Si en esta aplicación somos incompletos, como es de necesidad que seamos, nos habrá servido, ella, a lo menos, para darnos la habitud de encaminar nuestros estudios hacia nuestras necesidades especiales y positivas".¹⁶ La preocupación de carácter histórico, es decir, relativa a la situación de las comunidades americanas de lengua española por la época en que Alberdi formula su pensamiento, emerge ya de las líneas citadas, pero en seguida avanza de manera más lúcida, dando paso, a la vez, a otro de los valores esenciales que tipifican —y humanizan— su doctrina, confiriéndole un *relieve ideológico*, una *localización* y una *universalidad* a base histórica y cultural: el desdén que siente Alberdi —producto, sin duda, de las ideas que maneja y de las urgencias positivas de su tiempo, pero también de una *modalidad* de nuestro espíritu americano y de las condiciones reales en que se desenvuelve, todavía en plena vigencia, como veremos más adelante—; el desdén, digo, que siente Alberdi por la especulación pura, sin compromiso alguno con la realidad inmediata y el

¹⁵ *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, cit., p. 135.

¹⁶ *Antología del Pensamiento de Lengua Española en la Edad Contemporánea*, Ed. "Séneca", México, 1945, p. 305.

destino de estos pueblos, sin consecuencias prácticas, creadoras a la vez, para el incremento cultural de estos países en franco proceso formativo de sus individuos y de sus masas. Alberdi afirma resueltamente: "Así, la discusión de nuestros estudios será más que en el sentido de la filosofía especulativa, de la filosofía en sí, en el de la filosofía de aplicación, de la filosofía positiva y real, de la filosofía aplicada a los intereses sociales, políticos, religiosos y morales de estos países. En el terreno de la filosofía favorita de este siglo: la *sociabilidad* y la *política*. Tal ha sido la filosofía como lo ha notado Damiron en manos de Lamennais, Lerminier, Tocqueville, Jouffroy, etc. De día en día la filosofía se hace estadista, positiva, financiera, histórica, industrial, literaria en vez de ideológica y psicológica: ha sido definida por una alta celebridad del pensamiento nuevo, la *ciencia de las generalidades*. Tocaremos, pues, de paso la metafísica del individuo para ocuparnos de la *metafísica del pueblo* —agrega Alberdi. El pueblo será el grande ente, cuyas impresiones, cuyas leyes de vida y de movimiento, de pensamiento y progreso trataremos de estudiar y de determinar de acuerdo con las opiniones más recibidas entre los pensadores más liberales de nuestro siglo, y con las necesidades más urgentes del progreso de estos países. Y desde luego —continúa el joven filósofo que era entonces Alberdi—, partiendo según esto de las necesidades más fundamentales y sociales de nuestros países en la hora en que vivimos, los objetos de estudio que absorban nuestra atención, serán: 1º La organización social cuya expresión más positiva es la *política constitucional y financiera*. 2º Las costumbres y usos cuya manifestación más alta es la *literatura*. 3º Los hechos de conciencia, los sentimientos íntimos, cuyo doble reflejo es la *moral y religión*. 4º La concepción del camino y de los destinos que la providencia y que el siglo señalan a nuestros nuevos Estados, cuya revelación pediremos a la *filosofía* de nuestra *historia* y a la *filosofía de la historia* en general. Así, pues, derecho público y finanzas, literatura, moral, religión e historia: he aquí los objetos de que nos ocuparemos en los seis meses de este curso. Pero el derecho público, las finanzas, la literatura, la religión, la historia en sus leyes más filosóficas y más generales, en su razón de conducta y de desarrollo, digámoslo así; y no en su forma más material y positiva. De otro modo, no se diría que hacíamos un curso de filosofía. (Obsérvese el esfuerzo que hace Alberdi para no caer en un ma-

terialismo grosero y al mismo tiempo la fuerza con que se impone a su ánimo todo lo que tiene una realidad concreta). Vamos a estudiar la filosofía, evidentemente: pero a fin de que este estudio, por lo común tan estéril, nos traiga alguna ventaja positiva; vamos a estudiar, como hemos dicho, no la filosofía en sí, no la filosofía aplicada al mecanismo de las sensaciones, no la filosofía aplicada a la teoría abstracta de las ciencias humanas, sino la filosofía aplicada a los objetos de un interés más inmediato para nosotros; en una palabra, la filosofía política, la filosofía de nuestra industria y riqueza, la filosofía de nuestra literatura, la filosofía de nuestra religión y nuestra historia. Decimos de *nuestra política*, de *nuestra industria*, en fin, de todas aquellas cosas que son nuestras, porque lo que precisamente forma el carácter y el interés de la enseñanza que ofrecemos, es que ella se aplica a investigar la razón de conducta y de progreso de estas cosas entre nosotros".¹⁷

VAMOS viendo ya, a esta altura de nuestra exposición, la importancia histórica que encierra la tesis filosófica de Alberdi, cuyo significado espiritual —y metódico— inspira la presente reflexión; la importancia histórica que tiene, relativamente, a su tiempo y a su medio. Aunque esta importancia histórica constituye, inevitablemente, el punto de partida —y hasta el punto de apoyo— de las consideraciones que siguen, no reviste para nosotros un valor fundamental, ya que las formas de pensamiento están sometidas a las mudanzas que se operan en el seno de la vida social, en cada espacio histórico ininterrumpido de su desarrollo. Quiero decir que la forma histórica del pensamiento alberdiano es de un valor relativo, que vale, como tal, para su época y para las necesidades del país y de la América Hispánica, toda en esa misma época: traduce el imperativo de la hora y revierte sobre ella como acción transformadora de la realidad de la cual promana. Como pensamiento histórico, el de Alberdi y los hombres de su generación, se asemeja mucho, por el sentido de su dirección interna —en cuanto se mueve hacia la *modernidad*—, su severa prestancia realista y el planteamiento —y replanteamiento— de los problemas concretos, al que en España se propuso la renovación de la vida cultural y política, a fin de animar todas las energías nacionales y levantar a Es-

¹⁷ *Ibid.*, p. 305 y ss.

pañía de nuevo hasta el plano de su pasada grandeza. Por eso, José Gaos ha podido señalar¹⁸ —y más que señalar, subrayar— el hondo y efectivo paralelismo —hasta formar una viva unidad histórica— de este pensamiento español, que él llama —por oposición al de la *grandeza*, cuyo objeto es trascendente— de la *decadencia*, no por ser en sí mismo decadente —sus pensadores no lo son—, sino por su *objeto*, ya que se trata de un pensamiento que tiene justamente por objeto la decadencia de España y cuya línea se inicia, para ser precisos, con Feijoo, prosigue con los jesuitas, Cadalso, Jovellanos, Larra, Ganivet, Unamuno, la generación del 98, Ortega y Gasset y, por último, “lo que pudiera llamarse el pensamiento de la Segunda República y de la emigración republicana. . .”; de este pensamiento español, pues, con el pensamiento que Gaos denomina, con gran acierto, a mi entender, de la *independencia*, cuya línea se inicia, igualmente, en Feijoo y prosigue con los jesuitas, como continuadores de su “magisterio de modernidad”, San Martín, Bolívar, Moreno, Bello, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Lastarria, Bilbao, Mora, Ocampo, Ramírez, Altamirano, Barreda, Montalvo, Martí, Hostos, González Prada y todos los pensadores que dentro de esta línea la enriquecen con su obra en el siglo XX. El no haber visto las afinidades, paralelismos y correlaciones existentes entre ambas formas de pensamiento, se debe a la mutua y desgraciada ignorancia en que han vivido los pensadores españoles e hispanoamericanos depositarios de ellas. De no mediar esta ignorancia, habría habido una comprensión más clara de nuestros problemas por parte nuestra, y por parte de ellos, de sus propios problemas.

Pero la importancia histórica de la forma que asume el causal ideológico de Alberdi y su actuación efectiva, tiene para nosotros una significación inagotable si la valoramos desde el punto de vista de la enseñanza que deriva para nuestra vida del pensamiento alberdiano, de la actitud de comprensión que entraña frente a la realidad nacional y americana a que se aplica y del correlato humano que supone, en cuanto define un tipo de pensador comprometido, en la más alta acepción de esta palabra, con todos los avatares y contingencias de su ambiente cultural.

Conviene, por lo tanto, detenerse un momento siquiera en este punto, a fin de precisar, con cierta anticipación exigida por

¹⁸ *Ibid.*, *Introducción*.

el método de este ensayo, no sólo el sentido que atribuimos a la tesis filosófica de Alberdi, su alcance y actualidad, sino también el sentido y alcance que encierra esta meditación nuestra. En el meollo de la tesis alberdiana, separando de ella todo lo que pueda tener de circunstancial y relativo, subyace un valor permanente, cuyo carácter lo erige para nosotros en un modelo —o, si se quiere, en un estímulo—, en presencia de lo que ansían ser nuestro propio pensamiento y nuestra propia acción dentro de la cultura argentina e hispanoamericana. Alberdi habla siempre de *lo nuestro*, y este vocablo posee en función de sus ideas un contenido esencial. Quiere decir Alberdi, ante todo, que hay que levantar estos pueblos hasta la altura de las naciones más adelantadas de Europa y la de los Estados Unidos —hoy diríamos, hasta los valores y bienes más representativos de Occidente y de la cultura universal—, y que esta misión civilizadora debe hacerse partiendo de lo nuestro. Que hay que ensanchar la condición social de la cultura, pero partiendo de la idiosincrasia de nuestro pueblo. Que la tarea civilizadora reclama la comprensión previa de nuestra realidad social, de sus necesidades y posibilidades, como la vía más propicia a la instauración de una cultura propia. Que esta tarea es fundamentalmente obra de la inteligencia y que, por lo tanto, no se justifica una inteligencia que permanece ociosa frente a los requerimientos de la acción: de una acción impuesta por la realidad en que vivimos inmersos y que exige imperativamente de nosotros su progresiva transformación. Quiere decir, también, que el pensamiento no se agota en sí mismo, sino que su destino consiste en su proyección hacia fuera, hacia el mundo, y que el pensador ha de ser, ante todo, un hombre que vive y siente los problemas de su tiempo y de su medio. Quiere decir que debemos tomar de todo lo que nos es ajeno aquello que más se asemeje a lo nuestro; que si la cultura es nacional por su inmanencia, es universal por su trascendencia; que hay, hablando filosóficamente, una *razón* de la filosofía, así como hay una *pasión* de ella. Quiere decir, en suma, que sólo una función militante —o beligerante— de la inteligencia nos permitirá el acceso a nuestra expresión propia.

El historicismo que profesa Alberdi, que recibe de Savigny, a través de Lerminier, le lleva a acentuar el punto de vista según el cual la filosofía, como forma de pensamiento, lo mismo que el derecho, el arte, la política, la economía, la religión, es un

elemento vivo y no una abstracción, un elemento constitutivo de la sociedad, que se desarrolla juntamente, paralelamente, con las otras esferas de la cultura conforme a la "ley moral" que gobierna el desenvolvimiento armónico de los seres sociales. El sentido organicista de la doctrina es evidente, no sólo porque se halla ya incluido en el historicismo por su raíz romántica, sino porque ese sentido permite a Alberdi obtener consecuencias útiles de primer orden aplicado al examen valorativo de los problemas que le preocupan, que son los problemas que agitaban el ámbito americano de su época, llenando el aire de una esperanzada tensión. La filosofía se despliega, pues, como una fase de la sociedad y se encuentra siempre al mismo nivel que las otras fases de ella. Pero el mérito privativo de la filosofía sobre las demás fases de la sociedad, fases todas que la expresan y realizan y cuyo conjunto, variable y móvil temporalmente, integra la cultura, reside en la circunstancia de que la filosofía es la razón, el principio, la conciencia misma del modo de ser del pueblo, y la que hace posible, por medio de la reflexión constructiva, el cumplimiento concreto de la ley social.

Para Alberdi, la filosofía es un saber universal. Pero lo es tan sólo por su objeto específico, por las cuestiones que hacen al tema permanente de su meditación a través de la historia y de la vida de la humanidad. Para el mismo Alberdi, en cambio, la filosofía es también un saber limitado, relativo, válido únicamente en relación al filósofo, a la escuela que la profesa, al pueblo que la cultiva, por las *soluciones* que ofrece a los problemas, a las necesidades y a los interrogantes que le propone el mundo inmediato, soluciones que responden siempre a las necesidades reales e ideales ínsitas en la colectividad nacional y en cada una de sus formas de vida. Veamos de qué modo alude Alberdi a este doble carácter de la filosofía y de qué lado están sus simpatías. "...si queremos darnos cuenta —dice— de lo que han hecho Platón y Aristóteles, Descartes y Bacon, Kant y Cousin cada vez que han filosofado, veremos que no han hecho otra cosa que tentar la solución del problema del origen, naturaleza y destinos de las cosas. Así, la filosofía ha podido tomarse como la *totalidad de la ciencia humana*. Sin embargo, aquellos ramos de la filosofía que se han consagrado al estudio de las cosas más exteriores al hombre, de las físicas y materiales, han tomado la denominación de *ciencias naturales y físicas*. Y se han reservado, como por antonomasia, el nombre de cien-

cias filosóficas aquellos ramos del saber que se han dedicado al estudio de los fenómenos del espíritu humano. Es, así, como *lo bello, lo bueno, lo justo, lo verdadero, lo santo, el alma, Dios*, han sido y son las cosas que han absorbido casi exclusivamente la atención de lo que se ha llamado filosofía. ¿Qué son estas cosas en su naturaleza? —agrega Alberdi—; ¿por qué son como son?; ¿qué leyes las gobiernan?; ¿qué destinos las rigen en el mecanismo de lo criado?; ¿qué medios posee el hombre para conocerlas?; ¿qué conquistas cuenta en la carrera de sus investigaciones? He aquí lo que la filosofía se agita por resolver desde tres mil años; y sobre lo que no ha conseguido apenas sino fijar las cuestiones. . . . No hay, pues, una filosofía universal —termina diciendo Alberdi—, porque no hay una solución universal de las cuestiones que la constituyen en el fondo. Cada país, cada época, cada filósofo, ha tenido su filosofía peculiar, que ha cundido, más o menos; que ha durado, más o menos, porque cada país, cada época y cada escuela han dado soluciones distintas de los problemas del espíritu humano”.¹⁹ Si echásemos una rápida mirada al ambiente espiritual en lo que va del siglo, veríamos plenamente confirmada la aguda observación de Alberdi, que él formuló hace ciento diez años.

Hemos dicho que el historicismo que profesa Alberdi le lleva a acentuar el valor local, relativo, limitado y práctico de la filosofía. Hay que añadir que también conduce a ello su romanticismo social y político, lo mismo que el saintsimonismo y, ulteriormente, las corrientes o doctrinas comtianas y evolucionistas, desprendidos todos, unos por reacción, otras por razones de continuidad espiritual, del árbol común del Iluminismo, que fue también la puesta en acción, la movilización efectiva de los grandes sistemas metafísicos del siglo XVII. Pero si la filosofía ha de ser un saber universal —y realmente lo es— por la índole propia de las cuestiones que trata, resulta innegable que cada sistema filosófico lleva consigo el rasgo personal del pensador que le da vida, luego el de la tendencia en que se halla adscripto y, por último, el rasgo del espíritu nacional del país a que pertenece. Cabe observar, también, que cada sistema filosófico trae en su interna tesitura ciertos rasgos que son comunes a un determinado círculo de cultura, considerado éste por las naciones que se hallan en su base —la comunidad europea, la comunidad americana, pongamos por caso—, y trae aún aquellos que son

¹⁹ *Ibid.*, p. 301.

privativos, y la definen, por lo tanto, de una cultura histórica tomada en su totalidad —como sería el caso de Occidente—. Mas aquí nos interesa lo que hemos señalado en primer término. A este respecto, yo entiendo —y creo que todos habrán de convenir en ello— que las notas singulares que tipifican los sistemas filosóficos, lejos de excluir, de contradecir la filosofía como un saber universal, confirman su necesidad y su existencia. Pues los sistemas filosóficos, al operar ya sobre los problemas universales específicos, ya sobre los problemas concretos y relativos de cada circunstancia en que acaece el filosofar, van aportando, digamos, soluciones que enriquecen y esclarecen lo que Windelband ha llamado "rendimiento común" de la filosofía, rendimiento común que se muestra a través de su historia y se convierte, al cabo, en un nuevo objeto de la meditación filosófica.

CON todo y ser el hecho económico en la doctrina de Alberdi un hecho de gravitación decisiva para la comprensión científica del proceso histórico —recordemos que Alberdi se adelantó a Spencer al situar el factor económico o sociedad de tipo industrial por encima del factor guerrero o sociedad de tipo militar, y que refiriéndose a las causas y orígenes de la pobreza general, como a las que promueven el estado inverso, dijo sin vacilaciones: "Todo esto se encuentra y se mueve alrededor de los intereses económicos, que son los intereses supremos y comprensivos de la existencia entera de los países nuevos"—,²⁰ en el meollo de la concepción alberdiana alienta el valor ético. Este valor moral, que es el valor humano por excelencia, la domina desde dentro de una manera total, sin que escape a su sentido ningún aspecto de su pensamiento ni de la cultura, desde la idea de libertad hasta la de economía. Para Alberdi, un pueblo sólo es libre cuando ha tomado conciencia de la "ley moral" que preside su "desarrollo armónico" como ser colectivo. A partir de este momento, se constituye la nación, y podrá afirmar y desplegar progresivamente aquella ley de desarrollo conforme a sus condiciones normales —reales o ideales— de existencia. Ello equivale a entrar en las vías del progreso y de la civilización, a

²⁰ J. B. ALBERDI, *Estudios Económicos*, p. 49. Ed. "La Cultura popular", 1934. Se trata, en la posición de Alberdi, de un economismo liberal y no del que configura y define el materialismo histórico.

poner en acto la perfectibilidad humana —el individuo y la sociedad son "organismos" cualitativamente idénticos, a virtud de su naturaleza perfectible. Ello equivale a ser original, a sustituir el plagio y la imitación por todo lo que es y vive de modo inmanente en el ser nacional. Una nación es libre cuando es ilustrada, civilizada. Antes de esta etapa, esa nación es esclava, dependiente, copia artificialmente sus instituciones, enerva su propia ley de crecimiento autónomo. Esta ley tiñe de significación creadora al trabajo como actividad moral de la persona y de la colectividad. El trabajo libera porque civiliza y civiliza porque aumenta los bienes, incrementa el intercambio de éstos y asegura, con ello, la felicidad de los hombres. "La libertad —dice Alberdi— tiene su fuente, como todas las riquezas humanas, en el trabajo".²¹ Y en *Estudios Económicos*, insistirá más tarde: "La riqueza y la pobreza. . . residen en el modo de ser moral de una sociedad, en sus costumbres de labor y de ahorro y en sus hábitos viciosos de ociosidad y dispendio. En vez de blasonar de las riquezas de su suelo, la América del Sud debiera saber que no es rico el país que no puede blasonar las riquezas de su civilización. Comprender la riqueza y la pobreza, en su ser y causas morales, es colocarse en el camino de aprender a salir de la pobreza y llegar a la riqueza".²²

La influencia de los valores morales —y aquí asoma otro de los internos motivos que le llevan a acentuar el color local de sus ideas— condiciona la concepción alberdiana hasta el punto que Alberdi concibe el pensamiento como un medio y nunca como un fin en sí mismo. Su filosofía es una filosofía moral; una sabiduría, un ideal al servicio de la vida. No se dirige hacia la realización del valor puramente teórico, sino hacia la realización de los valores prácticos. Su ideal no es el del sabio: es el del hombre. El pensamiento es el medio, el fin es la civilización como forma de vida. El pensamiento ha de aplicarse a la satisfacción de nuestras necesidades fundamentales, pero ha de brotar también de estas mismas necesidades. Si a ello se añade la propia virtualidad de su doctrina, la de su filosofía social, histórica y política, y la dirección civilizadora, instrumental, que asume, de manera inmanente, el complejo de ideas y tendencias intelectuales de su época, resulta fácil comprender la visión de Alberdi acerca de la función práctica, positiva, no espe-

²¹ *Fragmento Preliminar . . . cit.*, p. 22.

²² *Estudios Económicos, cit.*, p. 44.

culativa, de la inteligencia en estos países que acaban de ingresar a una vida propia, independiente. Tomando en consideración los expresados supuestos, se explica, asimismo, que para Alberdi la filosofía, como la forma más alta de la inteligencia, valga solamente como un saber de aplicación, como un sistema de ideas de relativa vigencia, en relación a un orden concreto de problemas vivos y presentes, en el modo de una lúcida actitud de comprensión de la realidad histórico-social y de su "desarrollo inteligente", mas no en el de una actitud de mera o inútil contemplación.

JUNTO a la nota que se acaba de señalar—desprendida de la tesis sustentada por Alberdi, que es permanente a lo largo de su obra—, conviven otras dos de significación no menos prestigiosa; quiero decir, de jerarquía no menos egregia, relativamente, al ámbito cultural concreto y al destino de estos países sudamericanos, especialmente de las comunidades del Plata y de nuestro propio país. Una es la que podríamos designar *razón y pasión de la filosofía*; otra es la que fluye de un manantial casi todo perteneciente al hombre, y podemos expresar así: *el tipo humano de pensador que reclaman estas latitudes es aquél cuyo pensamiento vive y se desarrolla comprometido con la realidad de su mundo inmediato*. Vamos ahora a examinarlas.

La filosofía, como dijimos en cierta ocasión, es una actividad de hombres libres. No quiere esto decir que las demás actividades espirituales del hombre no demanden, para su ejercicio auténtico, esa misma libertad. Pero sí quiere decir que la filosofía es la tarea que más imperiosamente la solicita, porque la libertad es parte esencial de su propia índole. La filosofía se resuelve siempre en un filosofar, y el filosofar importa una faena entrañablemente individual, libre y creadora, que tiene en sí misma su comienzo y su fin, sin ser nunca ajena a la circunstancia concreta del vivir humano. Le pasa lo que a algunos hombres para quienes su vida comienza cada día. Corroboro esta afirmación un pasaje de *Mi vida privada*—la breve y bella autobiografía de Alberdi, modelo de hondura y sencillez estilísticas—, que los argentinos no olvidarán jamás: "Si mis escritos, confiesa Alberdi, han tenido algún éxito, lo deben a la libertad con que los he pensado, redactado y publicado, al favor de la seguridad que me dio mi residencia en países extranjeros. Esta

es la gran lección que surge de mi vida, a saber: que no puede haber ciencia, ni literatura, sin completa libertad, es decir, sin la seguridad de no ser perseguido como culpable, por tener opiniones contrarias al gobierno y a las preocupaciones mismas que reinan en el país".²³

Podemos reducir a cuatro los momentos capitales de todo filosofar, dejando aparte, deliberadamente, un quinto momento, que es el que va ínsito en la filosofía como expresión última de las necesidades e inquietudes del tiempo histórico, del proceso temporal de la vida y del espíritu. La filosofía empieza asumiéndose a sí misma como su problema inicial, pues, como ninguna otra ciencia, siempre más limitadas en relación a su objeto, es capaz de decidir lo concerniente a su actividad específica, la filosofía debe resolver por sí misma lo que ella en sí misma es. Por esto, y nada más que por esto, la filosofía es un saber sin supuestos. Tiene que poner sus propios supuestos. Y en esta disposición rigurosa hacia sí misma, se ensancha generosamente hasta descubrir —y poner— los supuestos de las demás ciencias, los cuales se revelan dentro de su propia esfera. La filosofía puede definirse como un amor a la sabiduría que ama su propio saber con un radio infinito que contiene todas las cosas. De ahí que, por lo común, todo filosofar se resuelva en un sistema, especie de inmensa estructura en la que se concilian el hombre y la realidad dentro de un saber cerrado y pleno; en un conocimiento que se vuelve constantemente sobre sí mismo, a fin de comprenderse y comprender, a la vez, el universo de su contenido.

La filosofía se presenta, inseparablemente, unida al hombre que la hace. Este rasgo, ya entrevisto por Descartes y en virtud del cual Max Scheler propuso definir su esencia en función del hombre que la cultiva, quiere decir que la meditación filosófica parte siempre de la propia existencia del filósofo y de su situación en el mundo. Es en ella, como en toda existencia concreta, donde se dan las cosas y los hechos que componen la totalidad del mundo y de la vida. El filósofo comienza por extrañarse ante estas presencias constitutivas de la realidad que desbordan su vida y a las que él mismo pertenece. Se interroga acerca de ellas, acerca de su ser y valer, y en esta interrogación sostenida sin desmayos, problematiza cada cosa, cada hecho, has-

²³ *Mi Vida Privada, op. cit.*, p. 91.

ta convertirlo todo en un problema único y universal. Y es así como acaba por asombrarse de su propio asombro.

Pero no paran aquí los afanes del pensador de la filosofía. Lo que en un principio fue tan sólo un punto de partida necesario e indubitable, termina siendo el problema decisivo, esto es, la filosofía misma. Porque el filósofo trata de resolver las últimas cuestiones relativas al conocimiento del mundo y valor de la vida. En este respecto, la filosofía —el filósofo— pretende descubrir el supremo principio de la realidad y formularlo en conceptos y juicios de valor. Se llega a esta formulación extremada por diversos caminos, que son otros tantos sistemas filosóficos en la historia del pensamiento. Sistemas que brotan de una polémica indefinida, inacabable, pero cada vez más rigurosa y profunda.

Alcanzada esta certeza final —que nunca será definitiva—, el "denuedo de veracidad" queda "colmado". El filósofo logra una tranquilidad interior, una meta en sus esfuerzos orientados hacia la verdad suprema, aunque ella represente el punto de partida de un nuevo filosofar. Es propia —consustancial— de la meditación filosófica una angustia experimentada en los hondones de la existencia, en cuya virtud el hombre problematiza el mundo y dentro de él su propia vida como aquello que presta al mundo un radical sentido. En tanto no descubra este sentido, pues ahí se oculta el milagro inefable, vivirá ajeno a su misterio. En cambio, se sentirá reconfortado —salvado— plenamente apenas capture en una evidencia inmediata lo que en él se encubre, del mismo modo que en la piedra preciosa "despierta una vida oculta al caer sobre ella la luz".

Pero si la filosofía es la actividad humana más individual y más universal —ecuménica—, y la que exige, al mismo tiempo, como ninguna otra, la condición esencial de la libertad, es también un hacer en el que cobran resonancia todos los problemas del tiempo, ya que la filosofía se constituye siempre como la expresión última, decisiva, de la problemática que define internamente la dirección histórica de una época. Esta misión suprema de la filosofía torna inteligibles para el hombre las dimensiones que estructuran la realidad dentro de la cual se sostiene, dentro de la cual vive, piensa, actúa; y la ambición de validez universal que gobierna sus proposiciones otorga al hombre los fundamentos últimos donde asienta la totalidad de la

existencia, adquiriendo, para él, un claro sentido la vida y el mundo.

Este valor permanente —y excelente— de la filosofía en el orden temporal, se afirma con una significación evidente en las grandes crisis históricas, como es la de nuestro tiempo. Lo mismo que en el Renacimiento y la Edad Moderna, cuando el hombre asiste al derrumbe irrefragable del ecúmeno medieval y busca ansiosamente, anheladamente, un punto de apoyo firme y seguro, un "absoluto incondicional", una Verdad de dónde asirse para salvarse del naufragio, y salvar con esto el valor de su vida, el hombre de nuestros días persigue también, con un empeño quizá más extremado y dramático, ese punto de apoyo ultimísimo capaz de servir, dentro de las nuevas circunstancias históricas, de fundamento radical, sólido, inmovible del mundo y de la vida. Pero la diferencia que se observa entre la Edad Moderna y el presente, es que aquélla encontró en la Razón ese supremo principio, y nosotros no lo hemos hallado todavía. Estamos, eso sí, entregados de lleno a la tarea de descubrirlo, si bien son aún inciertos los caminos que habrán de proporcionarnos la anhelada salida para nuestra crisis. ¿Vendrá la solución por el lado del marxismo? ¿Vendrá por el lado del existencialismo —al que desde ahora negamos toda posibilidad como sistema metafísico de salvación? ¿Vendrá por el lado de una democracia cristiana? ¿Vendrá por el lado de una antropología filosófica, del tipo de las diseñadas y de las que todavía intenta diseñar la edad contemporánea? Todos estos graves interrogantes estremecen la meditación filosófica de hoy. Y nosotros, todos nosotros, somos en carne y hueso, en espíritu vivo, responsables de la respuesta concreta que se dé finalmente a esa enorme interrogación.

En los grandes períodos críticos de la historia —que son también períodos de crecimiento—, se forjan nuevas formas de saber, las cuales aspiran a perfeccionarse en extensión y profundidad. Para cumplir estos fines inmanentes al pensamiento, el trabajo espiritual se organiza colectivamente —como ocurre en el siglo xvii— a través de publicaciones, sociedades e institutos privados de cultura, en cuyo seno la inteligencia elabora con rigor las bases que hacen posible un nuevo avance de la filosofía y de la ciencia. Nadie podrá negar la existencia de este proceso en los días que corren y, en orden a la situación histórica del presente y al nuevo movimiento ascendente del pensamiento,

nadie podrá negar tampoco que esas instituciones cumplan, mediante la exposición polémica de las ideas y de los problemas, una parte de la vasta tarea que reclama la crisis de nuestro tiempo. El hecho señalado es fiel, por lo demás, a la virtud filosófica por excelencia, que el genio de Dilthey formuló así: "Eleva la cultura de una edad a la conciencia de sí misma y a la claridad sistemática".

El fondo universal de la filosofía se concilia, pues, con las circunstancias temporales que asisten a su desenvolvimiento indefinido. Pero debe conciliarse, también, necesariamente, con las notas locales que, unidas a aquellas circunstancias, condicionan las diversas *formas* que ostenta, simultáneamente y en el curso de la historia, el pensamiento filosófico. La filosofía es siempre distinta por razones de lugar y de tiempo —aquí reside su rasgo apasionado—, y es siempre la misma por su índole ingénita, por su dimensión esencial, racional, digamos. Junto a la filosofía como saber universal, se habla hoy de una filosofía alemana, de una filosofía española, de una filosofía francesa, como seguimos hablando de la filosofía griega. Tal vez hablemos mañana de una filosofía americana —ya la hay en buena medida—, y, posiblemente, de una filosofía argentina. Esto último lo entrevió nuestro Alberdi en 1842, decidiéndose sin vacilaciones, conforme al programa que abrazaron los hombres de su generación, por una filosofía práctica, destinada a colaborar desde el rango más alto de las ideas en la solución de los problemas y necesidades fundamentales de América y del país. Así concebía él una filosofía americana, una filosofía argentina. Don Alejandro Korn, que vio muchas cosas nuestras con sorprendente lucidez, tuvo en cuenta la tesis de Alberdi cuando dijo: "... la necesidad —y esto es siquiera halagador— de mayor cultura filosófica se nota entre nosotros. La cuestión es intensificarla y darle carácter propio hasta producir una obra realmente nacional. Y tenemos derecho a pedir esto porque ya lo hemos realizado una vez. Tenemos el honor de poseer una producción filosófica propia y no hay motivo para avergonzarnos de ello y menos para no tomarla en cuenta".²⁴ Se refería Korn a los jóvenes de la *Asociación de Mayo* —sobre todo a Alberdi, el "más destacado expositor" de las ideas comunes al grupo de los emigrados, su más alta expresión intelectual y filosófica—, que "dispersados por la dictadura, se refugiaron en distintos

²⁴ *Ensayos Críticos*, Ed. "Claridad", Buenos Aires, s/f., p. 144.

países de la América del Sur; y cuando volvieron al país después de Caseros, ya hombres, venían con una visión clara de lo que había que hacer".²⁵

En 1842 redactó Alberdi una tesis de filosofía que, no obstante tener un valor circunscripto a la situación histórica de que emerge —y a la que se dirige para esclarecerla y transformarla—, posee vigencia todavía entre nosotros por la dirección sustancial del pensamiento que la informa; cuyo sentido, a prueba de reparos convincentes, es de una actualidad cotidiana que nos obliga a proseguir el contenido esencial de ella dentro de las nuevas condiciones de la vida nacional y americana. Alberdi la resumió, desde el punto de vista estricto de la ciencia filosófica, en una fórmula breve, que concita nuestras mejores simpatías: "Nos importa, ante todo —dice—, darnos cuenta de las primeras consideraciones necesarias a la formación de una filosofía nacional. "¿Quién ha pronunciado, antes y después de Alberdi, palabras tan claras, de tan preclaro linaje, y tan hondamente sentidas por la sensibilidad nativa? No menos esclarecidas resultan sus palabras alusivas a lo que hemos denominado *razón y pasión de la filosofía*. Me permito transcribir los pasajes pertinentes: "La filosofía, como se ha dicho, no se nacionaliza por la naturaleza de sus objetos, procederes, medios y fines. La naturaleza de esos objetos, procederes, etc., es la misma en todas partes. ¿Qué se hace en todas partes cuando se filosofa? Se observa, se concibe, se razona, se induce, se concluye. En este sentido, pues, no hay más que una filosofía. La filosofía se localiza por sus aplicaciones especiales a las necesidades propias de cada país y de cada momento. La filosofía se localiza por el carácter instantáneo y local de los problemas que importan especialmente a una nación, a los cuales presta la forma de sus soluciones. Así, la filosofía de una nación proporciona la serie de soluciones que se han dado a los problemas que interesan a sus destinos generales. Nuestra filosofía será, pues, una serie de soluciones dadas a los problemas que interesan a los destinos nacionales; o bien, la razón general de nuestros progresos y mejoras, la razón de nuestra civilización; o bien la explicación de las leyes, por las cuales debe ejecutarse el desenvolvimiento de nuestra nación; las leyes por las cuales debemos llegar a nuestro fin, es decir, a nuestra civilización, porque la civilización no es sino el desarrollo de nuestra naturaleza, es decir, el cumplimien-

²⁵ *Ob. cit.*, p. 145.

to de nuestro fin. . . Civilizarnos, mejorarnos, perfeccionarnos, según nuestras necesidades y nuestros medios: he aquí nuestros destinos nacionales que se resumen en esta fórmula: Progreso. . ."²⁶

Alberdi lleva todavía más lejos su pensamiento, y lo que podría parecer una audacia de las ideas, se convierte en una verdad activa, que invita a la acción, o, si se quiere, que invita a meditar para la acción. "Nuestra filosofía —escribe— ha de salir de nuestras necesidades. Pues según estas necesidades, ¿cuáles son los problemas que la América está llamada a establecer y resolver en estos momentos? Son los de la libertad, de los derechos y goces sociales de que el hombre puede disfrutar en el más alto grado en el orden social y político; son los de la organización pública más adecuada a las exigencias de la naturaleza perfectible del hombre, en el suelo americano". Y Alberdi continúa: "De aquí es que la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en su método, positiva y realista en sus procedimientos, republicana en su espíritu y destinos". Subrayando la temporalidad de su pensamiento, Alberdi añade: "Hemos nombrado la filosofía americana, y es preciso que hagamos ver que ella puede existir. Una filosofía completa es la que resuelve los problemas que interesan a la humanidad. Una filosofía contemporánea es la que resuelve los problemas que interesan por el momento. Americana será la que resuelva el problema de los destinos americanos. La filosofía, pues, una en sus elementos fundamentales, como la humanidad, es varia en sus aplicaciones nacionales y temporales. Y es bajo esta última forma que interesa más especialmente a los pueblos. Lo que interesa a cada pueblo es conocer su razón de ser, su razón de progreso y de felicidad, y no es sino porque su felicidad individual se encuentra ligada a la felicidad del género humano. Pero su punto de partida y de progreso es siempre su nacionalidad".²⁷ Poniendo entre paréntesis la realidad histórica a que apunta la *tesis-programa* de Alberdi y las corrientes ideológicas de que se nutre y que han envejecido hace ya mucho tiempo de esa *tesis-programa* queda en pie la línea esencial, no la accidental, de su pensamiento. Es la que hace exclamar a Korn: "No se

²⁶ *Antología del Pensamiento de Lengua Española. . . cit.*, p. 308.

²⁷ *Ibid.*, p. 308.

puede dar un programa más perfecto y más adecuado a nuestras necesidades. Éste es el programa que todavía tiene que regirnos: buscar dentro de nuestro propio ambiente la solución de nuestros problemas".²⁸ Y la que lleva al distinguido filósofo español don José Gaos —después de haber afirmado que Alberdi es el pensador político de las *Bases*, que resultaron las de la historia de Argentina hasta un punto que recuerda a los "legisladores y hombres de buen consejo" famosos desde la Antigüedad bajo el nombre de los Siete Sabios— a hacerse esta reflexión: "Pero hay en la obra de Alberdi algo de interés singular en la historia del pensamiento no sólo argentino, ni siquiera hispanoamericano, como lo han sugerido certeramente otros destacados pensadores de la misma patria, sino para el pensamiento de lengua española todo: unos artículos y unas *Ideas* para un curso de filosofía, en que Alberdi formula mejor que nadie, ni él mismo, antes ni después, lo que debe ser el pensamiento de la América española —y de España, cabe añadir".²⁹

QUIERO destacar ahora lo que, a mi juicio, hay de valor permanente, dentro de las características históricas y humanas de nuestros pueblos, en esa línea esencial de la tesis o de las *Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea*, que he señalado anteriormente. Nos importa saber el significado que hay que atribuir a esas expresiones de Alberdi: "No hay, pues, una filosofía universal, porque no hay una solución universal de las cuestiones que la constituyen en el fondo"; "No hay, pues, una filosofía en este siglo; no hay sino sistemas de filosofía; esto es, tentativas más o menos parciales de una filosofía definitiva"; "La regla de nuestro siglo es no hacerse matar por sistema alguno; en filosofía, la tolerancia es la ley de nuestro tiempo"; "En el deber de ser incompletos, a fin de ser útiles", excluirémos de la filosofía del siglo 19 "todo aquello que sea menos contemporáneo y menos aplicable a las necesidades sociales de nuestros países, cuyos medios de satisfacción deben suministrarnos la materia de nuestra filosofía"; "Así, la discusión de nuestros estudios será más que en el sentido de la filosofía especulativa, de la filosofía en sí, en el de

²⁸ *Ob. cit.*, p. 147.

²⁹ *Antología del Pensamiento de Lengua Española, cit. Introducción*, p. XXVII.

la filosofía de aplicación, de la filosofía positiva y real, de la filosofía aplicada a los intereses sociales, políticos, religiosos y morales de estos países"; "Se deja ver bien claramente que el rol de la América, en los trabajos actuales de la civilización del mundo, es del todo positivo y de aplicación. La abstracción pura, la metafísica en sí, no echará raíces en América"; "Nuestra filosofía, pues, ha de salir de nuestras necesidades"; "Hemos nombrado la filosofía americana, y es preciso que hagamos ver que ella puede existir"; "Nos importa, ante todo, darnos cuenta de las primeras consideraciones necesarias a la formación de una filosofía nacional"; "Es un deber de todo hombre de bien que por su posición o capacidad pueda influir sobre los asuntos de su país, de mezclarse en ellos; y es del deber de todos aquellos que toman una parte de ilustrarse sobre el sentido en que deben dirigir sus esfuerzos. Pero no se puede llegar a esto sino por el medio que hemos indicado, es decir, averiguando dónde está el país y dónde va; y examinando, para descubrirlo, dónde va el mundo, y lo que puede el país en el destino de la humanidad".³⁰

¿Hay en los párrafos transcritos del documento alberdiano algo de validez perdurable, y por eso mismo actual, para nosotros, argentinos y americanos de lengua española de mediados del siglo xx? Contestaremos diciendo: Sí y no. No lo hay, en cuanto las expresiones citadas son el reflejo de un plan civilizador y de acción que apunta a una realidad que se ha modificado, precisamente, a sus instancias. No lo hay, tampoco, en cuanto aquellas expresiones traducen las urgencias de la hora que vive la generación de Alberdi y se concentran en el problema inmediato de dar una organización interna y una fisonomía cultural propia —una personalidad, en definitiva— a la nacionalidad que acababa de separarse del imperio español. No lo hay, finalmente, si se atiende a las vertientes ideológicas y a las formas de pensamiento que movilizan el conjunto de ideas que reconocen en Alberdi su depositario intelectual por excelencia: formas y vertientes condicionadas por el temperamento de la época a que pertenecen.

Lo que constituye, en cambio, el fondo, la línea esencial de su mensaje, yo creo que todavía se mantiene vivo y podemos interpretarlo activamente en nuestra existencia nacional. Ciertas notas precisas, a mi juicio, descubren su sentido, su alcance

³⁰ *Ibid.*, p. 302 y ss.

y su función. Cuando uno se pone a examinar en profundidad la vida espiritual de Hispanoamérica, da en ella con un rasgo dominante que atrae y seduce: la acción de sus hombres más representativos es una acción pedagógico-política. Entre nosotros, este rasgo adquiere un nivel —un valor— muy alto y se muestra sin soluciones de continuidad. Preside la obra de Belgrano como secretario del Consulado; la de Mariano Moreno —que traduce *El Contrato Social*, porque entiende que no hay revolución verdadera sin conciencia popular revolucionaria obtenida mediante la ilustración; que funda *La Gaceta de Buenos Aires* y la Biblioteca Pública con el mismo propósito que defiende la libertad de escribir y redacta el *Plan de Operaciones*—; la de Rivadavia, cuyas reformas culturales y sociales están animadas de un designio semejante; preside la obra de Echeverría, de Alberdi y de Sarmiento, para quienes la política y la educación eran dos modos de un mismo obrar; preside, en fin, la obra de los que vinieron después, hasta los días actuales, ejemplos ilustres de una militancia espiritual que la historia habrá de valorar a su debido tiempo.

Siempre he pensado que en el fondo de nuestra condición de argentinos subyace una raíz senequista, de procedencia hispánica, sin duda, que incita vivamente a preocuparnos por el destino del hombre y la vida de la sociedad; esa raíz que se expresa en el temperamento estoico de nuestro pueblo y en el de nuestros grandes hombres —en los de la emigración de afuera y en los de la emigración de adentro. En Alberdi, esta preocupación es la misma cuando habla de mejorar al hombre, de educarlo, de civilizarlo, que cuando afirma el principio "gobernar es poblar" y enaltece la política inmigratoria a fin de colmar de humanidad el desierto que eran estos territorios "apellidados Estados antes de tiempo". En el pensamiento de Alberdi, educación e inmigración se complementan, pues con ambas se arriba al mismo resultado: la civilización moral y material. Tanto le obsesionaba el problema de poblar a su país, que no le quedó tiempo para pensar que la inmigración podía traer un efecto contrario a sus previsiones. Lo que a él se le pasó por alto, lo intuyó Sarmiento. Fue un motivo de intranquilidad para el sanjuanismo el observar, en 1883, que este país era "de todo el mundo, menos de sí mismo".³¹ Pero Alberdi dejó consignado

³¹ *Condición del Extranjero en América*, Ed. "Biblioteca Argentina", Buenos Aires, 1928, p. 238.

en *El crimen de la guerra* y en *Estudios económicos* —libros póstumos— lo que antes había ya justificado en las *Bases* con optimismo inconmensurable. Se vanagloriaba Alberdi de haber extendido los derechos y garantías concedidas a los súbditos británicos por el tratado con Inglaterra de 1825, a todos los extranjeros residentes en el país, sin excepción. Lo que no previó Alberdi es que una política inmigratoria no organizada racionalmente, puede ser peligrosa y contraria a los fines de mejoramiento social, político y económico de la población nativa. La verdad es que la inmigración entre nosotros ha desnaturalizado, en parte, el tipo humano argentino, cuya autenticidad criolla naufraga hoy devorado por la mezcla de nacionalidades operada en nuestro suelo, sin haber aún esa mezcla decantado un tipo humano de fisonomía definitivamente argentina.

Este gran fondo moral de Alberdi, que se inscribe en las palabras: Educación, Política de población, Civilización, Organización nacional, se trasunta también en su manera de escribir. Admiramos en su estilo, dotado de virtudes clásicas, una preocupación humanísima, porque Alberdi —lo mismo que Echeverría y Sarmiento— escribía para su pueblo y no para círculos determinados. Dejó escrito su ideario con la hondura y la sencillez propias del escritor que tiene una experiencia concreta de los problemas del mundo.

El rasgo pedagógico-político o cívico-moral que distingue la acción y el pensamiento de Hispanoamérica, y que hunde su raíz en un sentido profundamente humano de la vida, revela el amor que sentimos por el hombre y la tierra nuestros; especie de vocación creadora, constructiva, que no hemos sabido organizar ni política ni culturalmente, pues todavía espera que le demos una expresión orgánica. Alguien observó una vez —desde luego, un forastero— que el Estado argentino era un Estado perfecto en sí mismo, pero que muy poco o nada tenía que ver con nuestra realidad social y espiritual. La misma observación —y apuntando al mismo defecto— ya la habían hecho antes Echeverría y Alberdi, refiriéndose a la Constitución de 1826. En el afán de ser originales, olvidamos lo que verdaderamente somos, y las instituciones vienen a ser, de este modo, ajenas a nuestro ambiente propio y a nuestras reales posibilidades. Ser original no consiste en tener instituciones perfectas en cuanto tales, sino en que el conjunto institucional traduzca lo que auténticamente somos, exprese todas las energías nacionales y promueva su de-

sarrollo en el sentido de su enriquecimiento y mejora. Alberdi lo dijo, en la ocasión recordada, con palabras inimitables, que pueden leerse en las *Bases*: "La falta de originalidad en el proyecto —es decir, su falta de armonía con las necesidades del país— era confesada por los mismos legisladores. . . El Congreso hizo mal en no aspirar a la originalidad. La Constitución que no es original, es mala, porque debiendo ser la expresión de una combinación especial de hechos, de hombres y de cosas, debe ofrecer esencialmente la originalidad que afecte esa combinación en el país que ha de constituirse".³² Bastaría extender estas consideraciones de índole político-jurídica a los demás aspectos de la vida nacional, para llegar a la conclusión de que la originalidad de un pueblo, como la de una persona, no es otra cosa que su propia expresión: la expresión adecuada, más o menos vigorosa, de su manera de ser; pero, eso sí, dentro de una dirección progresista y no retardataria. Nuestra originalidad consiste en elevarnos —incorporándonos— a los valores y bienes de la cultura universal partiendo de lo nuestro, de nuestro propio ambiente, de nuestra razón de ser. El camino inverso —venir desde arriba con una política o pretender imponernos como solución unas cuantas abstracciones— está condenado al fracaso, y demostrará siempre, como ya lo demostró a su hora, que la realidad, con todas sus imperfecciones, es mucho más fuerte y resistirá con éxito las tentativas de avance perseguidas por medios artificiales.

Quien lea atentamente *Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea*, de Alberdi, advertirá que ese valor pedagógico-político la ciñe por todas partes, desde dentro y desde fuera. Pero advertirá también otra nota de importancia suma: un llamamiento imperioso de los valores de la voluntad. Sabemos muy bien que el pensamiento del siglo XIX en América es un pensamiento de la *independencia*, volcado todo entero a la formación histórico-político-cultural de las jóvenes nacionalidades americanas, "pues que se trata del pensamiento primero expresión y luego, además, causa e instrumento sucesivamente de la independencia cultural, de la conquista de la política y de la constitución y reconstitución de los países independientes"; esto es, un pensamiento aplicado a lo político y lo social, que son sus objetos predilectos, como lo son también de sus fuentes ideológicas, que se remontan al Iluminismo. Sa-

³² *Bases*, Ed. "Claridad", s/f., Buenos Aires, p. 31.

bemos, igualmente, que cuando ese pensamiento "se aleja de la política en la acepción amplia hacia la filosofía pura, desciende en originalidad y valía".³³ Mas todo esto viene a ser, por otra parte, lo circunstancial, junto a los *idola fori* de un saber de resonancias locales y temporarias. Sin embargo, frente a ello conviene hacerse cargo de dos incisivos interrogantes que nos salen al paso: ¿Es que este pensamiento de la *independencia* ha terminado entre nosotros y no juega ya ningún papel fundamental? ¿No hay por debajo de ese pensamiento, con todo lo circunstancial que le otorga una firme y peculiar fisonomía, algo que lo trasciende y le concede una actualidad histórica en el presente? Habremos de responder ahora, respectivamente, a ambos interrogantes: No y sí.

De lo que se trata aún entre nosotros es precisamente de esto: de la *independencia*. Pero, ya a esta altura de nuestra vida histórica, de la *independencia* en el sentido de la busca de nuestra expresión. Pues en el logro de la propia expresión reside la originalidad. Y reside, asimismo, la posibilidad de una cultura propia. Alcanzar esta originalidad, darle forma apropiada, llegar a poseer una cultura propia, he aquí, en mi entender, la función primera y más importante que le ha sido reservada a la inteligencia en Hispanoamérica, y a nosotros los argentinos en manera muy particular, porque somos un país de pocas tradiciones nacionales y sometido a una incesante corriente aluvial. ¿Quién puede dudar que esta tarea es algo así como una carga inmanente a nuestro pensamiento y que su punto de partida es la realidad misma de nuestro país, sobre la base de su *comprensión profunda*; que el punto de partida son sus *necesidades* en la más amplia acepción del término? Lo señaló Alberdi en su célebre tesis, cuando dijo que era preciso ilustrarse sobre el sentido en que debemos dirigir nuestros esfuerzos, averiguar dónde está el país y dónde va, examinar dónde va el mundo y determinar lo que puede el país en el destino de la humanidad.³⁴

Tampoco ha perdido actualidad aquel pensamiento de la *independencia*, porque si bien es cierto que la realidad se ha modificado extraordinariamente, subsisten, en cuanto a su sentido, grandes y graves cuestiones que aún no hemos podido resolver. Tenemos problemas propios, en función de los cuales ha de asumir posición el pensamiento. Tenemos el problema de la for-

³³ *Antología del Pensamiento*, cit., *Introducción*, p. XXXV.

³⁴ *Ibid.*, p. 311.

mación de un tipo humano argentino. Tenemos un problema de educación, acrecentado por el advenimiento de una forma de vida social de masas. Tenemos, casi como en el primer día, los problemas relativos a la inmigración, a la superación del desierto, al desarrollo económico, a la estabilidad política, al nacimiento de una cultura de índole verdaderamente nacional. En una palabra: los problemas de nuestra independencia política, económica y cultural. Problemas todos ellos de matices muy peculiares y con urgencias de solución.

En cuanto al segundo interrogante, aunque aluda a una estructura más compleja, el sí que le hemos dado por respuesta lo estimo no menos evidente. Yo creo que hay en nosotros, los argentinos—lo mismo que en los demás pueblos hispanoamericanos— un sesgo *voluntarista*, cuyo poderoso incentivo exterior lo constituye una realidad que exige incesantemente, cotidianamente su transformación y mejoramiento. Esto por lo que hace a los estímulos externos de la voluntad. Otro incentivo vigoroso es el que nos viene desde dentro y empuja nuestra voluntad hacia la acción creadora: es la *actitud de comprensión*, que de una manera imperativa sentimos en la base de nuestra vida espiritual, en presencia de una realidad indecisa, todavía informe, que quiere ser formulada en términos unívocos. De todo ello nace el *compromiso* de nuestra inteligencia con esta realidad inmediata que nos envuelve, que es la nuestra, y cuyo último sentido no hemos descifrado aún. Nuestra inteligencia es toda ella una inteligencia *comprometida*. Yo pienso que entre nosotros no cabe siquiera plantearse el problema que ha inquietado a otros centros de vida y de cultura, acerca de si la actividad espiritual ha de ser gratuita o ha de revestir, no sin algún esfuerzo, las formas impuestas por el compromiso. Aquella afirmación se impone a mi ánimo, con una certidumbre cada día más clarividente, cuando pienso que nuestros hombres más representativos, y por eso mismo más argentinos, del pensamiento de la independencia vivieron, trabajaron y lucharon *para otra cosa* que para aquello que respondía, seguramente, a su vocación esencial; y cuando pienso, también, que la obra que ellos hicieron debe ser proseguida, debe ser terminada, sin que esto implique renunciar a la crítica de esa obra o acatar íntegramente las ideas en que se sustenta. Lo contrario significaría hacerles un mal servicio y rendirles un pobre homenaje, que es lo que no admiten su memoria ni su ejemplo. Se trata, más bien, de poner a prueba su doctrina en cada momento histórico de la vida nacional.

Se me dirá que el pensamiento, aquí como en cualquier parte de la tierra, es siempre un pensamiento comprometido con la realidad y con su tiempo. Es cierto. Pero si se entiende así el asunto, unilateralmente, no se habrá comprendido bien mi propio pensamiento. Yo no hablo del *compromiso* como de una actitud deliberada, podríamos decir política, del espíritu, sino como la consecuencia irremediable de una *modalidad intrínseca* de nuestro espíritu, que nos empuja hacia lo práctico y nos hace vivir en una especie de vigilia perpetua, planteándonos y replanteándonos diariamente los problemas, los viejos y los nuevos, que afligen nuestro existir. Esta modalidad nuestra es bien española. Por eso España no ha tenido nunca una filosofía como forma rigurosa del saber teórico y por eso es el suyo un pensamiento a base humana e histórico-estética.

Podríamos hablar del pensamiento en Hispanoamérica como de un pensamiento militante. Mejor: como de un pensamiento destinado a vivir en estado de *beligerencia creadora y comprensiva*. Pero yo prefiero, para ser fiel a lo que estimo es una vocación profunda de nuestro pueblo y para excluir cualquier equívoco oculto en tales términos, hablar del tipo humano que representa el depositario de ese pensamiento. El tipo humano del pensador hispanoamericano es el que resume y condensa en sí todas las notas de que hemos venido hablando a lo largo de este escrito. Desdeña la filosofía pura, porque se siente atraído por una filosofía de contenidos prácticos. Está persuadido de que lo primordial es un *hacer*, un *obrar*, y piensa conforme al designio involucrado en su acción. Sabe que en estas latitudes el puro hombre de las ideas resulta incompatible con una existencia humana, cultural, política y sociológica que reclama, como la tarea más imperiosa, el esfuerzo encaminado a la busca de la propia expresión y de los medios adecuados conducentes a la organización estable de los cuerpos nacionales. Estima que la mera especulación intelectual, abstracta, carece de significado primacial entre nosotros; que necesitamos un pensamiento fértil —y fertilizante— en sus consecuencias últimas: un pensamiento unido enérgicamente al fondo histórico, real, de nuestras comunidades de vida. Esteban Echeverría tuvo la intuición del hecho, cuando expresó: "No salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones; tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad..."³⁵

³⁵ *Obras Completas*, Ed. Zamora, Buenos Aires, 1951, p. 162.

Siempre me ha parecido que en el verdadero pensador hispanoamericano, y, por consiguiente, en el verdadero pensador argentino, se asocian la norma moral de Séneca: "Obra de tal modo, que siempre se diga de ti que eres un hombre", y el animoso concepto de Alberdi: "Nuestra filosofía ha de salir de nuestras necesidades". He aquí cómo entiendo yo la *militancia* del pensamiento en su mejor sentido: como aquella que designa una actitud de conocimiento que persigue en la esfera concreta del mundo y de la vida el objeto permanente de sus afanes.

El más claro ejemplo de esto sigue siendo la generación del 37, hasta el punto que si podemos hablar de algunas tradiciones nacionales, que casi por entero nos pertenecen —especialmente en literatura— a esa generación se lo debemos. En ella descubrimos algo así como una servidumbre y grandeza de la inteligencia. Esta fue una herramienta en sus manos, pero fue, también, sobre la marcha, una entidad espiritual creadora, original, que alcanza en muchos momentos dimensiones universales y se incorpora, así, a la cultura del mundo con las notas peculiares del alma argentina y americana. "Nosotros escribimos la historia marchando", dijo en cierta ocasión Sarmiento. Esta fórmula vital se ha modificado un tanto, pero subsiste en su sentencioso perfil. Más aún: se agranda su imperativo, pues el presente exige de nosotros hacer historia antes que escribirla.

Regresemos, para terminar, al punto inicial. Entre nosotros, la filosofía no puede cumplir un papel meramente contemplativo o complacerse en la consideración exclusiva de los problemas que la filosofía se propone a sí misma en la meditación. Ha de constituir, más bien, un conocimiento en vivo contacto con los problemas que le propone el mundo, sobre todo con las cuestiones que plantea el dintorno inmediato. No queremos decir con esto que aceptamos sin reservas la tesis de Alberdi. Para Alberdi, la filosofía tenía que ser un instrumento, un medio al servicio de fines utilitarios: el engrandecimiento material del país. Para nosotros, la filosofía no es eso, pero tampoco es un saber que se agota en sí mismo, sin consecuencias prácticas y sin significación para la vida. Queremos decir que la filosofía, sin dejar de ser un saber autónomo, debe proporcionarnos un conocimiento de tal naturaleza, que dentro de él se nos aclare y precise la realidad de que formamos parte: el hombre, la sociedad, el paisaje, la nación. Tal es para nosotros el sentido que la filosofía ha de tener en estas latitudes.

LA IDEA DE LA FAMA EN LA EDAD MEDIA CASTELLANA *

Por Manuel MEJIA VALERA

FRENTE a este libro no se sabe qué admirar más: si el material erudito —erudición en un noble y depurado sentido— o si el espíritu crítico que discurre a lo largo de sus capítulos.

Resumiendo las características del modo de vida de la Grecia antigua —el desarrollo de la personalidad y el ansia de perpetuarla en la memoria de los hombres venideros—, la autora dedica la primera parte de su obra al estudio de la idea de gloria y celebridad en los escritos de Homero, Sófocles, Eurípides, Safo, Píndaro y otros poetas menores. Pero tal vez por seguir fielmente el plan del libro, cuyo tema central es la Edad Media y particularmente el medioevo español, sólo hace ocasionales referencias a Platón y Aristóteles y, entre los escritores de una etapa posterior, omite a Plotino. Creemos que en la obra del gran alejandrino, al igual que en la de otros autores refractarios al deseo de fama, estudiados en los siguientes capítulos, puede encontrarse cierto afán de perduración, aunque aparentemente en ella se desdeñe la celebridad. Así parece probarlo Plotino con su exaltación del valor estético y su aprecio por la actividad artística.

De la Roma antigua, pasa minuciosa revista de Cicerón, Virgilio, Horacio, Ovidio, Séneca, Estacio, Prudencio, Boecio —el primer escolástico y el último romano— y de otros autores, todos ellos presentados con caracteres vivos y animados merced a oportunas citas y anécdotas.

Apoyándose en datos cuidadosamente espigados y expuestos, ofrece luego una visión de conjunto de la Edad Media. Describe la resistencia que en nombre del ascetismo hace la Iglesia al fervor individualista de la antigüedad. Sin embargo, cree ad-

* MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL, *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, Fondo de Cultura Económica, México.

vertir ciertas reminiscencias de la idea de fama según la versión griega en los escritos de San Agustín y Santo Tomás, quienes no condenan redondamente el anhelo de celebridad, y el último hasta llega a admitir que, sin ser un bien en sí, puede serlo por accidente. Al lado de estos escritores, la autora coloca a otros pertenecientes a una esfera profana, cuyo ideal no es, desde luego, el eclesiástico, y que se expresa literariamente y en formas refinadas de vida (Venancio Fortunato, Teodulfo, etc.). Con el cuidadoso análisis de la Canción de Roldán y el Cantar de Mio Cid, termina este capítulo orientado hacia el propósito —por lo demás cabalmente cumplido— de demostrar que la idea de la fama no desapareció ni mucho menos del horizonte medieval.

Y llegamos a la última parte de su estudio que trata de la Edad Media castellana. Aquí se advierte, como en ningún otro capítulo, las inconfundibles dotes de penetración y limpidez de estilo de la autora. Tras de un rápido examen del *Libro de los engaños* y el *Libro de Apolonio*, dedica muchas páginas al *Libro de Alexandre*, ciertamente el texto de la España medieval más importante para el estudio de este tema. Ante todo, encuentra un hondo consorcio entre la fama concebida al modo antiguo y los ideales caballerescos de los que Juan Lorenzo de Astorga se muestra totalmente impregnado. También anota que, aun a riesgo de alterar la visión histórica, al describir algunas batallas de Alejandro, el poeta español las amolda muy escrupulosamente a su arquetipo de aventura caballerisca. Y concluye que la singular importancia del *Alexandre* para la historia de la idea de la fama en este período radica, sobre todo, en la pasión que alienta el propio autor, quizá el rasgo más personal de cuantos componen su vivaz y original fisonomía poética.

El *Poema de Fernán González* que, penetrado del espíritu de Reconquista está además dentro de la línea eclesiástica, es importante para la autora porque revela cumplidamente los ideales caballerescos —rezago de la jerarquía feudal—, en su sentido de honra y su aspiración a la gloria eternizadora. A la misma tendencia pertenecen don Juan Manuel y su contemporáneo Rodrigo Yáñez, autor del *Poema de Alfonso Onceno*.

También despierta el interés de María Rosa Lida el *Victorial*, de Gutiérrez Díez de Games, que confiere a la fama una consagración divina poco ortodoxa, lo mismo que la sugestiva *Crónica de don Alvaro de Luna*, con numerosas menciones so-

bre el tema. Recuerda que para este escritor el deber de la Historia es impartir al buen caballero la merecida alabanza. A parecidas conclusiones llega sobre las obras de Fernán Pérez de Guzmán, de Jorge Manrique, del Marqués de Santillana y de Juan de Mena. En lo que atañe a estos dos últimos poetas, destaca sus opuestas opiniones acerca de la fama. Mientras Santillana, a pesar de su ambición de rico hombre y de letrado, no demuestra sincero interés por la celebridad, Mena, por el contrario, considera que el olvido es la mayor amenaza para su destino.

Vale repetir que no se trata de un libro de simple erudición literaria, como podría creerse por el tema descrito y el método que lo rige. Su valor sobrepasa las aportaciones de los datos y documentos que suministra a raudales. Y hasta creemos que la lectura de este libro podría llevar a una especie de visión neocarlyliana de la historia, al obligarnos a pensar en la exaltación de las individualidades, y en especial del elemento subjetivo, como factor determinante —no único— de los cambios históricos.

Nos hallamos ante una investigación verdaderamente excepcional sobre un tema poco estudiado.

Dimensión Imaginaria

EL TALADRO Y EL CIELO

Por Raúl ROA KOURI

ERAN las nubes en lo alto y un quejido de sol atrapado en las hendidias del espacio. Un trazo dramático, explosivo, en la tela multicolor que borda la aguja del Chrysler Building. Hombres pequeños escrutaban el mundo desde el piso más alto del imperio. Ellos todo lo tenían a mano. Como los cacahuates y el *pop corn*. Y las bombas de hidrógeno.

Los trasatlánticos hendían grises carreteras de agua corrompida, vomitando sus entrañas de petróleo por chimeneas absurdamente esféricas. Turistas de asombro militante y *chewing gum* fácil escalaron la estatua de la Libertad, en el légamo ferrolado del Hudson. La ciudad ardía en los bajos, entre el taladro y el cielo.

Hacía que estaba lloviendo. Una agüita delgada, como los cabellos ralos de Bernardo Shaw a las barbas fluviales de Whitman. Los árboles, grises y en cueros, crujían maquinamente. Palomas neoyorquinas aleteaban sobre la plaza.

Desnudo, la carne añeja y verde moteada certeramente por el impacto de irreverentes pájaros, El Pensador de Rodin daba la espalda a la extraña fachada de Philosophy Hall, disgustado de no estar en su *yo auténtico*. Era otra forma de pagar la cultura su adeudo a Lafayette.

El perfil griego y bronceo de Columbia University —edificios empercutidos por el tiempo y el hollín— atizó mis recuerdos de otra universidad antigua y alta, donde cantan palomas de habla española y los jóvenes cantan en un lenguaje claro, dichadante, mientras otros se esfuerzan por romperles el canto. En la colina nuestra, cada columna dórica hinca su base en el hondón del pueblo.

Lo metálico brota de los reductos de la tierra, donde se funden las alimañas de acero con las humanas alimañas. Pasan trenes atestados de carteras y muslos, de pedazos de carne apisonada, de alusivos carteles y consignas, de bustos rebeldes

y productos plásticos, de inglés mal chapurreado, de un mismo hedor de cuerpos que se juntan.

Horadando el lecho de las rocas, el taladro se inventa una ciudad a oscuras. Una ciudad de voces con sordina y máquinas de chocolate, una ciudad de espaldas a la aurora, como escueto trayecto apuntillado. Inmensas ubres de concreto vierten mezcla sobre el hierro: estructuras idénticas se hunden bajo cada edificio. Cualquier ascensor lleva al infierno, o al cielo. Donde la tarde tiende sus pañuelos de niebla.

El sol de Nueva York tiene color de orina. A veces se diluye en ácido prúsico. No se atreve a golpear las agrias cabezas de los rascacielos: asoma de día, y se esconde cuando llega la noche o si se lo ordenan los astrónomos. Hay veces que la "montaña rusa" de Palisades Amusement Park va atropellando estrellas que sorprende la tarde meciéndose en los rieles. El señor de gran sonrisa y pies descalzos bajo las zapatillas acaricia su paraguas en el surgidero de *Times Square*.

Amigos comunes me hacen señas. Son amigos de amigos. Están de paso. Lo evidencia su mirada de lente fotográfico. Todo lo graba su "retina". Hasta la jovencita de inquieta grupa y vientre de guitarra que parece mirarnos en el *subway* y está observando un punto en el espacio, detrás de mi ojo izquierdo.

Un chorro de luces ilumina las calles del barrio italiano. Hay fiesta. San Antonio, perenne hacedor de noviazgos, se pasea por los quioscos vendiendo unas empanadas que todos llaman *calzone*. Flores eléctricas abovedan la vía. Muchachas bailan *jazz* por las azoteas mientras los gatos beben cerveza. Una vieja muy gorda me ofrece *latticini freschi*. Los borrachos se dan la mano y bailan alrededor del santo.

En la iglesia no hay frisos. Pero una viejecita arrugada y buena hace de *madona* en un extremo de la fachada. Sonríe; sus pies desnudos cantan aires de Roma. Y hay algo napolitano que le ilumina los ojos. La orquesta toca.

Igual que la banda pueblerina en los días de verbenas y retretas. Sólo faltan las marchas concéntricas en los parques dormidos bajo las palmas.

The Peacock es un sitio gracioso. Una joven, redonda como pandereta, desliza su humanidad de mapamundi entre los parroquianos con singular agilidad. Sirve *café espresso*. Hay profesores de juerga y juerga de profesores. Uno hace chistes. Picantes como Tabasco. Grandes risas corren sobre las

mesas. Tropiciezan con los dientes del vecino. Un señor muy flaco se pone gordo de pronto. Y hay ojos poéticos que parecen mirarnos y no vernos.

Pero debajo de los puentes corre, silencioso, el río. Arrastra muertos y sangre. Ayes submarinos. Cañones obsoletos y pistolas que huyeron cuando empezó la batalla de Harlem Heights. Cascos al sur y al norte. Hombres cruzando el agua. Un puente de espaldas rotas sobre balas de algodón traza el camino de la libertad. Leñador de faz barbada y nariz recta los saluda. Con un pañuelo blanco les limpia el rostro de sangre. Y un pañuelo de luceros lo despliega sobre un asta, contra el fondo azul.

En los parques hay gente que aglomera los bancos. Bajo la brisa y el polen dos novios se están besando. Un atardecer de canciones sencillas, sembradas a voleo desde el corazón de los *banjos*, riega el prado donde ríen anchas dentaduras de agua.

Central Park West. Visiones del año 20 cruzan, en forma de coches, las autopistas mojadas. Todo Nueva York se vuelca entre los árboles. El oro falso de las latas de cerveza rutila junto a las servilletas de papel. El pan se queda allí para los pájaros, y para demostrar que hay abundancia.

Después, la comparsa de viejitos. Sordos, mudos, ciegos al milagro del alba y la ardilla. Bajo el brazo, la póliza de seguros más cotizada del mundo. Grandes zapatos durísimos, "hartos de pisar la tierra", abren surcos en el césped. Allí se quedarán, como una almendra, para brotar de nuevo en la mañana.

Más allá de la muerte están los barrios latinos. Entre faroles que los perros acosan por el día y los borrachos confunden en la noche. Pasan del brazo la promiscuidad y el estupro; la puñalada menesterosa. A veinte minutos de Wall Street, hay ciudadanos de segunda clase. "In God We Trust", pero no somos iguales. Eso sí no.

Los aviones trepan hasta mi ventana sobre el río Hudson. Todos los techos me pertenecen, con sus sábanas y calcetines, y las antenas de televisión. Parecen hormigueros vistos en la distancia o colmenas muy tristes. Los trenes salen en busca de aire por la boca de la 125 Street, y todos los pasajeros miran hacia el rincón donde está ella. Mil familias, sorprendidas, tornan fuera sus adentros. Ella es rubia y tiene ojos color de golfo.

Cada día domingo, los claustros abejean de *snoobs* y de

CIRIOS ROJOS

Por Segundo SERRANO PONCELA

UNA semana después de la sublevación militar del 18 de julio de mil novecientos treinta y seis, que dio el poder al general Franco, sólo quedaban en Salamanca algunos fugitivos de las extinguidas agrupaciones republicanas y obreras. Para hacer más fácil su captura, desde el anochecer se aplicaba en todo su rigor el toque de queda, cerrábanse las puertas de las casas, se apagaban las luces, la ciudad se hundía en el silencio del miedo y unos cuantos automóviles ocupados por *camisas azules* recorrían las calles en todas direcciones deteniéndose en los lugares sospechosos para llevar a cabo esos registros domésticos denominados, con un lenguaje preciso, "operaciones de limpieza", cuyo acto final consistía en que un asustado y medio dormido masón o socialista, o simplemente hombre de ideas liberales, era metido en el vehículo a empujones, entre llantos femeninos y agrias respuestas. Una hora más tarde, las mujeres de la familia podían recoger el cuerpo aún caliente del victimado, bien a orillas de Tormes o junto a la cuneta de cualquier carretera. Pudiéramos detenernos en una explicación detallada de estos procedimientos, pero sería necesario ocupar unas cuantas páginas con la descripción desagradable de sus pormenores, y recordamos, en este momento, la enérgica expresión con que Stendhal se niega a una tarea semejante advirtiéndolo que la política en una obra literaria es como un disparo en medio de un concierto. Tampoco sería fácil hablar de ello sin entristecer o indignar al lector con una relación de actos que ponen al desnudo la vileza humana, y este recurso de apelar a los sentimientos excesivamente piadosos semeja una muestra de debilidad en el carácter y en el estilo. Nuestra historia se concreta a un episodio privado y sólo tiene dos protagonistas ajenos a la abyección dispendiada sin medida durante tales días.

Uno de estos desgraciados, apto para servir de pieza en las cacerías nocturnas, logró escapar, durante la quinta noche de te-

rror, del grupo de perseguidores que le ojeaba. El bien conocido automóvil negro se había detenido a la puerta de la casa, cerca de las tres de la madrugada, con su violento y característico estridar de frenos. La presunta víctima, que, como tantas otras, no dormía esperando la visita domiciliaria, espiaba detrás de la ventana y le vio llegar; tuvo la certidumbre de que aquella era "su hora" y sólo necesitó cruzar un pequeño y abandonado patio trasero, cuya puerta de escape, en previsión del suceso, estaba abierta, para encontrarse en uno de esos callejones que rodean la Universidad. Nadie le vio salir y pudo, con paso ligero, pegándose a la sombra de la pared, recorrer la distancia que le separaba del lugar donde presumía encontrar refugio por algún tiempo. Es oportuno decir que se trataba de un obrero tipógrafo de cierto diario clausurado por los insurrectos a causa de sus ideas liberales. La mayor parte de la redacción había sido fusilada, y los miembros del sindicato de impresores corrieron parecida suerte. Diremos que al fugitivo, aun asustándole la muerte, le aterraba, sobre todo, la presunción de ser torturado. Sabía que un grupo de *camisas azules* habíase entretenido en el asesinato del diputado socialista Manso utilizando el increíble procedimiento de ametrallarle en la plaza de toros dándole suelta en el redondel como a bestia en tarde de fiesta. Hasta se contaban pormenores horribles acerca de unas banderillas clavadas en la espalda de la jadeante y horrorizada víctima cuando trató de escapar saltándose la barrera. No ignoraba el fugitivo lo fácil que es morir, pero estaba seguro de que una muerte atroz no le permitiría reconciliarse consigo mismo en el grave momento y saberse reducido a la categoría de animal gritón y babeante, entre vómitos y espasmos intestinales, le hacía perder el sentido. Su intención era llegar hasta el sótano de una pequeña tienda de alpargatas propiedad de su padrino, hombre bien visto por la nueva situación, y permanecer allí todo el tiempo necesario hasta que un azar feliz le permitiera escapar al campo. Sospechaba que aquel terror negro acabaría alguna vez; acaso los rebeldes fueran vencidos y, en última instancia, el afán de vivir no se calcula por plazos largos, sino al día y a la hora. Esperando el suceso, llevaba tres noches sin despegarse de la ventana; vio llegar el automóvil; al cruzar el patio escuchó la violencia con que alguien batía la puerta de la calle y poco después encontré protegido por la soledad y el silencio de la noche en aquel apartado callejón. Era una cálida madrugada de

verano sin luna y nublado el cielo; la enorme sombra del edificio de la Universidad le ocultaba y pudo llegar hasta el almacén de alpagatas sin riesgo alguno.

Mas allí le esperaba una sorpresa. Aunque su padrino le había asegurado en dos ocasiones, durante el día anterior, que podía contar con su protección, y ambos convinieron en las señales de llamada y otros pormenores, lo cierto es que nadie pareció atender las presurosas señales del fugitivo. Pasado un rato, éste, con el susto y la prisa, tomó una decisión heroica en aquellos momentos: agachándose a recoger una piedra, arrojóla contra una de las cerradas contraventanas del piso principal, y el golpe resonó como un disparo.

Entre el fugitivo y su asustado padrino se entabló un breve diálogo momentos después; tan breve que a aquél le pareció un fragmento de pesadilla. Tenía la puerta una especie de ventanillo en el cuarterón superior por donde se mostró apenas el bulto de una cabeza cuyos ojos relumbraron a causa de los cristales de unas gafas. —“No puedes entrar” oyó que le decían (el fugitivo reconoció a su pariente) “alguien ha venido a preguntar por ti esta misma tarde. —“¡Por favor, ábrame; están registrando mi casa!” —“Es asunto tuyo, muchacho. Yo no tengo la culpa”. —“Se lo juro, padrino; ¡me van a matar. Han venido a buscarme!” —“Te digo que no es posible. Escapa rápido y arréglate como puedas. ¿Necesitas dinero? —“Escóndame durante unas horas, padrino y cuando sea de día me voy”. Tuvo lugar un silencio muy breve; la cabeza se retiró del ventanillo y apareció una mano mostrando un sobre. —“Aquí hay cien pesetas; tómalas y vete. No me pierdas también a mí”. —“Y para qué quiero el dinero ahora? Sólo necesito esconderme, ¿entiende?” —“Cada uno mira de por sí, mala cabeza y no están los tiempos para bromas; tú lo sabes. ¡Qué idea del demonio!” —“Pero usted me prometió...”. —“No insistas. Palabras y nada más. De veras que te hubiese escondido, muchacho, pero vinieron acá esta tarde y ya ves... Ahora vete. En la plaza del Mercado hay gente; mézclate con ella y huye a las huertas. Aquí está el dinero y adiós”.

El sobre cayó al suelo; cerróse el ventanillo y el fugitivo, desolado, examinó su alrededor hasta entonces silencioso pero un instante después le pareció escuchar, resonando sobre las piedras de la calleja, el paso lejano y acorde de una patrulla. “Están del otro lado —pensó— y van a dar la vuelta”. Cierta desesperada clarividencia producida por el miedo le presentó

como muy azarosa, casi imposible, la propuesta de llegar hasta la plaza del Mercado. Andar solo a tales horas, sin un fusil al hombro, era ofrecerse como víctima segura en el primer encuentro con cualquiera de los automóviles de ejecutores. —“No —se dijo— tengo que esconderme aquí mismo y ahora; tengo que hacer algo”. Trató de empujar la puerta con el hombro aun sabiendo que el esfuerzo resultaría inútil; se arrodilló para examinar un oscuro tragaluz que, sin duda, comunicaba con el sótano a ras de tierra. Los ojos se le llenaron de lágrimas. “Estoy perdido —reflexionó—. ¿A qué llorar ahora? Sólo me queda esconderme en un portal y aguardar hasta que abandonen mi casa para regresar de nuevo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Quizás mañana esté muerto”.

Un portalón ancho y cómodo le ofreció su resguardo unos pasos más arriba y en él entró pegándose a la pared todo lo más que pudo. Estaba el cielo cubierto de nubes y sólo alguna lejanísima estrella parpadeaba entre las grietas menos densas de sombra. “Voy a contar hasta mil y después regresaré despacio; esto supone casi media hora. Si todavía están dentro de la casa registrando los veré desde el patio. ¡Acaso dejé abierta la puerta trasera!”, pensó recordando su precipitada salida, y tuvo la sensación de que se le doblaban las piernas. “¿Van a descubrirme por esta imprudencia?” Un impulso instintivo le hizo abandonar el refugio y alejarse unos cuantos pasos más allá. “Pero que inútil es todo! ¡Si no tengo escape! Mi única oportunidad es el callejón; trataré de calmarme. Veamos: las paredes de la Universidad me aseguran por este lado; todas las puertas están cerradas, apagadas las luces, la gente duerme pero ¿quién me dice que alguien, en este mismo momento, no me está espionando para denunciarme?”

Se sintió poseído por un acceso de rabia más fuerte que el miedo y volvió a rehacer el poco camino recorrido deteniéndose de nuevo ante la puerta del almacén y con manos y pies, como demente, volvió a golpearla, lo que produjo alarmante estruendo. Un gato espantado atravesó la calle a saltos. Tenía la boca llena de saliva y el corazón frío como sucede cuando se apodera de la persona un acceso de cólera. Estaba dispuesto a todo; a dejarse apresar allí mismo; a morir cazado a tiros desde cualquier esquina. De súbito, uno de sus violentos golpes hizo saltar el ventanillo de madera que servía de mirador y por allí metió media cabeza irrumpiendo en insultos: —“¡Ábrame, des-

graciado, miserable Judas! Ayer me ofreció ayuda, ¿no se acuerda? ¡Maldita sea la madre de Dios!"

Fue un estruendo violentísimo pero muy breve, sobre todo porque la noche se lo tragó sin dejar huellas. Abrióse la puerta y dos manos le arrancaron de la calle introduciéndole en el zaguán. —"Bueno está muchacho, pero no te vas a salir con la tuya porque aquí no te quedas", le advirtió su padrino pegándole al cuello la boca que despedía un mal aliento de viejo trasnochado. A trompicones, con increíble energía y sin dejarle responder, le arrastró a través del almacén de alpargatas de cuyos oscuros rincones brotaba un fresco aroma a esparto y rollos de cordel; abrió la puerta interior de un patio y le hizo entrar allí. Era un espacio cuadrado y abierto con un pozo antiguo y una gran higuera en el centro, y sus paredes, hechas de piedra y adobe, comunicaban con otros semejantes patios vecinales. Oyóse el sobresaltado cacareo de unas gallinas medio dormidas. El fugitivo recibió un empujón fuerte y cayó de espaldas; la puerta del patio se cerró y ya no tuvo duda acerca de los propósitos del viejo. Le había metido en aquella trampa, sin duda, para denunciarle después.

Sin pensar en más saltó la primera tapia a mano, bastante baja y deteriorada. Su padrino, que le acechaba desde un pequeño ventanillo protegido por rejas de hierro, le vio hacer y sintió que se tranquilizaba su agitado corazón porque era todo lo que quería; quitárselo de en medio. —"¡Semejante loco!", pensó y temblándole las piernas por el esfuerzo y el susto subió de nuevo a su alcoba para acostarse y tratar de dormir.

Ya del otro lado, el fugitivo revisó con temerosa mirada su alrededor. Era aquel una especie de huerto abandonado donde quizás en algún tiempo sembraran vegetales; ahora sólo crecían en él abundantes yerbas silvestres. Había también una vieja perrera sin huésped; un apilado montón de leña; todo confuso aunque visible en la oscuridad. Con la pupila dilatada por el hábito de ver en las sombras descubrió bajo sus pies un sendero por donde algunas latas herrumbrosas destacaban con levísimo resplandor. Parecían haberse rasgado un poco las nubes y el ceniciento brillo de los astros recortaba con más precisión aquellos objetos. Enfrente se alzaba la pared trasera de la casa; un edificio de una planta con tres ventanas. De una de ellas, mal encajada, partía leve rayo de luz amarillenta.

Dirigióse hacia ella caminando con cuidado a fin de evitar que sus pies produjesen cualquier ruido traidor. El crujir de la

hierba, al enredarse en los ásperos matorrales, le perturbaba y un sudor angustioso humedeció su espalda. Esperaba escuchar la voz de ¡alto! y quizás un disparo pero calculó que aún tenía tiempo para huir. Aquel desgraciado alpargatero no habría podido encontrar, tan pronto, la patrulla de *camisas azules*. Alcanzó el alféizar de la ventana; empujó la madera suavemente con las yemas de sus dedos y como notara poca resistencia aplicó con fuerza ambas manos. Cedió el pestillo vencido, de forma que la tenue luz amarilla se hizo más viva y convertida en luminoso e inesperado chisporroteo le obligó a cerrar los ojos para volverlos a abrir con asombro y contemplar aquel espectáculo inesperado: una doble o triple hilera de cirios encendidos.

Los había de todos los tamaños: grandes, con el pabilo enhiesto y vertical produciendo una luz clara que, a veces, se ladeaba con tenue guiño solicitado por la gota de líquida esperma que por el lado contrario escurría; gruesos y cabeceantes, con su moño cerúleo y deforme y torcido el pabilo que esparcía chispas de luz rojiza; finos como hebra de junco, inclinados por su propio peso y calor, de luminosa blancura; más pequeños, casi humildes, parecidos a llamitas aceiteras; agotados ya y parpadeantes hundiéndose con la última llamarada en la masa gelatinosa que cubría su soporte. Aquella sorprendente colección, al sumar sus inquietas lenguas de luz, producía algo semejante al destello de una pequeña caverna de cristales y le fue necesario romper la quietud hipnótica con que le atrajo el espectáculo para darse cuenta de que tales luminarias formaban parte de un conjunto; especie de altar improvisado sobre una mesa arrimada a la pared y cubierta por blanco paño, que sostenía uno de esos cajoncitos portátiles habituales en los domicilios de gentes piadosas, con su fanal cristalino y peana de madera —un santo, en suma. En este caso una Inmaculada de alabastro con su manto azul, su cerquillo de latón y el pie sobre la media luna. El resto de la habitación estaba vacío.

No era tiempo ni ocasión para pensar demasiado. Con una flexión de brazos y rodillas saltó el alféizar; viose al otro lado cubierto de resplandores y respiró. Un fuerte olor eclesiástico de cera en continuo servicio invadía la habitación. Con el leve golpe de brisa producido por sus movimientos se apagaron algunos de los cirios más pequeños y espirales de humo oscuro, como hilos de tupida densidad, enturbiaron la fulgente joyería aérea. Atraído por la luz; con los ojos abiertos y hijos

al modo de redondos insectos a quienes atrapasen las tentadoras llamas, permaneció absorto ante la mesa-altar tratando de entender aquello que, por otra parte, le pareció sencillo. No había más misterio que lo insólito del suceso: la paz, la quietud, la clausura. Minutos antes se encontraba perdido en la noche del miedo, golpeando la puerta que aún guardaba para él una esperanza de salvación; algo más atrás se veía agazapado en un balcón, espionando la llegada del automóvil siniestro. Cinco días antes. . . No se atrevió a pensar. ¡Cinco días antes era la vida tan sencilla, tan fácil! Y como rapidísima bruma que la imaginación concentra en un punto de mira, aparecieron y desaparecieron la calle soleada camino del trabajo, su máquina de lineotipos, las piedras amarillas y reseca de la Plaza Mayor por donde todos los días pasaba cuatro veces cruzando del lado norte al lado sur. Sintió que los ojos le escocían heridos por tantas puntadas de brillo y trató maquinalmente de contar el número de ellas. El fanal que contenía a la Virgen descansaba sobre una doble peana de terciopelo y madera y alrededor suyo lucían diminutos vasos de aceite en cuya humildad no se reparaba, rodeados por la batería de luminosos contrincantes. Tenía la imagen un rostro pequeño, redondo y perfecto; algo frío e inmóvil en su quietud, levemente sonrosadas las mejillas. El manto era de terciopelo con estrellas; un pie descalzo apretaba el medio aro y entre los pliegues de la falda asomaban sus diminutas cabezas dos ángeles. Con un esfuerzo se arrancó de aquella concentrada observación inútil; volvióse de espaldas a la mesa y su enorme sombra alargada se proyectó sobre la pared como figura de teatro chino. Reparó entonces en una silla baja, especie de reclinatorio adosado a un rincón. También había una estera y al final de ella, donde concluía su tejido de paja, una cerrada puerta.

—“No hay remedio —se dijo— tengo que entrar”. Y entró levantando con cuidado el picaporte.

En el primer instante lo que vio frente a él fue una cama y en ella una mujer sentada, con los ojos abiertos por el espanto. Parecía haberse despertado en tal momento —quizás a causa del ruido que, a pesar de sus precauciones, produjo al saltar la ventana— y hallábase aún envuelta en la pesadilla del sueño interrumpido sin saber dónde comenzaba la realidad y concluía lo fantástico. Con esa seguridad aparente que producen las situaciones extremas, mucho más peligrosa que la duda debido a su irreflexión, el fugitivo se abalanzó sobre ella, derribóla,

cruzó su antebrazo izquierdo sobre el pecho femenino que, de inmediato, comenzó a jadear y con la mano derecha, como sólido torniquete, apretó la garganta. —“Ya está hecho —pensó— la voy a estrangular”. Y en ese mismo instante, como si en los ojos de ella cuajados por el horror, hubiese leído la respuesta a su muda decisión; especie de súplica animal e indefensa que demostraba lo inútil de aquella crueldad; un “¡no quiero morir!” o un “¿por qué?”, abrió la mano homicida, levantó el brazo, se alzó de la cama y dijo a su espantada víctima que abría la boca para respirar convulsivamente:

—“¡Sálveme. Estoy perseguido!”

Sólo necesitó una ojeada para reparar en la mujer. Vio que era fea, de edad madura, con la piel ligeramente arrugada y el pelo lacio, cortado a golpes de tijera doméstica como quien ofrece un exvoto piadoso. Alcanzó a contemplar también el principio de un flácido seno al borde de una camisa de algodón pero en ese momento la horrorizada criatura, con un pudor salvaje e inesperado, agarró con ambas manos la tela y alzóla hasta su barbilla a la vez que una oleada de sangre subía a sus mejillas, inundaba su cuello y transparentaba sus orejas. Haciendo una aspiración que pareció resuello de agonizante, hundióse entre las ropas de la cama y con gesto defensivo se tapó la cabeza con la sábana.

No era fea sino más bien insignificante, con uno de esos rostros que no dicen nada ni se recuerdan más que vagamente por algún detalle que descompone el conjunto. Tenía unos ojos pequeños de color castaño con bolsas bajo los párpados, las orejas diminutas y la frente alta y bien proporcionada, mas esto no había podido apreciarlo debido a la rapidez con que se escondió bajo las ropas. Así permanecieron durante varios minutos, inmóvil uno y otro, midiendo el paso del tiempo por los latidos de su corazón. El fugitivo dióse cuenta de que, poco a poco, la respiración de ella se tornaba más regular y unos leves movimientos del cuerpo encogido le demostraron que el terror daba paso a una mínima confianza.

—“No quiero hacerla daño —dijo—. Fue un impulso que yo mismo no comprendo. Sólo estaré aquí unas horas hasta que sea de día, pero si llaman a la puerta no abra porque, entonces, no respondo de lo que haré”.

De entre las ropas salió una voz quebrada por el miedo:

—¿Quién es usted?

Y él dijo: —Alguien que huye.

Examinó el bulto que se removía pensando que aquella situación no podía durar demasiado. De pronto percibió que la habitación estaba a oscuras, sólo iluminada por la luz procedente del resplandor de los cirios. Sus ideas fueron adquiriendo propiedad, organizándose; comprendió que más allá de aquellas dos habitaciones se encontrarían otras y en ellas la posibilidad de un peligro. —“¿Hay alguien más en la casa?”, preguntó. Y la voz angustiada bajo las sábanas, repuso: —“Vivo sola”. —“Le aseguro —repetió para tranquilizarla— que no le haré daño. Entré por casualidad, huyendo; empujé la ventana, eso fue todo”.

—¿Qué ventana? oyó decir bajo las sábanas.

—La del cuarto de los cirios. ¿Por qué hay tantos encendidos?

—Es una promesa.

Consideró que la situación no podía prolongarse más: —¡Vaya!, salga de ahí —la apremió— asome la cabeza siquiera. No cree en mis palabras? ¿Tengo que prometerla otra vez que no intento hacerla daño?

Las ropas se agitaron: —Si eso es verdad, ¡váyase!

—¿A la calle? ¡Está loca!

—Pero tengo que vestirme —suspiró la voz.

—¡Ah!, es cierto. Tiene que vestirse. . .

Le poseyó una súbita desconfianza. “Trata de engañarme —pensó—. Si la dejo sola es capaz de salir gritando, en camisa y denunciarme. Su pudor es una trampa”. —Oiga —la advirtió— esto no es cosa de juego y no voy a perderla de vista. Me volveré de espaldas y se las arregla como pueda debajo de las sábanas. ¿Dónde está su ropa?

—Ahí, en esa silla.

Miró alrededor. A sus espaldas había una pequeña butaca de mimbre y sobre ella una bata de algodón oscuro. La cogió y la puso encima de la cama. —Aquí la tiene. Una mano larga y delgada salió de entre las sábanas y tanteó hasta encontrar la prenda que introdujo en el escondite. Fiel a su promesa el fugitivo volvióse hacia la pared. —Ahora no la veo. ¿Por qué no lo comprueba?

Desde el bulto que se removía le llegó una voz irritada: “No puedo vestirme; salga de aquí”, cuyo acento transparentaba todavía el miedo. Él pensó: “Estoy harto. La saco a puntapiés

de su agujero", e inició un movimiento para llevar a cabo tal propósito pero dióse cuenta de que ella estaba tratando sinceramente de hacer algo en aquellas condiciones. La otra puerta del dormitorio era de cristales opacos y cuadrículados; una puerta antigua que comunicaba con alguna sala. —Espere —dijo. La abrió; todo estaba oscuro y en silencio y el tictac de un reloj de pesas llegó hasta sus oídos. Volviendo sobre sus pasos entró de nuevo en la habitación de los cirios, cogió uno de los mayores y le trasladó al dormitorio depositándolo sobre una cómoda de caoba negra que con un espejo y la butaca de mimbre componían todo el mobiliario. Después regresó otra vez a la sala vecina y como los cristales eran opacos se mantuvo detrás: —Ahora puede vestirse —repitió.

Adivinó que ella se cercioraba de la verdad de sus palabras; al parecer tenía la cabeza destapada. Dejó que transcurrieran unos minutos.

—¿Cómo se llama? ¿Quién es usted?

—María del Refugio —dijo—. Pero me dicen Refugio, nada más.

En otras circunstancias se habría sonreído. —Es un nombre que me viene al pelo —subrayó irónico. —Precisamente lo que estoy necesitando.

Percibió que el resplandor del cirio se debilitaba de pronto absorbido por otro más vivo y crudo. Ya estaba levantada y había encendido la luz eléctrica. Todavía esperó un momento. —no entre —le advirtió ella —ahí, a su derecha, está la llave. Él palpó la pared; dio vuelta al botón y apareció la sala ante sus ojos: unas sillas pajizas, un sofá de estrado, unos retratos familiares y una jaula cubierta por un paño verde. El reloj de pesas, alto y severo como un féretro, marcaba las cuatro de la madrugada. Aquel signo del tiempo le trajo a la realidad exterior y recordó: hacía una hora que escapó de su casa, tiempo suficiente para que el peligro inmediato se hubiera alejado. Sin duda, al no encontrarle, decidieron volver en otra ocasión. Por vez primera respiró sin ansiedad y una honda sensación de alivio le alzó la caja del pecho. ¡De buena se había librado! En aquel momento advirtió a la mujer frente a él.

Era, en efecto, insignificante. "Una solterona —pensó—, una beata solterona". Sus facciones ofrecían ese común aspecto que se denomina faz de caballo, atenuado por la mirada bastante dulce de sus ojos castaños. Se había puesto un pañuelo en torno a la cabeza y la frente, alta y limpia, destacaba con

generosidad. Pudo notar la aspereza de su piel con esas granulaciones que producen los años a su paso. Era delgada, sin formas, alta y propensa a la esbeltez si hubiera vestido de otro modo, pero aquella bata de algodón oscuro disimulaba cualquier detalle agradable. Tenía unas manos largas y finas y unos pies grandes calzados con zapatillas domésticas de paño. "No debe pasar de los treinta años —se dijo— aunque aparenta diez más". En su expresión se denotaban dos sentimientos contrapuestos, susto y timidez; un susto que aún guardara la vibración interna del terror; una timidez que estaba dando paso a la curiosidad. No sabía que hacer con las manos y optó por apretar con ellas, convulsas, el marco de la puerta. Así permaneció rígida, en el umbral, sin atreverse a dar un paso. —Ya ve que no trato de hacerla daño, dijo él. Ahora me cree, ¿no es cierto?

Estaba bien turbada, sin duda. Encontrarse frente a un hombre desconocido, en medio de la noche y a solas era más de lo que pensó poder soportar alguna vez. Se había despertado al oír el ruido que produjo la ventana, sospechando la presencia de un ladrón, pero se hallaba ante algo desconocido y más peligroso. Él decía que venía huyendo. ¿Huyendo de qué? Sin necesidad de más explicaciones lo comprendió: huyendo de la justicia de Dios, en aquellos momentos representada por los hombres en armas. Era un republicano, un masón, un ateo, un alma impura; un enemigo, en suma. El temor puso a temblar todo su cuerpo debajo de la bata de algodón y se abrieron sus labios a punto de dar un grito pero una lúcida prudencia le impuso sus condiciones. "Es un asesino —pensó— tengo que obrar con cuidado. Dios me dará fuerzas para resistir".

Y armándose de valor llevó a cabo el único gesto posible para ella en tales circunstancias: se persignó con lentitud mirándole a los ojos. Como no sucedió nada, cierta dosis de audacia templó su espíritu; no mucha, sólo unas gotas tranquilizadoras y refrescantes, la precisa para preguntar al fugitivo.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Era una pregunta desconcertante que él no esperaba.

—¡Vaya! ¿Qué puede hacer? Pues... nada; es decir, sí. Me parece que éste es un lugar seguro para esconderme durante unas horas. En fin, si usted fuera tan amable —y sonrió con timidez— quizás un poco de café no estaría mal.

Lo había dicho en broma, por seguir la corriente y dar

salida a la situación en que ambos se encontraban. Ella respondió con gravedad:

—Se lo daré.

Recompuso un corto mechón de sus cabellos que asomaba por el pañuelo anudado a la nuca. —Pero —dijo— tengo que ir a la cocina.

—Está bien.

Ella notó cierta debilidad en la voz del fugitivo y no supo a qué atribuirlo. Ignoraba que, en aquel momento, las energías mantenidas por un exceso de tensión se le agotaban y sólo pudo darse cuenta del gesto de fatiga con que aquel hombre extraño se dejó caer sobre una silla, la cabeza entre las manos, los dedos hundidos en una cresta de pelo liso y abundante. Entonces ya más segura dio un paso adelante sostenida por un valor ficticio; después otro. Notaba su cuerpo rígido, pesado y difícil de remover; por dentro temblaba. Así cruzó ante él, levantó la cortina de color verde, volvió la cabeza cautelosamente como quien teme una agresión y le examinó de nuevo. Vio su traje usado, sus zapatos llenos de polvo con los tacones torcidos. Se oprimió el pecho con las manos para asegurarse de que el corazón no la traicionaba con sus latidos. Había tomado una decisión.

El se dio cuenta de que la mujer huía hacia la oscuridad interior de aquella casa desconocida y se levantó de un salto cuando ella ganaba, con la familiaridad de quien domina los obstáculos, un estrecho pasillo —sin duda la comunicación con la calle. La inminencia del peligro apretó sus mandíbulas y sintióse perdido. —¿Dónde va?, gritó corriendo tras ella, y tropezó con algún mueble. Éste rodó por el suelo; sintió un dolor en la pierna pero ya la tenía sujeta de nuevo. —¿Qué pretende? ¿Quiere desesperarme? —jadeó sacudiéndola. Le voy a romper la cabeza. Sólo la oyó murmurar: "llena eres de gracia..." y es que había comenzado a rezar mentalmente cuando dio el primer paso y ahora levantaba la voz, como una muralla protectora, al sentirse pegada a la pared e inmovilizada por la fuerza viril que se le aparecía con toda su peligrosa rudeza, oprimiéndola hasta clavar sus costillas contra el frío estuco del muro.

—¿Es que piensa escapar? ¡Está lista!

Se sintió arrastrada otra vez a la sala y creyóse perdida, muy cerca de la muerte. Su cuerpo, inerte, cayó de rodillas. —Perdón —gimió— perdón. ¿Qué va a hacer conmigo?

Él la examinó con la iracundia del justo: —¡Y pregunta qué voy a hacer con ella! ¡Mi mala sombra! ¿Es que no quiere entender? Sólo tiene que estarse quieta. ¿Y ese café prometido? ¡Andando! Le clavó el puño con violencia debajo de los brazos alzándola del suelo con brusco tirón. Ella se levantó con ímpetu, sin necesidad de ayuda. —¡Máteme pero no me toque! ¡No me toque!. —“¿Por qué —pensó él sorprendido”; dióse cuenta de que, sin querer, había rozado sus senos con los dedos y se turbó. —¿Qué piensas de mí, eh; qué piensas tú?, gritó irritado e inseguro a la vez por su involuntaria culpa. Se miró las manos con la inocencia de un niño, sacudiendo los dedos, con ganas de burlarse de los escrúpulos de tal gazmoña. “Es una beata sucia —decidió— y no tiene ojos para otra cosa que el sucio pecado. ¡Qué alma de sacristía! Podría matarla ahora mismo y se dejaría hacer con una sonrisa de cristiano al que arrastran por la arena del circo, pero si la levanto las faldas me saca los ojos antes de que pueda ver sus interiores”.

Aquella situación sobrevenida de pronto no le satisfizo y creyó necesario aclararla más añadiendo: —“De una vez por todas y mientras estemos juntos debes saber que tu cuerpo virginal (pensó añadir: y cochino) será respetado”, en un tono hiriente que quiso ser burlón. Reparó en el uso del *tú*, que había dado a sus palabras una mayor brutalidad y como hombre del pueblo a quien el exceso de sensibilidad maltrata, haciéndole odiar esa mala educación genérica que se supone inherente a su clase (era un obrero tipógrafo; es decir, un aristócrata del proletariado) añadió: —“*Usted* debiera saberlo. Soy un hombre que huye pero tan decente como cualquier otro. ¿No piensa que los dos estaríamos durmiendo a estas horas si... En fin, para qué hablar. Su cabeza no rige bien; está llena de oraciones y algodón. ¿Sabe lo que es el ‘carro de la carne’? Pues ese mismo vino a buscarme y si no ando listo... Sus amigos, supongo; los señoritos falangistas y católicos”.

Por vez primera ella le miró con esa curiosidad que se siente al contemplar la forma real de algo imaginado y temeroso, tal como debieron examinar los científicos al primer pez-rama cargado de electricidad que llegó a sus manos desde las profundidades submarinas. “Es un *rojo* —pensó— y estamos solos”. La idea de habérselas con un simple ladrón le era más aceptable aunque un leve discernimiento, borrado enseguida por la repetición automática de tantos juicios oídos y comentados dentro del pequeño medio en que vivía, le hizo observar

con sorpresa el rostro del hombre, su mirada sencilla donde se mezclaban la pasión y el susto. "¿Qué es lo que querrá de mí?", se interrogó. Y sin darse cuenta hizo en voz alta la pregunta: —¿Qué es lo que quiere?

—¡Sus entendederas son bien espesas! Sólo quiero lo que ya tengo: seguridad por unas horas y esta casa me parece que reúne las garantías necesarias —añadió examinando su alrededor de nuevo (un cromo de San Antonio, reproducción de quien sabe que mal cuadro propio de fementido pincel provinciano, colgaba de la pared; esto, asociado a la Inmaculada, los cirios, el súbito grito pudoroso, etc.). Nadie sospechará que me encuentro aquí. Ahora levántese, ¿qué hace de rodillas como una Samaritana? Mas recapacité dudando: ¿Samaritana o María Magdalena?" porque sus conocimientos de historia sacra eran escasos, pero decidió que daba lo mismo en definitiva y sin perder de vista a la rebelde que trataba de cubrir sus delgadas y no muy atrayentes piernas, la convenció para que se alzase del suelo.

—¿No me había ofrecido una taza de café?

Mansa y en silencio ella se levantó. —"¿Dónde está la cocina? —preguntó él. Volvieron, ahora más tranquilos, a recorrer parte del oscuro pasillo alfombrado con una estera de paja análoga a la que había en el cuarto de los cirios. Un paragüero, el mismo con que se golpeó la pierna, estaba derribado y atravesado en el suelo. La cocina era una habitación interior sin más salida que la de los humos; un largo tubo de latón atravesando el techo por redondo agujero. Había también una mesa blanca de pino y dos sillas. Sentóse en una de ellas, extendió las piernas ante la puerta, movió los dedos de las manos con un gesto nervioso estirando las articulaciones. La mujer, en silencio, se dirigió a un estante cubierto por tiras floreadas de papel; descendió una lata, sacó café, puso al fuego unas astillas y coció agua. Después sirvió el líquido hirviendo en una cafetera de historiado pitorro. Durante este tiempo permanecieron callados, observándose. En un rincón de la cocina había una segunda jaula cubierta por una bayeta verde. Él, ya más tranquilo, intentó una nueva reconciliación:

—Dígame, ¿colecciona pájaros?

—Sí, pájaros —respondió ella.

—¿Y también colecciona cirios?

La voz de ella, irritada, tardó en salir a la superficie. —Los cirios son para la Inmaculada.

—¡Ah, la Inmaculada! ¿Una promesa para que no maten a más hombres de Dios?

—¿Para que no maten?

—No se haga la tonta. ¿Cree que se los llevan de paseo? Y sus puños se crisparon sobre las rodillas. "Hace cinco días que están regando las huertas del Tormes con sangre humana. Me gustaría saber si todo el poder de la Virgen servirá para detener a los carniceros".

—Yo no sé nada —dijo ella— no salgo de casa.

—¿Tiene miedo?

Los labios de ella temblaron: —La Virgen me protege.

—Sin duda. Hace un rato debió protegerla del todo porque estuve a punto de agarrarla. ¿Dijo que se llama Refugio?

Ella asintió con la cabeza.

—Bonito nombre; refugio para pecadores. Yo soy un pecador, ¿sabe? ¿Así que vive sola? ¿No tiene miedo en este caserón?

Examinó más atentamente, con una mirada escudriñadora, el rostro ajado, los ojos circuidos de oscuras bolsas, el largo cuello con arrugas, su cuerpo sin gracia, rígido e inmóvil frente a él. "Esta mujer tiene trazas de ser la pura estampa de la desahuciada", pensó. —¿En qué se ocupa? —preguntó de nuevo.

—¿En qué me ocupo? —ella pareció no entender. ¡Ah!, ¿quiere decir? No tengo necesidad de...

—Claro —concluyó él— la señorita no trabaja. ¿Tiene dinero propio?

—No —dijo ella temblando de nuevo, removida por el inconfesable temor de avariento que se ve comprometido a declarar algo relacionado con sus tesoros. "En esta casa no hay dinero".

—Dejemos eso. No piense que me interesa para nada su bolsa llena de monedas, escondida bajo un ladrillo. Ya se lo dije antes.

El pájaro guarecido bajo el paño de bayeta verde, inquieto sin duda por la luz, produjo un tenue gorjeo. Fuera, en la sala, el reloj dejó caer una media campanada tristonera. Él sintió las zarpas del sueño y la fatiga oprimiendo sus sienas; la deprimente madrugada parecióle más vacía y sin sentido que nunca durante aquellos cinco días de tensión. Hundióse en ciertos pensamientos a medias hilvanados: cómo salir de allá; cómo llegar hasta el mercado para mezclarse con los campesinos;

cuánto faltaría para que clarease. No contaba con más noticias que las procedentes de la emisora local de radio, pero sabía que la insurrección militar aún estaba en la balanza del éxito o el fracaso. Acaso en Valladolid, en Cáceres... De un momento a otro los socorros enviados por el gobierno republicano podrían llegar hasta la ciudad. "Si consigo un día o dos de tregua... ¿Y si me quedase aquí escondido? pensó, mas desechó enseguida el pensamiento por traicionero e inseguro. "Está demasiado cerca de mi casa y es posible que lleven a cabo un registro en cualquier momento. Además, ¿puedo confiar en su discreción o, por lo menos, en su miedo?"

Mientras él reflexionaba de este modo ella le medía y calculaba con unos ojos apagados y quietos, en apariencia fijos sobre los ladrillos de la cocina. "Es un hombre joven—su pupila curiosa se alzó un instante para retornar a la quietud humilde— y parece un obrero". Había entrevisto el traje azul, desgastado; el pelo lacio y rebelde, una barba sin afeitar, unos labios crispados que al entreabrirse dejaban ver un diente de oro; unas manos de oficio y unos brazos... De súbito se ruborizó. Aquellas manos la abrazaron y había sentido el vello de sus dorsos bajo la barbilla. Y hasta el aliento, sí ¡el aliento! Al reaparecer tal recuerdo de bárbara claridad como relámpago, cerró los ojos y sintióse poseída de mortal inquietud. "¡Ave María!". Durante toda su vida fue casta y limpia de pensamiento; su rígida conciencia venció fáciles tentaciones (nunca, por supuesto, la de un brazo junto a su cuello, una mano en su garganta, una opresión semejante) y sólo conservaba cierto punto débil del que más de una vez hubo de reprocharse: el gusto por la lectura de novelas, no muchas, que guardaba en una gaveta de su escritorio. "Si salgo con bien de ésta —prometiéndose— haré con ellas un auto de fe". Ya más reconfortada del susto le examinó de nuevo, ahora tal como era realmente: un *rojo*, un enemigo de Dios y de la sociedad cristiana. Insegura y sorprendida trató de entender aquella rastrera quietud con que él fingía reposar ante sus ojos, sentado en una silla de pino sin pintar, lo mismo que una visita después de fatigante conversación. "¿Cuáles serán sus propósitos verdaderos?" se dijo. El fugitivo, inesperadamente, dió una cabezada y sus pupilas se dilataron engrandecidas e incendiadas por el sueño. Al aperibirse del riesgo que corría si se dejaba atrapar por la fatiga—ya su cabeza parecía pelota de algodón y recorrían sus pies esos calambres precursores de la inconsciencia— se levantó; dió

unos vigorosos paseos; arrebató la franela al pájaro dejando a éste en una desesperada desnudez de píos; acercóse al pequeño fogón para examinar si quedaba algo de café en la cafetera. Todos sus movimientos fueron maquinales pero tuvo clara percepción del peligro que corría porque este centinela vigilante —la desconfianza— es el último en rendirse a los conjurados enemigos del cuerpo: cansancio, depresión y relativa seguridad. "Te duermes, insensato —reprendióse— te vas a dormir". La silla parecióle blando y tentador asiento; la mesa, cabecera. Una bruma pesada, lenta y blanquecina fue llenando sus ojos, primero de chispas, después de agua. Se plantó junto a la puerta recostado en el quicio y miró sin ver aquella figura desconocida que permanecía inmóvil ante él desde hacía un gran rato. "Tengo que hacer algo; tengo que hacer algo", repitióse, y sin más, con ambas manos, se aplicó dos fuertes golpes en las mejillas que resonaron como una tralla sobre anca de mula. El rudo golpe le despertó avivando el correr de la sangre por la nuca y una cierta idea insólita le sobrevino haciéndole sonreír.

—"Vamos —dijo— venga conmigo".

Ella no supo resistir, tan asombrada estaba de la rapidez con que aquella decisión sobrevino. Se sintió atrapada, una mano apretó su brazo arrastrándole; se tambaleó. Viose de nuevo en el pasillo, después en la sala, de inmediato en el dormitorio tal como poco antes y la presencia de la cama desarreglada y entreabierta fue motivo suficiente para reavivar sus temores. El resplandor de los cirios, aunque amortecido por la violenta luz que pendía del techo, le sirvió de confortación. —"¿Qué pretende —dijo tratando de desasirse— qué quiere hacer conmigo? Él tuvo una mirada irónica para la estantigua que se agitaba bajo la bata de algodón. —"Usted va a ser mi verdadero refugio con todos los respetos y todos los honores, señorita, pero no tengo más remedio"—. Se quitó el cinturón que sujetaba sus pantalones —una fina correa oscura— y con agilidad le amarró una muñeca pasando después la atadura a la propia; dio otra vuelta de seguridad con el resto del flexible instrumento y ambos quedaron enmanillados. El espanto reflejado en el rostro de ella le hizo sonreír pero su risa se convirtió en una mueca irónica. "Ahora —dijo— nos acostamos los dos juntos; necesario descansar y ¿sabe?, no tengo en usted maldita confianza. Si trata de escapar; si se aleja un pelo de mi lado, la estrangulo".

No tuvo más que empujarla suavemente y ambos cayeron en la cama.

—¿Está cómoda? —le preguntó. Con un movimiento de costado logró hacerse sitio encajándola junto a la pared, horizontales los dos y boca arriba como dos hermanos siameses. De nuevo volvieron la niebla, el bienestar; tanteó la correa con la mano libre oprimiéndola sobre el nudo para preservar aún más la atadura. Su última mirada fue para la habitación que resplandecía, luminosa como el lugar donde se supone que viven los santos y después se sintió poseído por la más dulce quietud, no sin apercibir antes: —“¡Cuidado! Yo duermo como las liebres, con un ojo abierto. Son cinco minutos nada más y espero que Dios la premie en el cielo por esta caridad que me ofrece”.

Durante las dos horas que duró aquel sueño la imaginación femenina pasó por todas las alternativas que van desde el terror a la curiosidad y algunas otras, no muy claras para ella, por referirse a sensaciones y sentimientos que su educación religiosa no le permitía analizar muy bien. El primer instante fue de anonadamiento y angustia física. Comprendía que estaba a la merced de aquel hombre extraño a quien los procedimientos brutales parecían serle familiares; vióse arrojada a un rincón, indefensa, sobre la cama, de cara a la pared, comprobando que la ligadura impuesta por la correa con tanta habilidad amarrada significaba un lazo físico tan fuerte como la cadena del presidiario o la pertenencia, como esclava, a otro cuerpo y otra voluntad que no eran los suyos. Estas comparaciones iniciales no fueron súbitas; más bien tuvieron lugar después de que una terrible angustia, consistente en esperar lo más grave, paralizó su capacidad de raciocinio reduciéndola a seguir los reflejos de aquel cuerpo convertido en puras entrañas, rincones ignorados por ella misma y puestos de manifiesto a causa de la angustia. De aquella sensación ansiosa sin nombre que parecía subir desde el vientre hasta su boca secando su saliva y pegándole la lengua al paladar, emergió para darse cuenta de que el cuerpo vivo pegado al suyo, tan espantable potencia con la que jamás tuvo contacto ni en sus peores pesadillas, parecía ser indiferente a la imagen de terror que se estaba forjando. Aún más, como si una deliberada decisión de lo contrario fuese perceptible en sus menores movimientos, hubiera podido casi asegurar que el hombre trataba por todos los medios de reducir el contacto físico a la inevitable relación establecida

entre ambas manos, por otra parte inmóviles, de modo que el calor pegajoso de las epidermis en la muñeca y los dorsos de notaba tan sólo una presencia ajena. Pasados unos instantes aquello la tranquilizó y atrevióse a examinar con una mirada turbia, derramada casi a la fuerza desde el fondo de sus ojos semicerrados, la figura horizontal y quieta reposando boca arriba un poco más allá de su costado. Él estaba tendido, largo y tranquilo, como quien necesita de una postura adecuada para relajar los músculos y parecía haberse dormido. Cuando menos, la quietud del rostro y las comisuras de los labios ligeramente entreabiertos anunciaban el reposo.

Nunca había examinado tan de cerca, durante la treintena bien pasada de años que constituían su vida, un perfil masculino en su peculiar condición: el pelo de la barba, la mejilla agresiva, la oreja con su diminuto vello interior, la rapada nuca. En la boca entreabierta brillaba una chispa dorada y era prominente la nuez apenas velada por un cuello de camisa descubierto, sin corbata. Al caer en tan forzada posición habíase arrugado la chaqueta hasta producirle entre los hombros una joroba, lo que dejaba al descubierto parte de la camisa, desordenada en el filo de la cintura. Estos detalles fueron captados en conjunto, simultáneamente, y al tiempo de serlo se acompañaron de otras características inéditas y no menos turbadoras: el olor, sin duda procedente de las axilas; olor a sudor y a varón, una mezcla que junto con el aroma del tabaco le había sido dado apreciar en ocasiones al acercarse a un confesionario. En este segundo trance de observación tuvo lugar un sorprendente fenómeno constituido, a la vez, por el retorno a la tranquilidad y una nueva turbación; parecióle que nada debía temer de aquella cercanía inmóvil mas, no obstante, su cuerpo se sobresaltaba. No era mujer de grandes luces; apenas sabía otra cosa que esos saberes provincianos y domésticos en cuya inconsciencia apacible se vegeta durante años y años, tan sólo turbados por oscuras imágenes durante el sueño o bien por la descarga de conciencia que obliga a la confesión y el reconocimiento del pecado venial, pero tampoco ignoraba —mujer al cabo— la sórdida y rica pasta de que el varón está hecho, lo que hay en él de demoniaco y tentador, de oscuro y luminoso, de carne y fantasía; no ignoraba, en fin al hombre (aquella solterona de quebrado color cuyo nombre era Refugio, viviendo a solas con sus canarios en las habitaciones cubiertas de cortinas y esteras de cierta casa antigua, en cierta ciudad también antigua y con

sabor eclesiástico llamada Salamanca). Obligada por su forzosa castidad durante años, había hecho lo posible por arrancar de la mente este conocimiento perturbador, lo que consiguió rodeándose de precauciones como si fueran trampas, una de las cuales, la principal, consistía en su diaria entrega a la oración en la capilla de luminosos cirios ante la imagen de alabastro de una virgen vestida de azul, inmaculada ella también, a quien mucho tiempo atrás hizo la natural petición de grave marido cargado de hombría y poderes de macho; después ya menos grave, ya deseado sólo como simple hombre: rastrero, estúpido, sólo con un apellido y unas piernas o bien áspero y rudo como la piel de los chivos; encuentro que por no llegar jamás fue dando paso a una nueva decisión no menos urgente conforme aquel cuerpo femenino se reseca y consumía entre bandejas de dulces, rosarios cantados y labores de ganchillo —la de alejar toda figura masculina de su imaginación como se alejan las pesadillas con sólo despertar y beber maquinalmente un vaso de agua, lo que al fin consiguió protegida en sus deseos de olvido por la imagen de alabastro con manto azul y púrpura rodeada de cirios deslumbradores, finalmente aumentados a causa de otra nueva promesa sugerida y proclamada con el ardor del creyente primitivo: ¡protege mi castidad, oh Reina de los Cielos; esta castidad ardiente que te ofrezco y extendo a tus plantas como un velo; todo mi cuerpo virgen y puro, ¡oh maravillosa Madre de Dios; Señora de todos los Loores, Virgen y Madre pero siempre Inmaculada como la nube, el incienso y la miga del pan; no me dejes caer en la tentación y barre de mi memoria el recuerdo de tantos hombres entrevistados y turbadores, éstos y aquellos que van y vienen más allá de mi puerta, indiferentes y crueles, ignorándome! Esto, aunque con distintas palabras y a veces sin necesidad de palabras; acaso ni siquiera dicho y sólo sentido como simple angustia vegetativa mientras de rodillas extraía de su conciencia todas las noches, al acostarse, las mínimas impurezas (tal como la cañería de los lugares secretos arrastra con el agua los detritos y desperdicios que arrincona la costumbre casera) engarzadas, una a una, en las cuentas de su rosario. Y así todas las noches y hasta aquella misma precisa, horas antes del cataclismo, cuando en la pequeña habitación secreta e iluminada se arrodilló ante la Todopoderosa y depositó una vez más en su altar la castidad y simplicidad total de su vida.

Su compañero forzoso se removió suspirando y abrió los ojos a la luz con rápido parpadeo como quien trata de adquirir conciencia del lugar donde se encuentra; volvió a cerrarlos y se quedó de nuevo dormido. El cuerpo de ella temblaba insensiblemente con un temblor producido por algo distinto al miedo, pero el sólo intento de analizar su causa le produjo, de verdad, espanto. Sentíase confusa e irritada; su naturaleza nerviosa y asustadiza se rebelaba pero a la vez, desde muy dentro, cierta esperanza le decía en voz baja que estaba exagerando la situación. Su mano, sin saber cómo, movióse un poco y sus dedos rozaron los dedos extraños sintiendo al contacto un leve calor. Arrepentida por la irreflexiva acción dejó inmóvil aquella extremidad casi pecadora y prometióse tomarlo en cuenta para el futuro —si había futuro en su vida, se dijo, "porque este hombre cuando despierte..." En la zona de la garganta poco antes apretada sintió aún la presión de las duras yemas agresivas y el rubor se reprodujo de nuevo.

"Dios te salve, María, llena eres de gracia..."

Sus labios removidos por el rezo, rozáronse levemente. Cerró los ojos y múltiples luces coloridas bailaron una danza alegre y confortadora ante ella: vio el altar, los cirios, la imagen bendita de la Virgen Inmaculada.

"...entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre". La palabra 'vientre' —¡oh, tal palabra en la que nunca se había detenido! Abrió los ojos, deslizó la mirada por encima de sus áridos pechos apenas sensibles bajo la ropa y detuvo la inquieta pupila sobre la prominencia también muy leve aunque algo hinchada por la cercanía de esos años en que la mujer aumenta en volumen a pesar de la infecundidad: 'tu vientre'. Suspensa, turbada y con esfuerzo añadió: "de tu vientre, Jesús". Los ojos prosiguieron la exploración, ahora más adelante, hacia la rígida protuberancia de sus dos rodillas cubiertas por la oscura bata de algodón recogida en insólita postura a causa de la violencia con que fue arrojada sobre el lecho, de forma que dejaba entrever el borde de las medias sujeto por redondo cordel un poco más arriba de la pantorrilla (ahorrábase las ligas dentro de casa; no le eran necesarias y molestaban). Los pies calzados con zapatillas de paño azul adornadas con orillo de pana le parecieron demasiado grandes. Eran sus pies "mis pies —se dijo— que yo hubiera querido..." súbitamente herida por el recuerdo de unos zapatos negros y charolados que alguien

lució, arrodillada ante ella, en la catedral, precisamente el día de la Ascensión.

"Santa María, Madre de Dios
ruega por nosotros pecadores
ahora..."

De nuevo el otro cuerpo siamés se removió definitivamente despierto. Habían transcurrido dos horas. No estaba segura de ello pero algo le decía que se aproximada el alba —quizás su cuerpo escalofriado y su conciencia de tantas vigiliassoportadas en años de soledad esperando la llegada del nuevo día para hundirse en el confortador y soñoliento quehacer doméstico —porque la habitación iluminada por el cirio y el brillo agrío de la alta bombilla no daba señales de amanecer, hundida como estaba en el interior de la casa entre cuatro paredes macizas y dos puertas; especie de hipogeo donde su castidad moraba protegida por la Virgen y el miedo.

Así fue. El durmiente se despertó de golpe con esa lucidez del sueño intranquilo y con la lucidez sobrevinieron el recuerdo de la huída y la incertidumbre de su destino. Todo ello hizo que se sentase sobre la cama bruscamente, olvidándose del cinturón que le retenía y a este movimiento respondió el otro cuerpo con suficiente resistencia para que ambos tropezaran, se hurtasen el uno al otro, quedasen agrupados en un remolino del que trataron de escapar con tanta rapidez como lo produjeron. Ella gritó: "¡Dios mío!" y él: "¡Quieta! Voy a desatarla", lo que llevó a cabo con tanta torpeza que la mano de ella tuvo tiempo para engarfiarse en la de su adversario, clavar las uñas y producir cuatro hondas y cortas desgarraduras que de inmediato se cubrieron con cuatro breves y goteantes grumos de sangre.

El puño herido, a la defensiva, la golpeó en el rostro. Ella, sin tiempo para más, sintióse atrapada, amordazada, arrojada contra un rincón. Su corazón palpitó como si quisiera romper la débil caja del pecho y un odio vibrante la poseyó desde los cabellos recortados hasta la planta de los pies. Pero estaba libre. Oía a sus espaldas la respiración agitada del adversario sin tocarla, sin hierirla, sin que se reprodujera la esperada agresión. Sus ojos se fijaron con increíble lucidez en la cal que pintaba la pared con frágiles rayas azulencas. Hizo un movimiento para estirar las piernas encogidas por la violencia del ataque; otro después para cubrirse la cabeza y entonces oyó decir:

"¡Levántese, estúpida!" no muy cerca, más bien desde el otro lado de la habitación, quizás junto a la puerta y así era porque con la impulsión del salto el hombre había chocado, primero con la cómoda de donde vaciló y cayó, reblandecido como estaba, el cirio y más tarde con el batiente de una de las puertas de cristales opacos que produjo esa leve música con que el vidrio responde a cualquier contacto un poco brusco antes de quebrarse, lo que sucedió; en efecto, de modo que vino al suelo hecho trizas.

Se levantó. Lo hizo como una sonámbula, sin miedo ya ni siquiera indiferencia. La más poderosa sensación de seguridad amparóse de su persona aliviándola de toda relación con aquello peligroso, vivo y cercano; un verdadero milagro. Se levantó con las manos cruzadas, imagen antigua orante que adquiriese capacidad de movimiento y se dirigió hacia la otra habitación, hacia su altar, hacia su protectora; cruzó la puerta, pisó la alfombra, llegó hasta la selva luminosa, cayó de rodillas, oyó rechinar sus huesos al golpe contra el suelo. Toda la cálida fantasmagoría de luces removiése como si hubiera pasado por encima levísimo huracán. Puso la frente sobre el borde del altar cubierto por blanco paño de lino, apretó los labios, sintió que se desvanecía.

Dijo: "¡Le odio, Madre santa; cómo le odio!" pero no supo por qué lo dijo. Su frente se llenó de sudor; un agua espesa, rezumante, casi mínima y ardiendo. Las sienes se le empaparon, el cabello se empapó también—estaba segura—mas al pasar la mano con un movimiento maquinal por aquellos lugares comprobó que estaban secos. "No es posible—se dijo—yo no estoy loca". La pequeña y bella virgen de alabastro sonreía inmóvil, con una beata sonrisa producida por la mano hábil del escultor y en esta sonrisa no había reparado hasta entonces como tampoco en el redondo pie que apretaba el aro simbólico—un pie con dedos y empeine—tan semejante al de los niños. "Ahora—decidió—tengo la seguridad de que mi sudor es el anuncio de la fiebre; voy a perder el sentido; estoy sudando por todo el cuerpo". La bata de algodón parecióle estar pegada a sus axilas, a su cintura, a sus piernas. "Sí, son los escalofríos de la fiebre y estoy sola, ¡Dios de mi alma!, sola, siempre sola; oh Señor, Señor, dueño y Señor mío Jesucristo, ¿por qué abandonas a tu sierva en este horrible peligro? ¿Por qué esta dura prueba?"

Creyó que lloraba pero tenía los ojos secos. Sin embargo lloraba; hasta oía un pequeño sollozo, un jadear no muy discernible de llanto. Sus ojos resplandecían iluminados por la temblorosa y viva luz de los cirios—blancos, rojizos, azulencos como lenguas, como aspas, como globos luminosos—agitándose en todas direcciones lo mismo que si poderosa mano invisible les removiera y las suaves lengüecitas iban de un lado a otro en mudo balancín despidiendo ahiladas columnas de humo, chisporroteos, fintas graciosas y centellicas. ¡Oh milagro! Lloraba sin lágrimas y los cirios lagrimeaban por ella, dejaban caer su blanda esperma, doblábanse algunos como heridos por la pena. Una débil brisa refrigerante, un hálito fresco acariciaba su nuca produciéndola escalofríos. "Son los ángeles", pensó.

"Refugio—la dijeron (los ángeles), Refugio".

Cerró las manos apretando los dedos enclavijados y bajó la cabeza dispuesta al sacrificio y a la revelación: Dios en la zarza, en el huerto, en las baldosas del suelo. Era la señal dada para los elegidos y todo lo anterior no había sido más que un ejercicio preparatorio. Otra vez la brisa oreó su espalda y pareció como si una claridad muy lenta y creciente difuminara la corona de luces ciriales cada vez más agitada y removida por aquel viento celeste; diríase que agonizando, ante el milagro. Escuchó de nuevo:—"Refugio...".—"Aquí estoy, Señor"—respondió tranquila, y se puso en pie.

Él estaba detrás, junto a la ventana. Había entrado de puntillas como un gato porque desde la habitación fronteriza tuvo el pálpito de que aquella ventana que daba al patio no estaba bien cerrada y así era; un golpe de brisa la había entreabierto removiendo las lenguas de los cirios y filtrando su descanso reparador por entre la piel y la ropa—sus músculos gozaron un momento en ello. La llamó por su nombre: Refugio, tres veces y con cautela para evitar que aquella áspera criatura se le escapara de nuevo y tomando precauciones para no ser visto desde afuera—enfrente estaba la casa del padrino, el pozo y el sendero sembrado de perejil—cerró con cuidado la ventana y con ello cesaron la luz del alba, el agitar de los cirios y el ensueño. Todo estaba en orden: la habitación oliendo a esperma y sacristía; la imagen de alabastro; la estera de paja; la mujer rezando y él sin saber qué hacer.

"Escuche, Refugio, tenga sentido común—repitió. Le dije que no pienso hacerla daño, ¿es que no me cree? Ya una vez quiso huir y no pudo. Tuve que amarrarla con mi cinturón.

Me ha herido con las uñas y me ha obligado a golpearla. Esto tiene que acabar alguna vez. ¿Es que no piensa quedarse tranquila?"

Ella le miró atónita regresando a la realidad desde su dulce ensueño; le miró con ojos tan abiertos y tan doloridos que por un momento el angustiado fugitivo tuvo la impresión de encontrarse ante una angustia mayor que la suya. —"Seamos sensatos" —añadió. Pero aquella imprevisible criatura no supo qué contestarle y alzándose del reclinatorio descompuesta, con el pañuelo que sujetaba sus cabellos caídos sobre un hombro, grotesca y frágil a la vez, se mordió, absorta, un labio y con un remolino de piernas bajo la arrugada bata de percal, abierta la boca, sorbiendo por la nariz un hondo sollozo escapó hacia la alcoba, tendióse de golpe en la cama. Hundió la cabeza en las almohadas y comenzó a gemir con un llanto de niño que encogía el corazón.

La siguió y sentóse en la cama tratando de reflexionar todo aquello. Ya era de día; necesitaba una solución cualquiera: ¿Escapar disimuladamente?, ¿correr el riesgo de que tal loca abriese la puerta de la calle para gritar a todos los vientos: 'asesino' o algo semejante? Maquinalmente puso su mano sobre aquella espalda que agitaban los sollozos —una espalda larga, huesuda, sin esas amables protuberancias de carne peculiares de la condición femenina y se escuchó balbuceando esos lugares comunes con que las personas mayores tranquilizan a los niños. La llamó por su nombre con estudiada ternura y contó en detalle su historia: el miedo a la muerte, la fuga nocturna, el casual encuentro con una ventana abierta que parecía estar aguardándole por decreto de la sabia providencia. Aún más, le descubrió quién era; dio como garantía su nombre: Gaspar Bellido, de los Bellidos notarios y comerciantes que ella conocería sin duda porque poseían las mejores tiendas de paños de la provincia —aunque él pertenecía a la rama de los parientes pobres. Era un afiliado al partido socialista (otro Bellido, socialista asimismo, había sido años atrás diputado por la provincia); alguien honrado, bueno, sin más pretensiones que trabajar y vivir apaciblemente. Se refirió a su novia y a su madre; tocó las sensibles cuerdas que hacen vibrar esa fácil melodía con que se encuentran, por lo general, de acuerdo todas las gentes. Mas conforme hablaba y hablaba deslizándose maquinalmente su mano por aquellas espaldas sintiendo la fina curva

del hueso y las costillas tuvo la sensación de que sus palabras caían en el vacío. Y era ya de día, sin duda; todas las gentes madrugadoras de la ciudad, aun en jornadas tan lúgubres como las que estaban viviendo, andarían a punto de iniciar sus actividades. Luego, desde aquella silenciosa habitación hasta el mercado había bastante trecho. ¿Cómo arriesgarse a recorrerlo pasado el momento oportuno? De nuevo reapareció en él, con un crescendo de preocupación y miedo, la tenue claridad de una esperanza. ¡Si lograra convencerla! ¡Un día más escondido y al siguiente...!

Habíase quedado inmóvil, como dormida. Detuvo su mano indeciso e inclinándose un poco de costado trató de comprobarlo. Mas no tuvo necesidad de un gran esfuerzo para darse cuenta de que un ojo abierto, brillante y algo burlón le veía. Lo que creyó descubrir en aquel ojo le pareció imposible, porque aún habiéndole mirado otras mujeres en el instante más tierno y más encendido de la pasión ninguna de ellas supo expresar con más claridad el deseo. Sintió que su corazón le golpeaba el pecho con insensata violencia y para comprobar la sospecha inclinóse más, puso ambas manos sobre los hombros, rozó con su frente los cabellos entreverados de gris ceniciento, pero aquellos ojos estaban cerrados y húmedos de lágrimas. "Refugio —dijo— ¿es que no me oye?" Y como ella prosiguiera aferrada a su silencio rectificó con desgana la naciente sospecha: "No es posible; sigo siendo para ella el monstruo".

Entonces se hizo hacia atrás levantándose y ya de pie metió las manos en los bolsillos de la chaqueta al tiempo que examinaba con aire indeciso la habitación iluminada por el súpico resplandor blanquecino de la bombilla de cuyo cordón pendía un lazo en el que habían puesto su excremento diminuto millares de moscas.

Lentamente ella se incorporó también; dio media vuelta a su cuerpo y sentóse en la cama con los ojos bajos, hinchados y llorosos. Dos círculos oscuros les rodeaban como desapacibles bolsas de piel excesivamente retocados por mal lápiz. Era decididamente fea, con esa fealdad que dan el abandono y la rutina; su piel marchita y su boca fruncida parecían defender del mejor modo la castidad y los buenos principios. "Idiota que soy —decidió— ahí dentro no hallaré otro sentimiento que el rencor por su vida frustrada. ¿Cómo pude pensar... (quiso decirse: ¿cómo pude pensar que estaba considerándome un

hombre?). Le pareció que sus labios se entreabrían tratando de decir algo pero lo que fuera resultó inaudible. Sólo la mano hizo un gesto señalándole el lugar inmediato a ella, sobre la cama, y al reposarse después en la colcha tejida con tiras de lana azul y blanca, uno de los dedos permaneció extendido removiendo apenas la yema sobre la línea recta del dibujo.

El gesto parecía advertirle: "Siéntese aquí". Y él obedeció.

—Dígame otra vez...

Y él: —¿Cómo?

—Dígame otra vez, dígalo. Mi nombre; diga "Refugio".

Y él sorprendido, absorto: —Refugio, dijo.

Ella sonrió muy levemente, con una sonrisa que ponía al desnudo unos dientes que hubieran sido hermosos con menos color amarillento.

—Reze conmigo.

—¿Rezar? —Su cuerpo vibró; su conciencia dijo: "¡Cuidado!", pero permaneció mudo, sobre todo porque no entendía bien adónde iría a parar con semejante absurda e inesperada petición. La voz de ella estaba impregnada de un aliento cálido, convincente y a la vez cabezón como el del niño que solicita un placer o una golosina. Repitió: "Reze conmigo".

—¿Ahora rezar? ¿Para qué? ¿Qué es lo que pretende?

—Vamos a pedir a la Virgen que le perdone sus pecados.

No pudo menos de hacer una mueca significativa de su desprecio por aquella confortación no deseada: —Déjese de bromas. Lo que yo necesito es salir de aquí. ¿Se da cuenta de que ya es de día? Ahora será más difícil escapar, con las calles llenas de gente. Pero si me ayuda... Bueno —decidió de pronto— vamos a rezar. Y a continuación: —¿Me da su palabra? Quiero decir; ¿está dispuesta a ayudarme? Si fuese necesario, ¿me escondería durante el día de hoy?

Ella no contestó más que: "Repita conmigo, Santa María..."

Lo repitió y siguió repitiendo el rezo de modo maquinales mientras pensaba: "es una loca, una loca encerrada entre estos muros como en una tumba viva; no tengo más remedio que complacerla... por nosotros pecadores ahora y en la hora... esta farsa bien vale la protección que me ofrece y si acaso se resuelve otra vez, la... ¡Yo rezando! Después de tanta historia salto por una ventana para acabar rezando... Reina y Madre de misericordia... es la historia de siempre: palabras, pa-

labras y después que me parta un rayo. Tiene unos ojos traicioneros. ¿De qué color son?"

Ella cruzó sus manos sobre el regazo: —Ahora nos sentimos mejor los dos. Y añadió: —Pero no hemos terminado. Venga conmigo.

—¡Espere! ¿Qué pretende? ¡Usted bromea! Óigame otra vez: ya es de día y me juego el pescuezo si salgo en estas condiciones. Yo aquí rezando y afuera esos criminales con sus pelotones de fusilamiento. Todo sea por Dios, ¿no? Por supuesto, Dios debe sentirse muy satisfecho con lo que sucede. En su infinita bondad lo tendría previsto así y esta cataplasma de palabras no arreglará la situación. Como quiera pero, ¿adónde vamos? ¡Ahí a su sacristía! ¡Ah, no! ¿No desea también que me arrodille y lama los círios? ¡Eso no, mi amiga!, ¡hasta ahí no llego! (Ya estaban entrando de nuevo en la pequeña habitación cerrada y silenciosa, ambos de pie ante la Inmaculada azul y su peana de madera; ella arrodillándose sin responder; con su idea fija, extendiendo la mano y sujetándole con sus dedos fuertes y duros —más de lo que suponía— por el borde de la manga). ¿Este es el precio? ¿La entiendo bien? ¿Este es el precio, diga? ¿Puedo contar con su ayuda? No, no me niego; aquí estoy de rodillas. ¿Repito sus oraciones o rezamos en silencio? ¿Otra vez la Salve?

Ella volvió a sonreír: —¿Así que sabe rezar?

—¿Quién yo? Pues claro, pero no había vuelto a hacerlo desde niño; no sentí necesidad de ello y después, ¡sucieron tantas cosas! ¡Cómo mantener la fe viva! Pero, ¡no puedo! Ahí fuera están asesinando, ¡se da cuenta!, ¡asesinando! ¿Cuántos muertos habrán dejado esta noche a orillas del río?

Y se alzó con violencia: —¡No, no puedo. Me es imposible!

Ella inclinó su frente sobre el blanco mantel del altar: —Perdónale Señora y perdóname a mí también—. Y él indeciso, repitió: —Es que me pide demasiado.

—Estoy tratando de salvarle —dijo ella.

—¿De veras? Bueno, si es así...

Se arrodilló por segunda vez. Estaba turbado y pálido, sintiendo crecer a la vez la furia por su bajeza y cierta ironía producto de aquella situación imprevista y ridícula. Tuvo una última duda:

—¿Cómo piensa ayudarme?

Pero ella estaba ya rezando con los labios funcidos por una decisión interna que se parecía mucho al apostolado y a la intransigencia del justo. Los cirios vibraban en la quietud de aquella atmósfera enrarecida, sin gota de aire y sus pabilos se alzaban verticales hacia el techo despidiendo leves columnitas de humo azulenco. De nuevo la mano le buscó y oprimió su puño con una presión que parecía decirle: "pero rece, rece". Y él comprendió que aquella mano larga de venas abultadas era el camino de su seguridad y había que obedecerla. Tenía las uñas grandes y cuadradas; uñas de beata (pensó) y otra vez sintióse poseído por una oleada de asco hacia sí mismo, hacia su sumisión y cobardía, de forma que cierta idea salvadora le vino a entonar el espíritu: "lo que tengo que hacer es amarrarla con las sábanas y esperar a que llegue la noche próxima para escaparme" mas el pensamiento le pareció nominal, débil, sólo palabrería. Era bella la pequeña estatua de alabastro blanco con vetas tenues doradas, una belleza de cromo, apacible e indiferente y su hornacina parecía de caoba. Decidió fijar los ojos en la cándida imagen y simular el rezo; era la concesión máxima que podía hacer.

Al levantarse se sintió exhausto como recién salido de abrumadora enfermedad; humillado y sucio como jamás se había conocido. "Un cobarde, eso es lo que soy, un grandísimo cobarde. El miedo hace del hombre una buena basura. ¡Si pudiera cantarle las verdades a esta lechuza de sacristía!" Pero sólo dijo: "La he complacido en todo. Ahora no olvide su promesa".

Entonces ella le abrazó tiernamente, con un abrazo largo y abandonado y le besó en la mejilla. —¿Siente más aliviada su alma? —le preguntó. Era una pregunta extraña y él no supo qué responder, tan trastornado estaba.

En aquel momento sonó, lejana, dentro de la casa, una indecisa campanilla de bronce; llamamiento cascado y tembloroso de uno de esos esquilonos antiguos sujeto a un cordón de alambre. Era en la puerta de la calle, sin duda, y al movimiento de vacilación y miedo del fugitivo respondió ella con una presión sobre su brazo.

—Vienen en mi busca —dijo él con los labios pálidos.

—Aguarde —respondió ella —no se mueva de aquí.

Hubiera querido descubrir el fondo de aquella alma pero su serenidad era turbia y engañosa. ¿Obedecería? Algo le dijo que sí, que permaneciera quieto —quizás el cansancio, la indi-

ferencia o un postrer refugio de confianza en la bondad de la naturaleza humana. —Está bien —asintió—. Y ella: —No se mueva de aquí, —otra vez.

Y dejándole solo en la habitación salió con su paso apenas audible protegido por las zapatillas de lana. Sintiendo de pronto desconfiado tuvo un momento de pánico tan angustioso que le faltó poco para abrir la ventana, saltar al huerto ahora iluminado por la mañana estival y huir sin saber hacia dónde, pero una reflexión de última hora le hizo comprender el peligro. "Aún tengo tiempo; esperemos" y todos sus sentidos le empujaron con cautela tras ella después de haber retirado el tranquillo de la ventana para dejarla entreabierta en caso de que tuviera necesidad de acudir al desesperado recurso.

El cansado y débil són del campanil vibró de nuevo varias veces seguidas. En el sombrío recibimiento —una pequeña habitación desnuda donde sólo había una cantarera antigua y un perchero de cuatro cuernos— ella se retorció, nerviosa, las manos sin acertar a pensar en nada. Desde el fondo del pasillo la vio indecisa y no pudo retener un escalofrío. "Duda antes de abrir —pensó— quizás trata de ayudarme, mas ¿qué puede hacer una mujer indefensa? Entrarán y me atraparán sin dificultad". De un salto retrocedió hasta la cocina donde había visto, poco antes, sobre las hornillas un hurgón largo y afilado. Así era, en efecto. Lo retuvo con una mano tensa y dura por la voluntad homicida de defenderse a cualquier precio y decidió aguardar en un extremo del corto pasillo dispuesto a hendir la primera cabeza que por allí asomara y escapar después. "Siempre vienen cuatro en el automóvil pero sólo entran dos y también es posible que, de día, las cosas sucedan de otro modo". Desde aquel recodo protector oyó el lento chirrido de los goznes: la puerta se abría. Con rápida ojeada pudo darse cuenta de que ella sostenía con alguien una conversación murmurada y tranquila en apariencia. Transcurrieron varios minutos que contó por los latidos de sus pulsos, mas todo parecía natural: el tono susurrante de la conversación y la inmovilidad de los que hablaban, "Acaso sea un vendedor de algo" se dijo para serenarse y casi lo consiguió sobre todo al comprobar que ella no se movía, sólo visibles parte de la espalda, la bata de algodón, el pañuelo caído sobre la nuca. Por la puerta, entreabierta apenas y oscurecida por el obstáculo de aquel cuerpo prudente y femenino, entraba una claridad deslumbradora. Sin

duda, el sol naciente debía verter sus rayos sobre la fachada de la casa.

La puerta se cerró al fin y ella regresó con sus pasos silenciosos. No esperaba encontrarle en el recodo y al tropezar con él, erguido y tenso por la espera; desencajado el rostro, apretando con su mano el mortífero instrumento, dejó escapar un grito.

—¿Quién era? —preguntó él.

Los ojos de ella se detuvieron en el hurgón como cristalizados.

—No —dijo— ¡no me mate! El grito le excitó aún más los nervios: —¿Matarla? ¿Por qué? Dejó caer el hurgón al suelo y la pieza de hierro produjo un són estridente al golpear contra los ladrillos. Ella se tapó la boca con ambas manos.

—¿Quién era? —volvió a preguntar.

—¿Quién? Una vecina. Venía a recogerme para la misa, como todos los días. ¿Por qué escondía eso? ¿Qué pensaba hacer?

—Creía que eran ellos, ¿comprende? No me hubieran llevado tan fácilmente.

—¡Estaba dispuesto a asesinar! ¡Después de haber rezado!

—Claro que estaba dispuesto. ¿Qué harían conmigo?

—¡Oh, no! —dijo ella temblándole la voz. No es necesario. Ahora puede estar más tranquilo. Dije que me encontraba enferma y se fue.

Como una cálida ola de confortación; esa seguridad animal que se presenta cuando ha pasado un grave peligro, la alegría más insensata se apoderó de él. Acercóse a la asustada, tomó sus manos y separándolas comenzó a besarlas con febril incoherencia: —“Refugio, hermanita de la caridad. ¡Y yo que creía! Es usted una santa, ¡qué digo una santa! Es una gran mujer valiente y bondadosa. ¿No me ha denunciado, verdad? ¡Si hubieran sido ellos! Y dijo que estaba enferma. Eso significa que me puedo quedar aquí durante todo el día, ¿no es cierto? ¿Me quedo? ¿Ha comprendido, al fin, que no trato de comprometerla? En la noche me iré por donde vine y se acabó todo.

—Sí —dijo ella— tranquilícese.

—Estoy tranquilo. Y hasta creo que el rezar me ha hecho bien.

Ella le miró con desconfianza: —No se burle.

—No me burlo; vea usted, quiero decir que me alivió saberla tan, ¿cómo diría? tan segura de sí misma y de su creencia. Porque yo no soy mala persona. Algo descreído; bastante, ¿comprende? Pero respeto y admiro sus puntos de vista. (—¿no estaré haciendo oratoria?, pensó).

Ella se recostó contra la pared logrando al fin separar las manos que el fugitivo retenía entre las suyas. —Ya es de día, —dijo.

El respondió: —Ya es de día.

—Y debiera descansar.

—¿Usted cree? Estaba maravillado. ¿De veras lo cree? No me vendría mal un poco de descanso.

La examinó desde sus últimas defensas de suspicacia:

—Pero quizás no fuese muy prudente.

—Ya entiendo —dijo ella— desconfía de mí.

¿Desconfiar? ¿Por qué tengo que desconfiar? ¿Después de lo que ha hecho? Pudo escapar a la calle, denunciarme, ¡qué se yo! Por un momento mi vida estuvo en sus manos.

—Claro —respondió ella después de cierta pausa silenciosa— pero no lo hice; no escapé.

—Y dijo que estaba enferma. Mintió por mí.

—¡No me lo recuerde —exclamó ella de pronto— he cometido un pecado mortal!

—Me ha salvado.

—He cometido un pecado mortal.

—La intención fue buena y todos mentimos alguna vez en la vida. En este caso su pecado evitó otro más grave.

—¿Más grave?

—El pecado de la sangre. Su religión lo castiga bien duramente, ¿recuerda? Me refiero a Caín, puesto ahí, casi en el primer día del mundo; pero no hablemos de eso.

Ella se tapó los ojos con las manos: —¡Qué horror! No, no hablemos más. Y repitió: Un pecado mortal.

Regresaron a la sala. Aún excitada por el suceso sentóse en el sofá, puso ambas manos sobre sus rodillas y recostó la cabeza en el respaldo de aquel viejo estrado cubierto por historias amarillentas. Él permanecía de pie, a su lado. —María del Refugio —habló dulcemente al cabo de un rato— tiene usted un bello nombre.

Y la envolvió en una mirada cordial. La estancia le pareció ahora tranquila y apacible en su soledad casi de celda. Aquella mujer por la que habían pasado los años como devas-

tadora tormenta en el desierto, sin calor de varón, sin otra historia que sus rezos y sus cirios, perdida en un triste rincón de provincias, levantándose al alba, acudiendo a misa, dando de comer a sus pájaros y haciendo labores domésticas, ¡qué vida desconsolada y sin sentido! Por vez primera trató de verla con ojos favorecedores y comprensivos: "Un poco de ternura —se dijo— será para ella un bálsamo y quién sabe... acaso me recuerde en lo sucesivo como alguien que la comprendió y fue para ella cortés, cariñoso y agradecido. Tiene, a pesar de su fealdad, unos ojos bien dulces".

Así se lo dijo: —Refugio, sus ojos son bien dulces. Unos dulces ojos de color castaño.

El cuerpo de ella se encogió sobre el sofá, juntó las rodillas sus manos se crisparon y un rubor vivísimo iluminó el marchito rostro alargado.

—¡Oh, qué cosas habla!

El, atrevido, decidió sentarse a su lado. Después, reconsiderando aquella audacia un poco zurda, se replegó con torpeza al otro extremo del sofá.

—Quería, simplemente, reconocer un hecho; no lo tome a mal. No tengo dobles intenciones y sé respetar a una mujer. ¿Me permite una pregunta? Me dijo antes que vive sola, ¿recuerda? ¿Viuda?

—¿Viuda, Dios mío? No, no soy viuda.

De buena fe, él compuso ese gesto de picardía con que los hombres galantean, en tales casos, a las mujeres aún no comprometidas.

—No me dirá... En fin, estoy seguro de que más de uno. Bueno, ¿cuándo se casa?

Una mano de ella subió hasta la garganta. El rubor encendió su cutis marchito con ráfagas calientes y su pecho jadeaba.

—¡Por favor, no hable así!

—¿La he ofendido?

—¡No me hable así, eso es todo; no me hable así!

Se callaron. Cuando ella bajó de nuevo los párpados y comenzó a mover los labios, él sintióse fastidiado. Ya estaba rezando otra vez. ¿Y ahora? Está visto que soy un necio. Y le poseyó la timidez. La mano tensa sobre la garganta, como quien teme un flujo de sangre, descendió con suavidad. Su cabeza abatida hacia atrás, sus cabellos grisáceos, su pañuelo oscuro y su cuerpo de excesiva flacidez dábanle una apariencia de es-

tampa marchita con tonos polvorientos. Por debajo del ruedo de la falda, ciudadosamente extendida, aparecían los grandes pies calzados con aquellas domésticas zapatillas de paño capaces de destruir todo poético esplendor. Una realidad melancólica devolvió a la sala su rancia pobreza: las sillas pajizas, el sofá de estrado con los brazos cubiertos por un forro de pana e irregulares aunque disimuladas jorobas que denunciaban los muelles; la jaula cubierta con el paño verde; la imagen de San Antonio apropiada para calendarios.

El triste pajarillo pio; extrañaba su prisión desde hacía rato. "Con su permiso" —la dijo. Y levantóse para liberar al cuitado de aquel espeso sudario verdinegro. Era un canario de alborotada pluma, ojos diminutos, estrecha y pelada cola. Tenía también cierto aire viejo y desgastado y olía a agua ligeramente pútrida y excrementos de ave. Llevó a cabo, de espaldas, la operación y con el paño en la mano, sin saber qué hacer, se volvió hacia el sofá donde ella, en silencio, le observaba; sí, le observaba con sus ojos de color castaño —lo único vivo en aquella estantigua— que parecían disimular inquietas profundidades sombrías, dañadas, burlonas, azorantes y soñadoras. —Es una ilusión, —pensó de nuevo— ¡pero cómo me mira!

Y su pensamiento se detuvo con precisión de máquina paralizada por brusco freno. No supo la razón, pero algo le dijo que lo temido, lo hasta entonces evitado, lo aterrador en suma, estaba sobreviniendo; una insignificancia quizás, acaso una premonición ¡Aquellos ojos!

En ese mismo momento oyó que la puerta de la calle se abría con ímpetu bestial, golpeada y desencajada del golpe; oyó que la ventana del cuarto de los cirios también se abría con fuerte tableteo. Le pareció que se desgarraban y abrían los muros, las baldosas, la tierra en su mismo centro. Sintió un vahido y revolvió espantado su cuerpo como bestia en la trampa. trampa.

Una voz gritó: —¡Cuidado; ahí está! Mas no era necesario porque quiso escapar hacia el pasillo y no pudo: las compactas materias, las botas pesadas, los correajes, las camisas oscuras y el brillo pavonado de las pistolas avanzaban en regla, seguros de su presa. Cruzó el dormitorio, entró en el santuario y pudo ver cómo algo se descolgaba por la ventana; otro correaje, un arma y hasta unos dientes bajo una cínica y alegre

sonrisa. Todo fue rápido, eficaz y bien planeado; le comprieron de tal modo entre manos y uniformes; se lo llevaron casi a rastras, tan de súbito, que no pudo verla siquiera sentada en su viejo sillón, y además, en aquel momento no quiso ni pudo ver otra cosa que el cumplimiento de un terrible destino retardado pero seguro. A veces la muerte comienza mucho antes de que el condenado se aperciba.

El *camisa azul* que comandaba —había sido el último en entrar— se detuvo ante ella, efectuó un ceremonioso saludo estilo antiguo imperio, hizo chocar el talón de sus botas excesivamente militares: —Muy agradecidos —y su voz trató de ser obsequiosa y gentil— Su denuncia llegó a tiempo. ¿No la hemos asustado mucho, supongo? Tuvimos que rodear la casa porque se trata de un tipo peligroso.

Se inclinó de nuevo. Pero ella no le oyó; no le oiría más. Levantándose del mustio estrado cruzó el dormitorio sin atreverse siquiera a rozar la cama; entró en el pequeño ámbito donde la dulce imagen imperaba rodeada de cirios —ahora apagados muchos de ellos a causa de tan agitada invasión— y cayó de rodillas ante el altar: albo paño, hornacina, inmóvil alabastro confortador. —Santa, Santa, Santa —dijo— Ruega por nosotros pecadores. . . ¡Oh, ruega por él, ruega por él, ruega por él!

Y lloró desconsolada con unas lágrimas que no apaciguaban su corazón. En el patio, a sus espaldas, cantó un gallo, se abrió la flor de un junco y el sol mañanero calentó una vez más las doradas calles antiguas de la ciudad.

MUERTE DEL CABO CHEO LÓPEZ

Por *Ciro ALEGRIA*

PERDÓNEME, don Pedro. . . Claro que ésta no es manera de presentarme. . . Pero, le diré. . . ¿Cómo podría explicarle?. . . Ha muerto Eusebio López. . . Ya sé que usted no lo conoce y muy pocos lo conocían. . . ¿Quién se va a fijar en un hombre que vive entre tablas viejas?. . . Por eso no fui a traer los ladrillos. . . Eramos amigos, ¿me entiende?

Yo estaba pasando en el camión y me crucé con Pancho Torres. Él me gritó: "¡Ha muerto Cheo López!" Entonces enderezo para la casa de Cheo y ahí me encuentro con la mujer, llorando, como es natural; el hijito de dos años junto a la madre, y a Cheo López tendido entre cuatro velas. . . Comenzaba a oler a muerto Cheo López, y eso me hizo recordar más, eso me hizo pensar más en Cheo López. Entonces me fui a comprar dos botellas de ron, para ayudar con algo, y también porque necesitaba beber.

¡Ese olor! Usted comprende, don Pedro. . . Lo olíamos allá, en el Pacífico. . . Es el olor de los muertos, los boricuas, los japoneses. . . Los muertos son lo mismo. . . Sólo que como nosotros, allá, íbamos avanzando. . . a nuestros heridos y muertos los recogían y encontrábamos muertos japoneses de días, pudriéndose. . . Ahora Cheo López comenzaba a oler así. . . Con los ojos fijos miraba Cheo López. No sé por qué no se los habían cerrado bien. . . Miraba con una raya de brillo, muerta. . . Se veía que en su frente ya no había pensamiento. . . Así miraban allá en el Pacífico. . . Todos lo mismo. . .

Y yo me he puesto a beber el ron, durante un buen rato, y han llegado tres o cuatro al velorio. . . Entonces su mujer ha contado. . . Que Cheo estaba tranquilo, sentado, como si nada le pasara, y de repente algo se le ha roto adentro, aquí en la cabeza. . . Y se ha caído. . . Eso fue un derrame en el cerebro, dijeron. . . Yo no he querido saber más, y me puse a beber duro. Yo estaba pensando, recordando. Porque es cosa de pensar. . . La muerte se ríe. . .

Luego vine a buscar a mi mujer para llevarla al velorio y creí que debía pasar a explicarle a usted, don Pedro. . . Yo no volví con los ladrillos por eso. Mañana será. . .

Ahora, si usted quiere ir al velorio, entrada por salida aunque sea. . . Usted era capitán, ¿no es eso?, y no se acuerda de Cheo López. . . Pero si usted viene, a hacerle nada más que un saludo, yo le diré: "Es un capitán". . .

¿Quién se va a acordar de Cheo López? No recibió ninguna medalla, aunque merecía. . . Nunca fue herido, que de ser así le habrían dado algo que ponerse en el pecho. . . Pero qué importa eso. . . ¡Salvarse? Le digo que la muerte se ríe. . .

Yo fui herido tres veces, pero no de cuidado. Las balas pasaban zumbando, pasaban aullando, tronaban como truenos, y nunca tocaron a Cheo López. . . Una vez, me acuerdo, él iba adelante, con bayoneta calada y ramas en el casco. . . Siempre iba adelante el cabo Cheo López. . . Cuando viene una ráfaga de ametralladora, el casco le sonó como una campana y se cayó. . . Todos nos tendimos y corría la sangre entre nosotros. . . No sabíamos quién estaba vivo y quién muerto. . . Al rato, el cabo Cheo López comenzó a arrastrarse, tiró una granada y el nido de ametralladoras voló allá lejos. . . Entonces hizo una señal con el brazo y seguimos avanzando. . . Los que pudimos, claro. . . Muchos se quedaron allí en el suelo. . . Algunos se quejaban. . . Otros estaban ya callados. . .

Habíamos peleado día y medio y comenzamos a encontrar muertos viejos. . . ¡El olor, ese olor del muerto!. . . Igual que ahora ha comenzado a oler Cheo López. . .

Allá en el Pacífico, yo me decía: "Quién sabe, de valiente que es, la muerte lo respeta". Es un decir de soldados. Pero ahora, viendo la forma en que cayó, como alcanzado por una bala que estaba suspendida en el aire, o en sus venas, o en sus sesos, creo que la muerte nos acompaña siempre. Está a nuestro lado y cuando pensamos que va a llegar, se ríe. . . Y ella dice: "Espera". Por eso el aguacero de balas lo respetó. Parecía que no iba a morir nunca Cheo López. . .

Pero ya está entre cuatro velas, muerto. . . Es como si lo oliera desde aquí. . . ¿No será que yo tengo en la cabeza el olor de la muerte? ¿No huele así el mundo? . . .

Vamos, don Pedro, acompañeme al velorio. . . Cheo era pobre y no hay casi gente. . . Vamos, capitán. . . Hágame siquiera un saludo. . .

VELÁZQUEZ Y SU TIEMPO

Por Sara BROWN

I

CUANDO el Rey Felipe IV interpeló a Velázquez con la alusión "que no faltaba quien dijese que toda su habilidad residía en saber pintar una cabeza", el pintor, que para el Rey era "hombre de flema", respondió suavemente: "Señor, mucho me favorecen, porque yo no sé que haya quien la sepa pintar". Rubens alabó su modestia: "No he conocido a nadie que supiera pintar una cabeza como Dios manda", dijo al Rey.

Pocos pintores han preferido el arte del retrato a otras formas de pintura, y aún menos son los que sobresalen como retratistas. El retrato no ofrece oportunidades para desplegar imaginación, emoción o expresión. Requiere gran concentración y una mayor claridad de ejecución. "El retratista nace", repetía Pacheco, suegro y maestro de Velázquez.

Como Ingres, más tarde, Velázquez consideraba el retrato, la piedra de toque del artista. Cuando el pintor afirmaba que nadie sabía pintar una cabeza, quería significar que el retrato no sólo sirve de arte, sino que requiere todo un pintor. Tenía constantemente presente los consejos de Pacheco, y aunque sus modelos le fueran conocidos, tomaba sus bocetos del personaje entero, para la comprensión del conjunto, dándole "el aire" que habían de tener.

Velázquez fue, posiblemente, el mejor caracterizador de su época. Pintaba el temple de los nervios, "la mezcla de los jugos", la dosis de hierro y bilis de la sangre, el tanto de cordura y desvarío en la razón. El hombre, supremo objeto de las artes plásticas, era para él la "sustancia primera".

Goethe comentaba: "La figura de los hombres es el texto que contiene todo lo que sobre ellos no se puede decir o pensar".

Velázquez dio a los bufones tanta dignidad, que la posteridad los tuvo, a veces, por capitanes y piratas. Esta compostura, mezcla de orgullo y fruición, el "sosiego", está representada

por Velázquez de manera enteramente distinta a la vida. Como Kant decía, Velázquez, símbolo español de soberbia, de la cual el famoso filósofo aprobaba, "no buscaba aplauso ajeno". Con el profundo orgullo de su carácter reservado, no prestaba atención a lo que parecía, sino que se bastaba a sí mismo.

El público, en general, tiene predilección por los retratos de preferencia femeninos o infantiles. *La Infanta Margarita*, de Velázquez, rivaliza con el famosísimo *Niño Azul*, de Gainsborough, en el Museo de San Diego, en California.

El Greco, en el siglo XVI, se identifica con la atmósfera flámigera que encendió la mística castellana, en la fortaleza espiritual que fuera Toledo. Francisco de Zurbarán, el varonil pintor de los monjes, visualiza la democracia frailuna que se esparce por la España eclesiástica, en el siglo XVII. Velázquez, en sus acabados retratos, refleja el carácter de su raza y su época, en Madrid.

Velázquez sostiene en sus manos el espejo del tiempo. La fiel imagen de la austera Casa de los Austria, la Corte de los Habsburgos, vive para siempre en su obra. Técnicamente, es el maestro de la luz y el color. Construye el puente que enlaza el tenebrismo de principios del siglo XVI al dominio de la perspectiva aérea.

Treinta y cuatro de los lienzos que Velázquez pintara, de acuerdo con el histórico y descriptivo Catálogo de C. B. Curtis, publicado en Londres en 1883, recortan la efigie de Felipe IV. No menos de cuarenta cuadros pintados por el pintor, eran originalmente de este rey y fueron ejecutados a su servicio. Hoy día son tesoros del Museo del Prado.

Vicente Carducho, el florentino, declaraba su adhesión por los principios manieristas y recalca la importancia del papel religioso de la pintura en oposición al naturalismo de Caravaggio, Ribera y Velázquez, fundadores del Barroco. Carducho, en su importante tratado *Diálogo de la Pintura*, impreso en 1633, en Madrid, menciona a Velázquez. En él nos relata cuánta envidia causara el pintor, entre los artistas mayores, al ser nombrado, con el primer retrato en la corte, *Pintor del Rey*. Oficio que cumplió el resto de su vida. El Alcázar de Madrid era, a un tiempo, casa y estudio del pintor.

Sánchez Cantón, en el inventario íntegro de *Cómo vivía Velázquez*, publicado en Madrid, 1942, nos relata: "Nadie dirá en adelante que Velázquez vivía con estrechez. Si su morada



Felipe IV en 1604. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

era amplia, no estaba vacía. Muebles de calidad, plata en cantidad crecida, ropero surtido de trajes y sombreros, no tanto de lencería y ropa blanca. Cortinas y alfombras en número razonable. Pinturas y esculturas, más de las que el sobrio ornato requería. Libros en cuantía y selección poco estiladas, en hogar de quien no cultivaba las letras y 28 tapices. El Aposentador de su Majestad no estaba mal Aposentado”.

Carlos Justi, el historiador alemán, se lamenta que Velázquez fuera un pintor sin público. Es cierto que el maestro no tenía público en un sentido moderno. Su mundo era diferente al de nosotros. No dependía de las exposiciones, de los críticos o las exigencias del momento. Además, las infantas, ministros y cortesanos, admiraban su pintura. Todos los componentes de la Casa de Austria amaban las artes.

Es muy probable que su carácter reservado estuviera en armonía con la austeridad de la corte. Sus rasgos fundamentales eran honradez y orgullo. Su distinción personal, seriedad y modestia, contribuyeron poderosamente a su éxito progresivo en la corte. Durante treinta y siete años de lucha ininterrumpida, en medio de la escasez creciente de capacidades políticas y militares, de dificultades financieras cada día más agotadoras, Velázquez, en el centro de las desventuras, cultivó su árbol como en un islote, sacudido por las tempestades y que hunde sus raíces en la grava.

Velázquez aparece en el momento que se iniciaba el crepúsculo de un imperio sobre dos mundos. Felipe IV poseía gran cultura; era un buen lingüista, producía piezas teatrales y practicaba como aficionado el arte de la pintura. Su gran devoción por las artes, lo llevaba inevitablemente a relegar su poder real en su ministro, el Conde-Duque de Olivares, miembro de la familia Guzmán, prominente en Andalucía.

Barrionuevo escribe en *Avisos*, el 8 de noviembre de 1656: “Estuvo el Rey en el Panteón (del Escorial) de rodillas dos horas, sin querer almohada, arrimado al nicho donde se ha de enterrar; salió los ojos encarnizados de tanto llorar y cada uno como un puño”. “Su Majestad ha venido muy melancólico y mesurado, y le han oído decir que ya es cosa de arreglar sus cosas”.

Siempre arrepentido y nunca enmendado, vivió el Rey, que perdió para la corona Portugal y Holanda y estuvo a poco de perder Cataluña. El Rey que construyó el Buen Retiro, magní-

ficamente adornó la Torre de la Parada, y para quien pintó Velázquez y escribió Calderón.

La tarea de Velázquez es de interés etnográfico-histórico. Perpetúa las siluetas reales: la de Felipe IV, quien sube al trono en 1621, de 16 años, a la muerte de su padre, Felipe III. También reproduce las efigies de sus hermanos menores: el Infante Carlos, quien muere joven, y el Infante Fernando, arzobispo primado a los 19 años. Fernando es nombrado por el todopoderoso Olivares, Gobernador de Flandes, en 1632, cargo que ocupará hasta su muerte, en 1641. Este nombramiento llevaba el pretexto de remover de la corte al deslumbrador Infante.

Isabel de Borbón, la primera mujer de Felipe IV, muere en 1644. Isabel de Francia era una mujer muy hermosa, pero rehusó ser retratada por Velázquez debido a que el pintor fue traído a la corte por Olivares, siempre odiado por la Reina.

Mariana de Austria es Reina de España antes de cumplir los 15 años: "Que apenas de catorce abriles, bebió del alba la risa". Hija del Emperador Fernando III y de María, Reina de Hungría, hermana de Felipe IV. Mariana nace en 1634 y era prometida del nunca bien llorado Baltasar Carlos, heredero de la Corona, hijo de Felipe IV y de Isabel de Borbón.

No faltaban voces que declararan impropia aquella unión y que le profetizaran un mal resultado. Tirso de Molina, en *Esto sí que es negociar*, dice: "Ni suceden descendencias que se logren de casamientos parientes". Según Calderón, Mariana era el regalo con que Alemania correspondía a España.

El Príncipe Carlos Baltasar, modelo predilecto del pintor, nace el 17 de octubre y muere repentinamente en Zaragoza en octubre de 1646, a la edad de 17 años, antes de ascender al trono que le estaba destinado.

En el primer retrato de Baltasar Carlos, Velázquez nos da el niño menor de dos años, con toda la pompa real, acompañado de su enano Francisco Lezcano, *El niño de Vallecas*, quien está a su servicio desde 1634. Contrasta la enorme fealdad del enano con la gracia de la belleza del niño, de la misma manera que Sánchez Coello y Pantoja de la Cruz lo hicieran anteriormente.

De la Infanta Teresa, única sobreviviente del matrimonio de Felipe IV e Isabel, decía el embajador de Modena: "No creo que tenga la cristiandad otra princesa tan graciosa y bella". María Teresa nace el 20 de septiembre de 1636, y en 1659 estaba

oficialmente comprometida con el Rey Luis XIV de Francia. Seis meses más tarde contrae matrimonio con el Rey-Sol.

La idea del compromiso fue de Mazarino, quien pretendía para los Borbones la sucesión española. La Infanta hizo buena impresión en los franceses. En el encuentro que hubo en la Isla de los Faisanes del Bidassao, vio desde una puerta, por primera vez y de incógnito, al Rey de Francia, que tenía entonces 22 años. Luis XIV, a su vez, se sorprendió no poco al ver su vestido, aunque "como que poseía belleza bastante para que le fuese fácil poderla amar". Felipe IV se mostró encantado de su "lindo yerno"; "María Teresa no tenía más voluntad que la suya ni más deseo que de agradarle".

Existen innumerables retratos de esta reina, pintados por artistas franceses. De los cuatro que Velázquez hiciera durante su juventud en la corte, ninguno permaneció en España. Se encuentran dispersos en colecciones europeas y norteamericanas.

Las conveniencias de Estado, traen a España, a Mariana, sobrina de Felipe IV. El 17 de noviembre de 1649 escribe el Rey a Sor María Agreda, su consejera:

"No sé cómo agradecer a Nuestro Señor la merced que me ha hecho dándome tal compañía". . .

De Doña Mariana, escribió el cronista don José de Peller, al verla entrar en Madrid: "No la pudo hacer mejor la imaginación, era blanca, rubia, alegre de humor y ocurrente, y por cara, talle, aire, garbo y agrado, tuvo el aplauso del pueblo, y por bien merecida la corona".

Su entrada en la capital había de mostrar a la reina y al mundo lo que era la vieja España. La rigidez de la etiqueta cortesana no tardó en imprimir a su rostro un gesto de fastidio y de orgullo. Madre del heredero Carlos II, "El Hechizado", notorio por su poca inteligencia. Su incapacidad mental y extrema juventud al morir su padre, Felipe IV, en 1665, impusieron la Regencia de la Reina Madre, no famosa por su habilidad. Políticamente, fue un período de depresión, y las artes decayeron.

La primera hija de Mariana de Austria es la Princesa Margarita, nacida el 12 de julio de 1651. El propio Granmont, soberbio e irónico, escribe a Luis XIV: "es tan bonita y viva como se puede serlo".

Velázquez se deleita en contemplarla y la retrata siete veces. Refina sus matices nacarados y pálidos, sus suaves rosas argentados y sus peculiares grises sonrosados, para captar el en-

canto irresistible de la niña. Beruete identifica estos retratos como los más delicados de la paleta de Velázquez. Para Justi, "son capullos de dama imperial". Margarita será famosa como motivo principal de "Las Meninas".

El 25 de abril de 1666, la Infanta contrae matrimonio con el Emperador Leopoldo de Alemania, tío carnal y primo suyo. En 1656, doña Mariana escribió a la Monja Agreda: "Que pidiese a Dios que, pues que parece que se trata que la Infanta María Teresa case con el Rey de Francia, disponga que mi hija Margarita sea para Alemania y que ponga en el corazón de mi hermano que la espere hasta que tenga bastante edad". Margarita, amada por el Emperador, pero no por el pueblo, que le reprochaba no haber aprendido alemán, muere agotada de su séptimo embarazo el 12 de abril de 1673, a la edad de 22 años.

El segundo hijo de Mariana de Austria, el Príncipe Felipe Próspero, es tímido y epiléptico y muere antes de llegar a los cuatro años, el 1 de noviembre de 1661, un año después que Velázquez. Calderón escribió en su honor *El Laurel de Apolo*, en él se cantaba el siguiente estribillo: "Hoy, con próspero arrebol, para todos nace el sol". El heredero esperado por 11 años era así descrito: "Delicada complexión, perezoso de movimientos, sin color, como todos los de Austria; azules ojos y cabeza grande, pero poca fuerza en las rodillas, por no decir enclenque".

El único retrato de este príncipe lo hizo Velázquez en 1659, con singular amor y en delicados tonos de púrpura y rosado. Felipe IV envió el retrato de regalo a su sobrino Leopoldo I, Emperador de Alemania. La Casa de Austria se sentía alarmada por las negociaciones de don Luis de Haro, en la Corte de los Borbones. Viena veía la amenaza francesa sobre la monarquía española. Los retratos de Felipe Próspero y Margarita eran enviados "para calmar los ánimos", ya que la sucesión española estaba "asegurada".

Justi identifica este retrato en el Castillo Imperial de Graz, en Austria, en la "Cámara del Tesoro y Arte", donde permaneció más de un siglo. En 1816 adornó el Palacio de Belvedere. Se tenía por retrato de María Teresa. Sir Stirling-Maxwell, en 1847, lo identifica apoyándose en una descripción de Palomino, como Felipe Próspero.

LAS vestimentas del rey y sus hermanos, en sus primeros retratos, son inalterablemente negras. La almidonada golilla blanca

quebra la monotonía, y como único adorno, de un pesado collar de oro o de una cinta de seda negra, que les cruza el pecho, cuelga el emblema de la condecoración de "El Toisón de Oro".

"El Toisón de Oro" es la Orden de Caballería instituida por Felipe el Bueno. La insignia de esta orden es una pieza en forma de eslabón, al que va unido un pedernal echando llamas, del cual pende el vellón de un carnero: "El Vellochino", como es mejor conocido. El pedernal tiene la inscripción: *Ante ferit, quan flamma mulet* (Ante hierie el eslabón que resplandezca la llama), divisa propia de la Casa de Borgoña, usada por Felipe el Bueno, antes de ilustrar su nueva orden. Carlos V la muda a *Plus Ultra*, su propio poder sin límites.

Las reinas y las princesas, según la moda de la corte, visten ceñido corpiño y "guardainfantes", esa especie de tontillo muy hueco, hecho de alambres con cintas, que usaban debajo de la basquiña. El cuello blanco o "valona carriñana", es grande y vuelto sobre la espalda, hombros y pecho. El abultado peinado de las reinas, está de última moda en Nueva York, con el nombre de *bouffant* o "el peinado de la infanta".

Los retratos de Velázquez son de cuerpo entero. Las airo-sas figuras están detenidas cerca de una mesa, fijadas en un espacio neutral, que parece envolverlas. A diferencia de su período sevillano, anterior a la corte, estos retratos empiezan a mostrar las influencias de los maestros venecianos y flamencos, que Velázquez estudia en las colecciones reales.

El estudio del espacio es aparente desde sus primeras pinturas reales. Será la más consistente preocupación de su trabajo y lo llevarán al estudio analítico del aire interpuesto y del ambiente. En estos primeros retratos, sólo el rostro y las manos reflejan la luz y dan animación a la paleta. En la vivacidad del brochazo aparecen ya los primeros trazos de síntesis impresionista.

Velázquez, hijo de hidalgos, noble por cuna, refinado por naturaleza, retratador de príncipes, reyes y papas, abrió la puerta de la pintura no sólo a los humildes campesinos, jornaleros y posaderos, sino también a esa corte de milagros compuesta de trágicos bufones, borrachos idiotas, enanos lisiados, sin selección de tipos formales, ni de jerarquía social.

Velázquez, por temperamento, era un tranquilo panteísta, que daba igual importancia y valor a todo lo que pintaba. La materia de cada objeto está especificada en sus calidades y en

todos sus retratos capta lo personal y único del individuo, que es, al mismo tiempo, su salvación y liberación.

Nos cuenta Sánchez Cantón que Salvador de Madariaga pone a Goya primero en Invención. Es Greco el primero en Emoción. Velázquez siempre primero en Técnica.

"La honradez del arte —según Pacheco— era el buen dibujo". Este fue cimiento de la evolución artística del pintor. Como dibujante con el pincel, no conoció titubeos. Fue maestro de la disciplina, la proporción y la línea.

Velázquez se inclinó desde sus comienzos por los retratos, los cuales son fácilmente reconocibles en el libro de Pacheco: *Varones Ilustres*. La casa de Pacheco era la cárcel dorada del Arte, Academia y Escuela de los mayores ingenios de Sevilla. Al decir de Palomino, era frecuentada en los primeros años del siglo XVII por Pablo de Céspedes, D. Juan de Argujo, Rodrigo Caro. Francisco de Medina, Baltasar de Alcázar, Martines Montañés, Juan de las Roelas. Por ella también pasaron Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Jaúregui y, acaso, Cervantes.

Los retratadores franceses estaban interesados en psicología. En Flandes y Alemania, se reproducía la realidad física del hombre, como mero objeto natural. Rembrandt se inclina ante la representación pictórica de su sujeto. En España, El Greco, predecesor y maestro de Velázquez, representa a los hidalgos castellanos, dándole la imagen que tuvieran en vida, hasta su acendrada piedad y misticismo, pero pone en su pintura su artístico sello peculiar.

Velázquez es la expresión misma de la realidad. Toma la verdad del natural. Es un realista y un verista. Puede asegurarse que al enfrentarse Velázquez con la realidad, no tiene impugnadores. La sencillez y grandiosidad física y moral de sus retratados, está reflejada fielmente.

Esteban Murillo, al entregarnos la imagen de la realidad en sus *Tiñosos*, en las calles de Sevilla, y sus *Virgenes*, sacadas de las mozas de las ferias en los Cármenes, la idealiza con su inspirado pincel. Ribera, en sus *Apóstoles* y *Mártires*, reproduce con asombroso vigor lo rugoso de las carnes, el horror de las pasiones, acentuando el férreo modelado. Detrás de su interpretación, se adivina el genio, que compenetra la rudeza de la vida.

Velázquez se enfrenta con su modelo, concediéndole un máximo de valor ético, realizando que tiene frente a él algo úni-

co, eterno y autónomo. Con esa reverencia concreta por toda la humanidad, impregna de dignidad lo más humilde.

Con sobriedad retrata al modelo, con una objetividad aparente, pero llena de respeto, sin adulación ni sentimentalidad. Su propia sensibilidad, de acuerdo con su parquedad, retiene una serena calma, que implica algo de lo clásico por la ausencia absoluta de patetismo, pero rechaza por completo la estética idealista de Platón.

Idealizador, dice Gaya Nuño, pero no de un tiempo, de una estética o una mística determinada, sino del individuo.

D. Narciso Sentenach nos analiza a Velázquez: "Tal fue el hombre y tal fue el artista en uno, que no es fácil separar en los humanos, la doble pretendida naturaleza. Logró ser el dibujante de la figura humana, en toda su majestad corpórea y expresión anímica. Inventó la más racional y compleja expresión de la realidad, por la más certificada experiencia y a haber tenido tiempo nos habría llevado, después de comprender de tal modo la física de la naturaleza, a la metafísica del arte".

LA evaluación de la pintura española ha sufrido de frecuente prejuicio y juicio insuficiente. Hasta el siglo XIX la ignorancia de la producción pictórica de España era general. Velázquez era casi desconocido hasta hace 100 años. Las guerras ayudaron a la dispersión de los cuadros españoles a Francia e Inglaterra.

Mengs, el técnico académico, Pintor de Cámara de Carlos III, fue quien puso su nombre en el mapa. En 1761, visitando el Tesoro de la Casa Real, vio en Velázquez "el estilo de la naturaleza".

El siglo XVIII, presencié la creación de la historia del arte, como un estudio especial. Después de la revolución, se catalogaba a Velázquez como "el pintor más pintor que existió". La actividad artística de Velázquez aunque incesante, no es comparable con la enorme de Rubens, ni la limitada parquedad de Vermeer. Debido a la constante ayuda de su yerno el pintor del Mazo, los eruditos se encuentran perplejos para contar los cuadros de sus propias manos. A. de Beruete le atribuye 100, Allende-Zalazar 115, E. du Gué Trapier 80, y Ortega y Gasset 86.

La historia del arte, es la historia de estilos. Velázquez se identifica con el Barroco. Este estilo encierra en sí, la reacción

contra la idea platónica del arte, predominante durante el Renacimiento. El Renacimiento basaba su ideal estético en la forma, cuya expresión suprema se encontraba solamente en el desnudo plástico. Los modelos de perfección, que debían regir la concepción del arte, eran las obras de la antigüedad.

El Barroco se alza en contra la platonización estética y su tiranía. El estilo Manerista, es sólo una extinción lánguida de la forma clásica y acelera la revolución del Barroco.

Según Alois Riegl y Werner Weisbach, otro factor importantísimo interviene en la formación del nuevo estilo: "La Contrarreforma". Iniciada en el "Concilio de Trento", de 1545 a 1563, une a los países del sur y oeste de Europa, contra la secesión dogmática dentro de la Iglesia, originada por Lutero. Weisbach en su conocido *El Barroco y la Contrarreforma*, analiza este conflicto.

España no fue nunca adicta a los ideales clásicos de rigidez. Una mayor exuberancia da forma al Barroco. La reacción contra el Renacimiento Italiano, se caracterizó por el énfasis en la curva y la línea discontinua. Este estilo, en sus peores exponentes se encuentra en la arquitectura. Es un arte torturado, recargado e incongruente. Por la América Hispana se esparce en forma más primorosa y depurada, en la arquitectura colonial. El *Churriguerismo* toma su nombre del gran arquitecto José de Churriguera, que con su familia, crea esta faz del nuevo estilo y muere en 1725.

Italia en el siglo XVII, pierde la supremacía en la pintura. El centro se divide, surgen las escuelas nacionales. Tres grandes pintores en sus propios países, crean un nuevo estilo basado en el naturalismo y transfiguran el arte de acuerdo con su propia aceptación de la realidad: Rembrandt en Holanda, Rubens en Flandes y Velázquez en España. Rembrandt y Velázquez no se entusiasman con las idealizadas creaciones del divino Rafael. Reaccionaban en favor de la naturaleza contra la pompa del clasicismo italiano.

Palomino de Castro y Velasco, el Vasari español, trabaja en Madrid en 1678. Vio en Palacio todo lo que Velázquez dejó, copió de archivo y anotaciones de los artistas que lo conocieron, como Juan de Alfaro. Su *Museo Pictórico* se publica en Madrid en 1724. Como primer biógrafo, el pintor de Córdoba nos cuenta: "Se acosaba a Velázquez con la siguiente pregunta: ¿Por qué no pintar con la delicadeza de Rafael, en vez de las deformidades y groserías de campesinos viejos y

enfermos? El pintor pacientemente les respondía: "Más quería ser primero en esta grosería, que segundo de aquella delicadeza".

Y como Moratín nos asegura, Velázquez transformaba la belleza de lo feo, magnificaba lo bajo, lo grosero, lo deforme, con la dignidad del arte.

En el arte de Velázquez está manifiesta con precisa claridad la esencia de una vocación nacional. España rehusa las ideas básicas que inspiran el renacimiento italiano, porque repudian su concepción de la vida. Los ideales de belleza y perfección son sólo distracciones; el arte debe concernirse con la realidad y no con sueños. La vida puede ser como asegura Calderón, un sueño, pero cuando el sueño pasa, aún queda el individuo con su búsqueda de responsabilidad y salvación. Don Quijote, vive su vida en un sueño, pero en la hora de la muerte, consciente de su propia decepción, el problema de la salvación reaparece.

El ser humano se confronta con un mundo cósmico y supernatural. Este sentido dramático de la vida es el que Unamuno califica de Sentido Trágico. Al sentido trágico, que confronta al hombre con la Eternidad, Unamuno lo define como Hambre de Individualidad.

La pintura española proclama la estética de la salvación individual. El imperativo estético está representado por Velázquez. El endiosamiento del hombre concreto encuentra su paralelo, en el siglo XVII, en la filosofía de Leibnitz, en la cual, sus Mónadas, son las unidades de fuerza y energía y captan la realidad del universo. Es una explicación científica del mundo, con un cierto sentido panteísta. Pero es tal vez en la concepción religiosa del mundo, vagamente panteísta de Spinoza, que la pintura de Velázquez encuentra una mayor afinidad. Para el hombre católico de todos los tiempos, el mundo se explica como la creación de Dios.

Si la pintura española del siglo XVII, marca la exaltación de los valores de la Contrarreforma, como lo aseguran Weintgartner, Emile Mâle y Weisbach, la evaluación de la pintura velazqueña se dificulta. La tradición e iconografía española, se concentran en las imágenes pías, afirmando su desdén por lo literario y lo mitológico. Velázquez nos interpreta asuntos religiosos sólo en contadas ocasiones y bajo la dirección de El Greco, a quien reconoce como maestro de la espiritualidad.

En sus cuadros religiosos, Velázquez nos presenta al hombre sencillo en presencia de Dios. No lo reviste con la apariencia de gigante del maestro renacentista. El hombre normal se acerca a Dios en sus asuntos religiosos: *La Adoración de los Reyes*, *Cristo en la Columna* y *Cristo de la Merced*.

Su capacidad oficial, removía a Velázquez de las comisiones de iglesias y monasterios, que servían a los demás pintores de puntos de exhibición, donde sus cuadros se presentaban a la admiración del público. Se convierte en un pintor de hombres, en un Retrator. Y cual tal, está en contacto con todas las clases sociales de su tiempo. La Corte Austriaca de Felipe IV, eclesiásticos como el Papa Inocencio X y el Cardenal Pamphili. Nobles: como Olivares, Benavente y Spínola. Artistas como el escultor sevillano Montañés y poetas: Góngora, "el padre de los cultos desvaríos" y Quevedo, la figura culminante de las letras en el reinado de Felipe IV.

El retrato del poeta cordobés Don Luis de Argote y Góngora, en el Museo de Bellas Artes de Boston, fue uno de los primeros retratos pintados por el maestro en Madrid, debido al interés de Pacheco y a la importancia de Góngora a la sazón en plenitud de su gloria, quien era renombrado en la corte. En torno de él se libraba la mayor batalla literaria del seiscientos y tenía cargo de capellanía de honor, del Rey.

El retrato de Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, hijo de la Montaña, nacido en Burgos en 1580, es anterior a 1639, fecha en que su enemistad con Olivares le llevara a la prisión. El retrato tiénese hoy por perdido, subsisten copias, del padre del Conceptismo, que parecen ser réplicas del original.

Palomino lo describió: "Otro retrato hizo Velázquez de Don Francisco de Quevedo, Caballero de la Orden de Santiago. . . Pintóle con los anteojos puestos, como acostumbraba de ordinario traer. . .".

Quevedo, polígrafo, político y poeta, sustuvo contiendas con los más significativos escritores de su tiempo: Góngora, Alarcón, Montalbán.

Quevedo, autor de *El Buscón* era enemigo encarnizado del poeta de *Las Soledades*, y libraba una descomunal batalla contra el Culteranismo o Gongorismo, lanzando contra él sátiras y vejámenes.

En favor del Gongorismo estaban el Padre Paravicino, Francisco de Córdoba, Francisco de Villar y el Conde de Villa-

nueva. Quevedo, representante máximo del mal gusto opuesto al Gongorismo, se unía a Jáuregui, Argensola y eran capitaneados por las alusiones satíricas de Lope de Vega, enemigo de Góngora. Mientras los anatematizaban se volvían paulatinamente "culteranos". Jusepe Martínez compara a Quevedo, autor de *Los Sueños*, con el pintor Jerónimo Bosco. Jovellanos a Lope de Vega con Lucas Jordán, quien con su facilidad pervertió el arte. Góngora era *El Greco de la poesía*.

Según Francisco Cascales "aquella oscuridad perpetua debe ser condenada".

Velázquez también retrata a ese otro mundo de seres degenerados, bufones y enanos. Todo este conjunto de la sociedad fue inmortalizado con la misma objetividad, el mismo respeto por la personalidad, este acercamiento casi religioso a la existencia humana, a la cual Lafuente Ferrari llama: "La salvación artística del individuo".

Manuel Gallegos en su *Silva Topográfica*, es el primero que lleva a la imprenta al ingenio raro, ingenio peregrino, pincel preclaro, divino artífice, al gran Diego Velázquez... "La Monarquía alcanza milagrosa, de cuanta vida sus cuadros resplandecen. Su pintura divina, taciturno poema, muda historia, los sentidos domina, y reina en la memoria"...

Carlos Justi nos explica a Velázquez, en forma menos poética, pero más explícita, a través de un pasaje de Cervantes: "La historia es algo sagrado, porque debe representar la verdad y donde se encuentra la verdad está Dios. La verdad no es más que un aspecto de la divinidad".

DIEGO de Silva y Velázquez nace en Sevilla, el 6 de junio de 1599, entonces un importante puerto comercial. Hijo de Juan Rodríguez de Silva y Doña Jerónima Velázquez, ambos sevillanos. Tomó de la madre el Velázquez con preferencia al paterno, así se acostumbraba aunque no debiera en algunas partes de Andalucía, o por patriotismo, ya que el apellido Silva, aunque de nobilísimo origen tiene más de portugués que de español. Los Silva de Oporto se consideraban descendientes de Aeneas Silvius, Papa Pío II.

Sus linajudos padres le dieron una educación esmerada propia de su alcurnia. Fue criado con "la leche del temor de Dios".

Estuvo en escuela de latín y se distinguió en el estudio de las buenas letras y filosofía. En *Cómo vivía Velázquez*, nos

cuenta Sánchez Cantón: "Tenía libros de Horacio, Xenofonte, Quinto Curcio, Petrarca, Ludovico Dolce, *Las Décadas* de Tito Livio, *La Historia Natural* de Plinio, *Ética y Política* de Aristóteles, *La Metamorfosis* de Ovidio, *Orlando Furioso* de Castiglione, *El Tratado de la Pintura* de Leonardo da Vinci, *El Tratado de Simetría* de Durerro, *Perspectiva* de Barlaro y *Arquitectura* de Vitrubio y Paladio. Brillaba por su ausencia la vaga y vana literatura".

Su aprendizaje como pintor se inició en el taller de Francisco Herrera "el Viejo", hombre de carácter duro y violento. Pasó el 6 de septiembre de 1611 a la Academia de Pacheco. Su nuevo maestro era escritor de arte, asesor artístico de la Inquisición, dulce y muy instruido, aunque algo pedante. Pacheco escribe: "Después de cinco años de enseñanzas, casé con mi hija Juana, movido por su virtud, limpieza y buenas partes, y de las esperanzas de su natural ingenio. Es mayor la honra del maestro, que la del suegro". El 14 de marzo de 1617, Velázquez comparece para ser examinado como pintor.

Desde su iniciación Velázquez denota su preferencia por los temas naturales. Copió bastantes obras de los buenos maestros, pero aún más copió de la naturaleza. Pacheco, en su *Pintura del Arte: Su Antigüedad y Grandeza* nos cuenta: "Contrataba aldeanitos, quienes le servían de modelos, en diferentes actitudes, ya sea llorando, ya riendo. Granjeaba la certeza del dibujo, sin perdonar dificultad alguna".

Velázquez elige una senda nueva de inspiraciones originales. Platón sugiere: "La pintura es muda, la poesía nos habla", pero la pintura busca a su alrededor la poesía de las cosas comunes. Así surge el apasionamiento del Barroco por las cosas inanimadas. Es en Sevilla, donde estas naturalezas muertas toman el nombre Bodegones. Velázquez nos entrega la profundización y poetización de la vida común. En este nuevo concepto de la pintura, Velázquez, Zurbarán y Sánchez Cotán en España coinciden con Caravaggio en Italia.

La influencia predominante y universal en la tercera parte del siglo XVI en Europa, es Caravaggio. Sus enseñanzas son adoptadas por los mejores artistas de Francia e Italia. Tanto el artista como el público estaban cansados de la rígida idealización de los temas iconográficos y se concentraban ahora en el objeto mismo.

Miguel Angelo Merisi (1573-1609), nace en Caravaggio,

Milán. Hijo de un albañil, Caravaggio vivió como un bohemio. Su revolucionaria actitud rechazaba el intelectualismo y la estética de su época, y afirmó su pintura en la realidad física y emocional del mundo a su alrededor. Caravaggio no es sólo el creador del Barroco italiano, sino también la fuente del realismo moderno. Pinta sus *Bambocciates*, que en España corresponden exactamente a los *Bodegones*. No hay en éstos ni santos, ni héroes mitológicos, ni leyendas. El centro del cuadro está dedicado a una cocina, un comedor o un sitio en que el pueblo aparece comiendo o trabajando. Todo es actividad popular.

Caravaggio, fundamentalmente un realista, introdujo en la pintura original iluminación, que se ha denominado como claroscuro. La luz en Caravaggio a pesar de su patetismo y dramatismo, es real. En sus *Bodegones*, Velázquez, trata de emular esta "luz de bodega", que realizaba sólo partes de su modelo, sumiendo el resto en las tinieblas, en forma teatral.

Velázquez pinta el claroscuro, el "tenebroso" español, tan odiado por John Ruskin, "con negros" pero sin negro. El parco Velázquez lleva la osadía en su inspiración. Palomino nos relata: "Todo lo que Velázquez pintaba en este período, estaba en su estilo. Quería ser diferente del resto y encontrar su propio camino. Atrevidamente tomó las costumbres de las gentes y las representó con color y luz peculiares".

La generación de Velázquez estaba cansada de la obligación de lo bello y preferían las cosas como eran. El siglo XVII, se caracterizó por su seriedad. El avance de las matemáticas y de la física, es paralelo con la filosofía de Descartes y la política realista de Richelieu. Velázquez perseguía la creación de un nuevo sistema de colores interrelacionados, que captara los sensitivos cambios de los matices bajo la influencia de la luz reflejada, la cual llevaba en sí, la aparente desintegración de la solidez del objeto. Esta preocupación científica, esta síntesis analítica, lo convierten en el precursor de la Escuela Impresionista. Es Eduardo Manet, fundador del Impresionismo, quien busca las enseñanzas de Velázquez, "el pintor más pintor que haya existido". El Museo Metropolitano de Nueva York cuenta con una docena de pinturas que muestran la influencia del español en Manet, tanto en el tenebrismo de los fondos, como en los temas seleccionados de asuntos populares españoles.

En sus *Bodegones*, pinturas "de las cosas groseras y viles", Velázquez se deleita en delinear las superficies redondeadas de

los jarros sevillanos, le atraen los reflejos del vino en el cristal de la botella; contrasta la corteza suavemente dorada de los panes, con las escamas iridiscentes de los pescados. Estudia las formas de las frutas maduras y la textura de los diferentes utensilios de cocina. El cobre recorta su dorado brillo, en los duros pliegues del blanco mantel almidonado. Los objetos sencillos son extensivamente estudiados en sus contornos y luz reflejada. El conjunto, en su magnífica simplicidad, lo seduce con fuerza irresistible.

Sus *Bodegones* fueron tan estimados, que ninguno permaneció en el Prado. Enormemente admirados por los generales franceses, fueron seleccionados como trofeos artísticos al abandonar España en 1812. Aquella tendencia a pintar figuras de la plebe, dio nacimiento al cuadro *El Aguador*, personaje común en Andalucía. Llamado a Madrid por el Conde-Duque de Olivares, Velázquez lo lleva consigo. Consideraba sus *Bodegones*, como buen arte. *El Aguador* fue seleccionado para adorno del Buen Retiro, en cuyo inventario se inscribe en 1700. José Bonaparte, al huir de Madrid en 1813, lo incluye en su equipaje. Tal vez su preferencia se debiera a que el "aguador", como él, era de origen corso. Finalmente, el Rey Fernando VII, regala *El Aguador* al Duque de Wellington, en cuya colección aún permanece.

La carrera de Velázquez es rápida y espontánea. A la edad de 23 años, cuando el pintor hace su segundo viaje a Madrid, retrata la dignidad de la regia cabeza de Felipe IV. El monarca quedó tan prendado con su personalidad como con su pintura. Lo nombra "Pintor de Cámara" y manda retirar todos los cuadros que previamente se le hicieran.

Los artistas como Carduccio, Caxes y Nardi, envidiosos de su repentina entrada en favor del Rey, critican su "detestable naturalismo". Velázquez retrata al Infante Fernando, a quien según Pacheco, Velázquez debía "haber entrado en Palacio por la puerta". El 6 de octubre de 1623 se le comisiona "para que se ocupara de lo que se le ordenara de su profesión, señalándole 200 ducados de salario al mes, aparte de pagársele las obras que ejecutara y concedérsele otra pensión de 300 ducados".

Su entrada en palacio, es más bien un triunfo diplomático que artístico. Su pintura es ignorada por la mayoría que no tiene acceso en Palacio. Este aislamiento en su puesto oficial había de afectar su fama mundial por siglos. Hasta cerca de

cien años atrás, sus pinturas estaban selladas en las cámaras del Alcázar, negadas al público y lejos de toda contemplación y admiración.

En 1625, impresionado por el retrato de *Carlos V a Caballo* de Tiziano, Velázquez quiso agradar a su regio protector, presentándolo con los aires de un heroico vencedor, a caballo y con toda la majestad de la realeza. Con esta versión se inician la serie de retratos ecuestres, en los cuales, al decir de Pacheco "había imitado todo del natural, hasta el país". Éste es el único retrato ecuestre que se conserva en el Prado de los tres o cuatro que pintara del Rey. El movimiento aplomado del oscuro caballo piafando, puesto en media corveta, hace exclamar al alemán Woermann: "Es el mejor pintor de perros y caballos que ha existido".

Tanto el Rey como el pintor realizaron cuan restringida era la existencia de Velázquez en palacio. Al concluir este retrato, se expuso en las gradas de "San Felipe" en Madrid, a la admiración y contemplación del público. Luis Vélez de Guevara, poeta andaluz y autor del *Diablo Cojuelo*, le habla a este retrato en su soneto tomado de los apuntes de Díaz del Valle y dado a conocer por Palomino:

Dí retratas o animas? Pues de suerte
esa copia real está excedida,
que juzgara que el lienzo tiene vida...

Jerónimo Villanueva, el "florido ingenio sevillano" concluye así su poesía:

Muévese el sauce y las olientes flores,
con parleros olores,
y con trino las aves,
publican lo que sabes,
eternizar tu nombre,
Velázquez, que a tu mano
debe el afecto humano
crédito más que de hombre.

LA venida de Pedro Pablo Rubens a España, de 1628 a 1629, es trascendental para el desenvolvimiento de la técnica

velazqueña. Rubens persuade al Rey de que autorice a su pintor a viajar a Italia, fuente de las artes.

En su primer viaje a España en 1603, Rubens quedó sorprendido de la crudeza de los pintores en Sevilla, la mayoría extranjeros. Es el momento en que los grandes pintores de España, nacen: Ribera en 1591, Zurbarán en 1598, Velázquez en 1599, Alonso Cano en 1601 y Murillo, en 1617. Rubens, el celebrado pintor flamenco, visita Madrid en misión diplomática. Es el enviado del Gobernador Español de los Países Bajos, cargo ocupado por la Archiduquesa Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II y tía de Felipe IV. Rubens, había recién completado una serie de 17 cuadros, celebrando la Iglesia y la Eucaristía, para ser tejidos en tapices. Ocho de éstos, son posesión del Prado.

El hecho que Rubens con su arte, había adquirido un puesto importantísimo en la sociedad, no dejó de impresionar al joven Velázquez. "Rubens con pintores comunicó poco, pero hizo amistad con Velázquez por su modestia, y favoreció sus obras, y juntos fueron a visitar El Escorial". El pintor flamenco copió del natural muchos de los Tizianos en la Colección Real. Dos de estas telas fueron adquiridas por Felipe IV, quien obtuvo también 112 cuadros de Rubens, pintados entre los años 1636 y 1638, en su estilo libre y apasionado. Estaban comisionados para la Torre de la Parada, donde fueron sujetos a la destrucción y robo de las tropas austriacas, holandesas e inglesas, que arrasaban Madrid durante la Guerra de Sucesión.

Velázquez no era envidioso de la gloria de otros. No sintió nunca necesidad de alejar de la corte a los demás retratistas. Se defendía de la influencia del deslumbrador flamenco, con el cuadro más castizo y sobrio imaginable: *Los Borrachos* o *Baco*. No existe en él, ni el clasicismo redivivo, ni el colorido ofuscador de Rubens. El tema clásico está tratado en forma prosaica. No hay problemas de ridículo ni de parodia, rien los personajes, el autor no ríe. No se deja llevar por el mundo imaginario, sino que espera que éste vuelva a la realidad. Rubens, a su vez, consigue como gracia especial retratar a Felipe IV y la influencia decisiva, es aquí la de Velázquez.

Eugenio d'Ors, en su libro: *Tres horas en el Museo del Prado*, se refiere al cuadro de los beodos campesinos:

"No sólo a Don Quijote se le convierten los castillos en posadas, las princesas en maritornes. Esa es desdicha muy es-

pañola. Velázquez por el mismo tiempo, trueca las mitologías en rufianerías. . . Pero el arte todo lo redime; y cuando da en convertir el dios en pícaro es para, a su manera, elevar, con la inmortalidad el pícaro a Dios".

La composición horizontal, por toda su viveza, está pintada con una paleta cargada de sombras, en la que el vigoroso modelado recuerda la pesada técnica de sus *Bodegones*. Sin embargo, este trabajo muestra la tendencia a la silueta, en dos dimensiones.

Iconográficamente la combinación de un tema mitológico con un tratamiento naturalista, es una novedad en España. Ortega y Gasset, asegura que Velázquez "busca la raíz de cada mito en lo que llamamos el logaritmo de la realidad". *Los Borrachos* sobresale también, por ser único en su tema, en la historia de la pintura española. Lo que lo hace interesante en el sentido que la literatura del pícaro lo fuera en los siglos XVI y XVII.

Con *Los Borrachos* se cierra una época de la evolución colorista y lumínica del pintor. Este cuadro encierra la promesa de una nueva forma pictórica, de una vocación nacional. Con los medios económicos que esta pintura le proporcionara, se une al cortejo de Spínola en Barcelona y zarpa el 10 de agosto de 1629. La ordenada evolución de sus estilos, está delimitada por su primer viaje a Italia, donde visita Venecia, Génova, Bolonia, Roma, Ferrara y Nápoles. En Nápoles se encuentra con Massimo Stanzione y Caracciolo de la escuela de Caravaggio. Estrecha la mano de José Ribera "lo Spagnoletto", quien reside en la ciudad. Este es el único contacto de Ribera con la Casa Real y fue para él trascendental. No había esperado nunca nada de España, su patria. "España", decía Ribera, "es madre piadosa de forasteros y cruelísima madrastra de los propios naturales".

Velázquez tiene 30 años, está impresionado pero no subyugado por los venecianos. Copia pinturas renacentistas e imita las grandes dimensiones de las composiciones italianas. Bajo esta influencia pinta en Roma, un asunto bíblico y uno mitológico: *Apolo en la Fragua de Vulcano* y *La Túnica de José*. En la Fragua, la influencia clásica está presente sólo en el nombre. Ortega y Gasset nos dice: "El pincel de Velázquez es la escoba con que barre a los dioses".

Apolo, coronado con laurel y rodeado de un halo de luz,

visita a Vulcano "Dios del Fuego", para informarlo que Venus, su esposa le es infiel con Marte. La tensión de la escena se intensifica ante la sorpresa, que se transformará en acción y venganza, impresa en los perplejos rostros de los herreros, que ayudan a Vulcano a fundir las armaduras de los dioses. El incidente está localizado, modernizado y actualizado. Velázquez toma la composición de los venecianos, pero sus colores son fluidos y argentados dando el conjunto una atmósfera homogénea.

La cabeza de Apolo, aquí reproducida, pertenece a la Casa Wildestein de Nueva York y fue publicada por José Gudiol en *Pintura Española*, impresa en Toledo, 1941.

Este boceto es sumamente delicado y sus matices nacarados, entregan una paleta más liviana. Esta mayor soltura y su creciente refinamiento avanzarán en la técnica de los retratos reales.

Elizabeth du Gué Trapier, cita al escritor español Andrés de Uztároz, quien en 1646, se refiere a Velázquez "cuya habilidad puede con tan pocos pincelazos mostrar tanto arte, tanta libertad y rapidez de ejecución.

Quevedo, quien se describía a sí mismo de este modo: "Es hombre de bien, nacido para mal, hijo de algo, para ser hombre de muchas fuerzas y de otras tantas flaquezas. . . , es de buen entendimiento, pero no de buena memoria; es corto de vista, como de ventura; hombre dado al diablo, prestado al mundo y encomendado a la carne; rasgado de ojos y conciencia, negro de cabello y dicha, largo de frente y razones". Como además era cojo y zambo se le llamaba "el diablo cojuelo". Tenía la disposición que conviene a un satírico. Despiadada y demoledora era la acritud de sus burlas.

En su conceptuosa silva *El Pincel* o *En Alabanza de la Pintura*, escrita en 1629, aparecida en el "Parnaso Español" y publicada en 1670 en "Las Tres Musas Castellanas", incluye su nombre en vivo elogio:

Y por ti el gran Velázquez
diestro cuanto ingenioso,
así animar lo hermoso
así dar a lo mórbido sentido
con las manchas distantes;
que son verdad en él, no semejantes
si los afectos, pinta,

y de la tabla leve,
huye bulto la tinta, desmentido
de la mano el relieve.
Y si en copia aparente
retrata algún semblante, y ya viviente
no le puede dejar, lo colorido
hace que quede tanto parecido
que se niega pintado; y al reflejo
se atribuye que imita en el espejo.

CARTA DE PARÍS

EL TEATRO INTERNACIONAL Y OTROS SUCESOS CULTURALES

Por *Marcel SAPORTA*

UNO de los fenómenos de la vida cultural francesa es, por cierto, el éxito del "Teatro de las Naciones". Nadie sabe, desde luego, cómo podrá evolucionar esta institución en el futuro, ya que cada temporada es una nueva aventura en materia de teatro, pero después de haber conseguido durante dos años de vida oficial mantenerse en el alto nivel alcanzado durante dos años de vida oficiosa, el empresario puede considerar, hoy en día, que la fase de experimentación se ha acabado satisfactoriamente.

¿Qué es el "Teatro de las Naciones"? En primer lugar un desafío a la lógica. Este teatro representa un intento para que las mejores compañías del mundo se enfrenten, en un mismo escenario, usando cada una su idioma nacional. El milagro que se ha repetido por la cuarta vez este año consiste en llenar, durante meses, un teatro en París con espectadores que no entienden —en su mayoría— una sola palabra de lo que dicen los actores... ya que se suceden en este teatro semana tras semana alemanes, griegos, israelitas, chinos, japoneses, españoles, ingleses y americanos, etc...

Aun admitiendo que mucha gente entienda el inglés, el español y quizá el alemán (y desde luego, entre los aficionados, pocos entienden a la vez todos estos idiomas) la inmensa mayoría de los franceses y forasteros que aplaudieron durante más de quince días el teatro de Pekín no conocían el chino; en cuanto al hebreo o al japonés no son lenguas que suelen usar a lo largo del Sena.

¿Cómo ha llegado a cuajar una idea tan arriesgada y qué es el resultado de tan magna empresa? Es lo que importa exponer.

El "Teatro de las Naciones", cuya fundación fue decidida en 1955 por las veintitrés naciones miembros del Instituto Internacional del Teatro (organismo relacionado con la Unesco) heredaba el caudal inapreciable que constituían dos *Festivales* anteriores, en 1954 y 1955, celebrados en París con una fórmula idéntica a la que adoptó el Teatro de las Naciones.

Estos "Festivales Internacionales del Teatro" habían sido organizados por uno de los personajes más extraños que pisaron un tablado desde la Primera Guerra Mundial. Se llamaba Julien y había empezado su curiosa carrera cantando en los music-halls, vestido de marinero con otro humorista, del mismo estilo, Gilles. Gilles y Julien constituían entre las dos guerras una pareja divertida y simpática de cantantes, como existen muchas en los espectáculos de variedades.

Lo que ignoraba el público de las "boites" donde se aplaudía a los duelistas, es que ambos eran alumnos del gran Copeau, uno de los precursores del teatro moderno y miembro del famoso Cartel con Baty, Dullin y Pitoef.

Cuando vino la Segunda Guerra Mundial el tiempo de las canciones cómicas había pasado y Julien se hizo periodista. Y periodista era cuando se le ofreció la ocasión de ayudar a Dullin que acababa de conseguir uno de los teatros más amplios de París, el Sarah Bernhardt, aunque, para decir la verdad, este teatro tenía fama de traer la mala suerte a los directores que se arruinaban uno tras otro en este edificio poco acogedor y demasiado solemne para permitir una gran popularidad.

Dullin, como los demás, fracasó después de haber luchado enconadamente y haber logrado breves pero clamorosos éxitos. Cuando Dullin se murió miserablemente en un hospital de París amargado y empobrecido, Julien se quedó con el teatro imposible de llenar y más trágico que nunca después de haber presenciado una derrota más.

¿Cómo llenar este espacio teatral? ¿No convenía abandonarlo una vez para siempre? Entonces nació la idea. Todo el teatro universal no era demasiado para colmar este vacío. Cuando el Instituto Internacional del Teatro adoptó la idea, el segundo Festival de París había demostrado que esta idea era buena: en el curso de aquella temporada 139 espectáculos habían permitido reunir a 102,000 espectadores. Polacos, suizos, canadienses, escandinavos, portugueses, los vieneses del Burg-

theater, los irlandeses del Alley Theater, Eduardo de Filippo con *Questo fantasma*, Eurípides y Sófocles presentados por el Teatro Nacional de Atenas, y Bertol Brecht con el "Círculo de Tiza", entre otros, se había reunido para realizar el más prestigioso programa que jamás se había soñado en el mundo.

Desde el *Berliner Ensemble* comunista, hasta el *American National Theater and Academy*, el museo vivo del teatro universal presentaba las obras y las técnicas más opuestas; este eclecticismo (que se observa ahora tradicionalmente cada año) le permitió a Julien presentar, en 1957, el *Requiem for a Nun* del Premio Nobel americano Faulkner, adaptado por el francés Albert Camus y dirigido (en alemán) por Erwin Piscator.

A nadie le extrañará leer que Julien y sus colaboradores recorren antes de cada temporada 60,000 kilómetros alrededor del mundo para organizar esta selección y preparar el terreno.

Este año, entre los homenajes a Bert Brecht y a O'Neill, dibujando una vez más el cuadro político e ideológico del festival, se incluía más de veinte obras de todos los países entre las cuales se destacó particularmente el *Titus Andronicus* de Shakespeare por Lawrence Oliver y Vivian Leigh.

Ahora bien, ¿cuál es el resultado de todo esto?

Roland Barthes, cuyo entusiasmo no se puede negar en tal materia, ha escrito unas páginas que conviene meditar, ya que, a pesar de su aparente elogio, deja adivinar una importante crítica: "La finalidad profunda de este experimento, no es —a mi juicio— enriquecer a todo el público, sino transformar a unos pocos. Esta transformación, casi moral, de nuestra sensibilidad dramática me parece el objetivo más urgente, hoy en día. Si el Teatro Sarah Bernhardt sólo representara un conjunto de experiencias idénticas —salvo unas pocas diferencias (el "alma rusa", la "vivacidad italiana", etc.)— éste no tendría mucho interés: no buscamos la confirmación de nosotros mismos sino un verdadero alejamiento. Creo que se debe considerar el Teatro de las Naciones con espíritu militante y fundir todas sus contribuciones en una revelación personal de nuestro pensamiento dramático.

En esto estriba quizás el reproche que se puede hacer al Teatro de las Naciones: no constituye una fuente de inspiración o de renovación colectiva sino tan sólo un elemento de erudición... hasta la fecha por lo menos. Pero, por otra parte, no se ha oído decir tampoco que algún dramaturgo haya

sido transformado por haber asistido a una temporada del "Teatro de las Naciones" mientras que, al contrario, la influencia de Ionesco, de Adamov, de Miller, de Tennessee Williams sobre los jóvenes autores se impone cada vez más aunque ninguno de ellos haya sido representado en el Sarah Bernhardt.

En cuanto a la influencia de Brecht y de O'Neill bien se sabe que llegó hasta su culminación mucho antes del primer Festival.

Es cierto, también, que se debe "dar tiempo al tiempo". De momento, el "Teatro de las Naciones" constituye en primer lugar, un magnífico espectáculo y un medio de educación incomparable para los críticos y los aficionados. También representa desde el punto de vista de la pacífica convivencia internacional uno de los medios más interesantes que hayan sido utilizados aun para fomentar el conocimiento mutuo de las formas culturales nacionales. Los millones de turistas que visitan Francia cada año deberían ser avisados de esta facilidad que tienen, desde abril hasta julio, para conocer las formas teatrales del mundo entero; si se difunde suficientemente la noticia no cabe duda de que no sólo el público francés sino también los miles de estudiantes e intelectuales de todos los países aprovecharán esta oportunidad.

Para eso también estamos en el comienzo: el "Teatro de las Naciones" será mucho o poco según las naciones mismas querrán usar hasta el máximo todas las posibilidades que encierra o sólo lo mirarán como un instrumento de propaganda cultural, como fue demasiadas veces el caso.

Si el teatro sigue siendo, bajo sus diversas facetas, el objeto de la atención de la prensa y del público, en París, no pasa lo mismo con la poesía, y pocas veces hemos tenido ocasión de hablar de un gran poeta francés desde que terminó la guerra.

Por esta razón cobra una importancia especial la publicación de *Amers*, la última obra de Saint-John Perse. Es cierto que el poeta pertenece a la generación anterior y que su arte se relaciona estrechamente con el de Paul Valery, pero a falta de una producción poética más moderna, es preciso saludar de paso esta obra maestra del gran emigrado que algunos quisieran presentar como candidato para el premio Nóbel.

Pero, aun reconociendo el talento de Saint-John Perse, muchos consideran que apenas se le puede llamar francés ya

que ha pasado los veinte últimos años casi enteramente en los Estados Unidos. Las razones de esta actitud del poeta son múltiples: desde luego una de las más importantes estriba en la actividad política del autor antes de la guerra; en efecto es aguda la sensibilidad de este alto funcionario de la diplomacia francesa que se pregunta si no se le puede considerar parcialmente responsable —dentro de su limitada esfera de competencia— del fracaso de la guerra; y tal sospecha justifica ampliamente su retiro aunque nadie le hubiera, probablemente, acusado de haber desempeñado un papel decisivo —ni mucho menos— en el desastre nacional.

Por otra parte, es probable también que en su exilio voluntario, el poeta haya encontrado la tranquilidad y la calma necesaria para realizar su obra. No se debe olvidar que muy poca gente apreciaba sus escritos en aquellos tiempos y que el público (aun el público culto que leía Claudel y Valéry), desconocía por completo su nombre.

Amargado por lo que muy bien podía considerar el doble fracaso político y artístico de su vida, el poeta decidió abandonar su patria y "refugiarse en el desierto". Desierto bastante civilizado, por otra parte.

He aquí que en el destierro la suerte se le vuelve propicia. Al poco tiempo Claudel le hace esta propuesta increíblemente absurda: "Revenez, nous vous ferons la situation de Valéry"; propuesta que Saint-John Perse rechaza, desde luego, pero que vierte una extraña luz sobre las ideas de Claudel en materia de gloria y de poesía. Pero el emigrado sigue trabajando, y hace pocos meses, publica en la Nouvelle nouvelle Revue Française un poema que forma parte de su nuevo libro *Amers*.

El primer verso "Étroits sont les vaisseaux" llega en poco tiempo a representar un leit-motif de la conversación "à la mode". Cuando sale el volumen toda la prensa publica largos artículos sobre el autor. Y ahora este hombre viejo —tiene alrededor de setenta años— y decepcionado consigue por fin llamar la atención de los lectores.

Pero la triste evidencia es que la poesía, en general, no tiene muchos adictos en Francia ahora.

Sin embargo, durante la guerra había un entusiasmo profundo por este modo de expresión que correspondía a una exaltación nacional intensa dentro del marco de la "Resistencia" al enemigo. Los poemas de Aragón y de los "poetas ar-

mados" eran los himnos clandestinos de la rebelión contra el nazismo. El sentir popular encontraba instintivamente un aliado en la lectura de estas obras en las cuales podía comprobar que el arte y la belleza estaban por el lado de la Resistencia.

Durante algunos años aún, después de la Liberación, la venta de los poemas se mantuvo. A la poesía armada sucedía la boga de Prevert —cuya obra, escrita en su mayor parte antes del conflicto, encontraba un éxito tardío pero considerable— pero en 1950 se multiplicaban las pruebas de la indiferencia del público. Pronto se deshizo completamente el prestigio del verso, quizás porque las preocupaciones de la guerra fría y de la Reconstrucción del territorio alejaban a los lectores de las obras poéticas. Pero quizás también porque los poetas ya no tenían nada nuevo que decir.

Es casi imposible encontrar ahora una nueva escuela poética comparable con el surrealismo de la anteguerra: el llamado "letrismo" que pretendía reducir la poesía a una asociación de sonidos puros no pasó de ser una broma que nunca llegó a ser graciosa (aunque haya servido de pretexto para unas cuantas charlas y peleas). Los poetas que siguen enviando sus obras a los editores son tan numerosos como antes pero no hay quién los publique ni quién los compre.

El especialista de las ediciones poéticas, Pierre Seghers, recibe unos cien manuscritos al mes, de los cuales publica dos (apenas 500 ejemplares de cada obra elegida). Otras editoriales que no se especializan en la poesía (Editions du Seuil, Gallimard, etc.), sacan hasta 2,000 ó 2,500 ejemplares de cada libro de versos pero publican muy pocos. En realidad los poetas que pueden gastar algún dinero publican sus propias obras para distribuir las a sus amigos y los demás los conservan en sus cajones para presentarlas eventualmente en los numerosos concursos locales que les permiten ganar algún premio con ocasión de una feria o de festividades diversas.

Después de cincuenta años Edmond Rostand sigue siendo el poeta más leído del siglo pero sobre todo porque escribió teatro en verso; el delicado e insignificante poeta Geraldly ha vendido cientos de miles *Toit et Moi*, una obrita de amor que todos los adolescentes románticos conservan en sus estantes; en cuanto a Prevert, el más reciente de los poetas populares su fama se mantiene desde hace quince años pero no produce nada

que sostenga la comparación con *Paroles* que le valió su inmensa popularidad. Esta clase de poesía ha pasado ahora a la canción: un poeta compositor como Brassens ha ocupado el puesto abandonado por Charles Trenet envejecido, pero este género no pasa de ser bastante trivial.

No se puede terminar esta carta sin dar noticias de las tres niñas-prodigio, Minou Drouet, Françoise Sagan y Berthe Grimault que llamaron de nuevo la atención este año por diversas razones (Véase *Cuadernos Americanos* 1956, No. 3).

Minou Drouet está escribiendo una novela y se prepara para figurar en una película. Se ha vuelto un instrumento para ganar dinero y hasta sus más fieles defensores encuentran que los "recitales" de la niña en los "casinos" de los balnearios deberían ser prohibidos.

En cuanto a la pastorcilla Berthe Grimault, inculca autora de dos novelas excelentes y violentas, es el objeto de un extraño experimento. Se sabe que la niña que no sabe prácticamente ni leer ni escribir, contaba a un amigo, Eliezer Fournier, los cuentos que éste redactaba en forma de novela. Ahora bien, la directora de uno de los colegios más elegantes de Inglaterra, donde sólo se educan señoritas nobles para ser presentadas en la Corte de Inglaterra, quiso saber si se podía transformar a la pequeña autora en una persona civilizada. Es preciso decir que quedan en Francia muy pocos pueblos tan miserables como el de Berthe Grimault, donde los moradores viven de un modo primitivo y casi animal. La relación entre esta vida medio salvaje y el ingenio creador de la niña es una de las incógnitas del problema. Las primeras noticias que llegan de Inglaterra acerca de la joven parecen demostrar que los resultados son pocos y que mejor hubiera valido dejarla con sus gallinas y sus cerdos contando a su amigo Eliezer fantásticas historias antes que someterla a este cambio tan radical de vida que puede desequilibrarla. De momento su imaginación prodigiosa parece haberse apagado. ¿Qué va a ser de ella si tiene que volver al pueblo? La crueldad de esta hipótesis demuestra lo arriesgado del experimento.

En cuanto a Françoise Sagan (cuyo enlace con el editor Schoeler ha sido anunciado) su nueva novela *Dans un mois, dans un an* salió en septiembre y parece inferior a *Bonjour*

Tristesse y a *Un certain sourire*. La autora sigue viviendo a la James Dean, guiando coches de carrera y tuvo un gravísimo accidente en abril; su leyenda se completa pues cada año: poco le faltó para matarse y sólo le salvó un servicio especial de policía que despejó la carretera para dejar paso a la ambulancia que llevaba a la joven novelista al hospital. Peticiones circulan para que le quiten la licencia; ha tenido tres accidentes importantes en tres años. Con todo, sus libros se venden cada vez más, pero es posible que *Dans un mois, dans un an* modifique la tendencia. La obra en sí misma no tiene ningún interés y sólo consiste en un catálogo de los adulterios y concubinatos de unos diez intelectuales parisinos durante un invierno y 190 páginas.

Si no lo justifica un alarde psicológico balzaciano, ya no es un tema que pueda conmover a nadie.

Libros y Revistas

LIBROS

Por *Mauricio DE LA SELVA*

MARIO GILL, *Nuestros buenos vecinos*, Edit. Paralelo 20, 376 págs., México, 1957.

Con una carátula del conocido artista Alberto Beltrán y un prólogo del periodista Armando Rodríguez Suárez, ambos trabajos a la altura del contenido del libro, Mario Gill aborda más de cien años de relaciones entre México y los Estados Unidos.

Aun cuando el autor hace referencias a fechas anteriores, es la del 1º de abril de 1837—cuando la goleta norteamericana *Champion*, dirigiéndose al puerto mexicano Matagorda, violó el decreto del 2 de marzo de 1837—, con la que inicia la cronología de su reportaje, el cual se prolonga hasta el año de 1957.

Mario Gill, provisto de bibliografía suficiente para sostener la verdad del tema que le ocupa, señala con valentía las causas y circunstancias por las que, a través de la historia, México no ha rechazado en la forma debida las agresiones, amenazas, invasiones, etc., de que le han hecho objeto *nuestros buenos vecinos* norteamericanos. Refiriéndose a la resistencia que los patriotas nacionales vienen oponiendo, desde hace más de un siglo, contra el espíritu de anexión o de la penetración económica que han llevado adelante los capitalistas de los Estados Unidos, Gill apunta, con desesperada ironía, que: "Nuestra historia, a partir de la Independencia, es la historia de nuestra terca resistencia a 'dejarlos salvar por el Imperialismo'. En este reportaje—anticipa— se hablará de todos esos intentos frustrados por nuestra culpa. Lo extraordinario es la paciencia de nuestros vecinos que, pese a nuestra ingratitud, insisten una y otra vez a lo largo de un siglo en hacernos felices. En ningún momento nuestros buenos vecinos se han olvidado de nosotros; nunca nos han dejado de la mano esperando pacientemente que seamos razonables algún día y aceptemos su tutela definitivamente, su protección bondadosa; esperan el momento en que al fin nos echemos en sus brazos, arrepentidos de haber estado frustrando en buena parte su *destino manifiesto*". En efecto, el autor narra "todos esos intentos frustrados por nuestra culpa": en las páginas de su trabajo van apareciendo los nombres de Juárez, Ocampo, Madero, Suárez, Aguilar, Cárdenas, etc., y sus luchas contra los Santa Anna, los Huerta, que representan la traición y la cobardía, la infamia y la ambición. Hablando de Santa Anna y su entrevista con el Presidente norteamericano Jackson, el año de 1836, Mario Gill supone que: "Cuando Jackson conoció a Santa Anna y tuvo con él un acuerdo secreto, debe haber dicho lo que posteriormente dijeron los hombres de la Casa Blanca de Somoza, el de Nicaragua: ¡Es un hijo de p... pero es nuestro!"

Todos los capítulos que conforman este libro, por la sinceridad y la pasión patriótica con que han sido expuestos, exigen comentarios extensos y favora-

bles, sin embargo, por razones obvias hemos de prestar mayor atención a tres de dichos capítulos. Veamos.

El crimen de la Embajada, donde se relata cómo en 1913, Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos en México, después de que el Presidente Madero gravó a las empresas petroleras con un impuesto de 20 centavos por tonelada, se convirtió en el autor intelectual del asesinato del Presidente y del señor Pino Suárez. Gill dice que "ésta no es una afirmación inspirada en ese 'salvaje resentimiento' mexicano de que hablaba Lane Wilson, ni fruto de una yanquofobia crónica. Es el resultado de una investigación realizada en México por un norteamericano... por Mr. William Bayard Hale, representante personal del Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Mr. Woodrow Wilson".

¡De los invasores, ni la vida! Capítulo en el cual, a la vez que se describe el desembarco armado de la marinería yanqui en Veracruz, se exalta la dignidad del pueblo mexicano mediante las palabras de uno de los héroes de la jornada: José Azueta, quien encontrándose herido, en paso de muerte, y sin posibilidades de atención médica, fue visitado por el Almirante Fletcher, jefe de la Escuadra agresora, y al serle ofrecido el médico de la Escuadra por el Almirante, respondió: "¡De los invasores, ni la vida!"

Y *El momento crucial*, último capítulo donde Mario Gill, habiendo escrito una crónica histórica de los atropellos inferidos a México por parte de los Estados Unidos, en los órdenes económico, político y moral, llega a la conclusión de que "Las elecciones de 1958 son efectivamente decisivas para el destino de México. Estamos—asegura—en una encrucijada de la historia: se consume la entrega total de la economía del país al imperialismo con la consiguiente pérdida de la soberanía, o se adopta una política nacionalista, patriótica, sin chauvinismos pero también sin malinchismos... dentro de normas de colaboración pro paz, de igualdad, de respeto mutuo y de auténtica buena vecindad en los hechos... Y conste—finaliza aclarando—que no confundimos al imperialismo y sus agentes con el pueblo norteamericano: para éste, nuestra simpatía y un saludo fraternal".

ROSARIO CASTELLANOS, *Balún Canán*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 294 págs., México, 1957. Colec. Letras Mexicanas, Núm. 36.

Esta es una novela que, de golpe, viene a incorporar a su autora entre los buenos novelistas mexicanos. El talento que la poetisa Rosario Castellanos ha mostrado en el cultivo de la poesía, se manifiesta agudo y decisivo en la prosa de *Balún Canán*. Porque es necesario tener talento para introducirse en los conflictos que imponen los diversos aspectos del tema abordado por la novelista y salir de ellos sin falsear los elementos que sostienen la estructura de la novela.

La acción de *Balún Canán* toca temas violentos pero se mantiene dentro del ritmo pasivo de la narración; estos temas constituyen los diversos aspectos—que antes hemos apuntado—, formando parte del central que abarca las relaciones entre los señores de la vida rural de una región y los campesinos al servicio de los mismos. A la par de esas relaciones, surgen los conflictos subjetivos de los personajes y los objetivos que se desprenden del impacto que causan en el pueblo las conquistas sociales llevadas a cabo por la Revolución. Entre los

primeros destacan los prejuicios que abaten a Ernesto y su condición de bastardo; los complejos que cercan a Matilde, la soltera ricachona, quien sucumbe ante la juventud de Ernesto; y la angustia de Zoraida, la patrona, que recurre al médico y al cura para salvar del daño a su pequeño hijo, Mario, el cual está siendo hechizado por los brujos de Chactajal. Y entre los segundos, el despertar de los indígenas de la región, quienes no tenían siquiera el derecho de "hablar castilla", ya que el blanco pensaba: "El español es privilegio nuestro. Y lo usamos hablando de usted a los superiores; de tú a los iguales; de vos a los indios".

Los diálogos que sostienen los personajes son ligeros y adecuados; cada uno habla de acuerdo con el nivel cultural que le corresponde. En general, predominan las expresiones afectadas por los modismos de la región, enriquecidas con las voces del lenguaje popular.

Rosario Castellanos sale airosa de esta su primera prueba dentro del campo de la novelística. Ha dado a *Balún Canán*, antigua denominación del sitio donde ahora se encuentra Comitán, la novela que aprisiona entre sus páginas un momento de su historia y un cuadro de su paisaje, sus costumbres y sus creencias.

ERICO VERISSIMO, *Noche*, Edit. Goyanarte, 124 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957.

El escritor Patricio Canto ha traducido del portugués esta novela de Verissimo, en la cual se conjugan los temas de invención con una serie de personajes de entre los que sobresalen tres: el Desconocido, el Hombre del Clavel y el Jorobado. Verissimo recurre aquí a la mezcla de amnesia y sueño para desenvolver las situaciones inverosímiles en que se mueve el Desconocido, por eso, cuando la falsa realidad, que impera en las cuatro primeras partes de la novela, se abulta al extremo de volverse inaceptable a causa de no encontrar una solución lógica para el conflicto que dicho personaje vive, el novelista se vale de un recurso de tipo onírico a fin de que, en la parte final, el lector se explique, mediante la transposición de planos, la conducta anormal, abúlica, sin sentido, del personaje.

La acción transcurre durante el tiempo que abarca la oscuridad de la noche; oscuridad que simboliza, a la vez, el tránsito entre la vigilia y el sueño que vive el Desconocido en su estado sonambúlico.

La angustia y la desesperación que proyecta el hombre sin voluntad y de proceder anormal, unidas al personaje-verdugo, o personajes-verdugos como en este caso, inclinan a Verissimo hacia Kafka. Fácilmente se pueden comparar situaciones, por ejemplo: en *Noche*, el Hombre del Clavel y el Jorobado reteniendo y hostilizando al sonambúlico Desconocido, nos recuerdan la novela *América*, donde Delamarche y Robinsón retienen y hostilizan al desvalido Karl Rossmann; debiendo hacerse la salvedad de que mientras Kafka elimina a los personajes-verdugos por una vía real de principio a fin —que por retorcida aparenta ficción—, Verissimo desaparece a los suyos recurriendo al sueño e intentando la solución coherente que ofrece la realidad. Este paralelo, no va, de ninguna manera, en detrimento de la novela que nos ocupa, pues su autor goza, como novelista, de conocida personalidad, la cual se refleja hasta en ciertas formas de expresión usadas por sus personajes. Oigamos al Jorobado loando al

Hombre del Clavel, dice: "Es un tipo de esos de los que Dios hace uno solo y después quiebra el molde"; o al Hombre del Clavel comentando la Biblia: "El lector siente la presencia de la Sombra y del Mal desde la primera hasta la última página. Se puede decir que en la Biblia, Satán se roba el *show*"; o también al mismo Jorobado cuando consolando al Desconocido, habla del prostíbulo y su dueña e ironiza: "Nada malo puede ocurrirle en esta casa, que está bajo la protección del Corazón de Jesús. Además, la señora va todos los domingos a misa, se confiesa y comulga por lo menos una vez al mes".

MANUEL GONZÁLEZ RAMÍREZ (Prólogo, ordenación y notas), *Manifiestos Políticos—1892-1912—*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 685 págs., México, 1957, Sección "Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana", Núm. IV.

"La caricatura contribuyó con el plan, el manifiesto, el folleto y el discurso opositoristas, a la formación de ideas y conceptos que acabaron por constituir el acervo intelectual de la Revolución Mexicana". Tal se lee en el volumen II, *La caricatura política*, de la serie titulada "Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana"; volumen donde se anticipa la importancia de los *Manifiestos políticos*, recogidos ahora en número de treinta y ocho y prologados, ordenados y anotados admirablemente por el estudioso Manuel González Ramírez, quien nos dice que el manifiesto es un arma para combatir desde cualquier punto de vista ideológico, y que su finalidad puede tender lo mismo al provecho individual y antipatriótico que al colectivo y nacional.

Los manifiestos que reúne este volumen IV guardan un estricto orden cronológico y permiten apreciar la evolución del pensamiento y la psicología de sus manifestantes, ya sean éstos, conservadores y oportunistas o auténticos revolucionarios.

González Ramírez nos permite entender la poca significación que para el gobierno de Porfirio Díaz y sus allegados tenía el territorio mexicano y sus habitantes. Asimismo, expone claramente que la Revolución no sólo se incubó durante el lapso de la dictadura porfiriana, pues sus antecedentes datan desde las luchas por la Independencia, con Hidalgo y Morelos, pasando por la Reforma y Juárez y continuando con los hermanos Flores Magón, etc.

Los Vázquez Gómez y sus antipatrióticas maquinaciones, Zapata y su ideal, Madero y su efímero triunfo. Huerta y sus traiciones, los caudillos del Norte y su idealismo, la intervención norteamericana y, en fin, otros hechos y datos importantes, se desprenden de las páginas históricas de estos *Manifiestos políticos*.

LORENZO LUZURIAGA, *La educación de nuestro tiempo*, Edit. Losada, S. A., 170 págs., Buenos Aires, Argentina, Biblioteca del Maestro, Núm. 26.

Lorenzo Luzuriaga, profesor de la Universidad Nacional de Buenos Aires, presenta un panorama de la Ciencia de la Educación y sus relaciones con otros aspectos de la cultura. "En la presente obra se estudian algunos de los problemas más importantes de la educación de nuestro tiempo"; problemas que están expuestos con tanta sencillez que pueden ser comprendidos no sólo por los

maestros, sino también por los padres de familia, quienes entenderán con facilidad la evolución de la enseñanza y sus necesidades actuales, así como las realizaciones logradas a fin de que el niño alcance un desarrollo integral en beneficio de su personalidad y autosuficiencia para vivir.

El autor—uno de los pedagogos más importantes del momento—muestra las experiencias relacionadas con la educabilidad, la comunidad educativa y la función educacional, dentro del progreso social y las presiones ambientales propias de cada país. A veces, Luzuriaga, refiriéndose a diferencias ideológicas—más políticas que educacionales—, se vuelve excesivamente parcial.

Los capítulos que integran el libro, son: La Educación Actual y la Historia, La Educación y la Cultura, La Educación y la Política, La Educación y la Infancia, La Educación y los Métodos, La Educación y las Instituciones, y La Educación y el Educador.

Con este trabajo, Lorenzo Luzuriaga nos instruye en asuntos que ignoramos o que hemos olvidado, así cuando explica que los elementos principales del funcionamiento psicofísico del niño, durante su edad escolar, y los avances educativos, han hecho posible conocer la esencia de su niñez, pudiendo tratarse ya de acuerdo con la evolución de sus intereses naturales, capacidades o deficiencias, en contraposición a las teorías que no lo tomaban en cuenta como ser activo sino como receptivo, y que, en esta forma, caían en el error de considerar a la instrucción como fin primordial y no al niño como fin de la educación.

LEOPOLDO ZEA, *América en la historia*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 276 págs., México, 1957. Publicaciones de *Diánoia*.

Prosiguiendo en su tarea de filosofar sobre la historia, Leopoldo Zea ofrece a la consideración de los lectores este libro cuyo objetivo es colocar a Iberoamérica dentro de la historia general, ya que el joven continente ha dejado de estar al margen de la cultura occidental por razones económicas, políticas y culturales, y aún más, por la crisis de la engolada cultura occidental. Paralelamente al caso de los pueblos de América Hispánica, el filósofo mexicano analiza los de Rusia y España, "Pueblos fronterizos en los que se confunden y mezclan hábitos y costumbres occidentales con hábitos y costumbres no occidentales... Rusia, en el Oriente del mundo occidental, y España, en el extremo sur de mismo mundo, son los pueblos que en el pasado sirvieron de frontera y defensa del Occidente. Tanto el uno como el otro frenaron en diversas ocasiones los ataques que contra Occidente lanzaron pueblos de origen oriental".

Con sentido crítico y certero, Zea desglosa los problemas de la historia, utilizando los métodos del pensador inglés Arnold Toynbee, desde un ángulo americanista verdaderamente encomiable.

En las páginas finales de su libro, Leopoldo Zea reflexiona sobre el *ideal bolivariano*, trayendo a cuenta fragmentos de cartas del "Capitán de América", las cuales se ajustan con exactitud a la tesis central del presente volumen. El filósofo mexicano sintetiza el ideal de Bolívar con estas meditadas palabras: "desea la comunidad de los pueblos de origen ibero, de los pueblos hispano-americanos, como él los llama, al mismo tiempo que la asociación con pueblos occidentales, pero en un plano de igualdad y de mutuo respeto. Los pueblos iberoamericanos no pueden ya seguir la vía de los pueblos occidentales, han

llegado tarde a ese mundo; pero sí pueden actuar como una gran comunidad, la comunidad ibera, que haga respetar sus intereses al mismo tiempo que ésta respete los de otros pueblos". Si nuestros pueblos no se unen—dice Zea—serán "pasto de los pueblos que han hecho de su crecimiento material y el enriquecimiento de sus individuos una de las principales metas de su expansión".

ENRIQUE AMORIM, *Los montaraces*, Edit. Goyanarte, 181 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957.

La calidad del relato de Amorim nos hace recordar algunos nombres de relataistas uruguayos magistrales, entre otros: Horacio Quiroga, Javier de Viana, Francisco Espinola y Justino Zabala Muñiz. Tal calidad viene imponiéndose desde novelas como *La carreta*—veinticinco años atrás— hasta la última que le conocíamos—1952—: *La victoria no viene sola*. Ahora, Enrique Amorim nos da una novela regionalista integrada por dos historias. La primera, la principal, se desarrolla en tres partes y narra la vida de un grupo numeroso de hombres que luchan en Isla Mala contra los peligros de la selva, el ambiente plagado de supersticiones y la explotación inicua de la empresa extranjera cuya única preocupación consiste en arrasar los bosques. Y la segunda, comprendida en la cuarta y última parte de la novela, relata la vida fácil y monótona de dos hermanos y una mujer, donde aparece incluso el adulterio. Estos tres personajes, comparten con los extraños la explotación de los taladores de bosques. El autor se vale de esta segunda historia para establecer ciertos contrastes entre el transcurrir de los montaraces y el de los señores que, en la región que describe, forman "parte de la espina dorsal de la economía norteaña". Con todo, aun cuando la novela narra las calamidades que los extranjeros causan con su voracidad, sólo pretende contar la "historia de un grupo de montaraces y no de las artimañas de los gringos", es decir, se preocupa por los sufrimientos de los trabajadores y relega a segundo término el tema de los empresarios extranjeros.

Enrique Amorim persiste aquí en el dominio de la descripción: poética y ágil cuando aborda el paisaje, y rápida y fuerte cuando toca a los personajes, tal es el caso de Cecilio, personaje central, que va siendo caracterizado rápidamente y que llega a acumular la fortaleza necesaria para levantar los ánimos de los explotados. Además, debe repararse en que la descripción no se entorpece aun cuando los personajes sean arrancados de la realidad y colocados en trances imaginativos: El Capitán que bajo los efectos del alcohol dialoga con un águila inexistente; o Eleuterio Regúlez que, después de arriesgar la vida en el paso del río, agotado y delirante monologa como se supone que lo haría el ánima de quien ha dejado de existir.

ALEJANDRO HAMILTON, SANTIAGO MADISON, JUAN JAY, *El Federalista*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 430 págs., México, 1957, Sec. de Obras de Política.

Después de independizarse la Unión Americana de Inglaterra, surgió una pugna interna hija de la desorientación política. Ante tal realidad, se pensó en la urgencia de que aquel país recién creado adquiriera una conciencia nacional, a fin de que reconociera la necesidad de unir a las provincias, intentando al

mismo tiempo, la introducción de algunas modalidades dentro del funcionamiento de los poderes ejecutivo y judicial. La prensa, responsabilizándose de su misión y de la magnitud del problema, fue el aliado incondicional de la histórica empresa.

La recopilación de los artículos escritos con el propósito de votar la Constitución y de apoyar la unión, publicados en tres periódicos neoyorquinos, recibió posteriormente el título de *El Federalista*.

Hamilton, ex-secretario de Jorge Washington, no aceptaba totalmente la Constitución pero se interesaba y luchaba por la unión y, contando con las colaboraciones inmediatas de Madison y de Jay, dio a la publicidad, en siete meses, setenta y siete artículos que los tres firmaron bajo el seudónimo de Publio y donde se hacían comentarios a la Constitución, todo ello con la única finalidad de orientar a la opinión popular.

Gustavo R. Velasco, quien prologa y da su versión sobre *El Federalista*, se refiere, entre otros valiosos asuntos que le proporciona el tema, a la importancia del comercio durante aquella época, cuando ya la industrialización empezaba a caminar.

La recopilación de los artículos que constituyen *El Federalista*, viene complementada con cinco apéndices, siendo forzoso destacar la reproducción de una carta de Washington en apoyo de los autores.

EMILE JAMES, *Historia del pensamiento económico en el siglo XX*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 588 págs., México, 1957, Sec. de Obras de Economía.

Este volumen está dividido en dos partes: "De 1900 a la teoría general de Lord Keynes" y "Después de la teoría general de J. M. Keynes". En la primera, se expone la teorización de diversos autores, quienes reinterpretaron el pensamiento de Carlos Marx desfigurándolo, a fin de crear una doctrina nueva que superara los defectos de los cuales adolecía. Werner Sombart—dice James—es un "teórico mediocre" que no hizo justicia a Marx y su interpretación del capitalismo, así como de la intervención de Estado y sus efectos nada prometedores para el destino del proletariado. Lucien Laurat logró interpretar, en forma racionalista y justa, la esencia del socialismo, anhelando una economía mixta—colectividades y particulares—en función del bien común. Henri de Man—sigue diciendo James—pecó de personalista al atacar a Marx y no esbozó ningún lineamiento preciso y válido.

Hablando del Socialismo Revolucionario, menciona a Hilferding, a Rosa Luxemburgo y a Sorel, de éste asevera que su obra "fue una glosa de la Carta de Amiens". Lenin también es abordado: James afirma que de él es más importante su sistema de planes políticos que el de las "afirmaciones teóricas relativas al destino del capitalismo".

En la segunda parte, el autor hace referencias a las posibilidades y consecuencias del nuevo modo de pensar en Economía, expresando a la vez los cambios fundamentales originados en la teoría keynesiana, así como los sufridos por ésta a causa de las modalidades que han traído aparejadas los acontecimientos mundiales, cuya realidad señala puntos claves donde podrían coincidir, conciliadoramente, diferentes fines sociales nacidos de ideologías opuestas.

LUIS LEAL. *Antología del cuento mexicano*, Edit. De Andrea, 162 págs., México, 1957, Antologías Studium, Núm. 3.

En una *nota preliminar*, Luis Leal explica que "esta antología complementa" su conocido libro *Breve historia del cuento mexicano* (Manuales Studium, núm. 2) y que, "debido a exigencias editoriales", no ha sido "posible incluir a todos los autores recomendados en la *Breve historia*".

El material recogido en la antología abarca desde El Cuento Prehispánico y El Cuento en la Nueva España hasta el Expresionismo y otras Tendencias. Por dicho material se aprecia que la antología trae aparejada la novedad de presentar a los estudiosos, cuentistas anteriores al período de la Independencia, dejando de ser Joaquín Fernández de Lizardi el punto de partida en la historia del cuento mexicano. Sin embargo, si la antología agrupa obras como producto directo de autores individuales, nada tienen que hacer en ella una fábula anónima tomada del *Popol Vuh*, un cuento anónimo redactado por un cuentista, un episodio entre legendario e histórico, retomado por un historiador, y un fragmento de la entonces incipiente novela criolla. En resumen, desaparecen los cuatro cuentos que integran El Cuento Prehispánico y El Cuento en la Nueva España, debiéndose, en consecuencia, empezar de nuevo con Fernández de Lizardi.

El criterio de selección de autores es bastante amplio, pero lamentamos, no obstante la *nota preliminar*, la exclusión de autores excelentes como Juan de la Cabada y Efrén Hernández y, entre los últimos que han aparecido, Fuentes, Valadés, García Cantú y Prieto.

OTAOLA, *El lugar ese...*, Edit. Los Presentes, 202 págs., México, 1957

Una crónica humorística y cuatro cuentos integran este libro. El título de la crónica es el que da nombre al volumen y abarca mayor número de páginas que el conjunto formado por los cuatro cuentos.

Recurriendo a procedimientos estilísticos y a recursos de ingenio emparentados con la mejor tradición española, el autor se propuso, lográndolo, escribir una crónica del *lugar ese* adonde jóvenes y viejos, cultos e incultos, víctimas del enojo o de la broma pero sobre todo de la "mala educación", se envían—por medio de la palabra o del pensamiento—mutua y cotidianamente. "Ya se sabe—dice Otaola—. Preguntando se llega a Roma. Por todos los caminos, preguntando, se llega a Roma". "Pero a este lugar se llega sin preguntar. O por preguntar lo que está prohibido preguntar". Sin embargo, Manolo, el cronista del *lugar ese*, es enviado ahí por don Fabiolo Patachú, el hombrecito a quien ha hecho un retrato literario de su corta estatura; el hombrecito que era "tan pequeño, tan pequeño... que no le cabía la menor duda"; que "un día llegó malhumorado a su casa" y dio como explicación, de su mal humor, que le habían subido el sueldo y no lo podía alcanzar; o que, "era un tigrillo para el amor... Tenía sus devaneos amorosos... decidió poner su 'casa chica' para entonar un cálido canto al amor prohibido" mas "le aconteció—cuenta Manolo—...lo menos previsible. Verá. Que su 'casa chica' le venía grande". Y Otaola narra a través de su personaje, cómo en *el lugar ese* encuentra críticos, políticos, oradores, etc., que han llegado ahí donde todos son iguales.

Tanto la crónica, trabajada con fino sarcasmo y dulce ironía, como los cuentos de este libro, merecen los más amplios comentarios.

LOUIS RÉAU, *El arte ruso*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 158 págs., México, 1957, Colec. Breviarios, Núm. 133.

Esta traducción que han hecho del francés María Josefa Pupareli y Jasmin Reuter, viene a ampliar el horizonte que de las artes, en especial de las plásticas, ha trazado la Colección Breviarios desde su fundación. *El arte ruso* complementa la visión artística universal que han ido integrando volúmenes como *La pintura prehistórica*, *La pintura china*, *La pintura española*, *La pintura europea contemporánea*, *El arte alemán*, *El arte religioso*, *El grabado en madera* y otros.

Para el desenvolvimiento histórico que del arte ruso hace el autor, se vale de la manifestación de dos períodos o modalidades: bizantinismo y occidentalismo, partiendo del escaso arte pagano hasta su verdadero inicio en el siglo X, y que es posterior a la conversión de los rusos.

En el siglo XVI aún persiste la influencia de Bizancio, pero lo ruso empieza a destacar con mayor fuerza, renovándose en el siglo XVII con los Romanov cuando aparece el barroquismo occidental y su retorno a la escultura, así como el distinto uso que se da a la pirámide.

El trabajo de Réau está dividido en dos partes: "Antes de Pedro el Grande" y "Después de Pedro el Grande". En esta última, se aborda la actual época rusa, juzgando que la producción artística no vale mucho y que existe la incógnita de saber si la Revolución será capaz de producir un arte proletario.

ALBERTO MONTERDE, *Calavera y jueves santo*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 134 págs., México, 1957, Colec. Letras Mexicanas, Núm. 37.

Este nuevo volumen puede agruparse junto con los mejores libros que ha publicado la colección Letras Mexicanas. Once cuentos, en los que campea el conocimiento del idioma, componen el contenido de sus páginas.

Monterde construye con precisión y sencillez los ambientes que corresponden a las distintas clases sociales de sus cuentos. Un cuarto de vecindad, un candil lujoso y tres seres, son suficientes para introducirnos en la miseria cotidiana y la desesperanza que sólo se ven aliviadas por la presencia inútil, en apariencia, de un objeto heredado por la casualidad, tal es el caso del relato titulado *El candil de prismas*.

Aun cuando todos los cuentos nos satisfacen, nos inclinamos más por los de corta extensión, lo que obedece, quizá, a la mayor dosis de humanidad que encierran.

Además de los temas tratados con seriedad, Alberto Monterde desarrolla otros donde la fina ironía, o el meditado buen humor, invaden la maestría dentro de la que transcurre el relato. *Una misión bien cumplida* e *Irma querida* son los títulos que, respectivamente, ilustran nuestra aseveración.

CARLOS SOLÓRZANO, *Las manos de Dios*, Edit. B. Costa-Amic, 104 págs., México, 1957.

El auto en tres actos que Solórzano pusiera en escena a mediados del año próximo pasado, es recogido ahora en un libro que viene impresionantemente ilustrado por Miguel Covarrubias.

Escenas bien construidas, diálogos adecuados, personajes coherentes aun en sus contradicciones, temática de incertidumbre y de duda, de interrogantes acerca del problema metafísico que más ha ocupado la inteligencia del hombre, en fin, toda una serie de elementos necesarios para aceptar que el autor de *Las manos de Dios* posee un esclarecido talento que lo distingue. Lo cual no significa que olvidemos señalarle la falla que se interpone para que la obra sea perfecta, es decir, el abuso de los símbolos que en este caso asesinan la realidad.

Pero, ¿qué es lo más importante de esta obra? Puede afirmarse que la fuerza polémica que encierra; esa fuerza que lo mismo se mantiene violenta en la escena que en la descansada lectura del libro. ¿Qué habría sido de los grandes autores contemporáneos—Sartre, por ejemplo—sin la polémica? Éste es el mérito de *Las manos de Dios*, auto que Emmanuel Robles ha comparado con *Los justos*, de Camus.

El mismo Albert Camus ha dicho de Carlos Solórzano: "un talento dramático, verdadero y original; tiene todos los dones necesarios para lograr esa transposición de la realidad que es, según mi opinión, el fin último del Arte".

MANUEL DEL CABRAL, *Antología clave*, Edit. Losada, S. A., 258 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957, Colec. Biblioteca Contemporánea.

Esta antología recoge la producción que durante veintiséis años ha publicado el poeta dominicano; producción que se inicia en 1930 con el título *Tierra íntima*, pasando por otros: *Compadre mon*, *Trópico negro*, *De este lado del mar*, *Los huéspedes secretos*, *Sangre mayor*, *Sexo y Alma*, y concluyendo *Dos cantos más continentales y unos temas eternos*.

De las utilidades esenciales que debe prestar una antología, es la de permitir que el lector o el crítico pueda asomarse a la evolución artística del antologado. En ésta de Manuel del Cabral, se cubre dicho requisito. Con facilidad notamos las tendencias que han intervenido en su poesía, la cual se manifiesta en etapas diversas: romántica, regional, modernista, surrealista y vanguardista.

En cuanto a lo que podríamos llamar temática de su poesía, canta todos los temas, aun cuando la tendencia social prive a lo largo de las páginas del libro.

Lo que es definitivo en este poeta dominicano, es el fervor por su tierra americana, de donde extrae hombres y preocupaciones sin meditar en las expresiones formales con que deberá manifestarlos. Leamos:

*¿Quién abre aquí los párpados como quien hace heridas?
¿Qué metal viene ahora? ¿Qué rifle vendrá a hoyar
una ala del gran pájaro de este mapa de América,
que por pesarle el sueño no puede despertar?*

*¿Es que aún de este lado del mar lo que nos llega
en el sudor del ojo, no deja de caer...?
¿Qué minero hay sacando estas gotas del párpado
que van desde la mina del grito hasta la piel?*

FRANCISCO ZARCO, *Textos políticos*, Edit. U. N. A. M., 190 págs., México, 1957, Biblioteca del Estudiante Universitario, Núm. 75.

Periodista y político, Zarco trabajó en todo momento por el progreso y el bienestar de su patria. Tuvo la misma actuación en sus periodos de pobreza y de lucha clandestina que durante su misión de consejero de Benito Juárez, o de diputado en el Congreso Constituyente de 1856-1857.

En la recopilación de sus *Textos políticos* apreciamos que aun cuando respetaba la tradición religiosa de su pueblo, y sin ser anticlerical, protestó contra el exceso de poder material que detentaba la Iglesia; poder que utilizaba para intervenir en política, olvidándose de sus auténtica misión.

A Francisco Zarco, como a todo buen hijo de México, le preocupaban los dos aspectos de la política de su patria: el nacional y el internacional. En relación al primero, escribía: "queremos que el pueblo se gobierne por sí mismo, que del pueblo emane todo el poder". Y luego: "¡Libertad y Reforma! es nuestro programa... deseamos que no sólo se piense en teorías abstractas, sino en realizar bienes palpables y positivos". En cuanto al segundo, y refiriéndose a Francia, Inglaterra y España, apunta: "es deplorable que los gobiernos de tres naciones que respetan la libertad de todos los pueblos, hayan pensado en intervenir en México, olvidando, así, sus principios".

OCTAVIO PAZ, *Piedra de sol*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 44 págs., México, 1957, Colec. Tezontle.

Sólo trescientos ejemplares se imprimieron de esta bien cuidada *plaque* por el poeta Alf Chumacero; cifra que es de lamentar, dada la trascendencia de Octavio Paz en la poesía mexicana, así como la calidad del poema que publica. "Quizá no sea inútil señalar—indica Octavio—que este poema está compuesto por 584 endecasílabos (los seis últimos no se cuentan porque son idénticos a los seis primeros; en realidad, con ellos no termina, sino vuelve a empezar el poema). Este número de versos es igual al de la revolución sinódica del planeta Venus... Los antiguos mexicanos llevaban la cuenta del ciclo venusino". De aquí se desprende que la erudición de Paz no sólo transita por las literaturas y el pensamiento de otras latitudes—como lo aseveran anteriores libros suyos—, sino también por el rico y misterioso pensamiento de nuestras culturas precortesianas.

Con *Piedra de Sol*, Octavio Paz retorna a una etapa importante de su poesía: la etapa de la claridad, donde el lector no necesita de procedimientos exegéticos para adentrarse en la comprensión del poema.

En esta *plaque* entendemos sin esfuerzo el sensible canto de amor del poeta entrecruzado de otros temas que siempre han recorrido su poesía; así, por ejemplo, el de la muerte:

*los muertos están fijos en su muerte
y no pueden morir de otra muerte,
intocables, clavados en su gesto,
desde su soledad, desde su muerte
sin remedio nos miran sin mirarnos,
su muerte ya es la estatua de su vida,
un siempre estar ya nada para siempre.*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Obras completas, Vol. IV, Comedias, sainetes y prosa*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 720 págs., México, 1957, Colec. Biblioteca Americana, Núm. 32.

Como se sabe, la publicación de las obras completas de la insigne Décima Musa, se proyectó a fin de celebrar el tricentenario de su nacimiento. Los tres tomos que siguieron a dicho proyecto, agruparon —respectivamente—; *Lírica personal, Villancicos y letras sacras, y Autos y loas*, habiendo sido preparados y anotados por el eminente sorjuanista doctor Alfonso Méndez Plancarte, quien falleció el 8 de febrero de 1955.

Alberto G. Salceda, el más cercano colaborador de Méndez Plancarte en la preparación de la obra, es ahora el responsable del tomo IV; a él se debe la amplísima *introducción* a la lectura de las *Comedias, sainetes y prosa* de Sor Juana Inés de la Cruz. Salceda se une al Fondo de Cultura Económica para "rendir un homenaje de justicia, de afecto y de gratitud" al doctor Méndez Plancarte, por haber hecho "posible la publicación de estas obras".

El material del presente tomo ha sido dividido por Alberto G. Salceda en dos secciones: "la primera comprende las dos comedias —con las piezas menores que las acompañan— completando la obra dramática; y la segunda, la entera producción en prosa". Por juzgarlo adecuado, el compilador añade, "en apéndice, dos documentos íntimamente ligados con otras tantas piezas sorjuaninas: el sermón del Padre Vieyra comentado por Juana Inés en la *Carta Atenagórica*; y la carta del obispo Fernández de Santa Cruz, que provocó la *Respuesta a Sor Filotea*".

JOSÉ MARÍA VIGIL, *Nezahualcōyotl, El rey-poeta*, Edit. De Andrea, 174 págs., México, 1957, Colec. Biblioteca Mínima Mexicana, Núms. 31-32.

Las páginas que componen este título forman parte de la obra *Reseña de la literatura mexicana*, la cual dejó sin concluir en 1909 —año de su muerte— el polígrafo mexicano José María Vigil. En el prólogo, F. Dean explica que para la escritura del nombre del "Rey-poeta" se respeta la grafía usada por el autor: Nezahualcōyotl en vez de Netzahualcōyotl.

El estudio de Vigil, de tipo biográfico, expone en cuatro capítulos y un apéndice cada una de las facetas que, en conjunto, constituían la personalidad de Netzahualcōyotl, quien después de ver asesinar a su padre por mandato del monarca tepaneca Tezozomoc, y de huir durante doce años de sus enemigos, se sacrifica, se esconde, se humilla, para luego recobrar el trono chichimeca, que a la sazón ocupaba Maxtla, hijo del usurpador Tezozomoc.

Se confirma aquí que el Rey de los chichimecas no fue únicamente el artista y el filósofo, delicado y perdido entre el aroma de las flores, sino que también supo empuñar el arco y la flecha, debiendo —como se lo encomendó su padre antes de morir— al valor de su brazo la restauración de su reino.

No todo fue virtudes, pero así como envió a la muerte a un vasallo para arrebatárle su prometida, ordenó que a su pueblo se le abrieran los graneros imperiales durante "los años estériles y de hambre".

LINCOLN BARNETT, *El universo y el doctor Einstein*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 106 págs., México, 1957, Colec. Breviarios, Núm. 132.

Las aportaciones a las leyes cósmicas, auspiciadas por las matemáticas, hicieron al doctor Einstein concebir y descubrir teorías que han abierto al mundo científico horizontes que podemos considerar infinitos y susceptibles de mayor o menor claridad, según la nueva concepción del universo.

De la obra aquí reseñada, el mismo Einstein expresó: "El libro de Lincoln Barnett es una importante contribución a la literatura de divulgación científica. Las principales ideas de la teoría de relatividad, están magníficamente expuestas. Más aún, el estado actual de nuestros conocimientos físicos está perfectamente caracterizado".

En este Breviario comprendemos, cómo para Einstein, tiempo y espacio no constituyen diferencias que se excluyen totalmente como nos lo ha hecho admitir la creación subjetiva; para él el sentido del tiempo es una forma de percepción, mientras el del espacio lo conceptúa en situación de cosas u objetos relacionados entre sí; estas ideas lo llevaron, en 1920, a rechazar la teoría del espacio como sistema fijo.

Barnett manifiesta que la "teoría del campo unificado es el fruto de veinticinco años de labor" cuya culminación fue alcanzada con el descubrimiento de las leyes que rigen "las dos fuerzas fundamentales del universo", o sean, la gravitación y el electromagnetismo.

FÉLIX MAINX, *Fundamentos de la biología*, Edit. U. N. A. M., 108 págs., México, 1957, Colec. Problemas Científicos y Filosóficos, Núm. 4.

Asevera el autor que el empirismo exigido por nuestra época está en contra de la especulación que rigió por mucho tiempo y que, en la actualidad, es utilizado por intelectuales o científicos limitados a asimilar conocimientos. Félix Mainx insiste, a través de las páginas de su libro, en que por ningún motivo y en ningún momento debe abandonarse la lógica de la ciencia a fin de no errar, ya que la Biología es una ciencia esencialmente empírica.

El hombre de ciencia está obligado a plantearse hipótesis que contribuyan al progreso científico, cuyos descubrimientos estén sostenidos sobre proposiciones que se basen, primordialmente, en la observación y que sean susceptibles de verificarse o refutarse cuando no se comprueben; proposiciones que, a la vez, en estos *Fundamentos de la biología*, consideran puntos de vista tanto "elementales" "como complejos": estos últimos, no es que sean complejos en sí, puesto que todo detalle de este asunto lo es, sino que más bien se refieren a las proposiciones que se desarrollan ante situaciones complejas.

GUADALUPE AMOR, *Yo soy mi casa*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 350 págs., México, 1957, Colec. Letras Mexicanas, Núm. 35.

Con el mismo título con que publicó su primer tomo de poemas: *Yo soy mi casa*, Pita Amor entrega a los lectores este primer libro de prosa, donde se narran recuerdos infantiles proyectados sobre "personas, muebles, objetos y plantas raquíticas" que ocuparon "los tres pisos" y los "cuarenta cuartos" de la casa de la autora.

En la narración se presentan situaciones interesantes que, bien aprovechadas, habrían podido redondear una excelente autobiografía novelada. Sin embargo, surgen numerosas relaciones en las cuales Guadalupe Amor aprisiona costumbres y formas de pensar de las familias acomodadas del México de hace treinta años. Veamos: "seguía la lección de francés. Era indispensable aprender este idioma, aunque toda la vida fuésemos a pensar en castellano... era solamente un atributo de lujo... en México, toda la 'gente bien' podía no saber nada de nada, pero, al menos, palabreaba el francés". Y luego, relata: "Había la costumbre de que los muchachos de la alta sociedad estudiaran fuera de México. Los mandaban varios años a Europa, y cuando volvían a su patria, generalmente no servían para nada".

El Liberalismo y la Reforma en México, Edit. Escuela Nacional de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, 790 págs., México, 1957.

Contra su tradición de circunscribir los temas a las disciplinas económicas, la Escuela Nacional de Economía, durante los Cursos de Invierno correspondientes al año de 1956, organizó unos "Cursos especiales sobre la Reforma, con el propósito de conmemorar el primer Centenario del Congreso Extraordinario Constituyente, instalado el 17 de febrero de 1856". Ahora bien, como se dispuso "cubrir en forma completa el cuadro de las ideas liberales desde su nacimiento hasta su penetración en nuestro país", el programa general comprendió "Conferencias sobre el origen de dichas ideas y su evolución en varios países del mundo; la penetración de ellas en los países de América Latina y su adopción en México".

En la realización del programa antes mencionado, colaboraron escritores renombrados de América y Europa, cuyos trabajos han sido reunidos en el título que nos ocupa: *El Liberalismo y la Reforma en México*, y que firman: Hilario Medina, Alfonso Caso, Ricardo Torres Gaitán, Francisco López Cámara, Jean Sirol, Max Savelle, José Miranda, Carlos Sánchez Viamonte, Ricardo Donoso, Mariano Picón-Salas, Vicente Sáenz, Leopoldo Zea, Daniel Cosío Villegas, Antonio Martínez Báez, José E. Iturriaga, Jesús Silva Herzog, Eduardo Bustamante, Diego G. López Rosado y Eduardo Suárez.

J. y F. GALL, *El filibusterismo*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 243 págs., México, 1957, Colec. Breviarios, Núm. 131.

El autor, basado en documentos auténticos, explica cómo circunstancias sociales, políticas o religiosas, hicieron que muchos hombres se lanzaran en búsqueda de la libertad que no tenían en la ciudad, constituyéndose en grupos de filibusteros cuyas hazañas, transcritas fielmente, sobrepasan la emotividad que nos ha presentado la literatura y el cine con mistificaciones que nada agregan.

Este libro, provisto de dieciséis láminas y una importante bibliografía, arroja datos relacionados con los aspectos más verídicos y poco conocidos del *filibusterismo*, tales como el de la bandera con calavera y tibias cruzadas sobre fondo negro, que, en realidad, no existía, pues Gall asegura que la tela era del color del país al cual pertenecía el mayor número de piratas que tripulaba la embarcación.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

LA PALABRA Y EL HOMBRE, Revista de la Universidad Veracruzana. Director: Sergio Galindo, Núm. 3, julio-septiembre 1957, Xalapa, Veracruz.

Al revisar el material de los tres números que ha publicado esta revista del Estado de Veracruz, por su calidad como por su selección de autores, llegamos a la conclusión de que ha nacido una excelente revista mexicana, siendo nuestro mejor deseo que, para bien de la cultura, perdure por mucho tiempo.

Entre los trabajos interesantes que trae este número, nos llama la atención el de Antonio Castro Leal sobre *José Fernando Ramírez*, historiador mexicano que sirvió diversos cargos públicos y que, como "presidente de la Junta Directiva de la Academia de Bellas Artes, enriqueció su galería con pinturas de la escuela mexicana, y como interventor de las bibliotecas de los extinguidos conventos de México logró salvar muchos libros y manuscritos importantes para nuestra historia y nuestra literatura". Pero que "durante la Intervención y el Imperio... aceptó, a instancias de la emperatriz Carlota, el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores y de Presidente del Consejo". Castro Leal, comentando la obra de Ramírez, dice que "es uno de los grandes historiadores mexicanos, el más grande de su tiempo... porque no hubo punto que tocara—lo mismo una biografía de unas cuantas líneas que un estudio de cuerpo entero, como el de Motolinía—en el que no haya contribuido a aclarar los hechos o a dilucidar las ideas... Ningún espíritu de partido, ninguna concesión a intereses o prejuicios sectarios, ni siquiera condescendencias de cortesía, lo alejaban de la verdad cuando creía haberla encontrado".

También llaman la atención los trabajos de Manuel Durán: *Albert Camus o la fidelidad*; de José Pascual Buxó (con versión castellana propia): *Breve Antología de Paul Eluard*; y de Javier Peñaloza: los poemas que forman *Exploración y recobranzas*, y de los que transcribimos un fragmento de *Encuentro*:

*Pero ¡si estoy solo,
felizmente solo, vivo,
con un corazón templado
y un miedo tibio creciéndome, enredándose
es la espiral de la garganta,
que al fin quebró la ciénega
y cuajó de cristal puro las tapias!*

*Voy a mecer mi delicia
como un sabino sus ramas.*

En este número hay trabajos de: Alejandro Rossi, Miguel Bueno, Xavier Tavera Alfaro, Roberto William García, Santiago Genovés T., Marco Antonio Montero, Jesús Tavisión Araiza, S. H. Besnier. A. Medellín Zenil, Tomás Segovia, X.T. A. y Pastor Murguía.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. Secretario General: Álvaro Bunster Bri-ceño, Primer Trimestre de 1957, Núm. 105, Santiago, Chile.

El presente número viene dedicado totalmente a Valentín Letelier. Prominente pensador chileno, en cuyos escritos se aprecia la voz autorizada del pe-

dagogo, el jurista, el político y el filósofo, Julio César Jobet apunta: "Don Valentín Letelier nació en la ciudad de Linares, en 1852. Se educó en el Liceo de Talca y en el Instituto Nacional. Se graduó de abogado en 1875. En el año 1877 inició su fecunda carrera docente y administrativa, como profesor de Literatura y Filosofía en el Liceo de Copiapó. De esta época data su dedicación a los estudios filosóficos y su adhesión entusiasta a los principios de Augusto Comte. Al mismo tiempo, inicia sus colaboraciones periodísticas en *El Atacama*. Los últimos años de su vida (1911-1919) fueron de retiro y meditación. Entonces compuso sus dos obras que lo acreditan como un sociólogo de grandes condiciones: *Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales*, impresa como una introducción al derecho público en Buenos Aires, en 1917, y en la que se esfuerza por descubrir el sentido social del Derecho; y *Génesis del derecho y de las instituciones civiles fundamentales*, aparecida en Santiago y en Buenos Aires, en 1919, donde ahonda esta rama jurídica con el mismo criterio y alcance".

En este número hay trabajos de: Julio César Jobet, Adolfo Posada, Leopoldo Seguel, Roberto Munizaga Aguirre, Emilio Rodríguez Mendoza, Pascual Venturino, Humberto Enríquez Frodden, Valentín Letelier, Horacio Aravena, Raúl Silva Castro, Ricardo A. Latcham, Eugenio Pereira Salas, Eladio García, Félix Morales Pettorino, Juan Loveluck, Salvador Bueno, Mario Rodríguez Fernández, Julio Molina M., Hugo Montes, Alfredo Lefebvre, Héctor Mújica, Jaime Valdivieso Bordalí, Edmundo Concha, Luis Droguett Alfaro, Jorge Edwards, Gabriel Carvajal y Mario Rivas.

UNIVERSIDAD DE MÉXICO. Publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México. Director: Jaime García Terrés, Vol. XII, Núm. 3, noviembre de 1957, México, D. F.

Cumpliendo con una amplia labor de difusión cultural, esta revista publica trabajos originales y traducciones de escritores de todas las latitudes. En el número que tenemos a la vista destacan: *Biblioteca Americana*, por Ernesto Mejía Sánchez; *El espejo como imagen y tema en la poesía de Octavio Paz*, por John M. Fein; *El cine*, por J. M. García Ascot; *Zapatos para toda mi vida*, por Guadalupe Dueñas; y, sobre todo, *En el crepúsculo modernista*, por Alfonso Reyes, quien se dirige a los hijos del gran poeta Rafael López, diciendo: "Ya era tiempo de recoger cuidadosamente los versos de este buen poeta... el que ustedes me hayan permitido hojear los originales antes de enviarlos a la imprenta, ha sido para mí un privilegio que les agradezco muy de veras: aunque he tratado de Rafael López en varios lugares, siempre tuve la impresión de que me había yo quedado en deuda con su memoria, y esta impresión se confirma ahora en la deliciosa relectura, pues declaro que cada vez hallo esta poesía más viva y perdurable".

En seguida, Alfonso Reyes evoca el México de ayer a la vez que recuerda y elogia los poemas de Rafael López: "Quienes conocieron aquellas horas, sentirán cómo resucitan, en los versos de Rafael, el México todavía sin rasca-cielos, donde siempre era dable echar un vistazo a los horizontes, a las nubes, a la luna y a las estrellas; el Zócalo, siempre algo apretujado y nervioso, aunque con tanto espacio a la vista; Plateros, sus carruajes y sus vespertinas 'bolas de alcanfor'; la Alameda y sus crepúsculos de esplendor veneciano; el Bosque

y sus barbas de heno, todavía un poco silvestre; los Toros atronados, Lagartijillo, el de quietos pies"; el mechón de Silveti; las cortesanas demasiado vestidas como los figurines de *El Mundo Ilustrado*; las floristas callejeras; hasta 'la matona' de don Porfirio que decía *El Hijo del Abuzote*".

En este número hay trabajos de: J. G. T., Amparo Gaos, Rubén Bonifaz Nuño, Eduardo González Lanuza, Jonathan Swift, Santiago Genovés, Raúl Flores Guerrero, Juan García Ponce, José María Lugo, Alberto Bonifaz Nuño, Eduardo García Máñez C., Tomás Mojarro, Hugo Rodríguez Alcalá, Juan Soriano y Alberto Gironella.

COMENTARIO, Revista trimestral, Publicación del Instituto Judío-Argentino de Cultura e Información. Director: Máximo G. Yagupsky, Año IV, Núm. 16, julio-agosto-septiembre 1957. Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Adolfo de Obieta, David A. Polish, Dardo Cúneo, Odeb Reniba, Alfonso R. Kuntz, Enrique Anderson Imbert, David Daiches, R. Cansinos Assens, Isaac Wexselman, Raymond Aron, R. P. Daniélou, Oswald Bayer, Lucilo Oriz, y Raúl Galán.

FICCIÓN, Revista-libro trimestral. Director: Juan Goyanarte, Núm. 8, julio-agosto 1957, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Jorge Alberto Riestra, Gregorio Scheines, Florencio Escardó, Miguel Ángel Asturias, Juan Carlos Ghiano, Álvaro Fernández Suárez, Félix Gattegno, J. R. Wilcock, Attilio Dabini, Romualdo Brughetti, Omar del Carlo, Hellen Ferro, Estela Canto, Jorge Aráoz Badí, Juan Pedro Franze, Ricardo Bastid, Carlos Alberto Loprete, F. J. Solero, Celia de Diego, Raúl H. Burzaco, Eduardo Baliari, Manuel Lamana, David Almirón, y Gregorio Weinberg.

NUESTRO TIEMPO. Directores: Enrique G. Broquen y Mario Jaunarena. Año II, Núm. 5, julio 1957, Montevideo, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Clemente Estable, Arturo J. Dubra, Viván Trías, Enrique G. Broque, Veljko Vlajović y Orlando Rojas.

REVISTA DE EDUCACIÓN. Director: don Arturo Marasso, Año II, Núm. 6 (Nueva serie), junio 1957, La Plata, Argentina.

En este número hay trabajos de: Rubén Benchetrit, Tobías Bonesatti, Luis de Santis, Víctor Meneclier, Alberto Palcos, Marcelo Pagolotti, Luis María Ravagnan, A. Pagés Larraya, Marcel Deschoux, A. Fernández Leys, F. Robert, Dalmiro Corti, R. G. Collingwood, Karl Joel, E. G. Galli, A. Blasi Brambila, Emilio M. Ogando, A. Ponce de León, James L. Hynes, Juan M. Espora, Cunninghame Graham, G. E. Hudson, Newton, Ortega y Gasset, J. Guasch Leguizamón, F. H. Casullo, René Brandincourt, J. Ohana, Nicolás M. Tavella, Nelva E. Zingoni,

Miguel Enrique Brihuega, Lucilo Oriz, Juan B. Monticelli, Charles Lalo, Gustavo García Saraví, Héctor Pagella, Charles Pomerai, Robert Fouet, Saara Lehman, Ramón Suaiter, Pedro Inchauspe, y Humberto Vera.

UNIVERSIDAD, Publicación de la Universidad Nacional del Litoral. Director *Ad-Honorem*: Domingo Buonocuore, Núm. 34, abril 1957, Santa Fe, Argentina.

En este número hay trabajos de: José María Fernández, Francisco Curt Lange, Risieri Frondizi, Domingo Buonocuore, Emilio Carilla, Celia Ortíz Arigós de Montoya, Sara Sabor Vila de Folatti Tornadu, Jorge Argentino Vaccaro, Raúl Echauri, Sonia Baraldi de Marsal, Ricardo Rodríguez Molas, Carlos Víctor Tenna, José Federico Finó, Ángela Romera Vera, Gabriel F. Storni y Sonia Baraldi.

MITO, Revista bimestral de cultura. Comité de Dirección: Hernando Valencia Goelkel, Pedro Gómez Valderrama, y Eduardo Cote Lamus, Año III, Núm. 14, junio-julio 1957, Bogotá, Colombia.

En este número hay trabajos de: Jean Paul Sartre, Mariano Picón Salas, Baldomero Sanín Cano, Jorge Gaitán Durán, Jorge Child, y Feren Vajta.

GALERÍA DE ARTES PLÁSTICAS. Director: Dr. Jesús Sabourin Fornaris, Año I, Núm. III, agosto 1957, Santiago de Cuba, Cuba.

En este número hay trabajos de: Jesús Sabourin, Constantinos Cavafis, Ne-reida Nera, Pedro Cobas, Manuel Conceiro Balwant Gargi, Zenen Vidaud, León Moussinac, Pedro Gómez y Eduardo Manet.

REVISTA CUBANA DE FILOSOFÍA. Director: Humberto Piñera Llera, Vol. IV, Núm. 15, octubre 1956-junio 1957, La Habana, Cuba.

En este número hay trabajos de: Humberto Piñera Llera, Guillerno Francovich, Pedro V. Aja, Jerome Rothstein, Fausto Masó, Sergio Rigol Guardiola y Francisco Izquierdo Quintana.

PAPELES DE SON ARMADANS, Revista mensual. Director: Camilo José Cela, Año II, Tomo VI, Núm. XVII, agosto 1957, Palma de Mallorca-Madrid, España.

En este número hay trabajos de: Jorge Guillén, Agustín del Saz, José María de Quinto, Camilo José Cela, Anthony Kerrigan, y José García Lora.

REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS. Director: Emilio Lamo de Espinosa, Núm. 93, mayo-junio 1957, Madrid, España.

En este número hay trabajos de: Alberto Martín Artajo, Giorgio del Vecchio, Carlos Martínez de Campos, Robert Strausz Hupé, Guido Fischer, Diego

Sevilla Andrés, Ramón Solís, Camilo Barcia Trelles, Antonio Carro Martínez, Bartolomé Mostaza, Juan Beneyto, Luis Mendizabl Osés, Pedro Ruidrejo Alonso, Carmen Martín de la Escalera, Salustiano del Campo, Aurelio de las Heras Peñaranda, José Luis de Azcárraga, Joaquín María Alonso y Luis García Arias.

LA EDUCACIÓN, Revista trimestral, publicada por la División de Educación Unión Panamericana. Director: Luis Reissig. Año 2, Núm. 7, julio-septiembre 1957, Washington, Estados Unidos.

En este número hay trabajos de: Luis B. Beres, L. García Hernández, C. Dalapierre, R. G. Riley, Paul Montel, Kathleen Ollerenshaw, J. J. P. Op't Hof, Howard K. Hogan, William J. Giffel, Seymour L. Wolfheim, Frank B. Allen, Fred M. Hofkin, Glade Wilcox y Jean Capelle.

CÉNIT, Revista mensual de Sociología, ciencia y literatura. Sría. de Redacción: Federica Montseny, Año VII, Núm. 81, septiembre 1957, Toulouse, Francia.

En este número hay trabajos de: Eusebio C. Carbo, Balnkausky, Hem Day, Sebastián Faure, Camilo Berneri, Francisco Olaya, Ángel Samblancat, Rosendo, Suno y F. Cobes.

CUADERNOS DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA. Director: François Bondy, Núm. 27, noviembre-diciembre 1957, París, Francia.

En este número hay trabajos de: Juan Ramón Jiménez, Federico de Onís, Jerónimo Mallo, Boris Souvarine, Morgan Phillips, Milovan Djillas, Robert Craft, Alfonso Reyes, Jorge Carrera Andrade, Salvador de Madariaga, Fernando Díez de Medina, Maurice Edgar Coindreau, Leo Valiani, Víctor Alba, J. M. Machin, Carlos P. Carranza, Ramón Xuriguera, Guillermo de Torre, Stefan Baciu, Carlos de Juan y Luis López Álvarez.

COMERCIO EXTERIOR, Órgano mensual del Banco Nacional de Comercio Exterior, Tomo VII, Núm. 10, octubre 1957, México, D. F.

En este número hay trabajos de: Ing. Óscar M. Becerril, Josué Sáenz, E. M. Bernstein, Fernando B. Sandoval y V. R. Cirvante.

HUMANISMO, Revista de insobornable orientación democrática. Dirección: Raúl Roa, e Ildegar Pérez Segnini, Año VI, Núm. 45, septiembre-octubre 1957, México, D. F.

En este número hay trabajos de: Rómulo Gallegos, Manuel Pedro González, Miguel Bueno, Celso López Betancourt, M. A. Pulido Méndez, Adolfo García Montenegro, José Ángel Ciliberto, Salvador Corrales Ayala y E., Ildegar Pérez Segnini, Francisco Olaya, Jorge Tallet, José Ferrer Canales, Volga Marcos y Simón Alberto Consalvi.

ESTILO. Revista de Cultura. Director: Joaquín Antonio Peñalosa, Núm. 43. julio-septiembre 1957, San Luis Potosí, México.

En este número hay trabajos de: Dr. Gabriel Méndez Plancarte, Alfredo R. Placencia, Dr. Joaquín Antonio Peñalosa, Rutilo Riestra y J. Meléndez de Espinosa.

MIRADOR. Revista de información bibliográfica. Edit. Juan Grijalbo, Año III, Núm. 5, julio-agosto 1957. México, D. F.

En este número hay trabajos de: Andrés Zaplana, Carolina A. de Fournier, José R. Elzevir y Pablo Gallart.

NICARAGUA INDÍGENA. Revista trimestral de cultura, publicada por el Instituto Indigenista Nacional. Director: Eudoro Solís. Vol. II, Núms. 13-14, 1er. semestre 1957, Managua, Nicaragua.

En este número hay trabajos de: Hernán Rosales, Arturo Monzón, Fernando Buitrago Morales, Paulo de Carvalho Neto, Miguel León Portilla, Juan Comas, Margarita Gamio de Alba y M. Pijoán.

IDEA, ARTES Y LETRAS. Director: Manuel Suárez Miraval, Año VIII, Núm. 32, julio-agosto 1957, Lima, Perú.

En este número hay trabajos de: José María Arguedas, Luis Loayza, Julio Garrido Malaver, Edgardo Pérez Luna, Mario Castro Arenas, Manuel Mejía Valera, Francisco Vegas Seminario, Mariano Picón Salas, Demetrio Quiróz Malca, Julián Huanay, José Franco y Manuel Suárez Miraval.

LA TORRE. Revista general de la Universidad de Puerto Rico. Director: Jaime Benítez. Año V, Núm. 18. abril-julio 1957, San Juan, Puerto Rico.

En este número hay trabajos de: Francisco Ayala, Juan José Fitzpatrick, Francisco Vera, Alfred Cobban, Joaquín Casalduero, Rafael A. González, Ricardo Gullón, José Luis Martín, Juan Andrade, José Blanco Amor, José Echeverría, Georges Delacre, Eugenio Fernández Méndez, Monelisa Lina Pérez Marchand, Gonzalo Velázquez y José Luis Cano.

CULTURA Y VIDA. Revista mensual de la Sociedad de Relaciones Culturales de la U. R. S. S. con el Extranjero. Redactor-jefe interino: Gueorgui Pasternak. Núm. 5, mayo 1957, Moscú, Rusia.

En este número hay trabajos de: I. Néstiev, Aian Bush, Boris Ioganson, V. Goldanski, Satim Ulug-zodá, N. Tatárskaia y A. Guriánov, Tatiana Vechéslova, Nicolaí Alexéiev, Alexandr Zguridi, Osmán el-Antalby, V. Kardin, Umberto Barbaro, S. Stankov, Leonid Koliésnikov y A. Sviétov.

CIENCIA Y CULTURA, Revista de la Universidad Nacional de Zulia. Director-redactor: Dr. Germán Briceño Ferrigni, Año 2, Núm. 6, abril-mayo-junio 1957, Maracaibo, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Dr. Ladislao Tarnói. Dr. Humberto J. La Roche, Dr. Jesús Morillo González, Dr. H. Adrianza Álvarez, Dr. Herman Villarreal, Drs. José T. Núñez Montiel y Alonso E. Núñez Montiel. Dr. F. H. Lepp. Dr. Guillermo Díaz-Plaja, Antonio de la Nuez Caballero. Dr. Pedro A. Barboza de la Torre, Dr. Francisco Burgos Finol, Juan Ramón Jiménez. Jesús Alfonso Ferrer y Elías Sánchez Rubio.

CULTURA UNIVERSITARIA, Revista bimestral publicada por la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela. Director: Israel Peña, Núms. 61, 62, mayo-agosto 1957, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Roberto Ferris, Jean Catrysse, Eduardo Adsura, Ernesto Leal Moreno, Jesús Rosas Marcano, Dolores Bonet de Sotillo, Ermilo Villa, Jesús García Álvarez, José Ramón Medina, Mercedes Llovera González y Alejandro Natera.

REVISTA NACIONAL DE CULTURA, editada por el Ministerio de Educación. Director: Manuel F. Rugeles. Año XIX, Núms. 121-122, marzo-junio 1957, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Mariano Picón Salas, Ramón Díaz Sánchez, Isaac J. Pardo, *Alone*, Augusto Arias, Esteban Salazar Chapela, Antonio Aparicio, Justo Pastor Benítez, Marco Aurelio Vila, Héctor Guillermo Villalobos, Luz Machado de Arnao, Jean Aristeguieta, J. A. de Armas Chitty, Pedro Pablo Paredes, Horacio Cárdenas, Rafael Rodríguez Delgado, Pedro Duno, Carlos Clavería, José Rafael Dávila Quintero, Rafael Lozano, Juan D. García Bacca, José Ramón Medina, M. Pereira Machado, Manuel Pérez Vila, Domingo Casanovas, José Rial Vázquez, Wesley G. Woods y Plá y Beltrán.

REVISTA SCHELL. Director: José Ramón Medina, Núm. 24, septiembre 1957, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Armando Rojas, Aurelio Ferrero Tamayo, Rafael Ángel Insausti, Ricardo Gullón, Enrique Sardá, Omar Carreño, C. Parra-Pérez, Gonzalo Medina Padilla, José María Castellet, Jorge Campos, Arturo Eichler, Beatriz Mendoza Sagarzazu, José Sureda Blanes, Esteban Salazar Chapela, Gloria Stolk, Pedro Maxim, Luis Noguera y Sánchez Felipe.

ANHEMBI. Director: Paulo Duarte, Año VII, Vol. XXVIII, Núm. 83, outubro 1957, São Paulo, Brasil.

En este número hay trabajos de: Roger Caillois, Octavio Tarquinio de Sousa, Clemente Pereira, Florestas Fernandes, Cyro Pinentel, Alfredo Mesquita.

José Aderaldo Castelo, Eunice Breves Duarte, Odilon Nogueira de Matos, António D'Elia, J. Reis, Paulo Mendoça, J. C. Caldeira Filho, Jose Da Veiga Oliveira y B. J. Duarte.

HISPANIA. A teachers journal. Published by the American Association of Teachers' of Spanish and Portuguese, Vol. XL, Number 3, September 1957, Connecticut, U. S. A.

En este número hay trabajos de: Helmut Hatzfeld, Ricardo Gullón, Luis Monguió, Luis Leal, William H. Roberts, Willis Knapp Jones, Dalai Brenes, Anna Granville Hatcher, A. V. Ebersole, Jr., Carl A. Tyre, Dwight Chambers, Marian Templeton, Chalmers Herman, Laurel H. Turk, Irving P. Rothberg y Marjorie C. Johnston.

PREUVES. Directeur: François Bondy, Núm. 80, octobre 1957, Paris, France.

En este número hay trabajos de: Pierre Emmanuel, François Fontaine, Antoine de Saint-Exupéry, Jean Duvignaud, Jean Grenier, Raymond Aron, Richard Lowenthal, Kathryn Feuer, Leo Sauvage, Denis de Rougemont, Haus J. Morgenthau, Hungariuis, Gilbert Sigaux, Sidney Hook y François Bondy.

COMPRENDRE. Revue de politique de la culture, Societé Europeenne de Culture Press (La Biennale Venise). Directeur: Umberto Campagnolo, Nums. 17-18, 1957.

En este número hay trabajos de: Hans Urs von Balthasar, Umberto Campagnolo, Jean Daniélou, François Houang, Louis Massignon, Pham Van Ky, Alfred Weber, Josef L. Hrmádka, Arturo Carlo Jemolo, Charles Journet, Louis Massignon, Cecil Sprigge, Claude Roy, Jean-Jacques Mayoux, Jean Amrouche, Ilya Ehreburg, Francesco Castaluccio, G. Francesco Malipiero, Markus Barth, Ladislav Rieger, George Saiko, Franz Altheim und Ruth Stiehl, Hanna Kiel, Bernard Bereson, F. J. J. Buytendijk, Agostino Faggiotto, Franz Theodor Csokor, Julián Marías, Mirko Nývák, Charles Veillon, Laurence Bèlleme, Jacques Blondel, María Carazzolo, Jean Mazoyer, Jean Morand, Romano Paton, George Sonnier, Enrichetta Spina, Camilo Semenzato, Françoise Taminiaux-Collin, Jacques Taminiaux, Miguel Delibes, Jean Picart Le Doux y Gustav Seitz.

CONVIVIUM. Nuova serie. Direttore: Giovanni Battista Pighi, Anno XXV, Num. 4, luglio-agosto 1957. Torino, Italia.

En este número hay trabajos de: J. Leclerc, Rudolf Palgen, Francesco Tateo, Emilio Santini, Giorgio Pullini, Víctor Chauvet, Ezio Raimondi, Helen M. C. Purkis, Laura Sitta Boschian, A. Leone de Castris, Giovanni Battista Pighi, Elio Pasoli, Renato Bertachini, Renato Barilli, Paolo Gonelli y Attilio Roveri.

PROBLEME ECONOMICE, Revistă lunară. Anul X, Num. 8, august 1957, Bucarest, Rumania.

En este número hay trabajos de: M. Ionesco, A. I. Notkin, I. Munteanu, S. Dumitresco, I. Herscovici, I. Ursache, V. Trebici, D. Dumitriu, Fl. Tudor, D. Marin, Gr. Mladenatz, D. Grindea, Gh. Ionita, Al. Gomoiu, I. Dobjanschi y P. Marculescu.

NOTICIAS DE LA CULTURA DE ISRAEL. Edic. del Instituto cultural Argentino-Israelí. Año 1, Núm. 6, septiembre 1957, Buenos Aires, Argentina.

BULLETIN ANALYTIQUE DE DOCUMENTACION POLITIQUE, ECONOMIQUE ET SOCIALE CONTEMPORAINE. Redacteur en chef: M. Jean Meyriat, 12e. année, Núm. 6, Paris, France.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTA REVISTA EL DIA DOS
DEL MES DE ENERO DE MIL
NOVECIENTOS CINCUENTA
Y OCHO EN LOS TALLERES
DE LA EDITORIAL CULTURA,
T. G., S. A., AV. GUATEMALA
NUMERO 96, MEXICO, D. F.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

| | PRECIOS | |
|--|-----------|------|
| | Pesos | Dls. |
| 1.—GANARAS LA LUZ, por León Felipe | (agotado) | |
| 2.—JUAN RUIZ DE ALARCON, SU VIDA Y SU OBRA, por Antonio Castro Leza | (agotado) | |
| 3.—MENDIGION DE ESPIRITU (I), por Juan Larrea..... | 10.00 | 1.00 |
| 4.—MENDIGION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea..... | 10.00 | 1.00 |
| 5.—ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet..... | (agotado) | |
| 6.—VIAJE POR SURAMERICA, por Waldo Frank | (agotado) | |
| 7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez..... | (agotado) | |
| 8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor..... | (agotado) | |
| 9.—MARTI ESCRITOR, por Andrés Buaris | (agotado) | |
| 10.—JARDIN CERRADO, por Gregorio Bermann | 8.00 | 0.80 |
| 11.—JUVENTUD DE AMERICA, por Gregorio Bermann | 10.00 | 1.00 |
| 12.—CORONA DE SOMBRA Y DOS CONVERSACIONES CON BERNARD SHAW, por Rodolfo Usigli | (agotado) | |
| 13.—EUROPA-AMERICA, por Mariano Picón Salas | (agotado) | |
| 14.—MEDITACIONES SOBRE MEXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por Jesús Silva Herzog | 10.00 | 1.00 |
| 15.—DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por Pedro de Alba | 10.00 | 1.00 |
| 16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por Octavio Paz | (agotado) | |
| 17.—LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez..... | 10.00 | 1.00 |
| 18.—LA PRISION, NOVELA, por Gustavo Valdecresc..... | (agotado) | |
| 19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. CLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (empastado) | 10.00 | 1.00 |
| 20.—SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni | 12.00 | 1.20 |
| 21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Blados | 10.00 | 1.00 |
| 22.—LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García | 10.00 | 1.00 |
| 23.—LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña..... | 10.00 | 1.00 |
| 24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por Germán Aréñegas | (agotado) | |
| 25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alvear Acosta | 12.00 | 1.20 |
| 26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvear Acosta | 15.00 | 1.50 |
| 27.—EL OTRO OLVIDO, por Dora Isella Russell | 5.00 | 0.50 |
| 28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla | 5.00 | 0.50 |
| 29.—DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo..... | 10.00 | 1.00 |
| 30.—AMERICA COMO CONCIENCIA, por Leopoldo Zea | 10.00 | 1.00 |
| 31.—DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes..... | 10.00 | 1.00 |
| 32.—ACTO POETICO DE Germán Pardo García | 10.00 | 1.00 |
| 33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento milenario. Versión castellana de León Felipe | 10.00 | 1.00 |
| 34.—SANGRE DE LEJANIA, por José Tiquet | 10.00 | 1.00 |
| 35.—CHINA A LA VISTA, por Fernando Benítez | 12.00 | 1.20 |
| 36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García..... | 10.00 | 1.00 |
| 37.—ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Cosío del Pomar | 18.00 | 1.60 |
| 38.—OTRO MUNDO, por Luis Sudres | 18.00 | 1.60 |
| 39.—LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo Torriello..... | 20.00 | 1.80 |
| 40.—EL HECHICERO, por Carlos Solórzano | 5.00 | 0.50 |
| 41.—POESIA RESISTE, por Lucía Valdeques | 12.00 | 1.20 |
| 42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón..... | 18.00 | 1.60 |
| 43.—LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por Luis Cardoso y Aragón | 15.00 | 1.50 |
| 44.—RAZÓN DE SER, por Juan Larrea | 18.00 | 1.60 |
| 45.—CEMENTERIO DE PAJAROS, por Griselda Alvaroz | 9.00 | 0.90 |
| 46.—EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria | 7.00 | 0.70 |
| 47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea | 55.00 | 5.50 |
| 48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García | 15.00 | 1.50 |
| 49.—ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Madaleno | 9.00 | 0.90 |
| 50.—INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce | 15.00 | 1.50 |

OTRAS PUBLICACIONES

| | | |
|--|-------|------|
| PASTORAL, por Sara de Ibáñez | 5.00 | 0.50 |
| UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por José Gaos | 5.00 | 0.50 |
| OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por José G. Xuno | 6.00 | 0.60 |
| INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" 1942-1952 | 10.00 | 1.00 |

REVISTA, SUSCRIPCION ANUAL PARA 1967 (6 núms.)

| | |
|--|-------|
| MEXICO | 60.00 |
| OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA | 6.50 |
| EUROPA Y OTROS CONTINENTES | 8.00 |

PRECIO DEL EJEMPLAR:

| | |
|--|-------|
| MEXICO | 12.00 |
| OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA | 1.25 |
| EUROPA Y OTROS CONTINENTES | 1.50 |

Ejemplares atrasados, precio convencional

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Betty Kirk

Los Estados Unidos en América Latina. La política de la bomba de succión. . .

Ricardo Torres Gaitán

El mercado común latinoamericano.

Carlos A. Echánove T.

Cuba, vergüenza y ejemplo.

Guillermo Díaz Doin

Negrín y la política de resistencia.

Juan Marinello

Un aniversario americano.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Miguel Bueno

Universidad, humanismo y ciencia.

Sergio Bagú

Cuatro precondiciones del planteamiento histórico.

Alfredo Gazzetti

América, cara y cruz.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Laurette Sejourné

Los sacrificios humanos: religión o política?

Santiago Montserrat

Sentido y misión del pensamiento en Hispanoamérica.

Manuel Mejía Valera

La idea de la fama en la Edad Media castellana.

D I M E N S I Ó N I M A G I N A R I A

Raúl Roa Kouri

El taladro y el cielo.

Segundo Serrano Poncela

Cirios Rojos.

Ciro Alegría

Muerte del cabo Cheo López.

Sara Brown

Velázquez y su tiempo. I.

Marcel Saporta

Carta de París. El teatro internacional y otros sucesos culturales.

LIBROS Y REVISTAS, por Mauricio de la Selva.